

LA SAGA FORERUNNER

HALO®

CRYPTUM



GREG BEAR

Lectulandia

Hace cien mil años, la galaxia estaba poblada por una gran variedad de seres. Pero una especie –eones por delante tanto en tecnología como en conocimiento— predominó sobre las demás. Gobernaban en paz, pero eliminaban con contundencia a sus enemigos.

Eran los Forerunners: los custodios del Manto, la siguiente fase de la vida en el Tiempo Vivo del universo. Y, entonces, desaparecieron. Ésta es su historia.

Lectulandia

Greg Bear

Halo: Cryptum

Halo. Forerunner 1

ePub r1.0

epublector 20.11.13



Título original: *Halo: Cryptum*
Greg Bear, 2011
Traducción: Gemma Gallart, 2012

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota de la IA traductora: Las mejores traducciones tácticas implican la conversión automática a términos y frases de comprensión inmediata, incluidas las expresiones coloquiales. Esa tradición se ha seguido en esta obra.

El ser pacífico está en guerra por dentro y por fuera.

El Manto, Quinta Permutación del Número del Didacta

La historia de los Forerunners —la historia de mi pueblo— ha sido contada innumerables veces, cada vez de un modo más idealizado, hasta que apenas la reconozco.

Algunas cosas de hecho son ciertas. Los Forerunners eran los más sofisticados entre todos los demás imperios y poderosos casi hasta lo inconmensurable. Nuestra ecúmene abarcaba tres millones de mundos fértiles. Habíamos alcanzado las cotas más altas en conocimientos tecnológicos y físicos, al menos desde la época de los Precursores, quienes, dicen algunos, nos hicieron a su imagen, y dieron vida a esa imagen con su aliento.

Los hilos conductores de esta parte del relato —la primera de tres— son viaje, osadía, traición y destino.

Mi destino, el destino de un Forerunner estúpido, quedó unido una noche a los destinos de dos humanos y a la larga línea de universo de un gran líder militar..., esa noche en la que puse en marcha las circunstancias que desencadenaron la oleada final del horrendo Flood.

Contemos pues el relato, y que la narración sea fiel a los hechos.

1

SOL • EDOM A ERDE-TYRENE

La tripulación de la embarcación cubrió las hogueras para que ardieran con menos intensidad, desconectó la máquina de vapor y alzó el órgano calíope del agua. La burbujeante canción mecánica se extinguió con una serie de chasquidos y gemidos lúgubres; no había estado funcionando bien para empezar.

A veinte kilómetros de distancia, el pico central del cráter Djamonkin se alzaba entre la neblina gris azulada, la cúspide perfilada en un dorado rojizo por los últimos rayos del sol que se ponía. Una única luna se alzaba luminosa y fría detrás de nuestra embarcación. El lago interior del cráter se rizaba alrededor del casco de una manera que ninguna marea o viento había movido jamás agua. Bajo el oleaje y las espirales, centelleando con el reflejo de la puesta de sol y la luna, pálidos merses se retorcían y cabeceaban igual que los nenúfares del estanque de mi madre. Estos nenúfares, sin embargo, no eran flores pasivas, sino krakens dormidos que crecían en los bajíos sobre gruesos tallos. Con una anchura de diez metros, los gruesos bordes musculosos estaban provistos de dientes negros tan largos como mi antebrazo.

Navegábamos por encima de un jardín de monstruos estrechamente unidos entre sí que se autoclonaban. Cubrían todo el suelo inundado del cráter, merodeando justo bajo la superficie y mostrando una actitud muy territorial. Tan sólo las embarcaciones que entonaban la canción arrulladora que los merses utilizaban para mantener la paz entre ellos mismos podían cruzar estas aguas con tranquilidad. Y ahora parecía que nuestras melodías estaban anticuadas.

El joven humano al que conocía como Chakas cruzó la cubierta, aferrando su sombrero de hojas de palma a la vez que negaba con la cabeza. Permanecimos de pie el uno junto al otro y miramos con atención por encima de la barandilla, observando cómo los merses se retorcían y agitaban. Chakas —de piel bronceada, prácticamente desprovisto de vello y distinto por completo de la imagen bestial de los humanos que mis tutores me habían inculcado— negó otra vez con la cabeza con desaliento.

—Ellos juran que están usando las canciones más nuevas —murmuró—. No

deberíamos movernos hasta que lo resuelvan.

Observé a la tripulación de la proa, inmersa en una discusión llevada a cabo en susurros.

—Me aseguraste que eran los mejores —le recordé.

Me contempló con ojos que eran cómo ónices pulidos y pasó la mano a través de una espesa mata de pelo negro que colgaba hacia atrás hasta el cuello, cortada en perfecta línea recta.

—Mi padre conocía a sus padres.

—¿Confías en tu padre? —pregunté.

—Por supuesto —contestó—. ¿Tú no?

—No he visto a mi padre auténtico en tres años —respondí.

—¿Eso te entristece? —preguntó el joven humano.

—Él me envió aquí —señalé un brillante punto bermejo en el negro firmamento—. A aprender disciplina.

—¡Shh-shhaa!

El Florian —una variedad de humano de menor tamaño, la mitad de la altura de Chakas— llegó correteando desde la popa sobre los pies desnudos para reunirse con nosotros. Jamás había conocido una especie que variara tanto y aun así mantuviera un nivel tan uniforme de inteligencia. Su voz era queda y dulce, y efectuaba delicados gestos con los dedos. En su agitación, hablaba con demasiada rapidez para que pudiera comprenderlo.

Chakas hizo de traductor.

—Dice que tienes que quitarte la armadura. Está perturbando a los merses.

En un principio, no fue una sugerencia bien recibida. Los Forerunners de todos los rangos llevan puesta una armadura de asistencia corporal durante gran parte de sus vidas. La armadura nos protege a la vez física y médicamente. En emergencias, puede suspender las actividades vitales de un Forerunner hasta que sea rescatado, e incluso proporcionar alimento durante un tiempo. Permite a Forerunners adultos conectar con el Dominio, del cual puede fluir todo el conocimiento Forerunner. La armadura es una de las razones principales de que los Forerunners vivan tanto tiempo, y también puede actuar como amiga y consejera.

Consulté con mi ancilla, la inteligencia y memoria incorpórea de la armadura..., una pequeña figura azulada en el fondo de mis pensamientos.

—Esto ya estaba previsto —me dijo—. Los campos eléctricos y magnéticos que no sean los generados por la dinámica natural del planeta provocan en estos organismos un chapoteo enfurecido. Es por eso que la embarcación está propulsada por un primitivo motor de vapor.

Me aseguró que la armadura no tendría ningún valor para los humanos, y que, en cualquier caso, ella podía protegerla de un uso indebido. El resto de la tripulación

observaba con interés, y yo percibí que este podría ser un punto espinoso. La armadura se apagaría, desde luego, una vez que me la quitara. Por el bien de todos nosotros, tendría que ir desnudo, o casi. Medio conseguí convencerme de que esto no podía hacer más que añadir emoción a la aventura.

El Florian se puso de inmediato a tejerme un par de sandalias con los juncos que utilizaban para taponar filtraciones.

De todos los hijos de mi padre, yo era el más incorregible. En sí mismo esto no era una nota negativa, o ni siquiera inusual. Los Manipulares prometedores a menudo muestran una rebeldía temprana; la impronta en metal sin pulir a partir de la cual se afina y da forma a la disciplina de aquel que cumple todos los requisitos de su rango.

Pero yo sobrepasé incluso la generosa paciencia de mi padre; rehusé aprender y progresar siguiendo cualquiera de las curvas Forerunner apropiadas: instrucción intensiva, entrega a mi rango, mutación a mi forma siguiente y, finalmente, adhesión a una tríada naciente... donde ascendería al cénit de la madurez.

Nada de eso me atraía. Estaba mucho más interesado en la aventura y los tesoros del pasado. La gloria histórica brillaba con mucha más intensidad a mis ojos; el presente parecía vacío.

Y así pues, al final de mi sexto año, frustrado hasta lo intolerable por mi tozudez, mi padre me envió a otra familia, en otra parte de la galaxia, muy lejos del complejo de Orion, de donde eran originarios los míos.

Durante los últimos tres años, el sistema de ocho planetas alrededor de una estrella amarilla menor —y en particular, el cuarto, un seco mundo rojizo y desértico llamado Edom— pasó a ser mi hogar. Llamadlo exilio. Yo lo llamé escapatoria. Sabía que mi destino estaba en otra parte.

Cuando llegué a Edom, mi padre de intercambio, siguiendo la tradición, equipó mi armadura con una de sus propias ancillas para que me educara en las costumbres de mi nueva familia. En un principio pensé que esta nueva ancilla sería el rostro más obvio de mi adoctrinamiento; tan sólo otro grillete en mi prisión, dura y poco comprensiva. Pero no tardó en demostrar ser algo del todo diferente, en nada parecida a cualquier ancilla que hubiese experimentado jamás.

Durante mis largos períodos de tutoría y ejercicio reglamentado, me sacó de mí mismo, rastreó el origen de mi tosca rebelión hasta sus raíces; pero también me mostró mi nuevo mundo y mi nueva familia bajo la clara luz del razonamiento imparcial.

—Eres un Constructor enviado a vivir entre Mineros —me contó—. Los Mineros están clasificados por debajo de los Constructores, pero son sensatos, orgullosos y fuertes. Los Mineros conocen las crudas interioridades de los mundos. Respétalos, y te tratarán bien, te enseñarán lo que saben y te devolverán a tu familia con toda la

disciplina y habilidades que un Manipular necesita para progresar.

Tras dos años de un servicio en general impecable, guiando mi reeducación mientras que al mismo tiempo mitigaba mi embrutecedora existencia con una cierta ironía, empezó a discernir una pauta en mis preguntas. La respuesta que ofreció fue inesperada.

La primera señal del extraño favor que me demostraba mi ancilla fue la apertura por su parte de los archivos de mi familia de intercambio. A las ancillas se les encomienda el mantenimiento de todos los registros y bibliotecas, para facilitar el acceso a cualquier información que un miembro de la familia pueda necesitar, por más antigua y críptica que sea.

—Los Mineros, como sabes, cavan muy hondo. Los tesoros, como tú los llamas, aparecen con frecuencia en su camino. Ellos los recuperan, declaran, resuelven la cuestión con las autoridades apropiadas... y pasan a otra cosa. No son curiosos, pero sus informes a veces sí lo son.

Pasé horas felices estudiando los viejos informes, y aprendí mucho más sobre vestigios de los Precursores, así como la arqueología de la historia Forerunner.

Fue aquí donde recogí indicios de tradiciones ignoradas u olvidadas en otras partes... no siempre en forma de pruebas reales, sino deducidas de algún dato curioso aquí o allá.

Y durante el año que siguió, mi ancilla me evaluó y juzgó.

Un día seco y polvoriento, mientras yo ascendía por la poco empinada ladera del volcán de mayor tamaño de Edom, imaginando que en la enorme caldera estaba oculto algún gran secreto que me redimiría a los ojos de mi familia y justificaría mi existencia —mi permanente estado de fuga sin sentido—, ella rompió el código de las ancillas de un modo escandaloso.

Me confesó que en una ocasión, hacía mil años, había formado parte del séquito de la Bibliotecaria. Desde luego, yo conocía la existencia del más importante de todos los Operarios de la Vida. No era un completo ignorante. Los Operarios de la Vida —expertos en cosas vivas y en medicina— están situados por debajo canto de los Constructores como de los Mineros, pero justo por encima de los Guerreros. Y la categoría más alta de Operario de la Vida es Moldeador de Vida. La Bibliotecaria era uno de tan sólo tres Operarios de la Vida honrados con tal distinción.

Presuntamente, la memoria de la ancilla del tiempo pasado con la Bibliotecaria había sido suprimida cuando la fundación de la Bibliotecaria la canjeó a mi familia de intercambio como parte de un trueque cultural; pero ahora, por completo consciente otra vez de su pasado, parecía dispuesta a conspirar conmigo.

—Hay un mundo justo a unas pocas horas de viaje de Edom donde podrías hallar lo que buscas —me contó—. Hace nueve mil años, la Bibliotecaria estableció una base de investigación en este sistema. Sigue siendo un tema de conversación entre los

Mineros, quienes, por supuesto, lo desaprueban. La vida es muchísimo más escurridiza que las rocas y los gases.

Esa base estaba ubicada en el tercer planeta del sistema llamado Erde-Tyrene: un lugar desolado, poco conocido, aislado, y a la vez el origen y el último depositario de lo que quedaba de una especie degradada llamada humana.

Los motivos de mi ancilla, al parecer, eran aún más anómalos que los míos. Cada pocos meses, una nave despegaba de Edom para transportar suministros a Erde-Tyrene. No es que ella me proporcionara exactamente información sobre lo que encontraría allí, pero mediante insinuaciones y pistas me indujo a decidir que era importante.

Con su ayuda, me abrí paso a través de los pasillos y túneles laberínticos hasta la plataforma de embarque, me introduje clandestinamente en la atestada nave, reajusté los códigos para ocultar mi masa extra... y despegué en dirección a Erde-Tyrene.

Ahora era mucho más que un simple Manipular rebelde. Me había convertido en un secuestrador, un pirata aéreo... ¡Y me dejó atónito lo fácil que fue! Demasiado fácil, tal vez.

Sin embargo, no podía creer que una ancilla fuera a conducir a un Forerunner a una trampa. Eso era contrario a su propósito, su programación..., a todo en su naturaleza. Las ancillas sirven a sus amos fielmente en todo momento.

Lo que yo no podía adivinar era que no era su amo, y jamás lo había sido.

Me desvestí de mala gana, desenrollando la espiral del torso, los protectores de hombros y brazos y, por fin, los protectores de las piernas y las botas. La fina pelusilla pálida de brazos y piernas hormigueó en la brisa. Sentí de improviso una comezón en el cuello y las orejas, y a continuación, todo me picaba, y tuve que obligarme a hacer caso omiso de la sensación.

La armadura asumió la forma de un molde blando de mi cuerpo al desplomarse sobre la cubierta. Me pregunté si la ancilla adoptaría un estado latente entonces, o si continuaría con sus propios procesos internos. Era la primera vez que estaba sin su guía en tres años.

—Estupendo —dijo Chakas—, la tripulación la mantendrá a salvo para ti.

—Estoy seguro de que lo harán —contesté.

Chakas y el pequeño Florian —en su propio lenguaje, ejemplares, respectivamente, de *chamanune* y *hamanune*— correataron hasta la proa, donde se reunieron con los cinco miembros de la tripulación que estaban ya allí y empezaron a discutir en susurros quedos. Cualquier cosa que fuera en un tono más elevado podría provocar un ataque de los merses tanto si la nave entonaba la canción correcta como si no. Los merses odiaban muchas cosas, pero odiaban de un modo particular el exceso de ruido. Se decía que después de las tormentas permanecían alterados

durante días, y que la travesía por el mar interior se tornaba imposible.

Chakas regresó moviendo la cabeza en un gesto de duda.

—Van a intentar bombear unas cuantas canciones de hace tres lunas —dijo—. Los merses raras veces inventan melodías nuevas. Es una especie de ciclo.

Con un violento bandazo, la nave giró sobre el eje de su mástil. Me dejé caer sobre la cubierta y me tumbé junto a mi armadura. Había pagado bien a los humanos. Chakas había oído relatos extraños de antiguas zonas prohibidas y construcciones secretas en el interior del cráter Djamonkin.

Mis investigaciones en los archivos de los Mineros me habían inducido a creer que existía una posibilidad razonable de que hubiera un tesoro auténtico en Erde-Tyrene, tal vez el tesoro más buscado de todos, el Organon; el dispositivo que podía reactivar todos los artefactos de los Precursores. Todo había parecido encajar... hasta ahora. ¿Respecto a qué había recibido información equivocada?

Tras un paseo a través de sesenta años luz y un segundo viaje insignificante de unos cien millones de kilómetros, era posible que nunca consiguiera llegar más cerca de mi objetivo final.

Algunos merses salieron a la superficie por el lado de babor, flexionando las aletas de un color gris amoratado y expulsando chorros de agua. Pude oír sus largos dientes negros royendo el casco de madera.

El trayecto desde Edom a Erde-Tyrene había durado cuarenta y ocho horas largas y aburridas, ya que la entrada en el Slipspace se consideraba innecesaria para un viaje rutinario de abastecimiento a través de una distancia tan corta.

Mi primera visión en directo del planeta, a través de la portilla abierta de la nave de suministros, reveló un orbe, refulgente como una joya, de intensos colores verdes, marrones y azules. Gran parte del hemisferio septentrional desaparecía bajo capas de nubes y glaciares. El tercer planeta estaba pasando por un período de profundo enfriamiento y témpanos de hielo en expansión. Comparado con Edom, que hacía mucho que había dejado atrás su mejor eón, Erde-Tyrene era un paraíso descuidado.

Sin lugar a dudas desperdiciado por los humanos. Pregunté a mi ancilla sobre la veracidad de los orígenes de estos, y respondió que hasta donde habían podido averiguar los Forerunners, los humanos efectivamente habían surgido en un principio de Erde-Tyrene, pero hacía más de cincuenta mil años habían trasladado su civilización interestelar al exterior a lo largo del brazo galáctico, tal vez para huir de un temprano control por parte de los Forerunners. Los informes sobre esas eras escaseaban.

La nave de abastecimiento aterrizó en la base principal de investigación al norte de Marontik, la comunidad humana de mayor tamaño. La base estaba automatizada y vacía salvo por una familia de lémures, que se habían instalado en un barracón que

llevaba mucho tiempo abandonado. Parecía que el resto de la civilización había olvidado la existencia de aquel lugar. Yo era el único Forerunner del planeta, y eso ya me iba bien.

Inicié la marcha a pie por el último trecho de pastos y pradera y llegué a mediodía al extrarradio repleto de basura de la ciudad.

Marontik, situada en la confluencia de dos grandes ríos, apenas era una ciudad según las pautas Forerunners. Casuchas de madera y chozas de barro, algunas con tres y cuatro pisos de altura, estaban dispuestas a ambos lados de callejones que se ramificaban en otros callejones, serpenteando sin una dirección concreta, y aquella atestada colección de casuchas primitivas se extendía sobre docenas de kilómetros cuadrados. Un Forerunner joven se habría perdido con facilidad, pero mi ancilla me guió con infalible habilidad.

Deambulé por las calles durante varias horas, una curiosidad menor para los habitantes pero nada más. Pasé ante una entrada que daba a pasadizos subterráneos de la que emergían olores desagradables, y unos golfillos andrajosos surgieron en tropel por la puerta y me rodearon:

—Hay partes de Marontik que son sólo para los ojos de alguien como tú... — salmodiaban—. ¡Pasa revista a los muertos! ¡Antiguos reyes y reinas conservados en ron y miel! ¡Llevan siglos esperándote!

Aunque eso me hizo sentir un vago cosquilleo de interés, hice caso omiso de los golfillos, quienes se marcharon al cabo de un rato sin que yo me hubiera sentido en peligro en ningún momento. Parecía que estos seres vestidos burdamente, desaliñados y desgachados habían visto Forerunners con anterioridad, pero les tenían poco respeto. Tal cosa no preocupó a mi ancilla. Aquí, dijo, las normas de la Bibliotecaria, inculcadas genéticamente, incluían docilidad hacia los Forerunners, recelo hacia desconocidos y discreción en todo lo demás.

El cielo sobre Marontik estaba frecuentado por dirigibles de todos los tamaños y colores, algunos en verdad horribles en su pretensión; docenas de globos de aire caliente, rojos, verdes y azules, atados juntos, de los que colgaban plataformas enormes de juncos de río entretejidos, repletas de comerciantes, viajeros y espectadores, así como de bestias inferiores destinadas, supuse, a convertirse en alimento. Los humanos comían carne.

Las plataformas movidas por globos proporcionaban un medio de transporte regular y mareante... En consecuencia, mi ancilla me ordenó que pagara para viajar al centro de la ciudad. Cuando le hice ver que no tenía ningún scrip, me guió a un alijo escondido en una subestación próxima, que tenía cientos de años de antigüedad pero que los humanos no habían tocado.

Aguardé en una plataforma elevada y pagué el billete a un cobrador escéptico, que inspeccionó el antiguo scrip con desdén. Su rostro estrecho y los ojillos de

mirada esquiva quedaban ensombrecidos por un sombrero alto y cilíndrico hecho de piel. Sólo tras parlotear con un colega escondido en una jaula de mimbre decidió aceptar mi pago y permitirme subir a bordo del siguiente vehículo chirriante y oscilante más ligero que el aire.

El trayecto ocupó una hora. La plataforma aerostática llegó al centro de la ciudad al caer la noche. Se encendieron faroles a lo largo de las tortuosas calles y largas sombras aparecieron por doquier. Me vi rodeado de fetidez antropoide.

En el mercado más grande de Marontik, me informó mi ancilla, había habido, hacía muchos años, un colectivo de guías humanos, algunos de los cuales era posible que conocieran las rutas a los centros de leyendas locales. Pronto, todos los humanos dormirían —un estado con el que yo había tenido poca experiencia—, de modo que teníamos que darnos prisa.

—Si es aventura lo que buscas —dijo ella—, aquí es donde tienes más probabilidades de encontrarla... y, sin embargo, más posibilidades de sobrevivir a la experiencia.

En un laberíntico cenagal de callejones, que servían a la vez de vías para transeúntes y de alcantarillas, encontré el antiguo escaparate de piedras de río de la matriarca de los guías. Medio oculta en las sombras, iluminada por una única vela que oscilaba suspendida de un gancho en el mimbre, una hembra gordísima, cubierta por una túnica holgada de tela blanca de una transparencia embarazosa, me contempló con franco recelo. Tras efectuar unos cuantos ofrecimientos que encontré ofensivos, incluida una visita guiada a las catacumbas subterráneas repletas de humanos muertos, tomó los scrips que me quedaban y me transfirió, a través de una arcada cubierta por un harapo, a un joven miembro del gremio quien, dijo, podría estar en disposición de ayudarme.

—Hay tesoros en Erde-Tyrene, joven Forerunner —añadió en un melodioso tono de barítono—, como sin duda has deducido a través de una cuidadosa investigación. Y tengo justo al muchacho que necesitas.

Fue aquí, en las húmedas sombras de una casucha de juncos, donde conocí a Chakas. Mi primera impresión del humano semidesnudo de piel bronceada, con su mata de grasiento cabello negro, no fue favorable. No dejaba de mirarme, como si nos hubiéramos conocido antes... o a lo mejor buscaba un punto débil en mi armadura.

—Me encanta resolver misterios —afirmó Chakas—. También yo busco tesoros perdidos. ¡Es mi pasión! Seremos amigos, ¿no?

Yo sabía que los humanos, al ser seres inferiores, eran falsos y taimados. Sin embargo, tenía pocas opciones. Mis recursos estaban al límite. Unas pocas horas más tarde, me condujo a través de calles negras como el carbón a otro vecindario, lleno de *hamanunes*, y me presentó a su socio, un Florian de hocico gris. Rodeado por una

multitud de jóvenes diminutos y dos hembras —creo— ancianas y encorvadas, el Florian devoraba a dos carrillos los restos de una cena a base de fruta y bandejas de informe carne cruda machacada.

El Florian dijo que sus antepasados habían frecuentado en el pasado una isla en forma de anillo en el centro de un enorme cráter inundado. Lo llamaban Djamonkin Augh: Agua del Hombre Grande. Allí, dijo, un sitio maravilloso todavía ocultaba muchas antigüedades.

—¿De los Precursores? —pregunté.

—¿Quiénes son?

—Una antigua civilización —dije—. Antes de los Forerunners.

—Quizá. Muy antiguo.

El Florian me examinó con mirada astuta, luego se dio palmaditas en los labios con el dorso peludo de la mano.

—¿El Organon? —pregunté.

Ni Chakas ni el Florian estaban familiarizados con aquel nombre, pero no deseché la posibilidad.

La tripulación se separó y abrieron la escotilla de la caja del calíope. El *hamanune* — la cabeza apenas le llegaba a la altura de mi cintura— meneó las manos alzadas y, con la ayuda de sus pequeños y diestros dedos, la tripulación insertó una tapeta de madera distinta que llevaba diminutas clavijas de asta, luego reiniciaron el mecanismo de cuerdas de tripa arqueadas y percutidas, dieron vueltas a la manivela de la trompa que transmitía la música al interior del agua, sujetaron el tubo de vapor, y volvieron a dar cuerda al muelle que lo accionaba todo.

Chakas fue hasta la popa, todavía preocupado.

—La música calma a las Hores salvajes —dijo el *chamanune*, con un dedo encallecido sobre el labio—. Esperamos ahora y observamos.

El Florian regresó corriendo para acuclillarse junto a nosotros, y enroscó una mano alrededor de los tobillos desnudos de su amigo. La caja craneal del hombrecillo contenía menos de un tercio del volumen de la del joven Chakas, y sin embargo me costaba decidir quién era más listo... o más sincero.

En mi búsqueda de tesoros, había concentrado mis estudios en viejos informes Forerunners, y lo poco que había averiguado sobre la historia de los humanos no era algo que sintiera ganas de revelar a mis guías.

Diez mil años atrás, los humanos habían librado una guerra contra los Forerunners... y habían perdido. Los centros de civilización humana habían sido desmantelados y a los humanos los habían hecho retroceder en su evolución y

descompuesto en muchas formas diferentes, algunos decían que como castigo... pero lo más probable era que fuese debido a que eran una especie de naturaleza violenta.

La Bibliotecaria, por algún motivo, había abrazado la causa humana. Mi ancilla explicó que, o bien como una forma de penitencia, o a petición de la Bibliotecaria — los informes eran imprecisos—, el Consejo la había hecho responsable de Erde-Tyrene, y ella había trasladado a los últimos humanos allí. Bajo su cuidado, algunos de los humanos habían vuelto testarudamente a evolucionar. Yo no podía decir si eso podría ser cierto o no, ya que todos me parecían degradados.

A partir de aquel semillero, a lo largo de nueve mil años, más de veinte variedades de humanos habían migrado y formado comunidades por todo este mundo empapado en agua. K'tamanunes fornidos de color ocre y marrón deambulaban por las latitudes septentrionales y bordeaban enormes capas rechinantes de hielo. Tales residentes en las tinieblas glaciales se envolvían en tosca fibra tejida y pieles. No lejos de este mar interior del cráter, al otro lado de una impresionante cordillera, enjutos y ágiles b'ashamanunes correteaban por praderas ecuatoriales y saltaban al interior de árboles llenos de espinas para evitar a los depredadores. Algunos elegían construir ciudades rudimentarias, como si pugnarán por volver a recuperar su pasada grandeza... y fracasaban de un modo lamentable.

Debido a grandes similitudes en nuestra estructura genética natural, algunos sabios Forerunners pensaban que los humanos podrían ser una especie hermana, a la que los Precursores también habían moldeado e insuflado su aliento. Era posible que la Bibliotecaria estuviera resuelta a poner a prueba esas teorías.

Dentro de muy poco, evolucionados o no, podría haber siete humanos menos en la colección de la Bibliotecaria... y un Forerunner menos.

Nos sentamos cerca del punto más amplio de la cubierta, lejos de la baja barandilla. Chakas colocó los dedos en forma de cuna, luego los hizo girar en un ejercicio que rehusaba categóricamente enseñarme. Su sonrisa sardónica era muy similar a la de un niño Forerunner. El pequeño Florian nos observaba con un cierto regocijo.

Los merses emitieron un silbido triste y húmedo y lanzaron surtidores de agua. La espuma que expulsaban olía a algas marinas podridas. Contempladas de lejos, las criaturas que rodeaban nuestra embarcación eran ridículamente simples, poco más avanzadas que las medusas con peines que nadaban en las paredes vítreas del palacio de mi padre de intercambio, en aquel lugar rojizo a cien millones de kilómetros de distancia. Y sin embargo, se cantaban unos a otros; hablaban en quedos murmullos musicales durante las largas noches, luego gozaban del silencio bajo el moteado sol como si durmieran.

En raras ocasiones, el océano del cráter se agitaba con breves combates entre merses marinos, y las olas arrojaban jirones de carne refulgente durante semanas a

lejanas playas...

A lo mejor había más en estos krakens ciegos de lo que un Manipular podía juzgar. La Bibliotecaria podría haber tenido algo que ver en que los llevaran a Erde-Tyrene; para que se desarrollaran en el cráter Djamonkin, donde también servían a sus fines, tal vez resolviendo acertijos biológicos a su extraño modo, utilizando sus propios cantos genéticos...

¿Lo imaginaba, o el rechinar bajo el casco y el arremolina-miento de las aguas a nuestro alrededor empezaba a disminuir poco a poco?

La luna se puso. Las estrellas abundaron durante un tiempo. Luego la niebla volvió a aparecer, llenando la hondonada del cráter de borde a borde.

Chakas afirmó oír el suave chapaleteo de olas en una playa.

—Los merses están tranquilos ahora, creo —añadió esperanzado.

Me levanté para recuperar mi armadura, pero un humano corpulento de aspecto fuerte me cerró el paso, y Chakas negó con la cabeza.

La tripulación decidió que podría ser hora de dejar caer la hélice y poner en marcha el motor. De nuevo volvimos a avanzar.

Yo no podía ver gran cosa más allá de la barandilla salvo pequeños estallidos de fosforescencia. El agua, lo poco que podía ver de ella, parecía calmada.

Chakas y el Florian murmuraron plegarias humanas. El Florian finalizó sus rezos con una melodía corta y dulce, como el canto de un pájaro. De haber sido yo fiel a mi educación, me habría dedicado en aquellos momentos a meditar sobre los dictados del Manto, repitiendo en silencio las Doce Leyes de la Creación y el Movimiento, a la vez que permitía a mis músculos flexionarse de acuerdo con esos ritmos hasta hacerme oscilar como un árbol joven...

Pero aquí estaba yo, siguiendo falsas esperanzas, y en alianza con los deshonorados y los inferiores... Y aún podría acabar nadando en un mar lleno de dientes, mi cuerpo sin desarrollar hecho pedazos por monstruos sin inteligencia.

O caminar por una playa desierta alrededor de una isla sagrada en mitad de un viejo cráter creado por un asteroide, inundado hacía una eternidad con agua fría tan pura que se evaporaba sin dejar residuos.

Desafío, misterio, peligro y belleza desenfrenados. Todo ello valía cualquiera que fuese la vergüenza que tuviera la sensatez suficiente de sentir.

Como Manipular, todavía me parecía más a Chakas que a mi padre. Todavía podía sonreír, pero lo consideraba indigno de mí. A pesar de todo, mentalmente, no podía evitar imaginarme más alto, más fornido, más fuerte; como mi padre, con su largo rostro pálido, los cabellos de la coronilla y el pelaje del cogote decolorados con raíces de lilas hasta dejarlos blancos, los dedos capaces de rodear un melón... y lo bastante fuertes para aplastar la dura cáscara hasta convertirlo en pulpa.

Era mi contradicción: recelaba de todo respecto a mi familia y mi gente; sin

embargo, todavía soñaba con mutar a un segunda-forma... a la vez que conservaba mi actitud juvenil e independiente. Desde luego, era algo que jamás parecía suceder de ese modo.

El piloto se acercó a grandes zancadas hasta la popa con renovada confianza.

—Los merses creen que somos uno de ellos. Deberíamos alcanzar la isla anillo en menos de una llamarada.

Los humanos contaban el tiempo usando mechales cerosas con nudos que llameaban cuando los alcanzaba una llama que iba ascendiendo. Ya en aquellos momentos, dos tripulantes encendían faroles mediante toscos palos.

En la niebla, algo grande chocó contra la proa. Me sujeté para evitar caerme y recuperé el equilibrio para resistir al amplio y lento balanceo de la popa. Chakas se puso en pie de un salto, sonriendo de oreja a oreja.

—Esa es nuestra playa —dijo.

La tripulación dejó caer una tabla sobre la arena negra. El Florian fue el primero en corretear a tierra. Danzó en la playa y chasqueó los dedos.

—¡Chist! —advirtió Chakas.

Una vez más intenté recuperar mi armadura, y una vez más el fornido tripulante me cerró el paso. Otros dos se aproximaron despacio, con las manos extendidas, y me guiaron en dirección a Chakas, quien se encogió de hombros ante mi inquietud.

—Temen que incluso desde la playa pudiera enojar a los merses.

No tenía mucha elección. Podían matarme ahora, o yo podría morir por alguna otra causa más adelante. Cruzamos la rampa entre la niebla. La tripulación permaneció en la embarcación... y lo mismo hizo mi armadura. En cuanto hubimos desembarcado, la nave retrocedió en el agua, dio la vuelta, y nos dejó en la llovizna y oscuridad sin otra cosa que tres pequeñas bolsas de provisiones; comida humana únicamente, aunque bastante aceptable si me tapaba la nariz.

—Estarán de vuelta en tres días —dijo Chakas—. Tiempo más que de sobra para registrar la isla.

Cuando la embarcación desapareció y dejamos de oír el bombeo traqueteante de su canción, el Florian danzó un poco más. A todas luces, estaba contentísimo de volver a caminar por la isla anillo de Djamonkin Augh.

—¡Isla esconde todo! —dijo, luego emitió una carcajada gorjeante y señaló a Chakas—. Chico no sabe nada. Buscar tesoro y morir, a menos que vayas a donde yo voy.

El Florian proyectó al exterior unos expresivos labios rosados y alzó las manos por encima de la cabeza, formando un círculo con el pulgar y el índice.

A Chakas no pareció que lo afectara el juicio emitido por nuestro acompañante.

—Tiene razón. No sé nada sobre este lugar.

Me sentía demasiado aliviado de haber escapado de los merses para sentir mucha irritación. Me habían dicho que no se podía confiar en los humanos; eran formas de vida degradadas, no había la menor duda sobre ello. Pero tenía una sensación auténticamente extraña con respecto a la playa y la isla en la que estábamos... Mis esperanzas rehusaron extinguirse.

Nos adentramos en la isla unos pocos metros y nos sentamos sobre una roca, tiritando bajo la humedad y el frío.

—Primero, cuéntanos por qué estás aquí en realidad —dijo Chakas—. Háblanos sobre los Forerunners y los Precursores.

En la oscuridad, me era imposible ver nada por encima de las palmeras y más allá de la playa, nada que no fuera el tenue resplandor procedente de las pequeñas olas que rompían contra ella.

—Los Precursores eran poderosos. Trazaron líneas a través de muchos cielos. Algunos dicen que hace mucho tiempo dieron forma a los Forerunners a su imagen y semejanza.

Incluso el nombre que nos otorgábamos, «Forerunner», implicaba un fugaz lugar transitorio en el Manto; aceptando que no éramos más que una etapa en la administración del Tiempo Vivo. Que otros vendrían después de nosotros. Otros... y mejores.

—¿Y nosotros? —preguntó el Florian—. ¿Los *hamanunes* y *chamanunes*?

Negué con la cabeza, reacio a alentar tal historia... o a creerla.

—Estoy aquí para averiguar por qué se fueron los Precursores —continué—, en qué modo podríamos haberles ofendido... y si fuera posible encontrar el centro de su poder, su fuerza, su inteligencia.

—¡Oh! —exclamó Chakas—. ¿Estás aquí para descubrir un gran regalo y complacer a tu padre?

—Estoy aquí para aprender.

—Algo que demuestre que no eres un idiota, vaya.

Chakas abrió la bolsa y repartió pequeños panecillos de compacto pan negro hecho con aceite de pescado. Comí, pero no disfruté con la comida. Toda mi vida, otros me habían juzgado un idiota, pero dolía cuando animales degradados llegaban a la misma conclusión.

Lancé un guijarro a la oscuridad.

—¿Cuándo empezamos a buscar?

—Demasiado oscuro. Primero, encender un fuego —insistió el Florian.

Recogimos ramas y pedazos de palmera medio podridos y encendimos una fogata. Chakas pareció adormecerse. Luego despertó y me sonrió burlón; bostezó, se desperezó y miró en dirección al océano.

—Los Forerunners jamás duermen —observó.

Eso era muy cierto... siempre y cuando llevásemos puesta la armadura.

—Las noches son largas para vosotros, ¿no? —quiso saber el Florian.

Había hecho bolitas con su pan de aceite de pescado y las había colocado en hileras sobre la lisa superficie de una negra roca vítrea. A continuación las cogió y, una a una, se las metió en la boca, relamiéndose los anchos labios.

—¿Sabe mejor de ese modo? —pregunté.

Hizo una mueca.

—El pan de pescado apesta —respondió—. La harina de fruta es mejor.

La niebla se había disipado pero seguía estando nublado sobre todo el cráter. No faltaba mucho para el amanecer. Me tumbé sobre la espalda y alcé los ojos hacia el cielo que empezaba a clarear, en paz por primera vez desde que podía recordar. Era un idiota, había traicionado a mi Manipulus, pero estaba en paz. Hacía lo que siempre había soñado que haría.

—*Daowa-maad* —dije.

Ambos humanos enarcaron las cejas... lo que les dio el aspecto de hermanos. *Daowa-maad* era un término humano para definir el ir y venir del universo. De hecho tenía una traducción bastante buena en la jerga de un Forerunner Constructor: «Caes según te resquebrajan tus tensiones».

—¿Estás al tanto de eso? —preguntó Chakas.

—Mi ancilla me lo enseñó.

—Esa es la voz de sus ropas —contó Chakas al Florian, en tono sabiondo—. Una hembra.

—¿Es bonita? —preguntó el hombrecillo.

—No es tu tipo —contesté.

El Florian se acabó la última bola de pan de aceite de pescado y efectuó otra mueca singular. Tenía un montón de músculos expresivos.

—*Daowa-maad*. Cazamos, crecemos, vivimos. La vida es simple... nosotros lo hacemos. —Dio un golpecito a Chakas con el dedo—. Empieza a gustarme este Forerunner. Dile *todos* mis nombres.

Chakas inhaló profundamente.

—El *hamanune* sentado justo a tu lado, cuyo aliento huele a aceite de pescado y pan duro, tiene como apellido Day-Chaser, que podrías traducir como Perseguidor del Día. Su nombre de pila es Morning Riser, o sea El Que Despierta a la Mañana. Su nombre completo es Day-Chaser Makes Paths Longstretch Morning Riser, más o menos Perseguidor del Día Que Alarga los Senderos Despertador de la Mañana. Un nombre largo para un tipo bajo. Le gusta que lo llamen Riser. Ya está. Hecho.

—Todo como debe ser, todo cierto —asintió Riser, satisfecho—. Mis abuelos construyeron muros aquí para protegernos y guiarnos.

»Lo verás después del alba. Ahora... demasiado oscuro. Buen momento para

averiguar nombres. ¿Cuál es tu nombre auténtico, joven Forerunner?

Que un Forerunner revelara el nombre concreto que utilizaba a cualquiera de fuera del Manipulus... y a humanos, además... ¡Fabuloso! Un auténtico corte de mangas a mi familia.

—Bornstellar —contesté—. Bornstellar Makes Eternal Lasting, algo así como Nacido en las Estrellas Que Perdura Eternamente. Forma Cero, Manipular que no ha sido puesto a prueba.

—Qué cosa tan larga —dijo Riser.

Abrió los ojos de par en par, se inclinó al frente y mostró aquella lasciva sonrisa Florian que iba de oreja a oreja y echaba los labios hacia atrás para indicar un enorme regocijo.

—Pero tiene un sonido la mar de agradable.

Me recosté. Cada vez me acostumbraba más a su forma de hablar veloz y aflautada.

—Mi madre me llama Born —dije.

—Mejor el diminutivo —repuso Riser—. Born entonces.

—Llega la mañana. Pronto hará más calor, y habrá luz —dijo Chakas—. Removed la tierra. No queremos que nadie encuentre huellas.

Yo sospechaba que si alguien de Edom me buscaba, o si los vigilantes de la Bibliotecaria decidían efectuar una comprobación desde la órbita, desde un drone, o directamente con un vuelo a baja altura, nos encontrarían sin importar cómo ocultásemos nuestras huellas. De todos modos, no dije nada a mis compañeros. En el poco tiempo que llevaba en Erde-Tyrene ya había aprendido una verdad importante: que entre los pobres, los oprimidos y los desesperados, es donde se saborea la valentía insensata.

Era obvio que yo era un insensato, pero, al parecer, mis dos compañeros creían ahora que podría ser valiente.

Barrimos nuestras huellas con una hoja de palma que recogimos de la vegetación de la orilla.

—¿A qué distancia está el centro de la isla? —pregunté.

—Piernas largas, viaje más corto —respondió Riser—. Fruta a lo largo del camino. No comas. Provoca cagalera. Déjamela toda a mí.

—No nos hará daño —me confió Chakas—. Si es que nos deja algo a nosotros.

—No vamos a la montaña —indicó Riser, y se abrió paso entre la vegetación—. No hace falta cruzar el lago interior. Un laberinto, un poco de niebla, una espiral, luego un salto o dos. Mi abuelo vivía aquí, antes de que hubiera agua.

Cada vez resultaba más curioso. Yo sabía a ciencia cierta —una vez más, por mi ancilla— que habían inundado el cráter y plantado los merses en el lago hacía mil años.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Doscientos —respondió Riser.

—Para su gente, tan sólo un jovencuelo —dijo Chakas, luego efectuó un ruidito seco con la lengua y las mejillas—. Un pueblo diminuto, vidas largas y memorias más largas.

El Florian lanzó una especie de relincho.

—Mi familia creció en islas por todas partes. Construimos muros. Mi madre procedía de aquí antes de conocer a mi padre, y se lo contó, y él me lo contó, canción de chasquidos y silbidos descarados. Así es como conoceremos el laberinto.

—¿Canción de chasquidos?

—Eres un privilegiado —dijo Chakas—. Los *hamanunes* no revelan a menudo estas verdades a desconocidos.

—Si es que son verdad —repuse.

Ninguno de ellos se ofendió. Los humanos que había conocido parecían extraordinariamente insensibles. O lo que era más probable, las declaraciones de un Forerunner significaban poco en un mundo que pensaban que les pertenecía.

Amaneció por fin, y con rapidez. El cielo pasó del naranja suave al rosa y luego al azul en unos pocos minutos. De la jungla no llegaba ningún sonido, ni siquiera el susurrar de hojas.

Había estado en pocas islas en mi corta existencia, pero nunca había conocido ninguna que fuera silenciosa como una tumba.

2

Seguí el paso persistente y rápido del pequeño humano a través de la maleza baja y pasé por delante de los troncos desnudos y escamosos de muchas palmeras, coronadas con erizadas copas llenas de ramas. El sotobosque no era espeso pero era regular... demasiado regular. Los senderos, si es que había alguno, me resultaban invisibles.

Chakas iba unos pocos pasos por detrás, luciendo una leve sonrisa perpetua, como si se preparara para soltar algún chiste sobre nosotros dos. Yo no había aprendido aún a interpretar con seguridad las expresiones humanas. Sonreír abiertamente podría significar un ligero regocijo, pero también podría ser el preludio de una agresión.

El aire era húmedo, el sol intenso y nuestra agua —transportada en tubos fabricados a partir de alguna especie de hierba de tallo grueso— estaba caliente. También se estaba agotando. El *hamanune* hizo circular uno de los últimos tubos. Los Forerunners no pueden contraer enfermedades humanas —ni ninguna otra enfermedad, si llevan puesta la armadura—, pero compartí el tibio líquido de mala gana.

Mi buen estado de ánimo desapareció. Había algo curioso e inesperado en el aire... Sin mi armadura, descubría instintos en los que no sabía que podía confiar. Antiguas dotes, antiguas sensibilidades, ocultas hasta ahora por la tecnología.

Hicimos una pausa. El Florian reparó en mi creciente irritación.

—Haz sombrero —dijo a Chakas, haciendo gestos con los dedos—. Forerunner tiene cabellos como cristal. El sol le quema la cabeza.

Chakas alzó la vista, resguardándose los ojos con la mano, y asintió. Me echó una ojeada, calculando la medida de mi cabeza, antes de encaramarse a un tronco pelado. A mitad de camino, arrancó una rama seca y la arrojó al suelo.

El humano pequeño se mostró muy contento.

Contemplé cómo Chakas finalizaba su ascensión, trepando como una oruga. Una vez en lo alto, sacó un cuchillo del cinturón de cuerda y cortó a machetazos una rama verde, que también dejó caer. Luego volvió a descender, resbalando por el tronco y

saltando la última mitad del trecho para aterrizar sobre las piernas dobladas con un amplio floreo. Con gesto triunfal, se llevó la mano a la boca y emitió con los labios un balido musical.

Nos detuvimos a la sombra del árbol mientras tejía una protección para mi cabeza. A los Forerunner nos gustan los sombreros; cada forma, rango y Manipulus tiene sus propios diseños ceremoniales, que se lucen sólo en ocasiones especiales. Sin embargo, hay un día, durante la Estación de la Gran Estrella, en que todos lucen el mismo estilo de tocado. Nuestros sombreros eran mucho más señoriales y bonitos que lo que Chakas me entregó finalmente, pero con todo, me lo coloqué en la cabeza... y descubrí que me quedaba bien.

Chakas se puso en jarras y me inspeccionó con semblante crítico.

—Bien —sentenció.

Seguimos adelante durante horas hasta que llegamos a un muro bajo construido con piedras de lava talladas con minuciosidad. El muro avanzaba entre los árboles. Desde lo alto, habría mostrado una línea sinuosa, como una serpiente reptando a través de la jungla.

Riser se sentó sobre el muro, cruzó las piernas y masticó una hojita verde que había sobrado de mi sombrero. Hizo girar la cabeza despacio, los enormes ojos castaños moviéndose a derecha e izquierda, y movió los labios hacia fuera. El *hamanune* no tenía barbilla; nada que se pareciera al rasgo prominente que hacía que Chakas mostrara un parecido con mi especie. Pero el pequeño humano compensaba con creces esa carencia con sus elegantes labios móviles.

—Los antiguos hicieron esto, más viejos que abuelo —dijo, palmeando las piedras, luego arrojó a un lado la triturada brizna verde y se puso en pie y mantuvo el equilibrio sobre el muro con los brazos extendidos a los lados—. Vosotros seguir. Únicamente *hamanune* camina arriba.

Riser corrió a lo largo de la parte superior. Chakas y yo lo seguimos, uno a cada lado, apartando maleza y esquivando algún que otro de los belicosos crustáceos terrestres que no se apartaban por nadie, amenazando con sus poderosas pinzas. Casi me metí entre ellos... hasta que recordé que no llevaba armadura. Aquellas pinzas podían arrancarme una parte del pie. ¡Qué vulnerable era a todo! El entusiasmo de la aventura empezaba a diluirse. Los dos humanos no habían hecho nada abiertamente amenazador, pero ¿durante cuánto tiempo podía contar con eso?

No lo tuvimos fácil para mantener el ritmo del pequeño Florian.

Unos cientos de metros más tarde, el muro se bifurcaba. Riser se detuvo en la confluencia para estudiar la situación. Balanceó el brazo a la derecha. La persecución se reanudó. A través de los árboles, ahora más tupidos, a nuestra izquierda, vi la playa interior. Habíamos cruzado el anillo. Más allá se alzaba imponente el pico central, rodeado por el lago interior de la isla anillo, todo ello dando forma a una especie de

diana de tiro al arco dentro del cráter.

Me pregunté si también habría merces en aquellas aguas.

Mi mente divagó. Quizá una antigua y poderosa nave Precursora se había estrellado desde el espacio, y el pico central era el producto de oleadas de roca fundida desplazándose hacia adentro antes de solidificarse. Deseé en aquel momento haber pasado más tiempo escuchando los relatos de mi padre de intercambio sobre el modo en que los planetas se formaban y cambiaban, pero no compartía su fascinación de Minero por la tectónica, salvo en los casos en los que podría ocultar o dejar al descubierto tesoros.

Algunos artefactos de los Precursores eran lo bastante viejos como para haber pasado por infinitos ciclos a lo largo de millones de años, arrastrados al fondo envueltos en roca y vueltos a empujar a la superficie a través de volcanes o fumarolas. Indestructibles... Fascinantes. Y, por el momento, inservibles.

Chakas tuvo la audacia de darme un golpecito con el dedo. Me eché atrás.

—No harías eso si llevara mi armadura —dije.

Los dientes del humano relucieron. ¿Se estaba volviendo más agresivo, o no era más que su modo de mostrar afecto? No tenía modo de juzgarlo.

—Por aquí —llamó Riser desde el lugar al que se había adelantado a la carrera.

Nos abrimos paso por una zona especialmente espesa de espigados árboles frondosos de troncos y ramas de un rojo intenso. El Florian nos esperaba en el punto donde el largo muro bajo llegaba a un brusco final. Más allá se extendía una llanura lisa y blanca, con el lago interior a un lado, la playa formando una línea negra y gris, y la jungla en el otro. De nuevo quedaba a la vista el pico central, desprovisto de vegetación, igual que un pulgar negro surgiendo del pálido centro azul verdoso de la diana.

—Muy bien, joven Forerunner —dijo Chakas, acercándoseme por detrás.

Me volví de un salto, pensando por un momento que iba a apuñalarme. Pero no... el humano de piel bronceada se limitó a señalar al otro lado del erial blanco.

—Tú pediste. Nosotros te trajimos aquí. Culpa tuya, no nuestra. Recuérdalo.

—No hay nada aquí —repuse, mirando a través de los bancos de arena.

Olas de calor quebraban el contorno del extremo opuesto del erial en forma de aterciopelados resplandores.

—Vuelve a mirar —sugirió Riser.

En la base de los resplandores, lo que parecía agua era en realidad cielo refractado. Pero a través de los resplandores me pareció ver una hilera de simios descomunales... enormes simios blancos, procedentes sin duda del punto más bajo del disparatado capricho de la Bibliotecaria. Iban y venían con el espejismo... y entonces quedaron inmóviles, no vivos sino petrificados: tallados en piedra y dejados para que destacaran sobre los bancos de arena igual que piezas sobre un tablero de

juego.

Un viento refrescante susurró al exterior desde el pico negro, llevándose el creciente calor, y las figuras de simios desaparecieron.

No era un espejismo, después de todo; era algo más engañoso.

Me incline para recoger un poco de tierra. Coral y arena blanca mezclados con ceniza volcánica fina y dura. Toda la zona olía levemente a fuego antiguo.

Paseé la mirada entre los guías humanos, sin habla.

—Camina —sugirió Riser.

La caminata hasta el centro del blanco desierto requirió más tiempo del que esperaba, pero muy pronto caí en la cuenta de que cruzábamos un deflector —un lugar protegido por distorsiones geométricas—, o como mínimo un aturridor, protegido por ilusiones falsas.

Al parecer, hacía mucho tiempo, un Forerunner había decidido que había que ocultar el erial de visitantes curiosos. Me resguardé los ojos con la mano y alcé la vista hacia la cubierta de cielo. Eso significaba que probablemente tampoco se podía ver desde lo alto.

Los minutos se convirtieron en una hora. No conseguíamos mantener una línea recta y lo más probable era que anduviésemos en círculos. Sin embargo, seguimos adelante. Mis pies, calzados con sandalias humanas que no me iban bien, hacían crujir levemente el suelo. Granos afilados de arena se clavaban en las sensibles plantas de mis pies y se introducían entre los dedos.

Los dos humanos mostraban una gran paciencia y no se quejaban. Chakas montó sobre sus hombros al *hamanune* cuando resultó evidente que la arena ardiente lastimaba los pies desnudos del hombrecillo.

El último de nuestros tubos de agua se agotó. Riser lo arrojó a un lado con un relincho resignado, luego volvió la cabeza para mirarme, tapándose y destapándose los ojos con una mano. Pensé que era una señal de vergüenza, pero volvió a hacerlo, luego me dirigió una mirada severa.

Chakas explicó.

—Quiere que te tapes los ojos. Ayuda.

Me tapé los ojos.

—Sigue andando —indicó Chakas—. Si paras, podríamos perderte.

No podía evitar alzar las manos para atisbar.

—No mires. Camina a ciegas —insistió Riser.

—Estamos andando en círculos —advertí.

—¡Vaya círculos! —replicó Riser con entusiasmo.

El sol los estaba afectando. Sentí como si estuviera al cuidado de un par de humanos con insolación.

—¡Izquierda! —gritó Chakas—. ¡A la izquierda, ahora!

Vacilé, alcé las manos, y vi a mis dos guías —varios pasos por delante de mí— desaparecer bruscamente, como si se los hubiera tragado el aire. Me habían abandonado en mitad de la llanura, rodeado de arena blanca y lejana jungla. Más allá, a mi derecha, se alzaba un bulto borroso que podría ser o no el pico central.

Me preparé para lo peor. Sin armadura, sin agua, moriría en cuestión de días.

Chakas reapareció a mi izquierda. Me cogió del brazo —me desasí con brusquedad al instante— y permaneció a cierta distancia, como un recortable plano, con los bordes flojos y dando la impresión de ondear. Parpadear no aclaró la aparición.

—Haz lo que te dé la gana —dijo—. Gira a la izquierda, o vete a casa. Si puedes encontrar el camino para salir de aquí.

Luego volvió a desaparecer.

Giré despacio a la izquierda, di un paso... y sentí como todo mi cuerpo tiritaba. Estaba ahora sobre una pasarela negra baja que describía una curva a la derecha y luego de nuevo a la izquierda, flanqueada a ambos lados por rasposa arena blanca. De modo que había sido un deflector y no un aturridor. Un Forerunner había ocultado el lugar hacía mucho tiempo usando tecnología anticuada; como si esperara que unos humanos listos y persistentes conseguirían burlar la vieja tecnología.

Delante, bien visibles ya, no había simios blancos, sino doce trajes de combate Forerunner de tamaño medio, dispuestos en un amplio óvalo de unos cien metros en su eje más largo. Había pasado largas horas estudiando armas y naves antiguas, para distinguirlas mejor de hallazgos más interesantes, así que, tragándome la decepción, los reconocí como esfinges de combate; en los que habían volado a combatir Sirvientes-Guerreros en épocas pasadas pero que en la actualidad se encontraban sólo en museos. Antigüedades, sin lugar a dudas, y era posible que todavía activas y poderosas... pero carentes por completo de interés para mí.

—¿Es eso todo lo que tenéis que enseñarme? —pregunté, indignado.

Chakas y Riser permanecieron fuera de mi alcance, colocados en posturas de veneración, como si estuvieran en oración. Curioso. ¿Humanos orando a armas antiguas?

Devolví la mirada al círculo petrificado. Cada esfinge de combate tenía diez metros de altura y veinte de largo; más grandes que los trajes Forerunners contemporáneos que efectuaban la misma función. Una cola alargada contenía los elementos propulsores y la potencia, y desde ella, en la parte frontal, se alzaba un grueso torso redondeado. Encima del torso, integrada homogéneamente en el diseño curvilíneo global, había una cabeza abstracta con un rostro obstinado y altivo...: una cabina de mando.

Di un paso al frente, mientras decidía si cruzar el tramo de terreno llano que quedaba entre la pasarela y los «gigantes» blancos dispuestos alrededor del centro del

erial.

Chakas alzó los brazos cruzados y suspiró.

—Riser, ¿cuánto tiempo han estado aquí estos monstruos?

—Mucho tiempo —respondió este—. Antes de que el abuelo volara a pulir la luna.

—Quiere decir más de un millar de años —interpretó Chakas—. ¿Lees escritura Forerunner antigua? —me preguntó.

—Algo —dije.

—A este lugar no le gustan los humanos —indicó Riser, y tensó los labios hacia atrás y negó con la cabeza con energía—. Pero el abuelo atrapó abejas en un cesto...

—¿Le vas a contar el secreto? —preguntó Chakas con consternación.

—Sí —asintió Riser—. No es listo, pero es bueno.

—¿Cómo lo sabes?

Riser enseñó los dientes y asintió con la cabeza con energía.

—El abuelo pone abejas en un cesto grande. Cuando zumban fuerte, para y agita el cesto en esta dirección, luego en esa. Cuando dejan de zumbar, va en esa dirección.

—¿Te refieres a que hay indicadores... indicadores infrarrojos? —pregunté.

—Lo que tú digas —convino Riser con un mohín—. Las abejas saben. Si vives, deja caer rocas para que otros puedan seguir... hasta donde consigas llegar.

Ahora que sabía qué buscar, vi —a través del resplandor— que, en efecto, había líneas de guijarros pequeños, que se interrumpían y giraban, trazando un dibujo sobre la, por otra parte, lisa arena.

Riser nos guió por el irregular sendero, deteniéndose de vez en cuando para gorjear consigo mismo, hasta que nos paramos justo a pocos metros de la esfinge más próxima. Hice una pausa a su sombra, luego me incliné hacia ella y alargué la mano para tocar la superficie blanca, cubierta de agujeros producto de siglos de batallas y polvo de estrellas. No hubo respuesta. Inerte.

Alzándose imponentes sobre mí, las facciones ceñudas seguían resultando impresionantes.

—Están inactivas —dije.

La voz de Riser adoptó un tono de cierta veneración.

—Cantan —repuso—. El abuelo oyó.

Aparté la mano.

—Dijo que estos son trofeos de la guerra. Importantes para viejo tipo grande. Alguien los puso aquí para custodiar, vigilar, esperar.

—¿Qué guerra, me gustaría saber? —preguntó Chakas, y me miró como si yo pudiera responderle.

Sí que lo sabía. O lo sospechaba con bastante fundamento. Las esfinges tenían aproximadamente la edad necesaria para proceder de las guerras entre humanos y

Forerunners, unos diez mil años atrás. Pero no me resultaba agradable hablar de ello con mis guías.

Riser abandonó la pasarela y caminó con cuidado alrededor de la unidad de combate. Yo hice lo mismo a continuación, observando las puntas lisas de la cola ahorquillada del traje, los túneles abiertos en cada bifurcación que conducían, sin duda, a los propulsores. No había puntos de conducción visibles. En el lado opuesto, advertí los contornos de manipuladores replegados y escudos replegados.

—Bloqueado durante miles de años —dije—. Dudo que valgan nada.

—No para mí —indicó Riser, alzando los ojos hacia el humano más joven y alto a la vez que hacía un puchero con los labios.

—Para él, quizá —replicó Chakas en voz baja, agitando la mano para indicar el centro del óvalo... un tramo vacío de arena distorsionada—. O ella.

—¿Él o ella? —pregunté.

—¿Quién te eligió? ¿Quién te guió? —preguntó Chakas.

—¿Te refieres a la Bibliotecaria? —inquirí.

—Ella viene a nosotros cuando nacemos —dijo Chakas, con el rostro ensombrecido por la indignación y algo más—. Vela por nosotros a medida que crecemos, conoce lo bueno y lo malo. Se regocija ante nuestros triunfos y llora cuando fallecemos. Todos percibimos su presencia.

—Todos lo hacemos —afirmó Riser—. Hemos estado esperando justo el momento adecuado, y justo al idiota adecuado.

No había duda de que bajo su protección aquellos humanos habían crecido arrogantes y presuntuosos. Pero no había nada que pudiera hacer. Los necesitaba.

—¿Está ahí fuera? —pregunté, señalando el pico central.

—Nunca la vemos —respondió Chakas—. No sabemos dónde está. Pero te envié, estoy seguro de eso.

Mi ancilla. No sabían hasta qué punto estaban en lo cierto.

—Debe de ser de verdad un gran poder, para organizar todo esto —dije, pero a mi voz le faltaba convicción.

—Mediante la suerte es como lo hace —repuso Chakas.

Una vez más, viejos Forerunners conspiraban para dirigir mi vida.

Riser se agachó y agitó una mano por encima de lo que parecía un espacio vacío de arena. El movimiento apartó a un lado una neblina baja, desvelando por un momento un pedazo grande y plano de lava negra.

—Bueno para muros.

Pasamos por encima de la roca y penetramos en el óvalo central bordeado por las esfinges. De improviso, sentí un escalofrío; una conciencia de que estaba en un espacio sagrado, no para los humanos, sino para otro poder. Algo grande y antiguo estaba cerca —un Forerunner, de eso estaba seguro—, pero ¿de qué rango? Teniendo

en cuenta las esfinges, un Sirviente-Guerrero parecía lo más probable.

Pero ¿de qué edad?

Procedente de las guerras humanas. Hacía diez mil años.

—No me gusta estar aquí —dijo Riser—. No soy valiente como el abuelo. Tú sigue adelante. Yo me quedo.

—Sigue los guijarros y las rocas —indicó Chakas en voz baja—. Allí donde acaban las rocas, no ha pisado jamás ningún humano... y vivido. Lo que hay que hacer, no puedo hacerlo; ni tampoco puede Riser. —El joven humano sudaba y tenía la mirada extraviada.

El universo Forerunner poseía una rica historia de imposibilidades que se convertían en verdad. Yo me consideraba un pragmático, un realista, y hallaba la mayoría de tales historias poco satisfactorias, frustrantes, pero jamás aterradoras. Ahora estaba no tan sólo irritado, estaba asustado..., mucho más asustado de lo que había estado en la embarcación.

Cuando los Forerunner mueren —por lo general por accidente o, en raras ocasiones, durante una guerra—, se ejecutan ceremonias complejas antes de que sus restos sean eliminados en fuegos de fusión asociados con las actividades de los rangos a los que pertenecen: una antorcha de fusión o un cúter planetario.

En primer lugar, se extraen los últimos recuerdos del Forerunner de su armadura, la cual conserva unas pocas horas de las pautas mentales de su ocupante. Esta esencia reducida —un fragmento espectral de la personalidad, y no el ser completo— se coloca en un Confinador con cerradura de tiempo. Al cuerpo se le prende fuego a continuación en una ceremonia solemne a la que asisten sólo los parientes más próximos. El Forerunner designado como Señor del Manto conserva un trozo de plasma de la inmolación y lo guarda junto con la esencia dentro del Confinador.

A continuación se entrega el Confinador a los miembros más cercanos de la familia del difunto, a quienes se encomienda el asegurarse de que jamás sea mancillado. Un Confinador tiene una vida media de más de un millón de años, y las familias y los rangos protegen celosamente los lugares donde se guardan. En los manuales sobre búsqueda de tesoros que había leído a lo largo de los años, a los buscadores se les advertía con frecuencia que estuvieran atentos a las señales y evitaran las ubicaciones de tales elementos. Dar con un Confinador de una familia sería considerado sin la menor duda como un sacrilegio.

—Este es un mundo indigno —murmuré—. Ningún Forerunner querría ser enterrado aquí.

Chakas apretó las mandíbulas y me fulminó con la mirada.

—Son todo estupideces —insistí—. Ningún rango elevado sería enterrado aquí. Además, ¿qué tesoro podría estar guardado cerca de una sepultura? —proseguí, llevando mis arrogantes palabras hacia una cuestión más relevante—. Y si jamás

habéis conocido a la Bibliotecaria cómo...

—La primera vez que te vi, supe que eras el elegido —dijo Chakas—. Ella viene a nosotros cuando nacemos...

—Ya dijiste eso.

—Y nos dice lo que debemos hacer.

—¿Cómo podía saber qué aspecto tendría yo?

Chakas no hizo caso a mis palabras.

—Le debemos nuestras vidas a la Bibliotecaria, todos nosotros.

Una Operaria de la Vida tan poderosa como la Bibliotecaria sin duda alguna poseía los medios para imponer una orden genética que durara generaciones sobre los objetos de su estudio. Tal compulsión habría recibido en tiempos pasados la denominación de *geas*. Algunos estudiantes del Manto creían incluso que los Precursores habían impuesto un *geas* a los Forerunners.

Cada vez lamentaba más haber dejado mi armadura en la embarcación, pues necesitaba con urgencia preguntar a mi ancilla cómo podían saber estos humanos que debían esperar mi aparición.

—¿Qué harás si me voy a casa ahora y abandono esta búsqueda?

Detrás de nosotros, Riser soltó un resoplido. Chakas sonrió y la sonrisa no mostró el menor humor, ni tampoco un prelude de agresión, sino desprecio, creo.

—¿Si somos tan débiles y nuestro mundo es tan indigno, de qué tienes miedo?

—De cosas muertas —dijo Riser—. Forerunner muerto. Nuestros muertos son amistosos.

—Bueno, mis antepasados pueden permanecer en la tierra y yo me sentiré más que contento —admitió Chakas.

Sus palabras me escocieron. Con un brusco acopio de confianza, y tal vez incluso con una leve arrogancia, empecé a caminar en dirección al centro del círculo, separando la neblina con oscilaciones del pie, a la vez que buscaba los guijarros depositados por generaciones anteriores de los *manunes*. Debió de dar la impresión de que danzaba en dirección al centro, observado con hosca desaprobación por el óvalo de esfinges de combate colocadas de cara al interior. Armas antiguas, una guerra antigua. Las esfinges lucían las cicatrices de viejas batallas, de guerras que ya no importaban a nadie.

Miré por encima del hombro. Chakas estaba recostado con indiferencia en la proa de una esfinge. El semblante severo de la máquina lo contemplaba iracundo igual que un sacerdote con aire de desaprobación.

Hace falta mucho para provocar a mi gente a iniciar una guerra, pero una vez provocada, la guerra es llevada a cabo sin piedad, de un modo total, por nuestros Sirvientes-Guerreros. Existe una especie de turbación en ese lento ascenso hasta la furia total que a los Forerunners no les gusta reconocer. Va en contra del mismo

Manto que tanto nos esforzamos por heredar y retener, pero desafiar a los Forerunners es, al fin y al cabo, mostrar desdén por el Manto mismo.

A lo mejor ese era el caso aquí. Monumentos del pasado. Pasiones escondidas, violencia escondida, vergüenza escondida. Sombras de historia olvidada.

A unos veinte metros del centro del círculo, una patada lateral con la sandalia que me cubría el pie dejó al descubierto otro bajo muro negro. Más allá del muro no había más guijarros... ya no había indicadores. Me arrodillé para introducir la mano en la arena y hacerla deslizar entre los dedos. La arena volvió a caer al suelo, lisa otra vez, sin señales. Pero en la palma, la arena había dejado un regalo singular.

Le di vueltas en los dedos.

Una esquirra de hueso.

No había ni rastro de las huellas de mis pies. La arena no se pegaba a los zapatos, o a los pies, y ni un solo grano quedó adherido a las palmas de las manos, a la piel, a cualquier sitio. Un foso de arena construido para resistir tormentas e intrusiones, construido para la eternidad, para que jamás quedara borrado, para que jamás quedara del todo olvidado.

Diseñado para matar a cualquier intruso que no siguiera los rituales exactos. A cualquiera a quien no se quisiera aquí.

Por encima de mí, algo tapó el cielo. Había estado estudiando la arena con tanta atención que ni había percibido el efecto sobre el suelo ni oído el sutil sonido de aire en movimiento de una nave, hasta que su sombra me pasó por encima y alcé bruscamente la mirada.

Tal y como había temido, una de las naves de extracción de mi padre de intercambio me había encontrado. Reacia a enfrentarse a la vergüenza de perderme, mi familia sustitutoria había enviado grupos de búsqueda por todo el sistema para encontrar a su pupilo.

Me erguí muy tieso, esperando a que la nave descendiera, esperando a que me llevaran al interior de la bodega y se me llevaran a toda velocidad antes siquiera de que tuviera la menor idea de por qué estaba aquí. Giré en redondo y miré en dirección al círculo de máquinas de guerra. A Chakas y a Riser no se los veía por ninguna parte. A lo mejor se habían dejado caer por debajo de la neblina, o retrocedido corriendo a través del aturridor, en dirección a los árboles.

La nave minera era un objeto feo, sombrío y totalmente práctico. Tenía el vientre salpicado de garfios, elevadores, cortadores y batidores perfectamente visibles. Si el capitán de la nave así lo deseaba, sus motores podían convertir con facilidad todo el cráter Djamonkin en un tornado humeante de rocas arremolinadas y mineral, tamizando, alzando y almacenando aquellos componentes que quisiera llevar de vuelta.

Yo odiaba lo que representaba.

Odiaba todo aquello.

El navío prosiguió con su planeo lento y regular por encima del cráter. La arena no se rizó bajo la presión de sus elevadores, las rocas no retemblaron; no oí nada salvo una sutil ráfaga de aire, como viento corriendo entre los árboles. Hundí los hombros y me arrodillé en señal de sumisión; no tenía elección. Podría volver a escapar, pero lo dudaba.

Al cabo de un rato, el borroso extremo opuesto de la sombra de la nave cruzó sobre mi cuerpo y la luz del sol volvió a desperdigarse por el otro lado del erial de arena. La nave minera se elevó despacio con pesada gracia, luego aceleró y voló por encima del pico. Siguiendo adelante.

No podía creer en mi buena suerte. A lo mejor el engaño que proyectaba la isla podía ocultarnos de las sondas de búsqueda exhaustiva de una nave minera...

Mi alivio duró poco. Oí un gemido melódico. Chakas y Riser entonaban a coro una canción horrorosa, lo que carecía por completo de sentido. La arena, que había resistido a la inmensa presión del navío, se arremolinó ahora bajo mis pies y me derribó. Aparecieron ondulaciones, que me levantaron como una ola, y caí de costado y fui arrastrado, describiendo una espiral, en dirección al muro de piedra. La áspera lava me arañó violentamente. El movimiento cesó, pero un hoyo semiesférico se abrió ante mí.

En la parte central, un cilindro blanco coronado por un capitel de piedra negra se elevó despacio hasta una altura de más de cincuenta metros.

Chakas y Riser detuvieron sus gemidos. La isla quedó en silencio. No tenía una opinión que ofrecer, de modo que no efectuó ningún comentario.

El navío Minero había desaparecido de la vista tras el pico, luego girado al norte, y en aquellos momentos estaba casi más allá de la línea del horizonte.

Mis compañeros aparecieron de nuevo, poniéndose en pie a través de la bruma baja. Riser corrió a lo largo de los indicadores, con los brazos extendidos a los lados en balanceante equilibrio, y se quedó parado sobre el muro interior, con los ojos bajados hacia mí. Se acuclilló; los dedos de los pies le asomaban por el borde.

—Grande —dijo—. ¿Te buscaba?

—No es fácil ocultarle nada a una nave Minera —comenté—. Escanean a gran profundidad y a fondo.

—Sitio especial —repuso Riser.

Chakas venía hacia nosotros a grandes zancadas, hurgándose otra vez los dientes con una fibra de palma: un gesto que parecía pensar que denotaba sofisticación.

—Funcionó —dijo, protegiéndose los ojos con la mano.

—¿Cantasteis para hacer que se fuera? —pregunté.

—No es canción —respondió Riser.

Intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

Me di la vuelta para examinar la columna surgida del hoyo. Sin lugar a dudas Forerunner, pero demasiado grande para ser un Confinador. En color y forma parecía encajar con el estilo severo de un monumento que podría hallarse fuera de un templo dedicado a la batalla, conmemorando arrepentimiento y pesar eterno. Un monumento militar, desde luego, concordaba más con las esfinges de combate.

Fui hacia el hoyo y me detuve en el borde un momento, considerando mis opciones. Los *hamanunes* habían visitado con frecuencia la isla; habían explorado, construido muros, colocado senderos, desafiado al aturdidor constantemente.

Hice girar la esquirra de hueso en los dedos.

Luego, como si se hubieran dado por vencidos, los humanos se habían marchado... dejando que la isla rumiara sobre su propio enigma. Últimamente, sin embargo, algunos visitantes —en su mayor parte Florians, adiviné— habían empezado a cruzar otra vez el lago lleno de merses, como si previeran un cambio, un despertar. Siguiendo su *geas*. Era evidente que la Bibliotecaria había sintonizado a estas gentes para llevar a cabo una tarea concreta y muy difícil.

Y ahora... la canción.

Nos estaban utilizando a todos. Podía sentirlo. Pero ¿con qué propósito?

Los dos humanos observaban con curiosa expectación desde el muro interior.

—¿Alguna idea? —gritó Chakas.

—Sigue adelante —sugirió Riser, con un gesto de la mano—. Te da la bienvenida.

—Eso no lo sabes —replicó Chakas al Florian.

—Lo sé —insistió él—. Baja. Tócalo.

Yo había estudiado puede decirse que todas las fuentes que trataban de mitos y tesoros de los Precursores; pero ahora me esforzaba por recordar otros relatos..., relatos que había oído en mi juventud sobre las extrañas costumbres de unos Sirvientes-Guerreros de clase alta conocidos como Prometheans: costumbres anticuadas y vistas en raras ocasiones en la actualidad... es decir, en la época de mi familia. Costumbres que implicaban reclusión y el autoexilio.

En los archivos de los buscadores de tesoros, tales relatos iban seguidos indefectiblemente por advertencias. En el caso de tropezar con algo llamado un Cryptum o un Torreón de Guerrero, había que dejarlo en paz. Violar un Cryptum, fuera lo que eso fuera, traía consigo consecuencias desagradables, entre las cuales ocupaba un lugar predominante el enojar al sumamente protector gremio de los Sirvientes-Guerreros.

Eso también podía explicar por qué la nave Minera había seguido adelante.

Por la que puede que fuera la primera vez en mi vida, decidí pensar un poco antes de llevar a cabo ninguna acción temeraria. Me aparté del hoyo, me reuní con los humanos en el muro, y me senté junto a Chakas. Este alzó el sombrero de hojas de

palma y se secó la frente.

—¿Demasiado calor para ti? —preguntó.

—Vuestros gritos... vuestra canción. ¿Dónde aprendisteis eso?

—No canción —repitió Riser, que parecía perplejo.

—Contadme más sobre la Bibliotecaria —dije—. Os protege. Os marca al nacer. ¿Cómo os marca?

—Ella no nos marca. Nos visita —respondió Chakas—. Se nos dice quiénes somos y por qué estamos aquí. Aun cuando no sea un secreto, es difícil de recordar.

—¿A cuántos Forerunners zoquetes habéis traído a este lugar? —pregunté.

Chakas sonrió burlón.

—Tú eres el primero —dijo, y luego retrocedió como si yo fuera a golpearlo.

—La Bibliotecaria os dijo que traerais a un Forerunner aquí, ¿no es cierto?

—Ella vela por todos nosotros —repuso Riser, y se relamió—. En una ocasión fuimos grandes y muchos. Ahora somos pocos y pequeños. Sin ella estaríamos muertos.

—Riser, tu familia ha conocido esta isla durante mucho tiempo —continuó Chakas—. ¿Cuánto? ¿Mil años?

—Más tiempo.

—¿Nueve mil?

—Es posible.

Desde la época en la que habían puesto a la Bibliotecaria al cuidado de Erde-Tyrene. Desde que los humanos habían sido transferidos y exiliados aquí.

Un Torreón de Guerrero, si era eso lo que era, oculto en un planeta de exiliados. Detectaba un patrón pero no conseguía verlo con claridad: algo sobre política Forerunner y la guerra con los humanos... Jamás me había importado demasiado esa clase de historia, pero ahora echaba de verdad en falta a mi ancilla, que podría haber recuperado cualquier información que yo necesitara casi al instante.

El sol empezaba a desplazarse hacia el oeste. Pronto descendería tras el pico central y quedaríamos en sombras. En estos momentos, sin embargo, el calor en la isla anillo alcanzaba su mayor intensidad, y empezaba a sentirme incómodo sentado sobre el muro negro rodeado de deslumbrante arena blanca; arena controlada para permanecer aquí toda la eternidad.

Me levanté, tomada una decisión, y me alejé del hoyo y el pilar.

—Llevadme de vuelta a la playa. Llamad a la embarcación.

Los dos humanos parecieron sentirse incómodos.

—La embarcación no regresará hasta dentro de unos días —replicó Chakas.

Supongo que les habría encantado dejar abandonado a su suerte aquí a un joven Forerunner tonto, largándose con su armadura y regresando furtivamente a Marontik; pero lo que no tenía sentido era que ellos se quedaran atrapados allí con su

desventurada víctima.

Entorné los ojos. El sol me los lastimaba.

—De hecho no planeasteis nada de esto, ¿verdad? —pregunté.

Riser negó con la cabeza. Chakas se abanicó el rostro con el sombrero.

—Pensábamos que harías algo emocionante.

—Todavía esperamos —afirmó Riser.

—Donde vivimos es aburrido —declaró Chakas—. Aquí fuera... —Alzó la mano e indicó con un ademán la inmensa y ardiente bóveda azul—. A lo mejor a ti y a mí nos aplasta la monotonía. A lo mejor tú y yo pensamos igual.

Algo me agarrotó el cuello, luego hizo que me doliera la cabeza, pero no fue el último destello resplandeciente del sol. Podía percibir a los dos humanos junto a mí, sentados en silencio en el muro de piedra, pacientes, aburridos... sin ser conscientes del peligro. Como yo en tantos aspectos.

«Demasiado parecidos a mí».

Hay momentos en la vida en que todo cambia, y cambia a lo grande. Los antiguos textos sofistas se refieren a estos momentos llamándolos síncronos.

Según se cree, los síncronos unen entre sí grandes fuerzas y personalidades... No puedes predecirlos y no puedes evitarlos, y sólo en raras ocasiones puedes sentirlos. Son como nudos que avanzan muy despacio por tu cinta de tiempo y, en última instancia, te atan a las grandes corrientes del universo... te ligan a un destino común.

—Todo este cráter es un misterio —dijo Chakas—. He soñado con él toda mi vida. Pero si penetro en este círculo, o me alejo de las líneas del laberinto, me matará. Sea lo que sea, no le gustan los humanos. La arena desciende por nuestras gargantas. Cuando estamos muertos, la arena vuelve a trepar al exterior. Ahora, te traemos a ti, y todo cambia. Este lugar te reconoce.

—¿Por qué tendría que haber nada que fuera valioso o siquiera interesante atrapado aquí, en un mundo cubierto de humanos?

—Ve a preguntarlo —sugirió Riser, señalando la columna—. Suceda lo que suceda, cantaremos tu historia en el mercado.

Anocheía, pero el aire se mantenía cálido e inmóvil. Supe que tenía que dirigirme al pilar. Si no podía manejar un Cryptum, entonces casi con toda seguridad, cuando llegara la hora, me fallaría el valor cuando me enfrentara a algo mucho más antiguo y aún más desconocido.

Me aparté de la pared y di un paso. Luego miré atrás, a los dos humanos.

—¿Lo percibís? —pregunté.

Riser afirmó con un gesto sin vacilar.

—¿Percibir qué? —preguntó Chakas.

—Los lazos que nos unen.

—Si tú lo dices —repuso aquel.

Embusteros. Estafadores. Seres inferiores apropiados sólo para ser conservados como especímenes. Claro que la arena los asfixiaría.

Pero no a mí.

3

Pasé por encima del reborde y descendí al hoyo. Primer paso. La arena no se hundió sino que me mantuvo en equilibrio, como si cada pisada creara su propio peldaño. Segundo paso. Ningún contratiempo.

En pocos segundos estuve de pie junto al pilar, con su ancho capitel negro alzándose imponente sobre mí. La oscuridad tropical que se había deslizado sobre la isla era profunda, pero las nubes se abrieron y una franja difusa y titilante de estrellas iluminó la arena, el hoyo, el pilar. Me arrodillé. Alrededor de la base se desplegaba una única línea de texto en antiguos y ondulantes caracteres digon, utilizados casi exclusivamente por Sirvientes-Guerreros... y en la historia reciente tan sólo por su clase más poderosa, los Prometheans. Yo estaba lejos de familia, rango y categoría, pero lo que leí en aquellos caracteres definía prácticamente mi actitud con respecto a la existencia:

«Eres lo que te atreves a ser».

Todo encajaba. Esto confirmaba lo que había sentido momentos antes. Un joven Forerunner, un Manipular inferior, había sido reclutado con suma habilidad por la ancilla de la Bibliotecaria... siguiendo instrucciones de la mismísima Bibliotecaria. Lo habían depositado en la isla anillo del interior del cráter Djamonkin y luego guiado a una extraña parcela de arena blanca custodiada por impasibles esfinges de combate. Sus guías lo habían instado a cruzar un mortífero erial de arena y piedras, luego, sin que ni siquiera Rieran conscientes de ello, tales guías habían entonado una canción preprogramada, y por primera vez en un millar de años el emplazamiento había cambiado... reaccionado, respondido.

«Eres lo que te atreves a ser».

No había la menor duda de que tenía el síncrono encima. Por las sensaciones que reptaban arriba y abajo de mi espalda y cuello, percibí que un lazo conectivo de líneas de universo me ataría durante mucho tiempo —tal vez para siempre— a los dos humanos que aguardaban en la oscuridad, más allá, en el círculo de piedra. Me pregunté si ellos lo sabían.

Extendí la mano y la posé sobre la superficie lisa del pilar. La fría piedra pareció tiritar bajo mis dedos. Una voz ascendió, vibrante, por el brazo y resonó en los huesos de mi mandíbula.

¿Quién saca al Didacta de su viaje de meditación?

La sorpresa me dejó inmobilizado. Pánico y asombro pasaron raudos por mi mente. Los relatos todavía se repetían transcurridos miles de años... ¡El Didacta! Aquí, rodeado por la última población de humanos de la galaxia... Ni siquiera un idiota como yo podría creer tal cosa. No tenía ni idea de qué hacer o decir. Pero en la oscuridad, a mi espalda, los humanos empezaron a cantar otra vez. Y con aquella canción que gemía y temblaba, la voz del pilar cambió su tono desafiante.

Un mensaje de la misma Moldeadora de Vida, expresado de un modo extraño... pero el contenido es correcto. ¿Es hora de resucitar al Didacta y devolverlo a este plano de existencia? Un Forerunner debe dar la respuesta.

En realidad sólo existía una respuesta sensata: «No. Lo siento. ¡Déjalo tranquilo! Ya nos vamos...».

Pero eres lo que te atreves a ser, y la oportunidad de conocer a ese héroe, enemigo de todos los humanos... Tan sólo el más idiota de los Forerunners jóvenes osaría hacer esto, y por lo tanto, una vez más, me habían elegido bien.

—¿Re... re... resucitarlo? —dije—. ¿Te refieres a... traerlo de vuelta...?

Traerlo de vuelta. Un Forerunner lo ha ordenado. Hazte a un lado, joven mensajero —ordenó la voz—. Mantente bien atrás. Este es un sello milenario, mantenido por la sabiduría de Harbou, reforzado por la fuerza de Lang... y la potencia de su ruptura será grande.

4

La arena en el interior del hoyo se arremolinó hacia fuera en crestas en espiral, moviéndose alrededor de mis pies pero sin hacerme perder el equilibrio. El pilar pareció fundirse, deslizarse al interior de la arena, y el movimiento abrió un agujero más profundo que dejó al descubierto un recipiente ovoide enterrado a muchos metros por debajo de la superficie. Retrocedí, para no dar un traspié y caer en lo más profundo.

Los dos humanos y yo volvimos a aguardar en la pared, esquivando la arena a medida que ella misma se arrojaba al exterior para formar pulcras pilas cónicas en todas direcciones.

Al final, el hoyo se convirtió en un pozo.

El gran recipiente de cobre y acero, de más de diez metros de altura y al menos lo mismo de ancho, brillaba como si acabaran de forjarlo.

Riser parloteaba consigo mismo, sin duda entonando pequeñas plegarias a dioses menores. O a lo mejor el *hamanune* tenía a dioses mayores, dioses enormes, a quienes compensar. Chakas no hacía nada salvo observar y saltar a un lado cuando era necesario.

Ya era bastante malo que un Forerunner de otro rango perturbara el Cryptum del Didacta, pero si de verdad este recipiente era portador del gran guerrero Promethean, este podría sentirse sumamente contrariado al encontrarse en la presencia de los descendientes de su antiguo enemigo.

Una vez más la voz zumbó en los huesos de mi cráneo.

—Distancia mínima de seguridad, cincuenta metros. Hazte a un lado. El sello milenario se romperá en cinco, cuatro, tres, dos...

—Mirad hacia otro lado —advertí a los dos humanos y, como uno solo, todos apartamos los ojos.

Oí un retumbo chisporroteante y vi incluso a través de las palmas de las manos un fogonazo de azul transcrónico. El resplandor mostró los huesos de mi mano, se dejó sentir en mis vísceras, y me hizo sentir inmensamente viejo, como si pudiera

desmoronarme convertido en polvo. Me pareció percibir intensas pulsaciones de memoria procedentes de todos los que habían elegido jamás penetrar en un Cryptum y seguían encerrados herméticamente en profunda trascendencia meditativa, unidos hermanos y hermanas en una intemporal *xankara*.

Otro fogonazo iluminó la noche, este totalmente blanco, surcado por arcos de fuego verde. Detrás de nosotros, a través de la jungla, las hojas de palma oscilaron con violencia, atrapadas en un remolino de vientos cambiantes. Miré a todas partes salvo al recipiente Cryptum.

Luego, todo finalizó. El pozo quedó en silencio. Imágenes residuales danzaron a través de la oscuridad y desaparecieron. Aparecieron ahora las primeras luces del amanecer; parecía que habían transcurrido simples segundos y, sin embargo, teníamos la mañana ya allí. Pronto hubo luz, y se nos permitió ver con claridad lo que habíamos hecho.

El recipiente ovoide se había dividido en tres secciones por encima de la banda que discurría a lo largo de su línea media. Las secciones se habían abierto hacia fuera, como el cáliz protector que cae para dejar una flor al descubierto. Pero la gran figura que quedó así al descubierto no era ni con mucho tan bonita como una flor. De hecho, enroscada como alguna clase de embrión monstruoso y arrugado, se asemejaba a un gran cadáver reseco por el tiempo..., momificado.

En la ciudad me habían ofrecido visitas guiadas de catacumbas llenas de muertos humanos, un espectáculo vergonzoso típico, pensé, de tales seres degradados. Hay cosas por las que no siento curiosidad. Sin embargo, ahora contemplaba los deshonrosos restos mortales de un Promethean. No tenía ni idea de qué sucedía en el interior de un Cryptum ni por qué ningún Forerunner de tal fama y rango elegiría un exilio así, tanto si lo impulsaba la penitencia como la demencia...

En un principio, no oí acercarse a las esfinges. Desde su inmóvil círculo, tres de las máquinas habían desplegado unas enormes piernas curvas y pasaban ahora por encima de los muros bajos de roca negra. Entre las balanceantes piernas y ganchos chisporroteaba una intensa luz azul. La esfinge más próxima desplegó cuatro brazos justo de debajo de la portilla de la cabina de control vacía y tejió una red holgada de cuerdas plateadas. Luego, la esfinge pasó por encima de nosotros y descendió al pozo, mientras que en el otro lado del círculo otra esfinge descendió también y alargó los brazos al interior del Cryptum abierto para alzar con delicadeza el cuerpo apergaminado del Didacta.

Con una paciencia infinita, las máquinas envolvieron el cuerpo con la red, luego se retiraron del pozo, con la red y su contenido balanceándose despacio entre ellas. Transportaron al Didacta justo por encima de nosotros, y alcé los ojos para mirar el arrugado pellejo, con sólo un mínimo de ropa para ocultar las caderas huesudas. No pude ver ni el rostro ni la cabeza, pero recordaba a Sirvientes-Guerreros que habían

visitado a mi familia en Orion... Poderosos y sumamente apuestos, que me proporcionaban en mi fresca y tranquila habitación infantil tanto visiones de poder como pesadillas de gran destrucción.

Como un Promethean de los Sirvientes-Guerreros de máximo rango, el Didacta, reanimado y desenroscado, podría haber tenido el doble de mi estatura y pesado entre cuatro y cinco veces lo que yo. Los hombros podrían haber sido en una ocasión tan anchos como mis brazos extendidos; pero en la actualidad, al carecer de armadura, vivo o muerto, parecía tan vulnerable y feo como un ave recién salida del cascarón.

Con andares humildes y torpes, seguí a las máquinas y salté por encima de los muros, haciendo caso omiso del sendero prescrito. Chakas no dijo nada mientras caminaba detrás de mí. Riser siguió el camino ceremonial de sus antepasados y se rezagó.

—¿De verdad, es esto tesoro? —preguntó Chakas, dubitativo.

—No tesoro —respondí—. Desastre. Cualquier Forerunner que perturba un Cryptum... Sanciones. Deshonra.

—¿Qué es un Cryptum? —preguntó Chakas.

—Una cripta de eternidad. En búsqueda de sabiduría, o para huir de un castigo, un rango adulto podría elegir la senda de la paz infinita. Sólo se les permite a los más poderosos, cuyo castigo podría resultar conflictivo para las jerarquías Forerunner.

—¿Y sabiéndolo, sin embargo lo abriste? ¿Castigarán a humanos, también?

No había defensa, no había excusa. Sentí a la vez bochorno y desdicha.

—No fui yo... No tan sólo yo. Vosotros cantasteis la canción correcta y eso la oyó —contesté.

—¿Te alegra compartirla culpa?

Riser nos había alcanzado, corriendo a lo largo del muro a la vez que mantenía el equilibrio con los brazos extendidos.

—No cantamos nada —dijo el hombrecillo.

Chakas se encogió de hombros y desvió la mirada.

Me asombró su temeridad, que no desaparecieran en la jungla. Las esfinges de combate atravesaron la elipse de sus compañeras todavía paralizadas y, sin aminorar la marcha, pasaron al otro lado, luego se abrieron paso con estrépito al interior de la jungla.

Dos más de las doce esfinges originales se alzaron entonces sobre unas extremidades que lanzaban chispas azules, las articulaciones animadas por una luz intensa, y siguieron a las otras a través de una senda despejada de follaje triturado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Chakas mientras nos abríamos paso con cuidado por encima de palmeras y arbustos aplastados.

—Aguardar las represalias —respondí.

—¿También nosotros? ¿De verdad?

Los contemplé y sentí lástima. Era probable que aquellas esfinges de combate hubieran matado a muchos de los antepasados de Chakas... Los humanos debían de haber pecado enormemente contra el Manto para merecer un destino así.

5

Las esfinges dieron la vuelta a la isla anillo en dirección este, dirigiéndose de modo gradual al exterior. Siguiéndolas por el sendero que abrían, llegamos por fin a la playa del otro lado y miramos a través del amplio lago exterior, en dirección al lejano borde del cráter.

Las esfinges transportaron su carga a un edificio bajo y plano construido de simple metal gris. La construcción carecía de los nódulos y proyecciones que conformaban las elaboradas estructuras exteriores comunes en la arquitectura Forerunner. A decir verdad, desde el espacio, podría haber parecido un depósito de almacenaje olvidado, y con el telón de fondo de la hilera de palmeras altas, mirando desde el lago, apenas si se habría advertido su presencia. Cada vez resultaba todo más misterioso.

Las cuatro esfinges se aproximaron en fila de a dos. La pareja que transportaba al Didacta paró ante una amplia rampa descendente: la entrada. Oí el sonido de puertas enormes que se abrían de par en par, y las esfinges descendieron sigilosamente la rampa hasta el interior del edificio.

Las otras dos se dejaron caer al suelo en el exterior y doblaron piernas y brazos con runruneos y suspiros apenas audibles. El resplandor azul de sus articulaciones perdió intensidad hasta desaparecer.

Pasamos despacio por delante de la pareja inmóvil, temerosos e inseguros de si hacían el papel de guardianes o volvían a ser tan sólo monumentos otra vez. Mostrándose el más valiente de todos, Riser se detuvo para dar unas palmaditas a la superficie llena de hoyos de la máquina más próxima, provocando el enfado de Chakas:

—¡No hagas eso! Podrían vaporizarnos.

—Eso no lo sé —repuso él, con los ojos entrecerrados, las orejas tiesas y los labios apretados.

Sin duda, era su semblante desafiante.

Efectivamente, las esfinges parecían tan impasibles y antiguas como siempre.

Atisbé hacia abajo desde la entrada. Había caído arena por la rampa, y en esta aparecían las huellas dejadas por las pisadas de las otras esfinges. Al fondo, todo era oscuridad.

Las puertas seguían abiertas. «Eres lo que te atreves a ser».

—Quedaos aquí —indiqué a Chakas, y empecé a descender por la rampa.

Él alargó la mano para agarrar mi hombro.

—No es asunto tuyo —dijo, como si le preocupara mi seguridad.

Aparté su mano con suavidad. El contacto con su carne no fue tan repugnante como había pensado; no tenía un tacto muy diferente al de la piel de un Forerunner joven... la mía.

Sin duda no era posible que pudiéramos ser hermanos, los dos moldeados por los Precursores...

—Creo que la Bibliotecaria nos quería a todos aquí —dije.

Mi miedo se había fusionado con mi audacia y con alguna otra cualidad que confundí con valor, conformando una determinación idiota. Yo era como un insecto volando hacia una llama, seguro de que prometía, si no una justificación y salvación completas, al menos una aventura suprema.

—Alguien deslizó mensajes en vuestros cerebros antes de que nacierais. Alguien os dijo que atrajeseis a un Forerunner. Cantasteis los códigos apropiados, y el Cryptum se abrió.

Chakas puso cara de sorpresa, luego se arrodilló y sostuvo los brazos por encima de la cabeza, dando la espalda a la rampa. Riser se unió a él echándome una rápida ojeada, como si no estuviera seguro de que era el modo correcto de cumplir con el ritual.

—La Bibliotecaria nos toca a todos —repuso Chakas, y juntos susurraron en cánticos al unísono.

Proseguí mi descenso a la oscuridad. La primera cámara del interior del edificio era amplia y húmeda, de una altura de al menos cuatro veces mi estatura; apenas lo suficiente para dar cabida a las esfinges. El frescor se acumulaba abajo en tanto que el aire cálido se arremolinaba por encima de mi cintura. Una tenue luz verdosa creció en la oscuridad y vi, perfiladas, a las esfinges colocadas cara a cara por encima de un pozo amplio lleno de un líquido plateado. La red que contenía al Didacta estaba colocada entre ellas a pocos centímetros por encima del estanque. Me acuclillé tan cerca como me atreví del borde.

A mi alrededor, durante los pocos minutos siguientes, todo estuvo en silencio.

Entonces, la discordante voz volvió a dirigirse a mí.

Forerunner, ¿das testimonio de este regreso?

Intenté batirme en retirada, pero una brillante luz blanca descendió veloz del techo de la estancia y me retuvo. La luz titiló y anuló la voluntad de moverme.

—¿Das testimonio?

—Doy testimonio —dije con voz baja y trémula.

¿Hablas en nombre de este que está a punto de ser llamado de nuevo?

—No... no sé qué decir.

¿Hablas en su nombre?

—Hablo... por él.

¿Defiendes la decisión de traer al Didacta de vuelta de una paz sempiterna?

A mí, el cuerpo apergaminado me parecía muerto. Me pregunté si eso significaba que estaban a punto de resucitar al Didacta; algo que me habían enseñado que era imposible. Estaba claro que no comprendía nada de lo que sucedía, pero a aquellas alturas conocía el procedimiento lo bastante bien para limitarme a decir:

—Defiendo la decisión.

Del techo de la cámara, cuatro secciones en forma de cinta de armadura personal, lo bastante grandes para un Promethean de rango máximo, descendieron poco a poco a través de unas oberturas. Las piezas se cernieron a ambos lados de la red y de ellas pendieron largos tentáculos transparentes como el cristal que se llenaron rápidamente con líquidos de tres colores: los electrolitos y nutrientes básicos requeridos para viajes largos. La mayoría de las armaduras Forerunner estaban equipadas para mantener con vida durante años sin sustento exterior al que la llevaba.

Acércate —ordenó la voz—. *El Didacta no es consciente de este reino. Administra los fluidos reanimadores.*

Me temblaba todo el cuerpo, pero me introduje en el estanque y vadeé por el líquido plateado. Mis piernas se calentaron y los tentáculos se retorcieron hacia mí, sin agresividad, simplemente ofreciéndose, aguardando.

Las esfinges habían desplegado la red de tal modo que permanecía abierta en la parte superior y mostraba la figura hecha un ovillo. El rostro del Didacta era ahora visible por primera vez, y, en efecto, era un rostro recio, con la piel bien tensada sobre el cráneo.

Aplica los electrolitos, me indicó la voz.

Servicial, el tentáculo lleno de líquido rojo vino hacia mí, y lo agarré.

—¿En la boca? —pregunté.

Empuja a través de los labios. La deshidratación se invertirá. El rigor quedará suspendido.

Me incliné al frente, intentando no tocar los brazos apergaminados sin conseguirlo. La piel no estaba fría, sino cálida...

El Didacta no estaba muerto.

Hice que el extremo del tentáculo, una boquilla estrecha, chocara con los labios secos del Didacta, luego los abrí a la fuerza, dejando al descubierto unos dientes grandes de un blanco grisáceo. La boquilla liberó un torrente de líquido rojo entre las

mandíbulas apretadas. La mayor parte de él se derramó por las arrugadas mejillas y fue a parar al estanque.

Apliqué a continuación dos tonos de fluido azul y se oyó un crujido en el interior de la red; el enorme cuerpo se removi6. Las secciones de armadura se flexionaron por encima del Didacta como si estuvieran ansiosas por abrazarlo y protegerlo.

La intemporalidad es profunda. Regresa, pero despacio. Alza y estira su brazo con suavidad, indic6 la voz.

De no haber estado el brazo tan ajado, el peso podría habérmelo impedido. Pero hice lo que me decían. Rodeé a las esfinges, alcé e hice girar el otro brazo, luego estiré y flexioné las piernas —casi tan rígidass como si fueran de madera— hasta que la piel adopt6 un lustre diferente y recuper6 una especie de flexibilidad.

Seguí todas las instrucciones de la voz que vibraban a través de mi mandíbula, dando masaje y limpiando al Didacta con puñados del líquido plateado mientras él recibía más fluidos renovadores. Durante las siguientes cuatro horas ayudé con esmero a conseguir que el apergaminado Promethean se recuperara de su largo sopor, de aquel profundo exilio meditativo que era una vaga leyenda entre los Forerunners de mi edad.

A traerlo de vuelta de la dicha y la paz del espacio eterno.

Los ojos legañosos se abrieron. Dos lentes de protección se desprendieron y él pestañe6, luego alz6 la vista hacia mí con una terrible mirada severa.

—Te maldigo —murmur6, con una voz que era como rocas chirriando sobre el suelo de un océano profundo—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

No dije nada. No tenía ni idea de cuánto tiempo.

Se movió espasm6dicamente y forceje6, pero la red lo refrenaba, de modo que no pudiera moverse demasiado deprisa, demasiado pronto. Tras un embarazoso espacio de tiempo, volvi6 a dejarse caer, exhausto, y gotearon algunos fluidos de su nariz y labios. Intent6 hablar, pero le resultaba difícil.

Consigui6 vocalizar algo más... una pregunta.

—¿Han disparado por fin esa condenada cosa?

Vete ahora. Está hecho, me dijo la voz.

Salí con dificultad del estanque y abandoné la cámara. Los humanos me esperaban, pero yo estaba demasiado conmocionado y demasiado asustado para hablar.



El tiempo en la isla anillo parecía en suspenso.

Algo en el fluido plateado, en el chapoteo de los líquidos restauradores —en el aura de paz perturbada que había rodeado al Didacta—, me había afectado profundamente. Sentía como si me hubiese bañado en historia, vadeado a través del tiempo mismo.

Salieron y se pusieron soles, pero no estaba seguro de que fueran el mismo sol, ni que el firmamento nocturno fuera el mismo firmamento; todo parecía diferente. Los dos humanos permanecieron cerca, igual que mascotas preocupadas. Dormitamos juntos. Su contacto ya no me resultaba repugnante y me ayudaban a mantenerme caliente. Jamás comprenderías los humanos, pero podría sentir un cierto afecto por ellos. Lo cierto es que dormí por primera vez desde la infancia, lo que me confirmó que era la armadura lo que relevaba a los Forerunners de este acto natural.

Al cabo de diez días, el Didacta se aventuró a salir de la cámara para hacer ejercicio. La piel había perdido gran parte del aspecto arrugado y adquirido un tono rosa grisáceo más natural. Seguía sin llevar armadura, tal vez porque estaba decidido a recuperarse por completo, sin ayuda. Callado, taciturno, no pedía compañía y nosotros evitábamos cruzarnos en su camino. Sin embargo, tomé nota de los cambios que su regreso desde la eternidad habían traído al lugar.

Todas las esfinges de combate estaban activas ahora y recorrían con determinación la isla, abriendo nuevos senderos entre los árboles, aunque siempre dejaban los frondosos doseles verdes intactos. Asumí que establecían puntos de observación y líneas de comunicación entre posibles posiciones defensivas, pero tales preparativos parecían antiguos y peculiares, cuando menos. Tal vez el Didacta no había regresado con su inteligencia intacta.

En una ocasión, observamos cómo dos esfinges se fusionaban para crear una unidad de mayor tamaño, si bien con la misma expresión severa y sentenciosa tallada en la superficie delantera.

Desde cerca de la rampa, donde Chakas y yo almorzábamos a base de fruta y

cocos, contemplamos cómo el Didacta regresaba de una caminata que había empezado yendo al este y ahora finalizaba con su regreso desde el oeste; un circuito completo de la isla, siguiendo los nuevos senderos.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó Chakas, con la boca llena.

—Un reconocimiento del terreno. Preparándose para defenderse —supuse.

—¿Defenderse de qué? —inquirió Chakas, incrédulo.

Me pregunté si estos humanos sabían la suerte que tenían de que él no los hubiera aplastado ya con las enormes manos o hecho que las esfinges los redujeran a cenizas.

El Didacta descendió por la rampa, prestándonos la misma atención que podría haberle prestado a un arbusto azotado por el viento o a una caprichosa desbandada de aves.

—¿Por qué estamos aquí? —me preguntó Chakas en voz muy baja—. ¿Qué es él para la Bibliotecaria?

—Su esposo —respondí—. En las viejas leyendas, estaban casados.

Chakas mostró un semblante escandalizado, luego pareció asqueado.

—¿Los Forerunners se casan entre ellos?

Para ser sincero, yo me sentía igual de incrédulo. ¿Cómo podía formarse una alianza tan íntima entre el enemigo supremo de los humanos y su última y mayor protectora?

Lo expliqué sencillamente para pasar el rato.

—Los Forerunners se casan por muchos motivos, pero dicen que los rangos más inferiores se casan más a menudo por amor. Esto permite enlaces extraños. Los humanos jamás lo comprenderán. Vuestras propias costumbres son excesivamente primitivas.

Chakas no se lo tomó muy bien, que digamos. Maldijo por lo bajo y echó a correr a través de la jungla. Lo consideré de lo más obtuso por mostrarse tan reacio a aceptar el puesto que ocupaba en la vida.

Riser se aventuraba constantemente al interior de la jungla solo, y regresaba con más frutas y unos cuantos cocos. Parecía indiferente a lo que pudiera suceder a continuación.

El Didacta permaneció en su cámara esa tarde mientras yo efectuaba una caminata por la jungla con mis humanos (la propiedad parecía una relación más apropiada que la hermandad). Luego nos reunimos en la playa interior bajo un resplandor de estrellas. Mi aprensión y aturdimiento se habían disipado, y ahora —de un modo demasiado típico en mí, me temo— los reemplazaba el aburrimiento.

Habíamos cumplido nuestra función. Estaba claro que ya no éramos necesarios. Si no iban a matarnos o arrestarnos, si el Didacta hacía caso omiso de nosotros, entonces a lo mejor podríamos abrirnos paso hasta la orilla exterior y encontrar una embarcación.

Pero Chakas no pensaba lo mismo. Señaló que el perfil del pico central del cráter había cambiado.

—Lo verán desde el borde. Eso impedirá que vengan embarcaciones aquí.

Yo no me había dignado ser tan observador. Por lo general, la armadura personal efectuaba un seguimiento de los pequeños detalles cotidianos, dejando libertad a los Forerunners para dedicarse a pensamientos más elevados.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté, irritado—. Está oscuro. Todavía tiene árboles alrededor de la base y rocas desnudas en la cima.

—Creo que las máquinas están cruzando a ese lado y trabajando allí —dijo—. Sea como sea, algo está moviendo rocas.

—Las esfinges son máquinas de combate, no excavadoras.

—A lo mejor hay otras máquinas.

—No las he visto —indicué—. Y no oigo nada.

—Mañana —sugirió Riser, y desapareció en el interior del bosque, para no regresar en horas.

Chakas y yo nos encaminamos a la orilla exterior.

La noche siguiente, intentamos seguir a Riser en una de sus excursiones. Al parecer, al pequeño humano se le permitía deambular libremente, pero una solitaria esfinge de combate apareció veloz entre los árboles y se plantó sobre sus patas curvadas, cerrándonos el paso a Chakas y a mí.

—¿Qué somos, prisioneros? —chillé.

No respondió.

Chakas negó con la cabeza con una sonrisa burlona.

—¿Qué es lo divertido? —pregunté mientras regresábamos fatigosamente por donde habíamos venido, seguidos de cerca por la esfinge.

Riser pasó como una exhalación por delante de nosotros con un pequeño montón de nueces.

Chakas le gritó cuando pasó, pero no con enojo, sino divertido.

—Los *hamamtshes* son libres de ir y venir —dijo—. Se jactará de ello cuando lleguemos a casa. Parece que es nuestro superior aquí.

—Su cerebro es más pequeño que el tuyo —repuse.

—Y el tuyo es más pequeño que el del Didacta. Apostaría a que sí.

—No —repliqué, y estuve a punto de explicarle los modos de mutar de Manipular a rangos superiores y formas más importantes mientras regresábamos al claro que rodeaba la cámara semienterrada.

Pero mis palabras se acallaron de golpe.

El Didacta estaba sentado en una postura de tranquila reflexión en lo alto de la pared izquierda de la rampa. Sus ojos de oscuros párpados entornados siguieron nuestros movimientos por vez primera como si fuéramos dignos de alguna pequeña

atención. Lanzó un gruñido y bajó de un salto de la pared con recién descubierta agilidad.

—Manipular —dijo—. ¿Por qué están estos humanos aquí?

Chakas y yo estábamos de pie ante el Promethean, inmovilizados, en silencio, sobrecogidos. Ahí estaba, pensé... Había llegado el momento del juicio y el castigo.

—Dime, ¿por qué humanos?

—Este es nuestro mundo —respondió Chakas, en una imitación aceptable de la gramática y tono exaltados del Didacta—. Tal vez deberíamos preguntar por qué estás tú aquí.

Quise taponarle la boca con las manos, y me volví para reprenderlo, pero el Didacta alzó un brazo poderoso.

—Tú —dijo, señalándome—. ¿Cómo ha sucedido esto?

—El humano dice la verdad —contesté—. Este es un planeta reservado para ser ocupado por ellos. Vine aquí en busca de artefactos. Estos humanos me mostraron tu lugar de descanso. Tienen *un gea*...

—Un Cryptum no debe ser violado —me interrumpió, desviando la mirada al cielo—. Uno de vosotros halló un modo de abrir mi recipiente. ¿Quién? ¿Y cómo?

Su tristeza era como paño mortuario sobre la playa y la jungla. Para mí, en presencia de un Forerunner tan principal, fue como si el aire mismo se llenara con su fatigada melancolía.

—Los humanos cantaron canciones —respondí—, y el Cryptum se abrió.

—Únicamente hay un Forerunner que podría ser tan retorcido —declaró el Didacta, y su voz se suavizó—. O tan listo. Estabas a punto de decir que los humanos tienen un *geas*. Alguien les inculcó códigos en su infancia, o antes... genéticamente.

—Creo que podría ser así.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Quizá unos mil años —dije—. Un sueño muy largo.

—No fue sueño —repuso el Didacta—. Entré en el Cryptum en otro mundo. Alguien me trajo aquí. ¿Por qué?

—Somos instrumentos de la Bibliotecaria —dijo Chakas—. La servimos.

El Didacta examinó al humano con desagrado.

—Con mis esfinges, alguien ayudó a reanimarme.

—Yo lo hice —confirmé.

—Había esperado alzarme triunfal y viendo reconocido mi dictamen... pero en su lugar, me encuentro ante jóvenes estúpidos y los vástagos de antiguos enemigos. Esto es peor que la ignominia. Tan sólo otra razón..., otra provocación, haría que la Bibliotecaria me reanimara bajo estas humillantes circunstancias.

Alzó un brazo, luego ejecutó un breve ademán en el aire con los dedos. Las piezas de la armadura flotaron fuera de la cámara y el Didacta asumió una postura apropiada

para la colocación de las vestiduras, con los brazos extendidos. Las secciones de la armadura le rodearon las extremidades, el torso y, por fin, la parte superior de la cabeza, con relucientes bandas pálidas que flotaban a pocos centímetros por encima de la piel. Me sorprendió la sencillez del diseño de la armadura. La armadura de mi padre era mucho más elaborada, y sin embargo él no era ningún personaje legendario. Tales eran las normas suntuarias de los Forerunners; incluso un gran Promethean debía vestir por debajo del estilo de cualquier Constructor.

—Debe de existir una razón para que mi esposa no esté aquí para darme la bienvenida —afirmó el Didacta cuanto estuvo vestido por completo.

Extendió los brazos hacia las estrellas. De sus dedos salieron rayos, y bosquejó varias constelaciones, como si ordenara a las estrellas que se movieran. Me sentí extrañamente sorprendido cuando no lo hicieron.

Los haces de luz perdieron intensidad y se apagaron, y él cerró los dedos convirtiendo las manos en puños.

—No sabes nada.

—Eso me han dicho —asentí.

—Eres un simple Manipular, e imprudente, además. —Señaló a Riser—. Pequeño humano, conozco a los de tu especie. La tuya es una forma antigua. Pedí que se os preservara, porque sois pacíficos y estáis llenos de ingenio. Mascotas dignas de estima para divertir, y mediante su humilde ejemplo instruir a nuestros jóvenes. Pero tú... —Balanceó el dedo en dirección a Chakas—. Tú te pareces demasiado a los humanos que casi acabaron con mis flotas y asesinaron a mis guerreros. Mi esposa se ha tomado libertades. Me provoca. —Estiró los brazos y la armadura centelleó—. Tú me provocas.

El rostro de Chakas se oscureció pero, sabiamente, no dijo nada.

El Didacta pareció reconsiderar cualquier acción violenta. Dejó caer los brazos y la armadura regresó a un estado de protección.

—Manipular, ¿dónde viste la primera luz? —preguntó.

Expliqué que mi venerable familia Constructora había habitado desde hacía mucho tiempo sistemas situados en y alrededor del complejo de la nebulosa de Orion, cerca del núcleo Forerunner.

—¿Por qué estás desnudo?

—La isla está rodeada de merses —dije—. No toleran máquinas complejas. Mi ancilla...

—Mi esposa criaba merses en los bajíos de nuestro jardín —me interrumpió el Didacta—. A mí jamás me gustaron demasiado. Muéstramelos.

7

De mal humor, Chakas caminó lentamente por detrás del Didacta, Riser y yo mientras efectuábamos nuestra excursión a la orilla exterior, siguiendo uno de los senderos nuevos que habían abierto las esfinges; quienes, en efecto, actuaban como excavadoras, al parecer también con gran sorpresa por parte del Didacta. Para ser sinceros, este parecía con más frecuencia desanimado que controlando su entorno; con más frecuencia confundido que iluminado por lo que encontraba.

Carecía de explicación para la reestructuración del pico central.

—Estoy perdido aquí —dijo mientras echábamos una mirada al lago exterior del cráter Djamonkin.

Estudió a los merses que se revolcaban. Localizó un peñasco bajo y volvió a sentarse en aquella postura contemplativa que también parecía revelar agotamiento.

—Nadie puede decirme por qué no sigo en paz eterna.

—En exilio —dije.

Me fulminó con la mirada.

—Sí, exilio. Obligado a batirme en retirada por decir la verdad, por ofrecer sabiduría táctica y estratégica, inútil contra las aseveraciones temerarias del Maestro Constructor...

Se interrumpió.

—Pero esas cuestiones no son para los oídos de un Manipular. Dime... ¿están terminadas las armas? ¿Han sido usadas?

Le conté que no sabía nada de armas.

—Eso significa poca cosa. Como Manipular, no tienes necesidad de comprender las circunstancias de más calado que te rodean. Peor, no obstante, es que al parecer estás concentrado en el beneficio personal y la búsqueda de tesoros. Artefactos de Precursores. Sin duda buscas el Organon.

Sus palabras me sobrecogieron profundamente, no tan sólo porque eran ciertas.

—Soy honrado con mis objetivos. Busco diversión —respondí—. Las excusas para la aventura son medios para alcanzar un fin. «Eres lo que te atreves a ser» —

cité.

—Ya —murmuró el Didacta, sacudiendo la enorme cabeza—. Eso le dije a ella una vez, y me ha reconvenido por ello desde entonces.

Eché una mirada al lago y a la despejada mañana que amanecía. Una brisa penetró desde el oeste en el amplio cuenco del cráter y levantó salpicaduras en las azules aguas, provocando que los agitados merses crearan anillos de espuma.

—Bestias feas y despreciables —observó el Didacta, ya enfriado su rencor—. ¿Qué ritual os permitió venir aquí sin ser atacados?

Le expliqué lo de los humanos y sus embarcaciones de madera, propulsadas mediante vapor, pero que incluso así era necesario enviar quedas canciones al interior de las aguas para cruzar sin peligro.

—Los humanos construyendo herramientas... otra vez... Me han ocultado bien e ingeniosamente. Ningún otro Forerunner me habría buscado aquí.

—Mucho tiempo —confirmó Riser.

Parecía cómodo en compañía del Didacta... como por instinto. Lo vi con claridad. Una especie doméstica favorecida durante muchísimo tiempo...

No era de extrañar que Chakas estuviese de un humor de perros. Sus propios instintos, o bien estaban en blanco —borrados hacía mucho— o llenos de recuerdos mucho más siniestros.

—Tu Cryptum mataba a cualquier humano que se aproximaba —dije—. Al menos a cualquier humano estúpido.

—Un proceso de selección —repuso el Didacta.

—Pero había un modo seguro de entrar, en parte. Alguien creó un rompecabezas que permanecería en la imaginación humana. Así que acudían humanos una y otra vez y se sacrificaban, y los supervivientes levantaban muros y depositaban guijarros para mostrar el camino. Alguien quería que te encontrarán... cuando llegara el momento oportuno.

Esto pareció sumir al Didacta en un abatimiento más profundo aún.

—Entonces casi ha acabado —dijo—. Todo lo que hemos intentado hacer como herederos del Manto... todo será profanado, y la galaxia será asesinada... porque ellos no lo comprenden. —Dejó escapar un suspiro chirriante—. Peor, eso podría andar ya suelto. Únete a tus amigos humanos y canta canciones tristes, Manipular. Se ha dictado sentencia, y ha llegado el justo castigo para todos.

—Es lo que todos vosotros merecéis, nada más —aseveró Chakas, arrojando un resto masticado de hoja de palma al suelo.

El Promethean no le prestó la menor atención.



Esa noche, en la oscuridad, el perfil del pico central se modificó bruscamente. Miles de fuegos que chisporroteaban y resplandores carmesíes ardieron alrededor de la sobresaliente prominencia como el revoloteo de insectos luminosos, hasta que el amanecer los apagó con los primeros rayos amarillos del sol.

Riser me acompañó a la playa interior, compartiendo partes de un coco y la amarga fruta verde que era su favorita. También me ofreció un pedazo de carne cruda de algún animal que había atrapado en la oscuridad, pero, desde luego, lo rechacé. El Manto nos prohibía comer la carne de desventurados.

A Chakas no se lo encontraba por ninguna parte.

Lo que el sol reveló del antiguo pico fue un círculo de pilares esbeltos, que se alzaban miles de metros más allá de los restos de la base de una montaña y estaban rodeados de empinados toboganes de escoria. Nunca antes había visto algo semejante, y me pregunté vagamente si aquí, por fin, había una máquina de los Precursores activa al completo y lista para causar daño.

Me sentía muy confuso. Mi curiosidad por toda clase de cosas históricas la había suscitado el ejemplo del Didacta. Si él era de verdad el Didacta... ¿cómo podía un gran guerrero y defensor de la civilización Forerunner, cómo podía un Promethean auténtico, experimentar una sensación de derrota y pesimismo tan profunda? ¿Qué pasiones —qué aventuras— había conocido este Sirviente-Guerrero en su larga vida, y qué podía haber obligado a tal fortaleza a encogerse de miedo en un exilio meditativo?

No di demasiada importancia a su condena de otros Forerunners. La verdad es que la idea de un final a la historia de los Forerunners jamás se me había ocurrido. La hallaba absurda. Y sin embargo...

La idea de Sirvientes-Guerreros aplastando a especies enteras —ahora que había llegado a conocer a los humanos— parecía violar todos los preceptos del Manto. ¿No nos concedía el Manto dominio para permitirnos elevar y educar a los que eran inferiores a nosotros? Incluso los humanos, tan degradados, merecían ese respeto...

Al fin y al cabo, yo había aprendido mucho observando a Chakas, y mis opiniones sobre su degradada condición estaban cambiando. La culpa del Didacta por sí sola podría explicar su profunda sensación de oscuridad y fracaso.

Miré desde la orilla interior a los pilares que habían quedado al descubierto y me pregunté cuál era su propósito, qué se alzaría a través o alrededor de ellos. ¿Era algo para aso del Didacta? ¿Una baliza arquitectónica para anunciar su regreso? ¿O el instrumento final de su castigo?

No entendía nada sobre la política Forerunner. Siempre había desdeñado esta inquietud de las formas adultas, pero ahora me sentía débil en mi ignorancia. Lo que con más fuerza hizo añicos mi ingenuidad juvenil fue comprender que el mundo de mi gente —un mundo de orden social y reglamentación sempiternos, de paz interna contra desafíos externos— podría no ser eterno, que elevarse a través de las formas de Manipular a Constructor, o cualquiera otro destino al que yo volaba con tanta despreocupación... podría pronto no ser una opción.

Esta mañana, sentía la auténtica mortalidad por primera vez en mi vida. Y no tan sólo la mía. Ahora comprendía el profundo y antiguo símbolo para el Tiempo: las manos separadas y colocadas una frente a otra con rayos entre ellas, y los dedos extendidos encerrando en un triángulo el grupito de destinos más eficientes de los que no hay modo de regresar.

Chakas interrumpió mis pensamientos con un golpecito en el hombro. Volví la cabeza y lo vi de pie a mi espalda, con la vista puesta en los pilares con expresión de amargo temor.

—Vienen por el este —dijo.

—¿A través del lago, pasando por encima de los merses?

—No. El cielo se está llenando de naves. La Bibliotecaria ya no nos protege.

—¿Lo sabe el Didacta?

—¿Por qué tendría que importarme? —replicó él—. Es un monstruo.

—Es un gran héroe —lo rebatí.

—Y tú eres un estúpido —replicó Chakas, y corrió de vuelta a través de los árboles.



Las naves se movían despacio en una gran y ondulante línea gris y negra de este a oeste, como una banda de acero y adamando hendiendo el cielo. ¡Eran tantas...! Jamás había visto tantas naves en un único lugar, ni siquiera en días solemnes en el planeta natal de mi familia. Lo que no podía comprender era la razón de que fueran necesarias tantas, si de hecho estaban aquí para capturar y encarcelar a un único y viejo Sirviente-Guerrero.

Ni siquiera un Promethean, me parecía, merecía tal exhibición de fuerza.

Pero todos los que me rodeaban parecían pensar que era un estúpido; un bobalicón, incluso. Me mantuve en la playa interior, tumbado en la arena, observando cómo las naves descendían en cerradas formaciones describiendo una espiral en dirección al cráter Djamonkin. En el centro de la espira, una enorme nave Constructora —la más grande que había visto nunca— y un gran navío Minero, que superaba de largo a cualquier cosa que poseyera mi familia de intercambio, permanecían estabilizados en una nube diádica de energías amortiguadoras. El propio aire empezó a adquirir una sensación de rigidez y aspereza por la presión de tantísimas naves flotando suspendidas a baja altura.

Una sombra más cercana y oscura cruzó ante mi rostro, y al volver la cabeza me encontré con una esfinge de combate situada a unos pocos metros de distancia, alzada sobre sus patas curvas.

—El Didacta solicita tu presencia —anunció.

—¿Por qué? —pregunté—. La galaxia entera está llegando a un amargo final. No soy más que un pedazo de material de desecho carente de utilidad.

La esfinge se acercó un paso, desplegando los brazos superiores coronados con marañas de garfios flexibles. Una luz azul centelleaba intensamente a lo largo de todas las articulaciones.

—De modo que no es una petición, ¿eh? —dije, y me puse en pie—. ¿Voy andando? ¿O me estás ofreciendo llevarme?

—Deja de protestar, Manipular —entonó la esfinge—. Tu presencia será útil.

Por primera vez tuve la impresión de que podría haber más que una simple inteligencia mecánica bajo el revestimiento lleno de agujeros de la máquina.

—Quiere que sea testigo de cómo lo arrestan —aventuré—. ¿Es eso?

Los garfios se movieron veloces igual que los ágiles dedos de un maestro de *pan guth*.

—Estas naves no están aquí para arrestar al Didacta —me informó la esfinge—. Están aquí para requerir su ayuda. Él, por supuesto, dirá que no.

Yo no tenía respuesta para esto, así que seguí a la esfinge en silencio a través de los árboles que daban a la orilla interior. Puesto que la esfinge parecía haber encontrado una función nueva —contarme qué era qué—, aventuré otra pregunta.

—¿Qué pasa con la montaña? ¿Por qué demolerla?

—Es cosa de la Bibliotecaria.

—¡Oh!

Eso no me dijo nada, por supuesto, pero resultaba intrigante. Algo gordo estaba teniendo lugar, eso al menos era obvio. Sin mi armadura, no estaba en condiciones de encontrarme con mis superiores —ni siquiera con otros Manipulares, bien mirado—, pero el hecho de que el Didacta todavía supiera que yo existía y requiriera mi presencia también era intrigante.

Paseé la mirada por la orilla interior. Entonces un destello atrajo mi atención, y alcé los ojos en dirección a la base de la montaña, a los pilares que taladraban las nubes... y vi a las otras esfinges de combate volando por el lago interior y ascendiendo con rapidez a varios cientos de metros de altura.

Miré en derredor. La playa interior estaba desierta.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

La escotilla de la cabina de control de la esfinge se abrió con un fluido suspiro.

—Te reunirás con el Didacta. Entra.

Sabía lo suficiente sobre el protocolo de guerreros y sus máquinas para comprender que no me estaban reclutando para un combate glorioso y desafiante hasta el final. Y a continuación se me ocurrió...: los humanos también podrían estar viajando en las otras esfinges.

¿Por qué éramos tan importantes?

Intenté ascender gateando por la vieja superficie llena de agujeros. Los garfios se extendieron a mi alrededor proporcionándome estribos. Trepé al interior por la escotilla trasera, y esta se cerró herméticamente a mi espalda. La cabina tenía espacio suficiente para un Sirviente-Guerrero adulto, tan sólo un poco más pequeño que el mismo Didacta; ello me proporcionaba gran cantidad de espacio pero ninguna comodidad, ya que no había nada moldeado para contener a un Manipular mucho más pequeño y casi totalmente desnudo.

Había un escueto asiento, una variedad de anticuadas pantallas de datos, y tubos

de control diseñados para acoplarse a una armadura. Permaneciendo de pie en el asiento podía ver a través de las portillas de visión directa inclinadas hacia adelante que proporcionaban a las facciones de la esfinge la ilusión de que miraban al suelo con menosprecio.

Noté sólo una leve sacudida, y a continuación ya estábamos en movimiento, dando la vuelta para unirnos a la migración general hacia la montaña desmantelada y los pilares misteriosos. Por encima de la isla, la formación en espiral de las naves mantenía la posición y no hacía nada; puede que estuvieran enzarzadas en alguna especie de disputa.

Dondequiera que estuviera del Didacta, era probable que hubiera problemas. Me era imposible imaginar el poder que él había manejado en el pasado... que le permitía todavía, después de transcurridos mil años, hacer que legiones de Forerunners lo buscaran y congregaran sus naves sobre la isla.

Cruzamos el lago interior en cuestión de minutos, una velocidad pausada para una nave diseñada para descender de una órbita alta, barrer continentes y diezmar ciudades. La única cosa de la que carecían estas máquinas antiguas, pensé, era una conexión directa con el Slipspace. Pero tampoco lo sabía con seguridad.

Las esfinges describieron círculos alrededor de las zonas inferiores de los pilares, luego pasaron entre ellos y descendieron a una plataforma octogonal central. Allí, formaron en una elipse protectora, tal y como las había visto la primera vez sólo unos pocos días antes.

La escotilla se abrió. Salí y me deslicé por la curva posterior. Desde otra esfinge, Riser asomó la cabeza, claramente nervioso. No era lo bastante alto para ver por las portillas, pensé.

El Florian vino corriendo y se paró a poca distancia, retorciéndose las manos y temblando.

—Algo allí dentro conmigo —farfulló; luego me dirigió una sonrisa de suficiencia y se secó la frente con una mano—. No vivo. No feliz. ¡Muy malo!

La esfinge de combate doble, y por lo tanto de mayor tamaño, llegó la última y se posó en el centro de la elipse. Como en respuesta a su contacto, la plataforma vibró bajo mis pies y luego empezó a rotar. A nuestro alrededor, los pilares del pie de la montaña —y las naves en formación de lo alto— también parecieron girar. La espiral de naves adquirió la hipnótica fascinación de un remolino.

Nosotros no percibimos nada de tal movimiento, sin embargo, Riser profirió un gruñido de desaliento.

El Didacta descendió de la esfinge doble y se acercó sobre sus piernas gruesas como troncos para encararse con nosotros.

—Estás siendo secuestrado, Manipular —rezongó mientras los pilares aumentaban la velocidad—. Los humanos tienen que venir también. Os pido

disculpas a todos.

Miré abajo para evitar marearme, aun cuando no tuviera la sensación de girar en redondo...

—¿Por qué disculparse ahora? —pregunté.

El semblante del Didacta no cambió; no reaccionó ni lo más mínimo a mi insubordinación. Un mocoso como yo, rebelándome contra los miles de años de vida y experiencia del Promethean. Se limitó a mirar al exterior, frunció las cejas con concentración, y preguntó:

—¿Dónde está el otro humano?

—Escondido todavía —dijo Riser—. Mareado.

Chakas eligió aquel momento para asomar la parte superior del cuerpo por la escotilla de su transporte. Parecía grogui. Su descenso por la espalda inclinada de la máquina careció de la más mínima dignidad, y aterrizó sobre las piernas dobladas, luego se desplomó a un lado y vomitó.

—Mal cielo —indicó Riser con estoicismo.

El Promethean contempló tal señal de debilidad humana con la misma emoción que había mostrado ante mi insubordinación.

—En pocas horas, todas las señales de mi estancia aquí quedarán borradas. Nadie será capaz de demostrar que estuve aquí alguna vez.

—¿No pueden vernos las naves?

—Aún no. Pero es evidente que saben algo.

—¿Por qué tantas? —quise saber.

—Han venido a pedir mi ayuda... o a arrestarme otra vez. Creo que es lo primero, y creo que sé por qué; pero no debo ayudarlos. He permanecido aquí demasiado tiempo ya. Es hora de partir. Y todos vosotros vendréis conmigo.

—¿Adonde? ¿Cómo?

Mi respuesta llegó mientras hablaba. La plataforma seguía alzándose. A los pilares que nos rodeaban les salieron mamparos, vigas y montantes..., todos los elementos necesarios. La estructura de un viajero del Slipspace crecía a nuestro alrededor, casi demasiado rápido para poderle seguir la pista... hasta que los pilares quedaron tapiados, el cielo y las naves que describían círculos desaparecieron, y quedamos totalmente encerrados.

Chakas se acercó trastabillando y fue a detenerse a mi lado. Estaba claro que podría volver a vomitar. Una práctica repugnante y que se me da de bien poco, pensé.

Estaba flanqueado por humanos, con el Didacta ante mí, dándome la espalda y con los brazos extendidos, como si ordenara al viajero que se alzara y siguiera creciendo mediante los gestos de sus manos; lo que bien podría haber sido el caso.

—Podrían darse cuenta de lo que está ocurriendo —sugerí.

—Desde donde están, ven sólo una isla maciza y el agua del lago —respondió él

—. La nave crecerá y alzará el vuelo... y entonces lo sabrán. La Bibliotecaria diseña más allá de su condición. Siempre ha planeado bien las cosas.

—¿Construyó esto para ti? —pregunté.

—Para nuestra más noble causa —afirmó el Didacta—. Combatimos por la gracia del Manto.

Se volvió de cara a mí a la vez que nuestra estancia quedaba terminada, y vi que estábamos en el interior de un centro de mando grande y totalmente equipado. Ni mi padre habría diseñado una nave más avanzada. Podía imaginar con facilidad el casco exterior, un ovoide alargado, gris y reluciente, con una longitud de al menos mil metros. La energía empleada y el coste tuvieron que ser enormes; pero, con sumo ingenio, en lugar de ocultar una nave terminada, la Bibliotecaria debió de dejar la semilla del diseño de un Constructor bajo el pico central, actualizándola a medida que aparecían tecnologías nuevas. La tecnología Forerunner todavía seguía desarrollándose, incluso tras millones de años.

Debía de haber intercambiado grandes favores para conseguir una instalación como aquella.

Se activaron visualizadores por todo el centro de mando y mostraron vistas en muchas frecuencias y aspectos de la isla exterior, las lejanas paredes del cráter y, por encima, las naves de búsqueda allí congregadas.

Una única estrella brillante centelleaba justo fuera del círculo de navíos en el centro de la espiral formada por la flota. Aquella estrella marcaba el punto de partida calculado por nuestro viajero. En el inicio del Slipspace, no queríamos pasar a través de nada tan macizo como otra nave.

Nos alzamos de la isla. Las pantallas del centro de mando revelaron nuestro movimiento; nosotros no sentíamos nada. «En este punto, las naves tienen que vernos —pensé—. ¡Un navío tan grande tiene que dejar un rastro muy claro!».

Sentí esa breve sensación de estar libre de toda carga... de que se soltaba toda historia y memoria y luego se las volvía a ensamblar minuciosamente, mientras cada partícula de nuestra nave y de nuestros cuerpos era arrancada con violencia de la duplicada mano del tiempo y tenía que hallar nuevos escalares, nuevos destinos, muy, muy lejos.

—Sí —dijo el Promethean—. Estamos fuera. Ya está.

Los visualizadores rastrearon nuestro curso. Nos movíamos hacia fuera a lo largo del gran brazo en espiral que contenía tanto el complejo de Orion como a Erde-Tyrene; unas pocas decenas de millares de años luz.

Para nosotros transcurrirían horas como máximo.

De haber sabido adonde escapábamos, y lo que encontraríamos... En contra de los mandamientos más importantes y solemnes del Manto, podría haberme matado en aquel mismo momento.

Sabía lo suficiente sobre viajes interestelares para darme cuenta de que marcos horarios y sinos a nivel de referencia también se ajustaban. No existirían paradojas, ni tirabuzones, ni fruncimientos de líneas de universo en el Slipspace. Los secretos que existen entre las veloces partículas y ondas que componen los átomos se dice que son vastísimos, y a partir de esos secretos íntimos, los Forerunners han extraído poder suficiente para cambiar la forma de mundos, mover estrellas e incluso considerar la posibilidad del desplazamiento de los ejes de galaxias enteras. Hemos explorado otras realidades, otros espacios: Slipspace, negación de ubicación, Shunspace, geodesia fraudulenta, vacío natal, el territorio compuesto sólo de fotones llamado el Resplandor.

Pero la inmensidad existente entre soles es enorme y misteriosa de un modo muy diferente. Nuestra familiaridad con estas distancias casi se ha perdido, creo, porque las cruzamos con evidente despreocupación, pero la memoria de ningún Forerunner sería lo bastante grande —quizá ni siquiera las memorias combinadas de todos los Forerunners que hayan vivido jamás— para recordar los acontecimientos segundo a segundo que tienen lugar en un simple paseo entre dos estrellas vecinas, a esta distancia en el brazo galáctico.

Volamos al otro lado y por encima, pero apenas a través de todo eso. Y con todo... este viaje, en esta nave, me pareció que duraba una eternidad. Lo noté en mi carne y mis huesos desprovistos de armadura. Estaba desnudo ante el espacio por primera vez en la vida, y lo odié.

Llegamos. Y entonces, de un modo perverso, lamenté que hubiera finalizado.

Contemplamos desde lo alto un enorme y desolado mundo rocoso de color gris, un cadáver chamuscado y cubierto de escoria que debía de haber sustentado vida recientemente, ya que todavía se envolvía en una atmósfera que era suficiente para permitir sobrevivir a Forerunners con armadura..., por no decir a nuestros humanos.

Chakas y Riser permanecían en un rincón del centro de mando. Riser se removía en un semisueño inquieto. Chakas nos miraba con expresión asustada y furiosa. Sabía

que estaba lejos de casa, y sospechaba que jamás regresaría. No le debía nada a los Forerunners, y sobre todo no le debía nada al Didacta.

Lo cierto es que me preocupé por él... por extraño que parezca.

—Esto fue un mundo *hub* Precursor —dijo el Didacta—. Antiguamente estaba cubierto de construcciones formidables... en su mayoría intactas. De lo más impresionante.

Miré abajo, preparado para sentirme sobrecogido. Jamás había oído hablar de tal lugar, y tenía sentido que las formas superiores ocultaran tesoros auténticos.

La voz del Didacta se tornó más grave.

—Está cambiado —dijo.

—¿Cómo? ¿Está cambiado? —pregunté.

Caminamos por el centro de mando, pasando ante los humanos, con el Didacta encabezando la marcha, mientras examinábamos cientos de imágenes ampliadas recopiladas en nuestra primera órbita.

—No hay arcos orbitales. Parece como si se hubieran desplomado fuera de la órbita. Mira esos largos impactos lineales. Todo está corroído. Apenas si reconozco nada; ni el estadio, ni la Calzada, ni el Arsenal del Gigante. Nada, en realidad.

—Eso no puede suceder —repuse—. Los artefactos de los Precursores son eternos. Están con nosotros eternamente, como recordatorios de nuestra insignificancia.

—Al parecer no es así —dijo el Didacta, y parecía estar formulando una teoría.

Luego dio una palmada —poderosos impactos de armadura y carne— y dirigió un brazo a lo alto. El centro de mando acató la orden y empezó a buscar y ampliar el firmamento a través de un amplio espectro.

—¿Has estudiado los principios básicos de la tecnología de los Precursores, lo poco que conocemos? —me preguntó el Didacta.

—Lo poco que pensamos que sabemos. Nadie ha visto nunca tecnología de los Precursores en acción.

—Yo la he visto —replicó él, y me dirigió una mirada con el rabillo de los oscuros ojos rasgados—. Una vez. Cuéntame lo que sabes, qué ha cambiado en nuestra comprensión en los últimos mil años... y evaluaré si podrías serme útil.

—El principio básico recibía el nombre de física neural —dije—. Los Precursores opinaban que el Manto se extendía a todo el universo, a energía y materia, así como a criaturas vivas..., dicen algunos. El universo vive, pero no como lo hacemos nosotros.

—Dicen algunos. Desde mi exilio, ¿hemos descifrado sus técnicas, adquirido sus conocimientos?

—No. Es por eso que busco el Organon.

—Bueno, pues no existe —declaró el Didacta—■. No como tal.

Otro estrato de desilusión cayó sobre mis pensamientos.

—Supongo que lo sabía —repuse—, pero la búsqueda es lo que proporciona el placer.

—Sí. Siempre. La búsqueda, el combate... jamás el hallazgo o la victoria.

Alcé los ojos hacia el Didacta, sorprendido.

Los sensores del viajero escanearon calor y otras indicaciones de radiación en el firmamento, latencias en pautas de rayos cósmicos procedentes de la galaxia interior y de confines exteriores del brazo en espiral.

—Nuestros humanos deberían sentirse justo como en casa en este lugar —dijo—. En una ocasión, conocieron estos mundos mejor que los Forerunners. Pelearon y murieron aquí, rodeados de ruinas de los Precursores... —Se volvió despacio, con los visualizadores precediéndole silenciosamente, y luego señaló un vacío en el flujo magnético del sistema—. Recientemente hubo una estructura enorme a poca distancia, a no más de trescientos millones de kilómetros de aquí.

—¿Precursor? —pregunté.

—No. Forerunner; pero lo bastante grande. El tamaño y la masa fueron suficientes para crear una distorsión persistente en el campo del sistema. Fíjate... incluso deja una marca en los vientos estelares.

—¿Cómo de reciente?

—A juzgar por la difusión de su sombra magnética, hace unas cuatro o cinco décadas. La tecnología de portales se ha vuelto muchísimo más poderosa, pero para mover un objeto así, deben de estar reduciendo la velocidad de otro tráfico por toda la galaxia.

Movió las manos con rapidez, igual que un escultor, y arrastró hacia abajo gráficos virtuales, diagramas, simulaciones basadas en las mediciones del sensor... Lo que revelaron fue un espacio circular en el medio interestelar, y un larguísimo bucle en el campo magnético, vasto y que fluctuaba lentamente, de la estrella, sus pautas difuminándose hacia el exterior durante cientos de millones de kilómetros.

—Este mundo fue utilizado recientemente como sujeto de una prueba —dijo el Didacta—. Puedo adivinar por quien.

—¿Una prueba para qué?

—Transportaron una enorme arma pecaminosa al interior del sistema... y la dispararon. Luego se fueron y se la llevaron con ellos. Los Constructores siguen adelante con su plan: completa destrucción neural. Cuando inicié mi exilio, los diseños no estaban terminados. Al parecer, eso ha cambiado. Esta vez, la probaron a una escala limitada. De cualquier modo, ha habido un desafortunado efecto secundario, uno con el que espero que no contaban. Debemos actuar con rapidez.

Los visualizadores se estremecieron y desaparecieron.

—La Bibliotecaria se enteró de la prueba. Sabiendo que intentaría alertarme, los

Constructores establecieron una severa vigilancia sobre ella. No podía venir a liberarme ella misma, pero había dispuesto otras medidas utilizando a lo que más ama... nuestros más problemáticos hermanos. —Eché una veloz mirada a los humanos—. En última instancia, ellos ayudaron a evitar que me capturaran. Son sus sirvientes, tanto si lo saben como si no.

—Lo saben —afirmé.

—Y tanto si me gusta como si no, ella sabía que deben convertirse en mis aliados —señaló el Didacta—. Tú también. Vamos a bajar al planeta. Todos nosotros. Te hará falta una armadura. La nave te equipará.

La armadura tardó una hora en crecer a mi alrededor, con numerosas unidades de ingeniería medio visibles, pequeñas y grandes, revoloteando desde los mamparos para ajustar y conectar las piezas necesarias, activarlas... y, a continuación, soltarnos a mí y a mi recién confeccionada armadura.

En un principio los humanos se negaron, pero tras ser perseguidos por toda la cabina de mando por bandas ondulantes, fueron por fin acorralados y obligados a rendirse. Chakas pareció más dispuesto que Riser, curioso, incluso, pero el pobre Florian se sentía abochornado, refunfuñando para sí a la vez que temblaba. El Didacta intentó tranquilizarlo acariciándole con un dedo la mejilla. Riser lo mordió.

El Didacta retrocedió, luego aguardó con impaciencia.

Puesto que no había nada que hacer aparte de efectuar alguna mueca de dolor ante algún que otro pequeño pellizco de la armadura, observé a mi secuestrador Promethean con lo que esperé fuera más discernimiento y sofisticación, basado en la experiencia que había obtenido en los últimos lustros.

Nunca había conocido a nadie como el Didacta.

Los Sirvientes-Guerreros por regla general se mantenían aparte, salvo para responder a órdenes de líderes políticos, casi siempre Constructores. Unos pocos Guerreros, entre ellos los Prometheans, habían servido en el pasado en varios consejos pero sólo en calidad de asesores. La destreza en la guerra, por muy necesaria que fuera en ocasiones, siempre ha parecido vergonzosamente contradictoria con los principios básicos del Manto. Sin embargo, los Forerunners habían utilizado Guerreros en muchas ocasiones, era probable que volvieran a hacerlo.

La hipocresía es su propio pozo minero que se desploma, le gustaba decir a mi padre de intercambio.

El Didacta paseó a mi alrededor, dando puñetazos a las cintas de mis hombros y torso, hundiendo un dedo envuelto en una oscura protección en la zona intersticial de mi cuello, y en general efectuando una serie de pruebas contundentes sobre mi armadura, ninguna de las cuales consideré que fuera estrictamente necesaria. Mi

armadura —de suaves curvas y un gris plateado, los bordes del casco extendiéndose hacia atrás desde mis facciones, con ribetes blancos y verdes— era ya lo bastante funcional como para proporcionarme listas de estructuras de mando, como las que se pondrían a disposición de Manipulares. Pero aquí, en esta nave, el acceso parecía ampliado; como si accediera a los propios recursos del Didacta.

Y entonces oí una voz familiar.

La pequeña figura femenina de color azul volvió a aparecer en el fondo de mi mente y percibí cómo sutiles zarcillos establecían las conexiones necesarias con memoria y pensamiento. Mi ancilla...

—Estoy aquí, Manipular —dijo—. No puedo establecer una conexión con tu ancilla anterior. Hasta que se efectúe esa conexión, te serviré lo mejor que pueda.

—Pertenece al personal de la Bibliotecaria —afirmé más que pregunté.

—Eso parece.

—Una ancilla como tú me metió en esta situación. ¿Estás aquí para servirme a mí o a la Bibliotecaria?

—¿Te sientes decepcionado por tus circunstancias actuales?

Eso me desconcertó. Miré al otro lado del centro de mando. Los humanos se adaptaban con torpeza a sus equipos. Riser era mucho más alto de lo que estaba acostumbrado a ser, y caminaba con rigidez sobre unas piernas largas que lo ponían a la altura de Chakas.

El Didacta estaba sumido en el estudio del rastro del sistema en el territorio fotónico del Resplandor, lo que podría revelar aún más pruebas de lo que había sucedido aquí.

—Todo esto me supera —dije a la ancilla—. No me gusta que me manipulen y me retengan en contra de mi voluntad..., aunque sea para compensar mi estupidez.

—¿Te sientes estúpido? —preguntó la voz.

Chakas se acercó.

—Yo también tengo a una mujer en mis ropas —dijo con una mueca irónica—. Dice que me ayudará. Es azul. ¿Dónde está, en realidad?

—No existe salvo en tu armadura y tu cabeza... y en donde sea que obtiene su información, tal vez la nave.

—¿Puedo dormir con ella? ¿Casarme con ella? —preguntó Chakas.

—Me gustaría verte intentarlo.

La respuesta no le aclaró gran cosa al humano.

—¿Qué clase de ayuda necesito? —preguntó.

Riser deambulaba con una confianza creciente y vino a reunirse con nosotros, los ojos moviéndose veloces de un lado a otro, como si le mostraran cosas que sólo él podía ver.

—No pica. Es bonito aquí dentro, pero no puedo ver a mi familia... sólo a ella.

Tiene aspecto de *hamanush*, pero no es parte de mi familia.

Hallé interesante que la ancilla adoptara la forma física de Riser.

Chakas se volvió hacia mí.

—Los ha *manush* viven con antepasados en la mente. Los cha *manush* no.

—Ella responderá vuestras preguntas —dije—, las de los dos, si se os ocurre qué preguntar.

Riser asintió.

—A lo mejor es la antepasada de alguien. —Y cerró los ojos.

El Didacta abandonó su investigación y se nos acercó.

—Tienen un aspecto ridículo —dijo refiriéndose a los humanos—. Tú pareces...
¿Qué sucede?

—A mi ancilla la programó la Bibliotecaria.

—También a la mía —contestó—. Estamos aquí a petición suya, para llevar a cabo una misión que nos fijamos hace mil años. No está empezando nada bien.

—No me siento libre para preguntar lo que necesito preguntar, o estudiar lo que necesito estudiar —dije.

—Por supuesto que no eres libre, si con eso te refieres a libre para actuar como un Manipular egoísta.

—Lo que quieres decir es que me aguante —repliqué.

—Exactamente. —Bajó más visualizadores—. Desde la órbita, no puedo efectuar la necesaria inspección. Vamos a bajar a la superficie. Todos nosotros.

—Los humanos no son más que animales; no están preparados para esto —repuse.

—Combatí a esos animales una vez —explicó el Didacta—. Créeme, son capaces de sorprenderte. Asegúrate de que estén preparados. Este no será un aterrizaje fácil.

Chakas adoptó una expresión pétrea de tranquilo desdén cuando transmití la información.

—Hay un planeta yermo abajo —dije—. Vamos a aterrizar.

—¿Qué quiere él de nosotros? —preguntó Chakas.

—Lo vendería por una bolsa de fruta —declaró Riser.

Me consternó la mucha simpatía que sentía por estos dos seres inferiores. Animales, tal vez..., pero no imbéciles. ¿Cuál era, pues, mi excusa?

La atmósfera zumbó contra el casco. Un estremecimiento recorrió la nave ante las nuevas tensiones ejercidas sobre su reciente construcción. Todavía no estaba integrada; no se había puesto a prueba bajo toda clase de condiciones, en especial el descenso a un planeta.

—La Bibliotecaria os protege —les dije—. Pero la Bibliotecaria también cuida de él. Algo importante sucedió aquí; algo que otros Forerunners han mantenido en secreto.

Regresé junto al Didacta, que estaba absorto en su investigación, con la armadura conectada con la nave para recoger enormes cantidades de nuevos conocimientos. Con una cierta sorpresa por mi parte, mi ancilla sincronizó con la suya, y yo accedí a un gráfico intrincadamente escalonado y con anotaciones al pie de cosas relacionadas con el propio Didacta.

Él quería que yo supiera más cosas sobre él.

Diez mil años atrás...

La Bibliotecaria y el Didacta se habían encontrado por primera vez en Charum Hakkor, el centro político del imperio humano-San'Shyuum. La batalla final de Charum Hakkor había roto la alianza humana-San'Shyuum y destruido los últimos focos de resistencia humana. Aquella batalla había sido tristemente célebre, una gran victoria; pero desde el punto de vista de la ortodoxia del Manto, desde luego, de lo más vergonzosa.

La victoria no proporcionó dicha al Didacta.

El limbo del planeta gris y yermo se expandió. Nuestra nave adoptó una configuración aerodinámica, combándose hacia fuera en los lados, alterando la propulsión y desarrollando enormes almohadillas de aterrizaje a la vez que emitía escudos de fluxor contra el retroceso.

Estábamos a punto de aterrizar en un mundo muerto en un sistema muerto. El horizonte aparecía sumamente accidentado.

—Abajo... Esto es Charum Hakkor, ¿no es cierto? —pregunté.

El Didacta no contestó, pero intuí la verdad.

—Los muy idiotas —murmuró.

Me miró con una profunda tristeza. El contraste entre su rostro y el mío... la gran experiencia acumulada, la pena, la personalidad...

—Y ellos afirman que son los Guerreros quienes violan el Manto.

Lentamente, descendimos a través de los últimos kilómetros de atmósfera. Nuestras armaduras se aseguraron a la cubierta y, detrás de mí, Riser gorjeó con amargura por no poder moverse.

El centro de mando cambió de posición los mamparos y abrió una portilla que permitía una visión directa de la superficie. Aterrizábamos en la oscuridad.

—Los humanos convirtieron Charum Hakkor en el centro de su imperio para estar cerca de una de las mayores colecciones de construcciones de los Precursores —explicó el Didacta—. Creían ser los auténticos herederos del Manto.

—Herejía... ¿verdad? —pregunté.

—Fue una de las causas de nuestra guerra —asintió él—. No la causa fundamental, sin embargo. A los humanos les molestaba la expansión exterior de los Forerunners. Durante quince años, desperdigados por el brazo galáctico, los humanos sondearon nuestros asentamientos y posiciones. Luego se aliaron con los

San'Shyuums, aunaron sus conocimientos, y crearon armas contra las que mis guerreros apenas podían defenderse.

—¿Asentamientos? Pensaba que los Forerunners no necesitaban nuevos planetas; que habíamos alcanzado el crecimiento máximo.

El Didacta dejó escapar un suspiro.

—Hay muchas cosas que los Constructores no enseñan a sus jóvenes —repuso—. Desplazamientos anteriores alrededor de Orion y al interior en dirección al centro galáctico nos forzaron a trasladar poblaciones autóctonas desde sus regiones natales a nuevos sistemas exteriores. La Bibliotecaria y su personal catalogaron y buscaron las equivalencias más apropiadas, aquellas estrellas más parecidas a soles nativos...

—¿Movisteis planetas de sitio?

—Sí —respondió el Didacta—; los humanos son puristas por naturaleza. Les molesta tener que vivir con otras especies. De hecho, están entre los más pendencieros, intolerantes, egocéntricos... —Eché una mirada a Riser y Chakas—. Jamás comprendí cómo los toleraba mi esposa.

—A los Forerunners tampoco les gusta vivir con otras especies —observé.

—Sí, pero por un buen motivo —replicó—. Nosotros hacemos cumplir el Manto. Debemos concentrarnos y proteger y preservar toda vida... incluidos nosotros mismos.

Me habían enseñado este principio muy a menudo, sin embargo en este momento sonó increíblemente falso.

—Los humanos querían que los dejaran en paz —dije.

—Bueno, ellos también se expandían, y desplazaban y destruían alegremente por su cuenta. Los San'Shyuums no tienen una inclinación natural hacia la guerra. Son una raza hermosa e inteligente, infatuada con la idea de sexualidad y juventud eternas. Tenían la esperanza de pasarse la vida rodeados de lujos. Así y todo, su ciencia era extraordinaria. Sospecho que trascurridos unos cuantos siglos más, los humanos y los San'Shyuums se habrían enfrentado... Sin la menor duda, los humanos habrían aplastado a sus más decadentes aliados. Les ahorramos esa molestia.

—Los aplastasteis a ambos —dije.

—Hicimos un pacto con los San'Shyuums. En cuanto a los humanos, no hubo pacto. La Bibliotecaria se las arregló para salvar a algunos. A más de lo que sospechaba.

—Disculpa la insolencia, pero tu relación con la Moldeadora de Vida no parece ideal.

—No sabes ni la mitad. Agárrate bien, Manipular. Esta nave todavía es joven.

Hubo varias sacudidas chirriantes más y luego un gran estremecimiento... que debió de haberse notado mucho más en el exterior de la cabina provista de

amortiguadores.

La nave se asentó y toda sensación de movimiento cesó.

En el exterior el horizonte parecía más gris y más accidentado. Extrañas montañas picudas se alzaban por todas partes, pero un escrutinio más detenido reveló que difícilmente podían ser formaciones naturales. Los contornos estaban desplomados, redondeados, desintegrados, pero a pesar de ello mostraban una artificialidad monumental. En el pasado, tales ruinas habían conformado los anclajes y cimientos de las superestructuras de un antiguo mundo Precursor; los filamentos inflexibles que conectaban sus sistemas. Pero algo había reducido aquellos cimientos supuestamente invulnerables y los filamentos mismos a escoria. La idea me produjo un escalofrío. ¡Los Precursores construían para la eternidad!

—La atmósfera no es óptima —informó mi armadura mientras descendíamos por el tubo de salida.

Lo que la nave percibía y medía, todos lo sabíamos al instante. Riser y Chakas no estaban nada contentos. Riser intentó volver a subir por la pared del tubo, pero este lo rechazó.

—Deberías haber visto este mundo en su mejor momento —dijo el Didacta—. Era magnífico. Un centro de poder misterioso y en suspenso en medio del cual los humanos podían vivir, lo podían contemplar, pero ni remotamente comprenderlo. Ahora... mira lo que hemos hecho. —Ira y desaliento se mezclaban en su tono.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo destruyes artefactos de los Precursores? Son inviolables, eternos.

—Ellos comprendían el universo de una manera que nosotros jamás entenderemos. No podemos desentrañar sus secretos..., pero ahora, al parecer, podemos destruir todo lo que construyeron. Eso es lo que yo llamo progreso.

La nave había descendido cerca del perímetro de un estadio con una anchura de varios kilómetros. Los muros irregulares de aquella construcción estaban compuestos por pedazos enormes de cascotes, que medían decenas de metros, rotos a lo largo de planos cristalinos. Los planos centelleaban a la luz baja de un sol de un azul blanquecino, un punto cegador cerca de la línea del horizonte.

La atmósfera de la superficie era fría, enrarecida, pobre en oxígeno; el cielo sobre nuestras cabezas estaba repleto de nubes de estrellas en una dirección, casi vacío en la otra. Allí fuera, más allá del borde difuso de la galaxia, estaba el vacío del espacio intergaláctico, una vacuidad que los Forerunners encontraban poco atractiva; una inmensidad con pocos o ningún recurso entre islas remotas llenas de gran riqueza y energía.

Por el momento nos dábamos por satisfechos con los recursos de esta galaxia, y raras veces mirábamos al exterior. Eso era lo que me habían enseñado. Pero, como el Didacta se apresuró a señalar, hay muchas cosas que los Constructores no enseñan a sus jóvenes.

La armadura nos protegía de las rigurosas condiciones y satisfacía nuestras necesidades personales sin problemas, pero eso no resultó evidente de inmediato para los humanos. Intentaron cubrir la aparente falta de cobertura de sus cascos envolventes, y poco a poco descubrieron que tanto dedos como rostros estaban recubiertos por una fina película ajustable de energía.

El Didacta caminó hacia el oeste, en dirección a la estrella azul, proyectando una larga sombra tras él. Seguí su cada vez más pequeña figura, y recorridos varios cientos de metros del estadio llegamos a un amplio pozo circular. Dianas sobre dianas... Me recordó la isla anillo y el campo de arena que rodeaba el Cryptum del Didacta. Inquietante, cuando menos. No me gustaba el lugar. Otrora habría recibido con satisfacción una oportunidad de visitar este mundo, pero todas mis ideas sobre lo que los Precursores tenían que ofrecer habían cambiado.

Todo respecto a mis ideas estaba cambiando.

Advertí que Chakas y Riser habían decidido seguirme, aunque no siguieran al Didacta. Era una estupidez. Yo no tenía nada que ofrecer a nadie; era un cascarón vacío. Estaba intentando reconstruir algo de mi personalidad, remodelarme como un ego desafiante y con criterio..., pero era duro. ¿Qué poseían los Forerunners que pudiera conseguir tal cosa?

¿Cómo podían haber dejado su patrimonio tan vulnerable los Precursores?

El enorme pozo descendía varios cientos de metros hasta una versión más pequeña del estadio. Entonces reparé en una fina sobrecarga de material convertido en escoria y calcinado, que crujía igual que cenizas bajo nuestros pies: no era de un gris plateado, no estaba roto a lo largo de planos cristalinos... y por lo tanto no era Precursor. Descendimos con cuidado la pendiente, manteniendo el equilibrio con cautela sobre pedazos más pequeños de cascotes, saltando de un pedazo a un bloque más grande y rodeando amontonamientos de escombros más peligrosos. Toda la zona debía de haber estado pavimentada en una ocasión. Alguien había edificado encima el estadio. Las construcciones de los Precursores permanecían en el fondo, con una antigüedad que podía llegar a decenas de millones de años. Las ruinas superiores carbonizadas probablemente eran humanas o San'Shyuums.

Descendíamos a través de estratos de historia espantosa.

Mi ancilla eligió este momento para hacer notar su presencia.

—¿Se me permite intentar reconstruir tu relación con la ancilla anterior? Necesitaré acceder a tu memoria.

—No me importa —respondí, irritado por la interrupción... pero también aliviado.

El silencio entre aquellas atrocidades de la guerra se había convertido casi en ponzoñoso.

—Puedo ser de más servicio si existe una cierta continuidad —dijo ella.

—De acuerdo. Dime qué estoy viendo —contesté.

—Esto es Charum Hakkor, aunque no como lo dejó el Didacta, ni como lo vio la Bibliotecaria la última vez.

—¿Qué sucedió aquí?

Me suministró una serie de vividas imágenes.

—Las flotas del Didacta aislaron este sistema de las armadas de reabastecimiento de los San'Shyuums. Los humanos habían colocado sus fortificaciones más resistentes sobre cimientos de ruinas de los Precursores. Utilizaron filamentos rígidos para conectar sus plataformas orbitales, y repelieron durante cincuenta años ataques reiterados de los Forerunners, hasta ser derrotados finalmente. La mayoría de los humanos, y no pocos de los San'Shyuums que estaban aquí, se suicidaron antes que someterse y ser trasladados a otro sistema.

—¿Qué puede destruir artefactos de los Precursores?

—Eso no está en mi base de conocimientos.

—El Didacta lo sabe. Pregunta a su ancilla.

—Aún no está permitido. No obstante, te ha suministrado la información necesaria para que le prestes ayuda, en el caso de que estés de acuerdo en hacerlo.

—No parece que me esté dando mucho donde elegir.

—Pronto deberás efectuar una elección importante, pero no hemos llegado a ese punto.

—Elegí seguirlo.

El Didacta nos interrumpió.

—No me sorprende que trataran de localizarme —dijo en lo que por ser él podía considerarse un susurro.

Nos habíamos detenido ante un cilindro ancho coronado por una cúpula hecha añicos, que había estallado hacia arriba en forma de corona irregular. Parte de la pared se había desplomado, y pudimos penetrar en el interior del cilindro a través de esa brecha.

Nos abrimos paso entre escombros —que parecían ser paredes y gruesas estructuras de contención tanto humanas como de Precursores— hasta que llegamos a una escalera que ascendía a una pasarela de cinco metros de ancho, cuyo extremo opuesto estaba a unos cincuenta metros de distancia. Esto, al parecer, había servido en una ocasión como galería diseñada para contemplar desde arriba algo situado más abajo, dentro de la parte central del cilindro. El parapeto interior consistía en paneles en ángulo de material transparente, empañados y tachonados de marcas de impactos de alguna explosión acaecida mucho tiempo atrás. Apenas poco más que la pasarela y el cilindro interior situado debajo estaban intactos.

En lo alto, la corona hecha pedazos de la cúpula permitía que los últimos rayos de azul luz diurna y unas pocas estrellas que no parpadeaban iluminaran nuestro camino. El Didacta se acercó al parapeto interior, con la armadura resplandeciendo ante su agitación interior; como si se preparara para contener daños importantes. Este debía de haber sido su aspecto al entrar en combate.

Abajo, medio oculto en las sombras, un molde de forma intrincada ocupaba la mayor parte del pozo. En una ocasión el molde había encapsulado perfectamente algo de unos quince metros de alto, unos diez u once metros de ancho y casi igual de grueso; demasiado enorme para tratarse de cualquier variedad de humano o cualquier rango de Forerunner.

La ancilla de la armadura no efectuó ningún comentario, ni proporcionó información.

Me pareció distinguir lo que podrían haber sido cojines o abrazaderas para varios brazos largos de múltiples articulaciones, finalizando en grilletes o guantes diseñados para sujetar manos más grandes que mi propio cuerpo. Manos con tres dígitos

gruesos y un pulgar central... o garra para agarrar cosas.

Dos pares. Cuatro brazos, cuatro manos-garras.

Desplazado hacia arriba y a un lado, con una anchura de tres metros, como un sombrero inmenso arrojado sobre una mesa, había un yelmo de sujeción. Un conducto acanalado descendía por un lado, presumiblemente la parte posterior. Al parecer, de la cabeza que encerraba aquel casco había colgado una gruesa cola sinuosa y articulada.

Una jaula. Una prisión.

Vacía.

—En el nombre del Manto y de todo lo que honro... espero que esté muerto —dijo el Didacta—, pero me temo que no lo está. Lo han soltado.

—¿Qué retenían aquí? —pregunté, de pie cerca del Didacta, como un niño aferrándose a su padre en busca de protección.

—Algo que los Precursores dejaron tras ellos hace mucho tiempo —respondió.

—Sí, pero ¿qué era?

Aparté la extasiada mirada el tiempo suficiente para ver que los humanos nos habían seguido hasta la pasarela. Estaban de pie junto a mí, con la vista fija en el pozo, escudriñándolo boquiabiertos.

El Didacta les dirigió una ojeada de refilón, luego los rodeó para ir a otro punto del parapeto.

—Un antiguo constructo... o un cautivo —dijo—. Nadie conoce sus orígenes, pero lo que estaba recluido aquí aterrorizaba a todo el que lo veía. Hace millones de años, lo encerraron en una cápsula de estasis y lo enterraron a miles de metros por debajo de la superficie. Los humanos encontraron la cápsula y lo desenterraron, pero por suerte no pudieron liberarlo... por completo. Sí concibieron un modo de comunicarse con el prisionero. Lo que les dijo los asustó sobremanera y, con sorprendente acierto, interrumpieron todo intento de comunicarse, luego añadieron otra capa de protección, una cerradura de tiempo casi tan efectiva como cualquier cosa construida por Forerunners. Y colocaron la cápsula aquí, en el estadio, como una advertencia a la vista de todos.

La expresión de Chakas, tras la tenue máscara del campo de energía de su casco, era de rigidez, la frente cubierta de sudor. Cada pocos segundos, otra expresión se abría paso a través de esta rigidez: una profunda pena mezclada con un dolor inexpresable. Me pregunté qué recuerdos de su historia les había pasado la Bibliotecaria junto con el *geas*; recuerdos que sólo ahora volvían a despertar. ¿Qué habían presenciado sus antepasados aquí? Yo no podía saberlo.

El Didacta dio la espalda al vacío. Su armadura dejó de brillar.

—¿Cómo pudo viajar? —preguntó—. Quién vendría aquí... —Entonces su rostro reflejó una teoría siniestramente obvia—. Los que llevaron a cabo la prueba —dijo, y

se dio la vuelta y se encaminó en dirección a la escalera—. Debemos partir de inmediato.

Chakas siguió con la mirada puesta en el pozo. Riser no dijo nada, pero el pelaje de sus mejillas estaba húmedo por las lágrimas. No eran lágrimas de tristeza... eran lágrimas de cólera.

—Vámonos —dije—. El Didacta se va, y no hay nada para nosotros aquí.

—En una ocasión, todo estuvo aquí —afirmó Chakas, mirando enloquecido a su alrededor, como si viera fantasmas.

—Cuando estemos de vuelta en la nave, cuéntame lo que estás aprendiendo —sugerí.

Poco a poco, salió de su encantamiento, y él y Riser me siguieron escalera abajo, y a través del estadio, al tubo ascensor de la nave del Didacta.

Minutos más tarde estábamos en el espacio, contemplando Charum Hakkor.

—Debemos examinar otros planetas en este sistema —indicó el Didacta—. Lo que fuera que sucediera puede haberse propagado. Di a tus humanos...

—No son míos —respondí.

El Didacta me echó una mirada con semblante serio.

—Di a tus camaradas de a bordo que la Bibliotecaria, en su perversa sabiduría, trató de crear un equipo capaz de ayudarme a explorar y comprender. Eso no es mucho, de acuerdo, pero es lo que tenemos: a nosotros mismos, esta nave, nuestras ancillas y armaduras.

—No hay nada ahí abajo —dije—. Lo que fuera que buscaras, ha desaparecido. Los Forerunners han seguido adelante sin ti... y deben de tener sus razones. Deberíamos regresar y entregarnos...

—Tu ancilla todavía no ha empezado a llenar las lagunas en tu educación —repuso el Didacta.

—Apenas ha habido tiempo.

—Este sistema tiene quince mundos. Sólo se encuentran ruinas Precursoras en Charum Hakkor. Los humanos colonizaron dos más: Faun Hakkor y Ben Nauk. Los demás planetas fueron explotados para extraer minerales y materiales volátiles. Díselo a tus... díselo a los humanos.

El Didacta desapareció en la bodega inferior y yo me quedé en el centro de mando, cerca de Chakas y Riser, que se acurrucaron muy juntos y luego se agacharon. Chakas parecía enojado y confuso... hasta donde yo había aprendido a interpretar las emociones humanas. Las de Riser no podía interpretarlas en absoluto. El Florian estaba sentado bizqueando, con los labios entreabiertos, las manos unidas, y sin moverse.

—¿Por qué nos maldice ella con estos recuerdos robados? —preguntó Chakas, alzando los ojos hacia mí—. ¡Recuerdo tantas cosas que no podría haber vivido!

—Cuando ves mundos antiguos, oyes viejos relatos, que hacen aflorar recuerdos enterrados —repuse—. Parte de tu *geas*, imagino.

—¿Qué va a hacer ese asesino con nosotros?

—Eso mismo me pregunto yo —respondí.

Chakas se volvió para darme la espalda. Riser siguió sin moverse.

—¿Qué es lo que recuerdas? —pregunté a Chakas, arrodillándome junto a él.

—Está todo enmarañado. Nosotros éramos un gran poder. Peleamos largo tiempo y muy duro. Puedo sentir por lo que pasaron... los antiguos humanos. Esos sentimientos duelen. Lo perdimos todo. Él nos derrotó y se vengó. —Se dobló hacia adelante y cayeron unas lágrimas sobre la cubierta.

Pensara yo lo que pensara sobre el Didacta, no obstante lo mucho que me impresionaba y asustaba, no era capaz de creer que hubiese actuado jamás por maldad.

—La Bibliotecaria debe de haberte equipado con esencias humanas de esas épocas.

—¿Qué significa eso?

—Recuerdos recogidos de cautivos, en su mayor parte. Tú no eres una de esas personas, desde luego.

Chakas balanceó el brazo en dirección a Riser.

—Sus antepasados han regresado para cantarle, y no sabe cómo detener el dolor que sienten.

No había nada más que yo pudiera decir o hacer.

Dejando a los humanos, efectué un recorrido de la nave con el objetivo de averiguar por qué la Bibliotecaria consideraba que su esposo necesitaba un medio de transporte tan grande. ¡Al diablo con las energías del vacío!

Al haber regresado al espacio, la nave volvía a tener forma ovoide, al menos ochocientos metros de proa a popa. Todas las escotillas visibles se abrieron para mí. Nada me impidió el paso. Entradas de ascensor y corredores de tránsito se iluminaban intensamente cuando me acercaba, las paredes y los suelos mostraban una limpieza inmaculada... lo que no era de extrañar. Eran recién nacidos. Se trataba de un navío joven, que no estaba familiarizado aún del todo con su propia naturaleza, como me sucedía a mí.

Había pasado suficiente tiempo observando a mi padre y a sus Constructores diseñar naves como esta para comprender los conceptos básicos. La mayor parte del interior de la nave estaba modelada a partir de luz dura de un matiz u otro, que creaba una decoración supeditada a la voluntad del capitán. Imaginé que la mitad de la nave era materia y tal vez un tercio combustible, masa reactiva y, desde luego, la laminilla central del mecanismo de transmisión de Slipspace, arrancada del núcleo original, todavía muy bien guardado en una localización que sólo conocía el Maestro

Constructor, jefe del rango y de todos los gremios, el más grande de los grandes en ingeniería... Posiblemente el Forerunner más poderoso de la ecúmene.

Me impresioné a mí mismo con una repentina deducción. La Bibliotecaria —si en efecto había proporcionado la semilla para el navío— debía de tener conexiones con Constructores superiores. Sólo ellos podían autorizar el corte de un núcleo de Slipspace.

Que uno de ellos le hubiera dado ese núcleo, que encajara ese dispositivo necesario en la semilla de la nave —oculta durante todo ese tiempo en Erde-Tyrene— sólo podía significar una cosa: existía división entre los Constructores en el nivel más alto.

Sentí un breve instante de orgullo ante mi inteligencia, antes de que me arrollaran un millar de otras preguntas... a cada una de las cuales mi ancilla manifestó que tal información estaba «fuera de mi ámbito actual».

Por supuesto no habría enlaces, porque toda comunicación involucrada tenía que pasar a través de una codificación registrada y por lo tanto podía ser rastreada. El Didacta estaba rodeado de silencio, incapaz de ponerse al día, incapaz de comunicar lo que había averiguado en Charum Hakkor. No era de extrañar que se mostrara meditabundo.

Para comunicar lo que sabía, tenía que revelar su posición, y desde luego tendría que revelar que lo habían reanimado, había escapado y participaba activamente en lo que fuera que él y la Bibliotecaria estuvieran planeando.

Eso dejaba al Dominio, claro; que no era algo que se utilizara a menudo como medio de comunicación. Siempre existía la ligera posibilidad de que mensajes cruciales pudieran resultar alterados, incluso deformados. Como Manipular, sabía muy poco sobre el Dominio, y no era probable que la ancilla me diera información sobre cosas prohibidas a mi forma juvenil.

Cada vez resultaba más complicado.

Descendí por debajo del centro de mando mediante el ascensor axial. Las zonas de alojamiento de la nave eran un laberinto de cubículos e instalaciones de servicio: comedores de oficiales y cocinas donde no había nadie, bibliotecas y zonas de reunión también vacías, muelles de adiestramiento, zonas de reparación de armaduras, tiendas automatizadas para reacondicionamiento y expansión. Podría haber albergado con facilidad a cinco mil Sirvientes-Guerreros y la tripulación de apoyo.

Los espacios de la popa, por encima de las salas del mecanismo de transmisión, estaban repletos de máquinas de guerra; cientos de ellas, en compacto almacenaje así como en forma totalmente activas, todas ellas mucho más modernas que las esfinges. Aquí había exploradores armados y cruceros de vigilancia para disponer cordones y pantallas alrededor de navíos de mayor tamaño, miles de anónimas envolturas de

combate condensadas para transformar armaduras personales, armas personales... decenas de miles de armas personales de todas las clases, para cualquier situación.

Suficiente para librar una gran batalla, por no decir una guerra.

¿Qué planeaba el Didacta? ¿De verdad pensaba en rebelarse contra el consejo que gobernaba en la ecúmene?

Me había llevado con él —nos había llevado con él— quizá para evitar tener que matarnos, pero en todo caso para tenernos cerca, para impedir que dijéramos nada. Yo estaba en medio de algo demasiado enorme para imaginarlo siquiera; algo mucho más allá de las aptitudes de un Manipular, por listo que fuera, para comprenderlo.

Toda mi joven vida había vivido en un almohadón invisible de civilización. Las contiendas y designios de miles de años de historia me habían conducido a este pináculo, y había tenido que mostrar sólo la más mínima de las autodisciplinas para heredar el lugar que mi familia había planeado para mí: la vida de un Forerunner privilegiado, cuya idea misma yo hallaba tan restrictiva.

Mi privilegio..., haber nacido y haber sido criado del todo ignorante de lo que los Forerunners habían tenido que hacer para proteger su posición en la galaxia: eliminar civilizaciones y especies adversarias, apoderarse de sus mundos y recursos, minar su crecimiento y desarrollo... reduciéndolas a una población de especímenes. Asegurándose de que el oponente no podría volver a alzarse jamás, jamás volver a constituir una amenaza para el predominio de los Forerunners, mientras que en todo momento reivindicaban el privilegio de proteger el Manto.

«Haciendo limpieza tras la carnicería».

¿Cuántas especies se habían desintegrado bajo nuestra hipocresía, remontándonos hasta qué distancia en el tiempo? ¿Qué era mito, qué era pesadilla, qué era verdad? Mi vida, mis lujos..., que provenían de las espaldas aplastadas de los vencidos, que fueron destruidos o hechos retroceder en su evolución...

¿Y qué significaba eso, con exactitud? ¿Habían obligado a los humanos derrotados por el Didacta y sus flotas a someterse a esterilización, a la senectud sin reproducción, o los habían obligado a contemplar cómo eran sometidos sus hijos a una reducción biológica, a volver a convertirse en lémures?

La ancilla sólo quiso suministrarme imágenes dispersas de unos pocos escogidos, bajo la protección de la Bibliotecaria, transplantados a Erde-Tyrene. Bajo su influencia, equipados con los *geas* que les había proporcionado, estos restos lastimosos se habían convertido en unos pocos miles de años en una población de cientos de miles y recuperado muchas de sus formas ancestrales. Si Erde-Tyrene había sido su auténtico planeta de origen, entonces estos trasplantes posteriores e intervenciones debían de haber embrollado el historial arqueológico más allá de toda lógica.

Permanecí de pie en el perímetro exterior del más grande de los muelles de

armamento, estudiando las figuras esbeltas y aerodinámicas colocadas en estantes sobre mi cabeza, los transportes descomunales, colocados en palés y suspendidos en horquillas de luz dura plateada y azul. Escuché el tenue y casi inaudible tictac de ceñidos campos de estasis que mantenían a los navíos y armas en óptimas condiciones. La simiente de nave de la Bibliotecaria había sido diseñada pensando en mucho más que una simple huida. El Didacta volvía a tener a sus órdenes una nave de combate en toda la extensión de la palabra. Una nave llena de muerte.

Una destructora de planetas; algo apropiado para un Promethean.

¿Cómo podía una Operaría de la Vida, incluso una tan importante como la Bibliotecaria, habérselas arreglado para conseguir algo de un poderío tan formidable? Sola no, sin duda. No sin la ayuda de Constructores.

Siempre me habían enseñado que las habilidades intelectuales más sofisticadas y elaboradas y las aptitudes para la vida social venían con la primera mutación... con el final de la juventud, cuando se dejaba de ser un Manipular. Aquí fuera, lejos de rango y familia, la mutación a primera-forma era imposible.

Tales problemas estaban fuera de mi comprensión, muy lejos de cualquier solución. Envuelto en melancolía, ascendí al centro de mando, donde los humanos se habían quitado sus armaduras y quedado dormidos. Me quedé de pie contemplándolos con atención, mientras también anhelaba despojarme de mi propia armadura; deseando que todos nosotros regresásemos al cráter Djamonkin y volviéramos a arriesgarnos a cruzar el lago salpicado de merses, nos perdiéramos en la isla anillo y recapturásemos aquellos brevísimos instantes de aventura alocada, llevando tan sólo toscas sandalias y sombreros rudimentarios, mientras buscábamos inútilmente tesoros improbables.

El auténtico pináculo de mi vida hasta ese momento.

Pero ya no habría modo de regresar a esa inocencia.

Nunca más.

La nave se apartó del triste cascarón gris de Charum Hakkor. El viaje hasta Faun Hakkor duraría sólo algo más de treinta horas.

Obligué a los humanos a ponerse la armadura si querían vivir. La aceleración era extrema, por supuesto. Riser y Chakas contemplaron conmigo cómo las estrellas giraban y la nave ponía todos sus propulsores a plena potencia reactiva, apoderándose de la energía del vacío y expulsando un haz violeta de neutrones virtuales, que se extinguieron en cuanto la dúplice mano del tiempo descubrió sus vidas.

Permanecimos en el interior de nuestras armaduras hasta que la nave halló la órbita adecuada. El tiempo empezó a transcurrir a cámara lenta. Intenté enseñar a los humanos cómo acceder a juegos amenos, pero no prestaron atención. Al final, excluyéndome, jugaron a misteriosos entretenimientos con los dedos una y otra vez.

Estaba a punto de aprender sus normas y elementos de estrategia merced a una observación prolongada, cuando el Didacta volvió a unirse a nosotros en el centro de mando.

Nuestra armadura se desbloqueó.

Faun Hakkor apareció ante nuestra vista. La órbita de la nave se adaptó para permitirnos describir un rizo. No permaneceríamos mucho tiempo, No íbamos a aterrizar.

—He inspeccionado todos los planetas con sensores de largo alcance —anunció el Didacta—. La información que recogen no es fiable al cien por cien a tales distancias, pero...

—¿Dónde pelearon con mayor vigor los humanos? —preguntó Chakas, aproximándose al Didacta.

Alzó los ojos hacia el Promethean con una mirada límpida y sin miedo.

—Donde sus intereses eran más cruciales, por supuesto. Charum Hakkor vio algunos de los últimos y peores combates. —El Didacta se irguió en toda su estatura ante el humano acusador—. Tu gente... si puedo llamarlos así... era de lo más cruel cuando atacaba con fiereza mundos donde los Forerunners habían reinstalado a otras especies. La presión de sus crecientes poblaciones era fuerte. Aniquilaron cincuenta sistemas indefensos y sembraron sus conquistas de colonias humanas antes de que nos coordinásemos y los empujásemos de vuelta a los confines exteriores del brazo espiral. Creían...

—Al crear muchas almas —repuso Chakas, con los ojos sin brillo, como si mirara a su interior—, estoy aprendiendo muchas cosas sobre mis antepasados.

—Hace desdichado —comentó Riser.

—Pasa a visión completa —ordenó el Didacta, tal vez para escapar de la conversación.

Súbitamente, pareció como si estuviéramos suspendidos en el espacio; la nave había desaparecido de nuestro alrededor. Con unas cuantas contorsiones y movimientos torpes, para acostumbrarnos a la experiencia, todos pudimos contemplar Faun Hakkor desde arriba sin obstáculos.

Casi idéntico en tamaño a Charum Hakkor, el planeta estaba cubierto de una moteada alfombra de verdor y unos cuantos océanos elevados, desperdigados, encerrados entre montañas; por completo distinto de Charum Hakkor, hermoso... incluso a primera vista.

—Podría vivir aquí —afirmó Riser.

Pero los sensores nos contaban otra cosa muy distinta. Únicamente entonces vimos pruebas de pasada destrucción, subrayadas por comentarios de la ancilla de la nave; hendiduras, cráteres, extensas regiones assoladas y quemadas, ahora cubiertas de maleza, pero resaltadas en rojo y azul, con fechas de ataques, contraataques y listas

de naves Forerunners implicadas en la batalla librada hacía tanto tiempo.

Y entonces —junto a esas listas— otras naves, otros nombres. Nombres humanos. Chakas se encogió ante algunos de los nombres como si su ancilla se los estuviera traduciendo.

—Faun Hakkor era el lugar de origen de los Pherus, que los humanos valoraban tanto como mascotas y compañeros —dijo el Didacta—. Los reservistas lo defendieron con fiereza, pero su número e instalaciones eran mínimos, de modo que el planeta conservó la mayor parte de su flora y fauna originales...

—Algo ha cambiado —indicó Chakas—. No me gusta su aspecto.

Riser caminó a nuestro alrededor; una figura estafalaria con su armadura, mientras daba zancadas por una cubierta invisible.

—¿Quién vive aquí ahora? —preguntó.

El Didacta solicitó escáneres de la biota actual junto con listas de la flora y fauna que había sobrevivido a las batallas de hacía nueve mil años. En los informes del reconocimiento efectuado por los Operarios de la Vida, con toda probabilidad tras el final de las hostilidades, vi cientos de especies de animales grandes que iban en tamaño desde un metro a cientos de metros; algunos eran claramente acuáticos, otros enormes carnívoros terrestres o reposados rumiantes de las praderas. Comparamos la lista con los que los sensores pudieron localizar ahora.

Una a una, las especies de mayor tamaño desaparecieron.

—No hay animales que midan más de un metro —informó la ancilla de la nave en voz precisa y cortante.

A continuación llegó una gama de especies históricas de menos de un metro de tamaño: saltadores de árboles, cavadores de madrigueras, carnívoros pequeños, comedores de semillas, criaturas que volaban, artrópodos, sociedades de camadas clónicas..., los Pherus.

Uno a uno, todos desaparecieron de la lista actual. No quedaba ni uno.

A continuación vino la flora, incluidas espesas selvas arbóreas. Muchos de los árboles originales habían adquirido una especie de inteligencia a largo plazo, comunicándose unos con otros a lo largo de los siglos mediante la utilización de insectos, virus, bacterias y hongos para que transportaran señales genéticas y hormonales, análogas a neuronas... Esa lista también quedó vacía en un momento. Había algunos restos: bosques muertos y junglas cubiertas de una falsa alfombra verde de plantas primitivas y especies simbióticas.

Todo lo que quedaba, al parecer, eran musgos, hongos, algas, y sus formas combinadas.

—Nada con un sistema nervioso central o aunque sea un notocordio —informó la ancilla de la nave—. No hay fauna a una escala por encima del milímetro.

—¿Dónde están las abejas? —preguntó Riser—. ¿Qué hará que salga fruta si las

abejas han desaparecido? No hay carnes pequeñas que cazar. ¿Dónde están? —Su voz se elevó hasta ser un triste chirrido.

—Las plantas que dan flores son pocas y van en descenso —prosiguió la ancilla—. Todos los océanos, lagos y ríos se han echado a perder por culpa de materias en descomposición. Los resultados de los sensores indican un colapso exhaustivo del ecosistema.

El Didacta no pudo soportarlo más. Apagó la imagen virtual y volvimos a encontrarnos en la cubierta del centro de mando, con las listas perdiendo intensidad y ondeando como arrastradas por desalentadoras brisas.

—Nos hemos convertido en los monstruos —declaró el Promethean—. «Eso» ha regresado con tal fuerza que los Forerunners destruirán todo lo que lleve consigo la más mínima simiente de razón..., todo lo que piense o haga planes. Esta va a ser nuestra última defensa. Un crimen que va más allá de toda razón, que sobrepasa todas las transgresiones anteriores contra el Manto... ¿Qué quedará?

Me pregunté a qué «eso» se refería; ¿al prisionero liberado de Charum Hakkor?
¿A algo peor?

Hizo aparecer una silla adecuada a su tamaño y se sentó a pensar.

—Te preguntas qué me obligó a entrar en el Cryptum. Fue mi negativa a estar de acuerdo con este plan ya en sus primeras etapas. Con todo mi ser, luché contra el diseño de estos dispositivos infames, y durante miles de años impedí su construcción. Pero mis adversarios acabaron por vencer. El Consejo me reprendió, haciendo caer la ignominia sobre mi rango, mi gremio y mi familia. Luego me convertí yo en el infame... el conquistador y salvador que se negaba a atender a razones. Y así pues, fui desterrado.

—A mí no me inspiras ninguna compasión —dijo Chakas con mirada cortante.

—Desafiante hasta el final —comentó el Didacta, pero sin asomo de ira..., como si toda su cólera hubiera sido succionada por la visión de estos mundos yermos o moribundos.

Riser se tumbó en el suelo y se enroscó, afligido.

—No hay abejas —murmuró—. Mueren de hambre.

Chakas se arrodilló junto a él.

—Hay un viaje más que debemos hacer —dijo el Didacta al cabo de un rato—. Si esta búsqueda fracasa, no tenemos otra opción. Solamente contribuir. —Hizo girar la silla para colocarse de cara a Chakas y Riser—. Los humanos rehusaron rendirse ante el abrumador ejército, y por lo tanto fueron reducidos. Sus aliados fueron menos obstinados, menos honorables, y se les impuso un castigo menos severo. Los San'Shyuums fueron despojados de todas las armas y medios de viaje y confinados a un sistema de una única estrella mantenido en estricta cuarentena Forerunner. Uno de mis antiguos comandantes supervisó esa cuarentena. Quizá siga a cargo de ella...

»Iremos a ver cómo le va a lo que queda de los San'Shyuums. Pero primero, necesito tiempo para pensar y hacer planes. Iré abajo. Los humanos quedarán aislados en su cabina. —Los examinó con recelo—. No creo que me aprecien.

Dio la orden y la nave obedeció. En unos minutos, penetramos en el Slipspace, y el Didacta abandonó el centro de mando.

Horas más tarde, emergimos. Los efectos pasaron con más lentitud de lo acostumbrado, lo que indicaba que habíamos recorrido realmente una gran distancia, puede que más allá del ámbito de la conciliación de partículas normal. Podríamos sufrir efectos de dilatación cuando regresásemos.

Yo estaba de pie, solo en el centro de mando, contemplando el tremendo remolino mortecino de una galaxia, e invoqué un gráfico para ver dónde estábamos. Espirales y cuadrículas se desplegaron rápidamente. Al menos esta era nuestra galaxia natal. La nave estaba en una larga y oscura órbita, muy por encima del plano galáctico, a decenas de miles de años luz de cualquier posible destino.

Recorrí la nave buscando al Didacta. Estaba justo unas cubiertas más abajo, en un muelle de almacenamiento de tamaño medio separado de los muelles más grandes de armamento. Aquí, las esfinges de combate se habían colocado en su elipse característica, cada una sujeta por un reluciente amortiguador de luz dura.

Lo observé desde detrás de un arco de presión que recorría la parte más amplia de la bodega. Parecía estar hablando a un grupo allí reunido, como un comandante arengando a sus guerreros.

—Jamás he sido tan ingenuo como para creer que cumplir con el deber conducía a la gloria, o que la experiencia lo elevaba a uno a la sabiduría entre los Forerunners —dijo. Su voz profunda resonaba a través de la sala—. Muchachos míos, ojalá estuvierais realmente aquí todavía para aconsejarme. Me siento débil y aislado. Temo lo que encontraré cuando vuelva a caminar entre los Constructores. Su gobierno nos llevó a este atolladero. Lo que aprendimos hace mucho tiempo de los humanos...

Me vio detrás del arco, entonces levantó el poderoso brazo y me hizo una seña para que me reuniera con él. Así lo hice.

El Didacta estaba solo con sus esfinges de combate. No vi a nadie más.

—¿Por qué hemos viajado tan lejos? —pregunté.

—Múltiples viajes de Slipspace pueden ser rastreados por la autoridad central si los viajes son racionales. Este no es un viaje racional. Después de varios saltos más,

seremos más difíciles de localizar.

El Didacta paseó por el interior de la elipse, tocando una esfinge, luego otra.

—Estas contienen lo que me queda de mis guerreros de antaño.

—¿Son Confinadores? —pregunté.

Bajo mi armadura, se me puso la piel de gallina al recordar a un esfinge reconviniéndome, diciéndome que me aguantara, y mi intuición de que había algo más que una ancilla en su interior. Riser también lo había percibido.

—No. Los Guerreros no observan las sutilezas sociales, como seguramente habrás advertido, Manipular. En combate, nuestros muertos raras veces están en condiciones para que sus esencias completas puedan ser recuperadas. Todo lo que me queda son las últimas interacciones que mis muchachos tuvieron con sus máquinas; muestras fugaces de sus pensamientos y recuerdos antes de que los mataran en acción... guardadas para que las estudiara su comandante, para ver qué podía aprenderse para batallas futuras. Yo era su comandante, así como su padre... Jamás he sido capaz de borrarlas.

—¿Todavía te ofrecen sus opiniones? —pregunté, observando a las esfinges con un escalofrío.

—Algunas opiniones permanecen —respondió, bajando la mirada hacia mí, y entonces posó una mano enorme en mi hombro—. No eres tan estúpido como pretendes ser. Si te preguntara qué debería hacer —dijo—, ¿cómo responderías?

Aquello me atrapó en un cúmulo de contradicciones.

—Lo pensaría detenidamente —respondí—. Carezco de los conocimientos necesarios.

—La Bibliotecaria te seleccionó y dejó su marca en los humanos; parece pensar que podéis ayudar. Y a pesar de nuestros muchos desacuerdos, raras veces he visto que se equivocara.

Luchó interiormente durante un momento. Sus facciones mostraron ira y tristeza, confusión, y luego, determinación.

—Mis tácticas ante los consejos de Constructores y de Guerreros fueron demasiado rudas, mi política excesivamente directa e ingenua. La Bibliotecaria estuvo siempre en lo cierto. Eso no es fácil de admitir.

Un coro de voces esbozadas y huecas se alzó de las esfinges... Sólo pude comprender unas pocas frases cortadas.

—Están ahí fuera, esperando...

—¡Miles de años desperdiciados!

—La solución se perdió, padre... ¡Pérdida!

—Si lo que los Antiguos hicieron anda suelto...

Me aparté de la elipse, aterrado.

Las esfinges callaron. El Didacta estaba de pie entre ellas, con los hombros

encorvados.

—¿Quiénes eran? —pregunté, sintiendo de improviso que aquí había más que un comandante y sus soldados muertos.

—Eran nuestros hijos e hijas. De la Bibliotecaria y míos —respondió el Didacta—. Se convirtieron en guerreros y sirvieron en mis flotas. Murieron en combate. Todos ellos.

No supe qué decir. Su profunda pena era palpable.

—Sus últimas comunicaciones, sus últimos órdenes, pautas y recuerdos, guardados en estas máquinas, son todo lo que me queda. Todo lo que me importa a nivel personal aparte de mi juramento..., mi deber. Pero necesito ayuda, más de la que ellos pueden ni remotamente darme. La Bibliotecaria te escogió para ayudarme. Pero ¿cómo?

Por un momento pareció perdido, como si fuera incapaz de decidir qué modo de proceder venía a continuación; curiosamente irresoluto para ser un Promethean. Entonces hizo una pregunta incongruente.

—Los humanos... ¿cuánto tiempo pasaste con ellos... observando, antes de que abandonásemos Erde-Tyrene?

—Diez días —respondí.

—¿Todavía conservan su honor?

—Sí —respondí sin vacilar.

—Mi esposa me está poniendo a prueba, ¿no es cierto?

—Sé muy poco sobre la Bibliotecaria.

El Didacta desechó ese comentario con un ademán.

—Jamás la conocerás del modo en que yo lo hice. Posee un sentido del humor poco común en todos los Forerunners e imposible de encontrar en Sirvientes-Guerreros... o en la mayoría de Constructores. Sería propio de ella sacarme de mi paz y ponerme este desafío.

—¿Qué quiere que haga?

—Cuando serví como comandante en jefe de las fuerzas Forerunners, siempre tuve el apoyo de un personal experto..., docenas de camaradas Prometheans, cada uno respaldado por las ancillas más excelentes y con una larga experiencia militar. No estoy acostumbrado a trabajar solo, Manipular. Pienso mejor con una plana mayor. Pero lo que me ha dado..., un Manipular y dos humanos... uno de ellos dócil y muy pequeño...

Riser no era en absoluto tan dócil —el pequeño Florian había mordido al Didacta—, pero no lo contradije.

—Para alcanzar una eficiencia total, el personal de un Promethean comparte la mayor parte o toda la información del comandante. Es una tradición que viene de antiguo.

Extendió la mano cubierta con la armadura. Un campo rojo oscuro se formó a lo largo de los dedos, como si la mano estuviera sumergida en sangre resplandeciente.

He aquí algo del todo inesperado. Alarmante, incluso.

—No soy tu igual —objeté—. No tengo tu experiencia.

—Viste lo que sucedió en Charum Hakkor y Faun Hakkor. Tu ancilla te ayudará a absorber mis conocimientos. Sólo tienes que pedirlo y sabrás todo lo que yo sé.

Bastante simple. La ancilla absorbería ese conocimiento y yo podría estudiarlo con comodidad. Vacilé, luego extendí la mano. Al hacerlo, vi que el campo rojo crecía alrededor de mis propios dedos. La ancilla apareció en el fondo de mis pensamientos, no azul, sino roja como la sangre... y hambrienta.

Jamás había sentido el auténtico instinto desbocado —podría decir pasión— de una ancilla para recopilar conocimientos.

Nuestros dedos se tocaron, y él envolvió mi mano, mucho más pequeña, con la suya.

—Cierra los ojos —sugirió—. Es menos desorientador de ese modo.

Cerré los ojos. Algo más tarde —perdí la noción del tiempo, pero podrían haber sido horas o días— los volví a abrir. Mi armadura hormigueaba sobre mi piel, y me sentía caliente por dentro, casi quemado. La sensación disminuyó poco a poco, pero seguía teniendo problemas para enfocar la visión. El Didacta oscilaba ante mí, apenas una sombra.

Intenté acceder a mi ancilla, y esta apareció en un entremezclado rojo y azul, con un temblor que impedía fijar su imagen.

—¿Funcionó? —pregunté—. No me siento muy bien. La ancilla parece estropeada, desconectada...

—No funcionó —respondió el Didacta retirando la mano. Sólo habían transcurrido minutos—. Es demasiado para un Manipular. Debería haberlo sabido. Sólo un primera-forma podría ser capaz de absorber tanto conocimiento.

—Entonces ¿que puedo hacer? ¿Qué me queda?

No respondió de inmediato.

—Ve a ocuparte de los humanos —dijo por fin—. Volveremos a viajar muy pronto.

En su cabina, los humanos parecían estar dormidos o ensimismados en el *geas* de la Bibliotecaria. No pude saber cuál. Tenían los ojos cerrados y estaban enroscados el uno junto al otro. Decidí no interrumpir. A juzgar por mi propia experiencia reciente, existía una insensible clase de crueldad en el hecho de someterlos a tantísima información con tanta rapidez; tanto desde dentro como desde fuera. Me pregunté si saldrían cuerdos o pareciéndose remotamente a sus pasadas personalidades.

El dolor residual del intento de transferencia me había dejado deprimido. Ni

siquiera la armadura podía disipar de inmediato mi malestar, y lo que era peor, la ancilla de la armadura estaba muy contrariada por haber recibido una sobrecarga. Por el momento, parecía culparme a mí en lugar de a su propia avidez de conocimientos. Percibía con fuerza sus intermitentes pulsaciones de desaprobación.

Me tumbé junto a los humanos, luego rodé sobre la cubierta, aferrándome el casco y apretando los dientes.

Riser se levantó y se quedó observándome con atención, chirriando su preocupación.

—¿Te lastimó el asesino de humanos? —preguntó.

Unos pocos pasos detrás, Chakas asomaba también, imponente, con el rostro pálido y un aspecto enfermizo.

«Están cambiando. Yo no».

—No —dije, a la vez que mis pensamientos empezaban a aclararse poco a poco y dejaba de sentir punzadas en la cabeza—. Me pidió ayuda. Me ofreció... su adiestramiento, su sutileza guerrera, su historia personal. —Simplifiqué tales conceptos lo mejor que pude.

Los hombros de Chakas se estremecieron y negó con la cabeza.

—Suenas pomposo. ¿Qué te parece si salgo ahí fuera y le escupo?

Riser emitió un quedo chasquido. Yo había aprendido lo suficiente sobre las expresiones del Florian para darme cuenta de que estaba listo para llevar a cabo el ataque si Chakas lo estaba.

—Él os teme —repuse—. Bueno, os respeta. No. No es eso, tampoco. Recuerda lo que fuisteis en una ocasión y lo que hicisteis. Matasteis a sus hijos... en combate.

—¿Nosotros, personalmente? —inquirió Chakas en tono de duda—. No recuerdo algo así.

—Nuestros antepasados —le aclaró Riser, acucillándose—. En la época en la que tu gente y la mía eran lo mismo.

—Habéis estado aprendiendo de vuestros *geas* —apunté.

—Y de esa mujercita azul —respondió Riser—. Pero no me casaré con ella. Tienes razón sobre eso.

Nuestra nave emergió de su siguiente travesía rodeada por una neblina difusa de polvo helado, los restos de antiguo material cometario que envolvían el sistema hereditario de los San'Shyuums. En otro tiempo esta nube había sido mucho más densa. Los San'Shyuums la habían agotado para proveer de combustible a sus primeras naves espaciales. Ahora, los restos de la nube sirvieron para enmascarar nuestra presencia y permitir al Didacta observar el sistema interior lo mejor que pudo.

Las imágenes de los sensores eran impresionantes y extrañas. Nunca antes había visto un sistema estelar puesto en cuarentena. Tales capacidades raras veces eran mostradas a Constructores jóvenes. Un sistema planetario está vacío en su mayor parte, incluso los mundos de mayor tamaño están perdidos en la inmensidad de billones de kilómetros de espacio. Al igual que sus antiguos aliados humanos, los San'Shyuums habían evolucionado sobre un mundo rico en agua no muy lejos de una estrella amarilla, en el interior de una zona templada que permitía tan sólo una gama limitada de climas. Ahora, no obstante, diez mil años después de su derrota, el sistema estaba rodeado por trillones de vigilantes que se movían en constante zigzag por el espacio-tiempo, en ocasiones a tal velocidad que parecían dar forma a una esfera sólida. Esta esfera se extendía a una distancia de cuatrocientos millones de kilómetros desde la estrella, y por lo tanto no abarcaba a cuatro imponentes gigantes gaseosos cuyas órbitas estaban más allá de ese límite. Varias de las muchas lunas en órbita alrededor de esos gigantes gaseosos proporcionaban plataformas para estaciones de mantenimiento semiautomáticas, algunas de ellas pobladas por los sirvientes-herramienta de los Constructores conocidos como Huragoks. Los Huragoks son más herramientas que organismos, y raras veces se les otorga condición de persona entre los Forerunners. Se enorgullecen de su servicio... y, hasta cierto punto, de su flotabilidad en cualquier atmósfera de soporte en la que se encuentren. Disfrutan estando confinados por una fuerza gravitacional o centrífuga y permaneciendo a un metro de una superficie sólida. Yo los consideraba aburridos siempre que me topaba con ellos, lo que no sucedía nunca en reuniones sociales. Su

metabolismo anaeróbico, y esas vejigas de gases...

El Didacta mantenía pasivo el barrido de sus sensores por el momento, limitándose a escuchar. Las comunicaciones Forerunners jamás se transmiten mediante longitudes de onda electromagnéticas, pero los San'Shyuums habían renunciado a todos los demás métodos, y por lo tanto, él podía estudiar lo que se filtraba por los límites de la cuarentena. Su ancilla lo traducía.

—Está tranquilo —dijo—. Apenas oigo otra cosa que pulsaciones de microondas y señalización transpositiva.

Revisando la pantalla virtual con detenimiento y haciendo aparecer toda aquella información que recopilaban los sensores por todo el sistema, el Didacta necesitó varios minutos para localizar el solitario puesto avanzado de Sirvientes-Guerreros del sistema, en órbita justo dentro de los límites interiores de la cuarentena.

—Jubilaron al *Deep Reverence* aquí —murmuró.

Una imagen ampliada apareció y se le añadieron especificaciones y otros datos. El *Deep Reverence* era un imponente navío de la clase Fortaleza, de cincuenta kilómetros de longitud, su fecha de puesta en servicio era anterior a la guerra humana-San'Shyuum.

—Hice mi aprendizaje en él cuando era un cadete. Una espléndida y vieja carcasa. Estos mundos en cuarentena son un servicio terrible. Casi espero que mis amigos ya no estén en activo... Sospecho que los alcanzaron las represalias generadas por mis propios problemas. Creo que los castigaron.

Hizo desaparecer el visualizador con un ademán.

—Tenemos que salir al descubierto y acercarnos más. Es un riesgo, pero necesito comprender más cosas. Y necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

—Pero intentamos...

—Existe otro modo. Tu patrimonio está profundamente enterrado, inaccesible a un Manipular. Para absorber mis conocimientos, debes ser capaz de acceder a tu patrimonio y a toda la riqueza del Dominio. Para hacer eso, tendrás que expandir tus capacidades. Si estás dispuesto... Si te ofreces para ello.

—Te refieres a... mutar a un rango superior.

—Lo más aproximado que podamos llevar a cabo aquí fuera —dijo el Didacta—. Recibe el nombre de mutación provisional. No es corriente, pero entra dentro del código de los Sirvientes-Guerreros. Esta nave es capaz de sustentar una ceremonia de esta clase. Si no lo hacemos, no puedo proporcionarte mis conocimientos... y tú no puedes acceder a lo que tus antepasados almacenaron en tu interior, ni tampoco al Dominio, que lo complementa todo.

—Se supone que tengo que desbloquear mi patrimonio con la asistencia de mi padre.

—Tradicionalmente, eso es cierto. Pero puesto que soy el único Forerunner de por

aquí y no es muy probable que encontremos a ningún Constructor en las inmediaciones...

No necesitó exponer los detalles. Se me pedía que mutara y creciera sin mi familia, o incluso sin que mi rango estuviera presente para ayudar. Él sería mi mentor. Y eso significaba que recibiría la impronta genética del Didacta.

—Mutaría a Sirviente-Guerrero —dije.

—Al menos en parte. Siempre podrías solicitar una corrección, una reversión, una vez que regresases junto a tu familia.

—Jamás he oído hablar de tal cosa.

Sí había oído hablar de mutaciones fallidas, de individuos reclusos en enclaves familiares especiales y limitados a tareas de ínfima importancia. No era una perspectiva atrayente.

—Es una elección.

Bajo aquellas circunstancias, no daba la impresión de ser una elección.

—¿Qué... qué sensación producirá? —pregunté.

—Toda mutación es difícil. Las mutaciones provisionales son particularmente desagradables.

—¿Es peligroso?

—Tendremos que proceder con cuidado. Pero una vez que hayamos tenido éxito, podemos aventurarnos a bajar y ver cuál es la situación en el *Deep Reverence*.

—No me he ofrecido voluntario —le recordé.

—No —respondió—; pero la Bibliotecaria siempre ha tenido buen ojo para la gente.

15

El Didacta retiró las esférulas a mano, lo que podría haber ocurrido horas más tarde.

Las estrellas giraron despacio a una posición nueva.

Yo parecía estar en el centro del universo. Era completamente incapaz de razonar ni creer que era nuestra nave la que se había movido.

Fui conducido a popa y colocado en un cubículo enorme que podría haber contenido con holgura un pelotón de guerreros: gris, con una única luz en la pared del fondo, desprovisto de todo adorno, limpio, ligeramente fresco.

—No comas nada durante un tiempo, pero bebe cuando tengas sed —me indicó el Didacta, colocando mis extremidades sobre la litera, que era más grande de lo que yo necesitaba... por el momento—. Tu cuerpo estará alterado. No todos los cambios sucederán de inmediato. Podrían hacer falta muchos días.

—Noto una sombra en mi cabeza —dije.

—El antiguo tú. Pronto experimentarás una mente más nítida y veloz. Sentirás una especie de euforia arrogante; y luego, también eso pasará.

En la soledad de aquel cubículo sentí los primeros cambios: un dolor lento y cauteloso a través de las extremidades. Las manos dolían especialmente. Posé los ojos en ellas y pensé que ya parecían más grandes, menos pálidas, la piel más rugosa y gris.

Siempre había pensado que los rangos superiores eran menos atractivos que los Manipulares.

Mi belleza juvenil desaparecía. Me volvía más feo.

No me importó.

Así pues, ¿cuándo te diste cuenta de que habías crecido?

Me pareció ver a Chakas de pie junto a mi litera, observando con el entrecejo fruncido. Qué extraordinario que yo hubiese sido como él. Tan parecido. Me pregunté si el *geas* que la Bibliotecaria les había impuesto a Riser y a él produciría una

sensación parecida a esta mutación.

Quise comparar mis experiencias con las tuyas, pero la habitación estaba vacía.

Bebí un poco de agua.

Durante unos minutos me pareció experimentar otra voz más en mi cabeza, que no era yo, ni mi yo pasado ni cualquier yo futuro. Parecía contener gran cantidad de información, la cual no servía de nada. Eran conocimientos que pertenecían a otros que estaban muy lejos, a otras existencias donde vida y muerte carecían de sentido, la luz y la oscuridad se retorcían juntas, donde los dos puños gemelos del tiempo desenroscaban los dedos y se unían en un apretón, de modo que nada cambiara ni lo hiciera nunca.

Desde luego, eso carecía de sentido. Más tarde, incluso pensar en ello me producía repugnancia.

El Didacta vino a ver cómo estaba y comprobó mis extremidades, me asestó un golpe en el pecho, tarareó por encima de mi cuerpo tumbado. Di por sentado que declararía que la mutación era un fracaso, pues no me sentía como un Forerunner, joven o viejo.

—Alégrate —dijo—. Te estás convirtiendo en un guerrero. No por completo. Pero servirás.

—¿En qué me estoy convirtiendo? —pregunté.

Si iba a vivir, necesitaba saber dónde podría encajar, qué rango aceptaría mi cuerpo horrorosamente distorsionado.

—Dentro de poco tendrás hambre —dijo—. La nave preparará comida especial. Cuando estés listo, reúnete conmigo en el centro de control. Tenemos que planear cómo abordaremos a los San'Shyuums.

—¿Cuándo accederé al Dominio? ¿Cuándo recibiré tus conocimientos?

—El potencial está ya ahí, Constructor. Pero tómatelo con calma por ahora.

Fui por mi propio pie al centro de control. Chakas y Riser no estaban presentes. Me pregunté si el Didacta los había encerrado durante todo el tiempo que estuve fuera de servicio.

Él estaba de pie junto a una visión directa de las estrellas. En el amplio suelo curvo del centro de control había varios instrumentos que no reconocí a primera vista. Resultó que uno de ellos estaba allí para darme mi comida especial.

El Didacta señaló con el dedo sin mirarme. Me senté y comí.

Comí una barbaridad. Y entonces empezó la segunda ronda de dolor, pero no se me permitió ocultarme y tumbarme. Nuestra tarea empezaba entonces.

Me puse mi armadura cuando dejé de estar hambriento y sentirme fatal. Requerí algunos ajustes antes de poder encajar con mi nuevo cuerpo de mayor tamaño. La pequeña hembra azul del fondo de mi mente seguía allí, pero parecía reacia a tratar conmigo. Tuve que hurgar a fondo para encontrarla. Sentí como si mi armadura me estuviera juzgando.

El Didacta observó, pestañeando con lenta dignidad, luego volvió a cambiar de posición sobre el suelo y se enfrentó de nuevo a la imperturbabilidad de las estrellas.

—La armadura está estropeada —dije.

—Eres distinto. La ancilla lo sabe, pero no te atenderá. Ya no eres un Manipular. Tienes que escuchar mejor.

El Didacta parecía extraordinariamente paciente. Tal vez recordaba su propia mutación provisional, hacía todos aquellos miles de años.

—El Dominio; no siento nada.

—Yo diría que eso es también culpa tuya; pero a lo mejor no esta vez. También yo tengo problemas para obtener acceso al Dominio en la actualidad. Es un misterio... por ahora. A lo mejor llegado el momento exploraremos juntos y veremos si puede solucionarse.

Decepcionado, me puse en pie, efectué un rápido diagnóstico de mi armadura y observé cómo todos los gráficos indicaban un funcionamiento perfecto; luego me concentré en intentar obligar a mis pensamientos a ser más maduros. Aun así, no conseguía hacer que la ancilla cooperara. Iba y venía en distintos lugares de mi cabeza, pero no quería hacer nada de lo que le pedía; tal vez porque mi habla interna estaba hecha un lío.

—¿Adonde fueron los humanos? —pregunté al Didacta cuando estuve seguro de que aquel proceso no me conducía a ninguna parte.

—Los encerré en una habitación con gran cantidad de la comida que parece que les gusta.

—¿Por qué?

—Hacían demasiadas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—A cuántos humanos he matado. Esa clase de cosas.

—¿Contestaste?

—No.

—La Bibliotecaria los atiborró de información que no pueden manejar. Son como yo.

—Sí, son como tú, pero parece que, en efecto, están escuchando. Lo que sucede es que no les gusta lo que oyen.

Mis primeros esfuerzos fructíferos, aunque a trompicones, para acceder a las experiencias del Didacta produjeron impresiones dispersas de oscuridad, resplandor, soles turbulentos, pesar, enfermedad y gloria; un completo caos. Mi ancilla seguía mostrándose díscola y tuve que hallar mi propio modo de aceptar e interactuar con la información.

Lo que conseguí fue un burdo arreglo, al que le faltaba casi por completo la sutileza, el trasfondo y el poder, pero al menos los recuerdos se empezaron a abrir para mí.

Al poco, estaba ya pegando saltos y sumergiéndome en una gran batalla espacial, con los acontecimientos moviéndose demasiado deprisa para que pudiera comprender gran cosa. No tenía ni idea de dónde o cuándo había sucedido; era incapaz de establecer una correlación entre aquellos acontecimientos y cualquier registro histórico. Complicando la recuperación había muchos cientos de puntos de vista, que se colaban y daban vueltas alrededor de los acontecimientos centrales, desmenuzándolos e intercalándose... y una percepción extraordinariamente distinta de la realidad objetiva.

Como Promethean, el Didacta simplemente veía las cosas de un modo diferente.

Estaba claro que, hacía mil años, al entrar en combate, el Didacta se había conectado a la total experiencia sensorial de miles de sus guerreros..., algo que yo apenas era capaz de imaginar y, por supuesto, no podía controlar.

Mi ancilla se quedó muy atrás, resplandeciendo entre toda la información procesada a medias y ensamblada de un modo rudimentario, igual que una distante estrella azul, mientras buscaba con desesperación detalles que conectaran todo aquello a la historia real.

Lo que me sobresaltó mientras exploraba los hilos —e intentaba integrarlos en una narrativa utilizable— fue lo lastimosa que era la realidad objetiva por sí sola. Los hilos combinados —incluso el caos de hilos sin combinar— eran mucho más ricos, mucho más evocativos e instructivos.

En mi educación como Manipular, me había parecido que mis profesores, e incluso mis ancillas, habían estado empeñados en que memorizara los hechos tal cual eran y no añadiera mis propias interpretaciones. No confiaban en mí para que enriqueciera el conjunto; yo era joven e ingenuo. Era estúpido. Incluso ahora, era evidente que los recuerdos del Didacta se oponían a que añadiera cualquier matiz procedente de mi propia experiencia. Yo no había estado allí.

Comprendía ahora que por muy sofisticado que uno llegara a ser, la suntuosidad total era algo que ningún individuo podía capturar o conocer de verdad jamás. «No debe ser constreñida. Es siempre cruda, siempre rica...».

Traté de emerger de aquel estanque de extático exceso. La denominada realidad sólida de la nave, de mi armadura, del espacio y las estrellas a nuestro alrededor, fue repentinamente ominosa, aterradora. Experimentaba dificultades para distinguir estos distintos estados. Estaba ebrio.

Me aparté de los recuerdos e intenté volver a conectar con el núcleo de mi yo.

Y de improviso, como si todo se hubiera vuelto nítido, estaba envuelto en el chasquear de más de una docena de hilos: hilos de guerreros. Tenían un lugar, un nombre, una referencia histórica. No podía escabullirme.

Me sumergí profundamente en la primera batalla de Charum Hakkor, uno de los últimos combates entre Forerunners y humanos. Vi miles de esfinges de combate describiendo espirales en grandes grupos alrededor del planeta igual que bandadas de gorriones letales, retorciéndose y embistiendo navíos humanos...

Haciéndolos caer en barrena a la atmósfera para que se desintegraran, estrellándolos contra el pilar rígido de una ruina Precursora que se elevaba muy por encima del planeta o estrellándose ellas a su vez; el hilo de memoria llameando de improviso al final, extinguiéndose, consumiéndose.

Pasión y el fluir de la vida de un guerrero... y, demasiado a menudo, muerte. Un caos de muertes me envolvía; el fin de la vida de un guerrero en una centelleante columna de metal fundido, carne carbonizada, plasma y rayos gamma. Aquella brusquedad convulsa, chillona y aterrada producía el mismo dolor agudo que la puñalada de una daga.

«No podía detenerlo».

Vi las implacables ruinas Precursoras de Charum Hakkor tachonadas de construcciones humanas, igual que hiedra creciendo en árboles enormes: ciudades inmensas, torres de energía y plataformas de defensa operando de modo geosincrónico y con equigravitación, un poco menos sofisticadas que los navíos, plataformas y estaciones Forerunners.

Los humanos habían sido una gran potencia, un adversario digno... tecnológicamente. ¿Y que pasaba con la cuestión espiritual? ¿Cómo conectaban con el Manto?

¿Eran de verdad nuestros hermanos?

No podía saberlo. El Didacta había sido extraordinariamente abierto a tales ideas en aquella época.

«Debes conocer a tu enemigo, y jamás subestimarle o menospreciarlo.

»No hay hilos humanos en el Dominio —no hay modo de conocer sus reacciones —, el Dominio no está completo...».

¿Fue eso un pensamiento propio, o el comentario crítico del Didacta mismo, comprendiendo la grandeza de su enemigo?

Me las arreglé para liberarme con una sacudida y recobré el conocimiento en mi cabina, bajo la luz del solitario aplique, jadeando, chillando, con los dedos arañando el camastro y el mamparo, como si quisiera salir de allí excavando.

La verdad no era para los idiotas.

La escotilla que daba a los aposentos de los humanos se abrió al acercarme. Pasé al interior y vi a Chakas y a Riser sentados en mitad del suelo con las piernas cruzadas, uno frente al otro. Sus armaduras descansaban junto a ellos, y cada uno tenía metido un único pie en las mallas.

Chakas no se movió, pero Riser abrió un ojo y me echó una veloz mirada.

—La dama azul está explorándonos —dijo.

—No lleváis puesta vuestra armadura —repliqué.

Movió el pie. La armadura se movió con él.

—Esto es suficiente.

Chakas estiró los brazos hacia arriba con semblante contrariado.

—¿Qué hemos hecho para merecer esto? —preguntó.

—No tuve nada que ver con vuestro *ge as*.

—La dama azul dice que tenemos muchas vidas dentro —dijo Riser.

—Estamos viendo un poco de lo que sucedió en Charum Hakkor —explicó Chakas—. Antes de las batallas, antes de la guerra. Estoy intentando ver al prisionero enjaulado. Está ahí, en alguna parte, pero ¿por qué tendría que importarme?

—Ojalá lo comprendiera —les dije—. Pero no es así. Todavía no. Hay una historia más importante, algo que otorga gloria a vuestro pueblo... pero no lo veo. Creo que sois vosotros quienes tenéis que verlo, no yo.

Chakas se puso en pie, rompiendo la conexión con la armadura y la ancilla.

—Hay comida. Comida Forerunner. Podrías comer un poco.

Riser se encaramó a una litera baja y trajo un par de bandejas cubiertas con ampollas flotantes de material grisáceo. No parecía muy distinta de la comida «especial» proporcionada tras mi mutación provisional. Quedaba claro que los Sirvientes-Guerreros no estaban atados a las comodidades. Intenté comer un poco.

—Nos acercamos a un sistema en cuarentena —dije—. ¿Qué habéis aprendido? ¿Qué recordáis sobre los San'Shyuums?

—Son sombras —dijo Riser—. Vienen, se van.

—Me parece que no me gustan —indicó Chakas—. Demasiado encantadores. Escurridizos.

—Bien, pues vamos a visitarlos, y creo que el Didacta va a querer que los conozcáis y habléis con ellos. Todos parecemos ser parte de un juego que está jugando con la Bibliotecaria.

—¿Un juego delicado? —preguntó Riser.

—Un juego muy serio. Creo que ella no consiguió advertirlo sobre lo que ha estado sucediendo desde que entró en el Torreón del Guerrero. Así que nosotros somos las herramientas especiales del Didacta. Pocos sospecharían de nosotros.

—¿Cómo funciona eso? —quiso saber Chakas.

—Nosotros visitamos los lugares de la historia, los vemos, y ello nos estimula; recordamos. En su mayor parte, ves y recuerdas. Ahora que tengo los recuerdos del Didacta, creo que se supone que debo enlazar con el Dominio, pero el Dominio no está cooperando.

—Dominio... —Riser alzó la mano—. No sabemos qué es eso.

—Yo tampoco estoy seguro de saberlo. Vosotros habláis con vuestros antepasados en la memoria que la Bibliotecaria os dio, encerrada en vuestro interior, esperando a ser activada. ¿Es eso una aseveración que se ajusta a la verdad?

Riser movió una mano como queriendo decir, supuse, que sí. Su rostro se relajó yladeó la cabeza. Chakas lo miró con curiosidad.

—El Dominio es donde guardamos nuestras crónicas ancestrales —dije—. Están almacenadas allí para siempre, disponibles para cualquier Forerunner, en cualquier parte, no importa a qué distancia.

—No son fantasmas.

—No, pero a veces son extrañas. Las crónicas no siempre permanecen igual. A veces cambian. No se sabe el motivo.

Rememoré con rapidez algunas de las propias experiencias del Didacta con el Dominio, confusas e insatisfactorias.

—Como recuerdos auténticos —sugirió Chakas, observándome con atención.

—Supongo. Tales cambios son considerados como sagrados. Jamás son invertidos o corregidos. Y averigüé algo sobre las esfinges de combate del Didacta. Son todo lo que queda de sus hijos.

Riser silbó y se acuclilló en el suelo, luego se balanceó con suavidad, volviendo a fruncir el ceño.

—La guerra mató a muchos..., pero los humanos lucharon bien —dije—. Creo que estamos a punto de enfrentarnos a un enemigo común... no los San'Shyuums.

Chakas y Riser se concentraron por completo en mí.

—Jaula vacía —dijo Riser, y se rodeó el cuerpo con los brazos, como si así se tranquilizara.

La ancilla de la nave relampagueó ante nosotros.

—El Didacta solicita tu presencia en el centro de mando.

—¿No la de todos nosotros?

—Los humanos permanecerán en su alojamiento hasta que exista una mejor comprensión de la situación.

Riser lanzó un resoplido, luego volvió a sentarse con las piernas cruzadas y cerró los ojos, alzando la barbilla como si escuchara música lejana. Poco a poco, Chakas se sentó a su vez, y quedaron tal y como los había encontrado.

Tomé el ascensor que conducía al centro de mando.

—He enviado un mensaje al *Deep Reverence* y revelado nuestra posición —confesó el Didacta mientras descendíamos, aproximándonos a los vigilantes entrelazados de las defensas exteriores del sistema—. Seremos destruidos si no comunicamos nuestras intenciones al comandante. Entre Prometheans, era conocido como el Ratificador.

En la cubierta del centro de mando, volvíamos a estar de pie en una visión virtual, sin sostén en el amplio espacio y rodeados de estrellas. Uno de los pequeños mundos exteriores pasó ante nosotros: sin atmósfera, rocoso, sin vida. Los visualizadores transmitieron información actualizada sobre el escudo de la cuarentena, junto con la que podía obtenerse sobre los tres planetas protegidos situados abajo; dos aparentemente habitados por San'Shyuums, el tercero un depósito de almacenaje para reservas (era de suponer que anticuadas) de armas Forerunners.

Vi a los San'Shyuums en mi otra memoria tal y como habían sido diez mil años atrás: una raza elegante y hermosa, fuerte y sensual, inteligente pero no demasiado marcada por el intelecto; capaz de seducir a otras especies con su belleza casi universal. Escurrizos, en efecto. En torno a los San'Shyuums, al parecer, todas las emociones se fundían en pasión indiscriminada. Las únicas excepciones, en su experiencia histórica, eran los humanos y los Forerunners.

Nuestra nave avanzó despacio en su larga órbita descendente durante cien millones de kilómetros antes de que se recibiera una potente señal procedente del *Deep Reverence*.

—¡Vaya, un Promethean interrumpe nuestra soledad afirmando ser el Didacta! —dijo una voz ronca y profunda, acompañada por la visualización de una vieja y casi informe masa de músculo y carne llena de cicatrices.

He aquí un Sirviente-Guerrero que había pasado, según le parecía a mi nueva y más entendida mirada, por más batallas y mutaciones que el Didacta, algunas con menos éxito que otras.

—¿Eres realmente tú, mi viejo Némesis?

El Didacta no demostró la menor consternación ante lo que el tiempo le había hecho a su compañero Promethean.

—Te dije que regresaría. Tenemos asuntos importantes, y necesito tu ayuda. ¿Hay trampas dispuestas aquí? Dime la verdad.

—¿Vuelves a tener problemas?

Dirigiéndose a mí en un aparte, el Didacta dijo:

—Es el Ratificador. Pero algo parece no estar bien. El escudo de cuarentena ha estado en modo de combate durante algún tiempo, creo.

—¿Cuál podría ser la razón? —pregunté.

El Didacta mostró un semblante cauteloso y sombrío.

—Una acción punitiva reciente, quizá... Pero los San'Shyuums fueron ciudadanos modelo después de que los trajeran aquí. Intenta centrar tu atención abajo, en los mundos San'Shyuums. —Y hablando al *Deep Reverence*, le dijo—: ¿Cuánto tiempo llevas destinado aquí sin ser relevado?

Mis dedos trabajaron con rapidez para obtener los datos de los sensores que necesitaba. Estudié los dos planetas interiores en el escanograma de baja resolución disponible a través del escudo de la cuarentena. Las características de la superficie estaban oscurecidas en su mayor parte. Lo que pude distinguir se apartaba de modo sustancial de los informes de la ancilla. Las características habían sido reordenadas. Pensé de inmediato en Faun Hakkor...

No podía determinarse nada a la escala de una nave espacial, excepto, desde luego, en el caso del *Deep Reverence*.

—Doce siglos —respondió el Ratificador—. Han sido años de dichosa oportunidad para el crecimiento y la reflexión. El Consejo nos asignó a nosotros, viejos guerreros, para que custodiásemos y protegiéramos a nuestros antiguos enemigos, ahora postrados ante el poder Forerunner. Cumplo con mi deber y nada más. Deberías ver mi colección de tallas San'Shyuums. Magnífica. La valoro más porque carece de valor. Ningún Forerunner presta atención a los artefactos de enemigos derrotados. ¿Supongo que deseas visitar mi pobre navío?

—Esa es mi primera intención —respondió el Didacta.

—Sólo un momento... deja que consulte con mi personal. Oh, espera, no tengo personal.

—¿Estás solo? —El Didacta me echó una mirada que parecía preguntar: «¿Están solos todos los viejos guerreros?».

—Aquí fuera, el Dominio es mi único consuelo —respondió el Ratificador—. Me he estado abriendo paso entre antepasados que no sabía que existieran. Pero últimamente, el Dominio me ha rechazado...

—He venido aquí en una misión para la Bibliotecaria —indicó el Didacta—. Viajamos con dos humanos elegidos por ella. Necesitamos interrogar a los líderes de

los San'Shyuums.

—La Bibliotecaria. La Moldeadora de la Vida en persona... Pasó por aquí en alguna que otra misión. Provocó algunas dificultades. Tal vez habrás advertido la presencia del escudo y que los vigilantes están en alerta.

—Mi esposa ha estado ocupada —repuso el Didacta.

Proseguí el estudio de los planetas interiores. Por lo poco que podíamos ver a través del filtro del escudo de la cuarentena, casi todos parecían más oscuros, probablemente dañados.

—Siento curiosidad respecto a por qué pueden importarle a alguien estos vestigios de nuestras antiguas guerras —dijo el Ratificador—. De vez en cuando intercepto un mensaje sobre acontecimientos importantes que tienen lugar en la capital. Hago caso omiso de ellos. No contienen nada para mí; no hay órdenes nuevas. El Dominio es todo lo que me queda..., y ahora me ha dejado fuera. ¿Sabes por qué?

—Me gustaría inspeccionar esos informes.

—Cuando llegues aquí, podemos hurgar en la memoria de la nave y buscarlos. Pero permitir que los San'Shyuums se reúnan con humanos... eso está prohibido. Los separamos por un motivo, viejo amigo.

—¿Podemos aproximarnos y discutirlo?

Una pausa. El Ratificador parecía estar dándole vueltas a una pequeña escultura entre sus gruesas y ásperas manos.

—Tratándose del propio Didacta, desde luego. Ajusta tu órbita en una posición baja, que la ancilla de tu nave se equipare con estos códigos, y los vigilantes evitaran tejer una barrera allí donde tu órbita efectúe una intersección. ¡Es espléndido tener noticias tuyas! Un amigo vivo de los viejos tiempos. ¡Tengo tantas cosas sobre las que ponerme al día!

La transmisión finalizó. Nuestra nave alteró su curso y equiparó los códigos. Los visualizadores revelaron que los vigilantes ya no entraban y salían a toda velocidad del sector en el que nuestra órbita atravesaría el bloqueo.

—El Ratificador era un gran guerrero y un buen amigo, pero jamás lo consideré un gran experto en las bellas artes —dijo el Didacta—. Mantén los sensores apuntando a esos planetas. —Parecía preocupado.

—¿Debería hacer venir a los humanos?

—Sí. Asegúrate de que lleven puesta la armadura.

Fui a popa y abrí el cubículo asignado a Chakas y Riser. Salieron de mala gana, con ojos somnolientos. Riser arrastraba su armadura tras él.

—La mujer azul y yo discutimos —explicó—. Ella no me gusta.

Chakas me dedicó una mirada asesina. Estaba demasiado involucrado en su propia agitación interna para prestar atención a los leves cambios físicos que yo

empezaba a mostrar.

—Podríamos correr peligro —dije a Riser—. La armadura te protegerá. Te mostraré como desconectar la ancilla, si quieres... Por ahora.

—¿Hacerla callar? —inquirió—. Se enfada conmigo.

—Exactamente.

Con un estremecimiento, permitió que la armadura volviera a envolverlo, y quedó a una altura similar a la mía... casi. Yo seguía creciendo.

—Pareces más grande —comentó Riser con recelo—. Hueles diferente, también.

Les mostré cómo desactivar la ancilla, luego interrogué a mi propia mujer azul sobre sus quejas.

—Lo que recuerdan los enoja —explicó—. Hacen preguntas que no estoy preparada para responder. Intento calmarlos. Eso sólo consigue enojarlos más.

—Bien, pues deja de calmarlos —le dije—. Tiene que existir una razón para lo que están experimentando.

El *Deep Reverence* apareció formidable en las exploraciones de cerca de los sensores. Yo había visto por primera vez navíos de la clase Fortaleza durante ceremonias celebradas allá por los primeros tiempos de mi juventud en el complejo de la nebulosa de Orion. Las fortalezas, las naves de guerra Forerunners individuales de mayor tamaño, tenían una longitud de cincuenta kilómetros, con una semiesfera enorme en el extremo delantero, una serie de plataformas escalonadas a nivel medio equipadas con muelles de despegue y soportes de armas y, por debajo de eso, una cola larga tachonada de armamento. Las más grandes, tenían diez kilómetros de anchura y podían transportar cientos de miles de guerreros así como falanges automatizadas que podían ser guiadas por guerreros en una proporción de una a un millón de naves ofensivas...

Tardé un momento en darme cuenta de que no accedía a mi propia experiencia o memoria juvenil de aquellas pasadas ceremonias, sino a la del Didacta.

Chakas contempló con abatimiento el *Deep Reverence*.

—¿Estamos aquí para visitar a nuestros antiguos aliados, verdad? —preguntó—. ¿Los castigasteis como hicisteis con nosotros?

—Hicieron un trato —respondí—. Hablaremos de eso más tarde...

El Didacta alzó un brazo a modo de advertencia.

—Estamos siendo introducidos en la cuarentena —advirtió—. Si hay trampas, deberíamos averiguarlo muy pronto.

La ancilla de la nave apareció entre nosotros en una plataforma elevada.

—El control de la nave ha sido entregado al comandante del sistema —comunicó—. En el interior del escudo, todos los sensores quedan limitados a baja resolución y a exploraciones a corta distancia. Estaremos más que medio ciegos.

—¿Sabemos elegirlos, verdad? —preguntó Chakas a Riser mientras permanecían de pie, tensos y abatidos.

Nuestras armaduras habían vuelto a fijarnos a la cubierta.

A medida que nos acercábamos y maniobrábamos hasta una posición de ataque, resultó cada vez más evidente que el *Deep Reverence* había visto tiempos mejores. Apenas parecía operativo, con la superficie convertida en una sinfonía de colisiones, muescas, cráteres: daños de combate sin reparar, mucho peores que los agujeros de polvo de estrellas de las viejas esfinges de combate.

Las rampas de lanzamiento y los muelles estaban vacíos en su mayor parte. Una fuerza simbólica de cruceros de vigilancia y Runners de ataque rápido seguían allí, pero incluso estos no daban la impresión de que se hubieran ocupado de ellos recientemente.

Era evidente que los Forerunners habían aparcado la fortaleza en su órbita y esperado olvidarse de ella, de la vieja guerra, de este mundo..., de los San'Shyuums en general. Había tenido lugar un pacto, pero sin que nadie se enorgulleciera o beneficiara por ello. A la fortaleza la habían abandonado allí, por vergüenza.

Sin embargo, la vieja plataforma de combate seguía siendo imponente, aunque sólo fuera por su tamaño. Comparada con ella, nuestra nave era una pelusilla en la manga de un gigante.

La ancilla de nuestra nave proyectó al exterior una pasarela, y al cabo de pocos minutos pisábamos las frías y desnudas cubiertas de la fortaleza. Para no alterar al Ratificador, por el momento dejamos atrás a los humanos.

El espacio que recorrimos estaba casi desprovisto de atmósfera, los lejanos confines sumidos en sombra violeta, los mamparos y la cubierta revestidos de una fina capa crujiente de aguanieve. De todas partes llegaba un agudo lloriqueo errante, como un silbido vacío, entremezclado cada pocos segundos con un pulsante ruido sordo, como si un mazo blando golpeará el casco exterior.

—El servicio prolongado no ha sido bueno para el Ratificador —comentó el Didacta—. Ningún guerrero debería permitir que sus armas se oxidasen.

Un ascensor descendió del alto techo en arco y se abrió para permitirnos entrar. De todas partes surgió una voz crepitante y distorsionada, que ocupaba y resonaba por toda la bóveda:

—¡Ven más arriba, viejo amigo! Nosotros, los del Dominio estropeado, aguardamos tu inspección.

El Didacta bajó los ojos hacia mí mientras las puertas del ascensor se cerraban.

—Esto puede no ir bien. Ninguna culpa recaerá sobre ti, joven primera-forma.

—Soy bastante paciente, pero no me ando con monsergas —respondí.

Esto lo impresionó.

—Empiezas a sonar como un Guerrero —dijo—. Pero todavía tienes aspecto de

Constructor. Tu fuerza... ¿qué tal progresa?

—Es mayor —respondí, mirándome la mano, que ya no me resultaba fea; mis pensamientos empezaban a ir a la par con mi crecimiento—. Ya no siento tanto dolor.

—El Ratificador estuvo al mando de legiones en el pasado. Ya no. Dudo que haya ninguna clase de enfrentamiento. Me pregunto por qué no eligió el Cryptum en lugar de esto.

—Deseaba servir —repuse.

—Yo serví mediante mi marcha, para no provocar conflictos —rezongó él.

—No deja de hablar del Dominio. ¿Ha sido esa su única conexión con Forerunners?

—Tal vez. Eso me inquieta. En ocasiones, existe una especie de faceta de espejo roto...

Alcanzamos un nivel intermedio dentro del hemisferio de residencias. El nivel era una confusión de paredes a medio construir y conductos laberínticos, cruzados por mamparos y puentes fantasmagóricos. Aquí, la atmósfera estaba aún demasiado enrarecida; no era segura sin armadura. Los revestimientos de luz dura eran débiles y dispersos. El estado de la potencia de la fortaleza al parecer había sido calamitoso durante muchos siglos. Me inspiraba la misma seguridad un paseo por estas estructuras podridas y titilantes que si hubieran estado hechas de escarcha.

—Mantente cerca —me advirtió el Didacta.

Más adelante, una enorme figura desmañada vestida con lo que parecían partes de tres juegos diferentes de armaduras penetró en un tenue haz de luz salpicado de nieve. «Este debe de ser el Ratificador», pensé; pero las facciones del Didacta no revelaron gozo ni siquiera un reconocimiento inmediato.

—Permiso concedido para subir a bordo del *Deep Reverence* —dijo la figura.

Se aproximó más, rodeado por un anillo de visualizadores de la nave que daban vueltas a su alrededor, transmitiendo lo que parecía ser, desde donde yo estaba, información casi inútil... o ninguna información en absoluto.

—Nos sentimos honrados de ser recibidos en tu admirable nave —dijo el Didacta—. Muchos sirvieron y se les recuerda.

—Muchos sirvieron —repuso el Ratificador—. ¿Trajiste al Gramático contigo? ¿Al Strategos?

—No esta vez —contestó el Didacta—. Como dije, venimos a llevar a cabo un encargo de una Operaria de la Vida, mi esposa...

—Y como ya te dije, ella pasó por aquí no hace mucho —declaró el Ratificador—. Si me preguntas, estaba demasiado pagada de sí misma. Pero tenía el sello del Consejo, así que no hice preguntas. No interfiero en la política de rangos más elevados.

—Ya —repuso el Didacta—. Nosotros, por nuestra parte, no tenemos el sello del

Consejo.

—Ya lo había imaginado. Siempre en dificultades. Primero te casas con una Operaria de la Vida, luego te opones a los Constructores... Hace que me pregunte si merecías mi mutación provisional.

El Ratificador avanzó y estrechó al Didacta en un potente abrazo tintineante.

El Didacta me echó una fugaz mirada con cierto embarazo. Señalé y pregunté mediante la mímica: «¿Él?».

El Didacta alzó los ojos. La nieve dio vueltas alrededor de ambos durante un momento, hasta que el Ratificador le soltó y sostuvo al Didacta a cierta distancia.

El anciano Promethean se volvió entonces para contemplarme. Nunca antes había visto a un Forerunner de la clase que fuera más feo, deforme y destrozado. La piel, que podía distinguirse por entre el casi canceroso entramado de armadura, era de un gris jaspeado de insalubres vetas de palidez, con un matiz rosado. Ni en la coronilla ni en los hombros tenía aquellas zonas de erizada pelusa blanco azulada que caracterizaban a los Sirvientes-Guerreros que había conocido, incluido el Didacta. En su boca vi dos sólidos rebordes de dientes negros —que habían crecido pegados— con un atisbo de una lengua en movimiento entre ellos.

—Aún no, viejo amigo. Entretenme. Vuelve a contarme los relatos de las luchas que hemos visto, de las victorias que conseguimos. Me siento solo aquí, y el tiempo se alarga hasta extremos intolerables.

Verdaderamente, el *Deep Reverence* parecía un árbol enorme carcomido por el capricho itinerante de una única termita espantosa. Cuanto más avanzábamos hacia arriba por el interior de la nave —y avance no es la palabra correcta—, más intensa era la sensación de irrefrenable deterioro. Me pregunté si, durante los últimos mil años, el Ratificador había dedicado el tiempo a construir disparatadas cosas inútiles por todas las cubiertas, arriba y abajo, agotando los recursos de la nave y distorsionando su diseño original.

Llegamos por fin a un espacio lo bastante cálido y con oxígeno suficiente para reponer la carga de nuestras armaduras. El siseo del reabastecimiento fue como un jadeo mientras nuestras ancillas succionaban reservas para lo que, también ellas, parecieron pensar que podría ser un período crítico.

El centro de mando del Ratificador estaba adornado con cortinajes de un diseño que no pude reconocer. En la zona delimitada por las colgaduras, asomando a través o alzándose entre ellas, había docenas de esculturas hechas de piedra y metal, algunas bastante grandes, y todas ellas cinceladas con una gracia y habilidad evidente cualquiera que pudiera haber sido el tema del que tratara; abstracciones o representaciones, ¿quién podía decirlo?

Pero como centro de mando, el espacio no era más funcional que la bóveda vacía en la que habíamos entrado en un principio.

Estaba claro que la fortaleza se había convertido en un recargado fantasma de su antiguo poderío.

Nuestro anfitrión ordenó que se dispusieran asientos. Entre crujidos y gemidos, la cubierta hizo aparecer dos sillas apropiadas para Prometheans, más un pequeño bulto que podría haber estado pensado para mí. Algunas de las colgaduras se hicieron a un lado, desgarrándose y cayendo en jirones polvorientos... y tres esculturas se vinieron abajo, una de ellas casi golpeándome antes de aterrizar sobre la cubierta con un fuerte crujido y partirse en dos.

El Ratificador trajo botellas procedentes de una amplia vitrina medio oculta en los

cortinajes, tambaleándose hacia la izquierda al caminar.

—Lo mejor que tengo para ofrecer —dijo, y sirvió tres vasos de un líquido verdoso.

Tomó asiento y ofreció un vaso al Didacta y otro a mí. Ninguno de los vasos estaba limpio.

—¿Recuerdas el *kasna*? —preguntó, alzando su propio vaso en un brindis.

El líquido del interior olía agrisado —acre— y dejaba una mancha en el cristal.

—Los San'Shyuums han destacado siempre en las artes de la embriaguez. Esto procede de sus mejores reservas.

El Didacta contempló su vaso, luego lo vació de un trago... ante la consternación del Ratificador.

—Esa es una bebida poco corriente —lo reprendió.

—¿Permites que los San'Shyuums viajen entre sus dos mundos? —preguntó el Didacta, devolviendo el vaso a la polvorienta bandeja.

—Están confinados dentro de los límites de la cuarentena —repuso el Ratificador—. No hay motivo para mantenerlos inmovilizados.

—En muchos aspectos, eran peores que los humanos —dijo el Didacta.

—Engañados y mal aconsejados, afirman ahora.

—No importa, transcurrido tanto tiempo —declaró el Didacta—. ¿No has tenido contacto con ningún otro guerrero en cuántos años?

—¿Los vivos? Siglos y siglos —respondió el Ratificador—. El último envío de... —Se interrumpió y paseó la mirada por la estancia cubierta de cortinas con ojos que habían perdido casi toda la capacidad de concentrarse en algo—. Traen aquí a muchos colegas, ya sabes. Exiliados con menos dignidad de la que el Consejo te concedió a ti. Han librado, y perdido, muchas batallas políticas desde que desapareciste.

—¿Dónde están?

—A unos pocos se les permitió su propio Cryptum. Para el resto... el Consejo nos envió sus Confinadores.

—¿El *Deep Reverence* se ha convertido en un cementerio? —preguntó el Didacta. El resto de color había desaparecido de sus ya pálidas facciones.

—Una porción de Manto. Un monumento conmemorativo. Es lo que se le permite a nuestra clase, ahora que los han retirado del servicio y desterrado de las luchas del Consejo. Los San'Shyuums vienen aquí a menudo para reparar y ocuparse de los visualizadores, y les estoy agradecido. No tengo ni el personal ni la energía para llevar a cabo la tarea yo mismo.

—¿Nuestros enemigos *atienden* a nuestros muertos?

El Didacta se puso en pie con ira y pareció buscar algo que coger y lanzar. Me aparté... Todavía no podía competir con su fuerza.

—La guerra hace mucho que terminó —dijo el Ratificador en un débil intento de mostrar dignidad—. Nos enfrentamos a enemigos mayores... Y sin embargo, tú has elegido el exilio en lugar de discutir con el Consejo y enfrentarte a lo inevitable. Y cuentas con una Operaría de la Vida para que te oculte y sin duda asegure tu regreso... Yo no tengo nada de lo que arrepentirme, viejo amigo.

El Ratificador se dirigió con aquel torpe andar suyo hacia la escultura más cercana, una figura arqueada de color verde oscuro labrada con lo que podría haber sido follaje. Acarició con la mano la refinadamente esculpida superficie.

—El embajador San'Shyuum deja estas cosas como una forma de respeto hacia sus apreciados conquistadores. Llega en un extraño sillón, con ruedas... La verdad es que creo que ahora requieren que sus líderes sean parapléjicos. También creo que sienten un cierto afecto por mí. Los San'Shyuums ya no se parecen mucho a lo que eran.

—¿Decadentes buscadores de la satisfacción sensual, quieres decir? ¿Hábiles farsantes que traicionaron sus alianzas?

—Es muy cierto que en una ocasión rindieron culto a la juventud y la belleza. No es así, ahora. Gobiernan los ancianos, y los jóvenes cumplen sus mandatos. Es verdad que todavía se festeja sobremanera la procreación... Resulta inconveniente, pero mantienen refrenado el crecimiento de la población, engendran de modo selectivo, y por lo tanto no se les quedan pequeños sus planetas, como en una ocasión se temió...

—¿Quién los lidera ahora?

—Ha habido muchos títulos, muchos nombres. Muchos asesinatos. He perdido la pista de quién o qué habla por sus dos mundos.

—Averiguelo —dijo el Didacta—. Diles que un Promethean de alto rango necesita preguntarles sobre Charum Hakkor y lo que estaba encerrado allí.

Le llegó el turno ahora al Ratificador de que su rostro palideciera. Bajó el vaso despacio.

—¿El ser eterno?

—El Maestro Constructor ha finalizado su arma suprema. Fue puesta a prueba cerca de Charum Hakkor —explicó el Didacta—. Nadie parece haber previsto el efecto sobre las estructuras de los Precursores. Se ha abierto una brecha en el estadio.

—Imposible —dijo el Ratificador.

Por un momento pensé que la posibilidad de un nuevo desafío proporcionaba un porte más rígido al anciano guerrero, un regreso a una actitud orgullosa, pero tras meditarlo un momento, paseó la mirada por la estancia medio camuflada, los cortinajes polvorientos y andrajosos, las docenas de esculturas, algunas instaladas todavía en sus palés de transporte... y casi pareció desinflarse en el interior de su armadura hecha de retazos.

—Imposible —repitió—. ¿Si la jaula se ha roto y el prisionero no está... adonde

podría haber ido? Jamás comprendimos qué era, para empezar.

El Didacta había hablado con él...

Pero esa parte de los recuerdos del Didacta no me resultó nada clara. ¿Demasiado peligrosa para alguien que acababa de mutar en un primera-forma? ¿No confiaba en mí después de todo? ¡Pero me había transferido mucho!

—Es por eso que es imperativo que interroguemos a los San'Shyuums.

—No te detendré. De todos modos, tu nave está fuertemente armada. Las armas deben quedarse conmigo.

—Todas salvo mis esfinges de combate. Ya no son letales y me sirven de recuerdo.

—Sí, lo comprendo.

—También tenemos a dos humanos.

—Prohibido.

—Necesarios para nuestra misión.

El Ratificador sostuvo la mirada del Didacta. Una vez más, una sombra de su antigua fuerza pareció regresar.

—Si el Consejo no te ha retirado formalmente el grado, eres mi superior. Los humanos son tu responsabilidad. Sin embargo, las armas no pueden pasar.

Aquello pareció zanjar la cuestión. Un acuerdo entre dos viejos guerreros. Volvieron a beber, y en esta ocasión el Didacta bebió a sorbos en lugar de a tragos.

—La Bibliotecaria... ¿Explicó su misión?

—Seleccionó individuos de entre los San'Shyuums y otras especies y se los llevó. Tengo entendido que es lo que hace ahora por toda la galaxia. A lo mejor colecciona especies tal como yo colecciono esculturas.

—¿Adonde los llevó?

—A una instalación llamada el Arca. La escoltaban esta clase nueva de fuerzas de seguridad de los Constructores. ¿No has hablado con ella?

Hubo un incómodo silencio.

—No —dijo el Ratificador—. Por supuesto que no. Eso sería demasiado fácil, ¿verdad?

Nuestra nave se insertó en una órbita descendente. Mientras nos aproximábamos al primero de los dos mundos San'Shyuums, el Didacta me confió lo que ya parecía evidente.

—El Ratificador ya no está capacitado para el servicio. Ni siquiera comprobó si conservo mi grado.

—¿Lo conservas? —pregunté.

—No tengo modo de saberlo.

—La Bibliotecaria sabía que vendrías aquí tras ir a Charum Hakkor.

—Sería una suposición razonable. Mi esposa tiene sus propios planes que poco a poco... muy poco a poco... me está permitiendo descubrir.

—Otros podrían sospechar lo mismo... y preparar una trampa.

—Desde luego. Si ahora somos sus guerreros, debemos aceptar un cierto riesgo. Puesto que los humanos llevan su marca, ponerlos al lado de los San'Shyuums puede liberar recuerdos cruciales. Es un riesgo que vale la pena correr.

—No están nada contentos con lo que recuerdan —dije.

—Están accediendo a verdades desagradables; a los pensamientos y recuerdos de guerreros humanos. Derrotados, amargados y a punto de ser ejecutados.

—¿Ella tomó sus esencias antes de que los mataran?

—Ella no tuvo nada que ver con lo que sucedió en esa época.

Era la política de los guerreros preservar lo que pudiéramos de los adversarios antes de que fueran suprimidos.

—Suprimidos —dije.

—Y en este caso, teníamos un motivo excelente para recolectar memorias —prosiguió el Didacta—. Incluso antes de que entrásemos en guerra con los humanos, ellos combatían a otro enemigo. Un azote horrendo en extremo con el que nosotros aún teníamos que tropezamos y sobre el cual todavía sabemos muy poco.

Miré en mi interior.

—El Flood —dije.

Tal información estaba disponible para mí: imágenes... emociones, pero todas revueltas e incompletas.

—Ese era su nombre. Mientras nos combatían, derrotaron a ese otro enemigo y lo empujaron más allá del borde de la galaxia; una batalla épica. Nosotros no nos enteramos de su victoria hasta que los derrotamos a ellos. Y quisimos averiguar a través de ellos cómo combatir al Flood, en el caso de que regresara... como parecía inevitable. No obstante, por razones evidentes, no se sintieron obligados a compartir su secreto. Lo mantuvieron entre ellos, oculto a todas nuestras técnicas.

—Sin duda, los humanos no combatieron a ese «ser eterno», el cautivo desaparecido.

—No. —El Didacta alzó el brazo y lo desplazó lentamente a lo largo del limbo visible del mundo San'Shyuum, que emergía al día—. Eso es anterior a los humanos que lo desenterraron. Era anterior al Flood. Sin embargo, yo compartía la opinión de los humanos de que, fuera lo que fuera, era extraordinariamente peligroso.

—Y sin embargo, hablaste con él.

Pareció tener sentimientos encontrados ante el hecho de que yo estuviera enterado de aquello.

—Ya puedes ver hasta ese punto. Sí.

—¿Cómo pudiste vulnerar la tecnología de los Precursores? ¿Qué le pediste?

—Eso se te revelará cuando estés preparado... y en todo su contexto —repuso el Didacta—. Nos han retirado las armas, pero esta nave sigue estando repleta de herramientas útiles. Tú, por ejemplo. Y los humanos. La Bibliotecaria ha estado llevando a cabo sus estudios e investigaciones durante los mil años que estuve exiliado, y parece haber averiguado unas cuantas cosas que no se atreve a divulgar directamente. Cosas que a lo mejor ni siquiera se le han contado al Consejo. Pero indirectamente a través de ti y de los humanos. Se os ha colocado sobre una espoleta de efecto retardado, regulada para estallar en el momento adecuado... y ni siquiera yo tengo idea de cuándo podría ser eso.

—Todo parece de una ineficacia espantosa —dije.

—He aprendido a confiar en los instintos de mi esposa.

—¿Compartiste tu información con ella antes de entrar en el Cryptum?

—Algo.

—¿Compartió ella su información contigo?

—No mucha.

—No confiaba en ti, entonces.

—Conocía mis circunstancias. Una vez que mi Cryptum fuera descubierto y yo liberado, era inevitable que acabara siendo obligado a servir al Maestro Constructor y al Consejo, cualesquiera que fueran mis objeciones. Pero me proporcionó algo de tiempo antes de que eso sucediera. Tenemos este viaje que llevar a cabo y preguntas

que hacer.

La ancilla de la nave apareció y nos informó de que se nos permitía ya aproximarnos al mundo San'Shyuum de mayor tamaño.

—Trae aquí a tus humanos —dijo el Didacta.

—No son mis...

—En base a tus acciones vivirán o morirán, servirán como héroes para sus especies o serán extinguidos igual que llamas diminutas. ¿No son tuyos, primera-forma?

Agaché la cabeza y acaté la orden.

Nuestra nave prosiguió su descenso a lo largo de una prolongada órbita elíptica. Si decidíamos abortar, podíamos dar media vuelta a toda prisa fuera de allí y salir disparados en dirección al escudo de la cuarentena... con la esperanza, supongo, de que los códigos funcionarían aún y se nos permitiría salir.

Una débil esperanza.

Finalmente estuvimos lo bastante cerca para que nuestros sensores atravesaran la neblina humeante que cubría las ruinas umbrías de ciudades San'Shyuums. La destrucción insinuada desde lejos quedaba ahora de manifiesto.

Chakas y Riser observaban con nosotros en la cubierta de mando con semblantes impasibles. Riser me examinó con una expresión de perplejidad, luego arrugó la nariz. Chakas ni siquiera me echó una mirada. Si experimentaban horror, sobrecogimiento, recuerdos... no nos lo revelaron. Vi ya lo mucho que habían cambiado, lo mucho que habían crecido; eran casi por completo seres distintos de los que había conocido en Erde-Tyrene. Todos lo éramos.

Al menos, me dije, mi presencia allí era voluntaria... en cierto modo.

—Ahí —confirmó el Didacta, y pasó veloz el dedo por encima de las imágenes ampliadas: rastros identificables de columnas de humo procedentes de motores visibles incluso a través del calor residual de ciudades incendiadas, los contornos de flotas de naves posadas en tierra o flotando por encima, algunas, más grandes que la nuestra; la mayoría—. Los Operarios de la Vida no llevan armamento —dijo—. Aquí hay fuerzas de seguridad de los Constructores, pero intentan pasar desapercibidas, ocultándose en la oscuridad. Deben de saber que estoy aquí. Echemos una mirada más a fondo. Ahí... escoltas de la clase Conservación y Dignidad. Cientos de buscadores rápidos, máquinas de guerra de la clase Diversión. ¿Todo esto para proteger a unos pocos Operarios de la Vida? ¿Qué sucedió ahí abajo? ¿Sigue ella en el sistema?

En su voz había tonos tanto de resignación como de desesperación, y un toque de esperanza; como si la derrota y la captura y fueran cuales fueran las peores cosas que había imaginado pudieran valer la pena si tan sólo podía volver a ver a su esposa.

Nos hallábamos a cien mil kilómetros del planeta cuando la ancilla de la nave anunció que nuestra última órbita de escape estaba siendo bloqueada.

—Muchas naves están descendiendo a través del escudo de la cuarentena. Se les permite funcionalidad, potencia y velocidad totales, y en estos momentos están

igualando nuestro curso y trayectoria.

Me volví en redondo a la vez que más de un centenar de ellas aparecían de golpe en la visión del sensor, la mayoría más pequeñas que la nuestra, pero unas pocas sustancialmente mayores y sin duda transportando un potencia de fuego tremenda.

—Inhabilitación —dijo el Didacta—. El Ratificador, desde luego, ayudó a tender la trampa.

Efectuó un último intento de mover nuestra órbita a una ascendente, pero hicieron su aparición campos de confinamiento para impedirnos alcanzar la velocidad máxima. Por supuesto, no podíamos entrar en el Slip-space. Eramos como un insecto atrapado en una botella, zumbando inútilmente.

Cuando el Didacta hubo recopilado toda la información que pudo, explicó:

—Algo ha provocado que los San'Shyuums se rebelen.

—Pero no tienen armas...

—No tenían armas. El Ratificador no ha estado suficientemente atento. Está claro que siguen siendo tipos escurridizos.

—El comandante de la flota de respuesta ordena que nos rindamos —dijo la ancilla de la nave—. Se me ordena entregar el control. ¿Debo obedecer?

—No hay elección —respondió el Didacta.

Miró a su alrededor, como si todavía intentara encontrar un modo de huir, un lugar al que escapar. Lo observé con una conciencia duplicada, compartiendo de un modo extraño e incompleto sus emociones y recuerdos de derrotas anteriores, visiones fugaces de camaradas muertos, mundos enteros destruidos en aparente represalia...

Más de lo que podía soportar. Retrocedí, chocando con los humanos.

—¿Qué nos sucederá? —preguntó Chakas—. Nosotros ni siquiera tendríamos que estar aquí.

—Ellos castigarán —dijo Riser.

No pude contestar. No lo sabía.

Una segunda ancilla apareció junto a la de la nave. Las dos iniciaron una especie de contienda, no física, sino llevada a cabo por todos los sistemas de la nave. Sus imágenes se fusionaron, se retorcieron geométricamente una alrededor de la otra, luego ascendieron describiendo una espiral y desaparecieron.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

—Supresores de IA —respondió el Didacta—. Transferencia de información instantánea. Han despojado a nuestra nave de información y control.

Experimentábamos toda la fuerza del armamento más moderno de una nave de guerra Forerunner, envueltos y aturdidos como una mosca en una telaraña. Campos de confinamiento de proximidad centelleaban alrededor del centro de mando y notamos como cesaba la gravedad. Colocados en ángulos curiosos, el Didacta, los

humanos y yo aguardamos impotentes en la penumbra, ciegos a toda actividad exterior. Nuestras propias ancillas callaron bajo los supresores de IA transmitidos desde el exterior.

Finalmente llegó la oscuridad total. Transcurrieron los minutos.

Riser rezaba en un antiguo dialecto humano que no se había oído en diez mil años. Las cadencias me resultaron familiares: el Didacta había estudiado idiomas humanos en el pasado.

Chakas permanecía en silencio.

Poco a poco, mi armadura empezó a fallar. Mi respiración se tornó ardua y somera. Algo centelleó a mi derecha. Intenté volverme, pero la armadura había suspendido su actividad y ahora me mantenía inmovilizado. Un resplandor naranja aumentó hasta alcanzar un fulgor insoportable, y vi como nuestros mamparos y superficies de control se fundían y venían abajo... a la vez que nuevas paredes de luz dura pugnaban por alzarse entre nosotros y el vacío. Incluso bajo asedio, despojada de casi todas sus funciones más importantes, la nave del Didacta intentaba valientemente protegernos.

Nuestro mundo pasó a ser una lucha convulsa y abstracta entre rayos destructores y nueva construcción. Observé con aturdida fascinación mientras la contienda iba en aumento hasta llegar a un nivel que no pude seguir con mis sentidos naturales... y luego decrecía poco a poco.

Nuestra nave estaba perdiendo la batalla.

La mitad de lo que quedaba del centro de control —abstracto, angular y mucho más pequeño— declinó y desapareció. Por un breve instante vi el flanco curvo de un esbelto cazador-asesino de la clase Desesperación, centelleando al reflejar el resplandor agonizante de la destrucción de nuestro casco. Flotamos libres. El aire se enrareció con rapidez, y nos hallamos rodeados por el vacío.

En mi cada vez más estrecho ángulo de visión aparecieron tres poderosos y totalmente operativos buscadores; versiones más alargadas y elegantes de las viejas esfinges de combate del Didacta. Carecían de las facciones ceñudas de las máquinas más antiguas: despersonalizadas, oscuras, veloces.

Una de ellas se abrió paso a través de las paredes que acababan de crecer y describió un círculo por detrás de nosotros, luego se dejó caer hasta la popa, para atravesar mamparos en busca de otros ocupantes. A través de capas desgarradas de material de cubierta contemplé cómo soltaba a las esfinges de combate... para a continuación aplastarlas como si fueran juguetes, partirlas en secciones, y luego reducirlas a polvo chispeante.

Las esfinges no ofrecieron resistencia.

Otra se llevó al Didacta conmigo, como el juguete de un niño en el extremo de una cuerda, mientras era arrastrado fuera de la nave moribunda a las profundidades

del espacio.

La tercera remoloneó cerca de mí pero no hizo nada, como si aguardara instrucciones. Luego, justo mientras mi visión quedaba reducida a un cono violáceo y yo pensaba que aquel era mi último aliento, el buscador sacó majestuosamente sus manipuladores, agarró mi armadura, y me remolcó fuera del casco destrozado, no hacia una flotilla de naves, sino hacia fuera, dando la vuelta... y por fin, hacia abajo.

Nos estaban arrastrando a todos sin miramientos a la superficie del mundo San'Shyuum.

Paralizado, envuelto en un campo transparente parecido a una burbuja, incapaz de hablar con nadie, con mi ancilla desactivada por supresores, disponía de una visión de primera fila siempre cambiante de lo que hacen los Forerunners cuando su ira y miedo toman el mando.

«No tienen la disciplina del guerrero».

La atmósfera por debajo de mí era una arremolinada sopa de humo y fuego. Las naves de guerra y los sistemas automatizados de armamento eran en su mayoría demasiado pequeños para ser visibles, pero vi sus efectos; finísimos haces de luz que iban a toda velocidad, arcos refulgentes que pasaban a través de continentes, terrones gigantes de tierra taladrados en la corteza y luego alzados, girados en redondo, volcados. Nunca había visto nada parecido... pero el Didacta sí.

Sus recuerdos me ofrecían comentarios y contexto mientras era arrastrado hacia abajo en dirección a aquel infierno.

Durante algún tiempo, mi involuntario campo de visión giró lejos del planeta. Mirando al exterior, vi transitar armas y naves en órbitas más altas como si fueran estrellas frenéticas, el sol cegador... y, luego, el cascarón centelleante de la nave del Didacta que se disolvía.

La nave que la Bibliotecaria había sembrado en el interior del pico central del cráter Djamonkin..., una masa retorcida y rota que todavía intentaba lastimosamente volver a ensamblarse.

Una nave que ni siquiera tuvo nunca un nombre.

Varias veces, lo que me tenía agarrado y yo pasamos a través de pulsaciones de gas ionizado y plasma sobrecalentado que cosquillearon en mis nervios y vibraron en mis huesos silenciosamente.

Poco a poco resultó evidente que la aniquilación del mundo San'Shyuum no era unilateral. El planeta mismo era una fuente de pulsaciones de plasma y otras clases de potencia de fuego. Avisté una nave recortada contra las estrellas que no se parecía a nada construido por Forerunners; una plataforma plana rodeada por ondulantes velas

plateadas que ondeaban hacia dentro y hacia fuera como la umbrela de una medusa, como si intentara alejarse nadando... pero sin tener éxito.

La umbrela se disolvió, la plataforma se desintegró. Cayeron cuerpos, diminutos e inmóviles... y luego todo desapareció. Volví a girar en redondo. El planeta parecía estar lo bastante cerca como para tocarlo, puede que a un centenar de kilómetros por debajo, la noche acentuando el resplandor agonizante de lo que podrían haber sido bosques, ciudades.

Cerca del cada vez más brillante arco de la salida del sol, un río reluciente quedó delineado sobre la sombra del amanecer, salpicado de humeantes puntitos naranja. Naves que ardían; naves construidas para flotar sobre el agua.

Había muchísimo tiempo para sentir lástima de mí mismo, de arrepentirme de todo lo que había hecho, pero contrariamente a todo lo que yo esperaba de mí mismo y mis actitudes pasadas, no lo hice. No lamentaba nada, no me arrepentía de nada. Me limitaba a observar, a esperar... A esperar con una especie de satisfacción a que llegara la muerte, si eso era necesario e inevitable.

Reflexionaba sobre los humanos, quienes habían tenido razones sobradas para arrepentirse de tener algo que ver conmigo. Y quienes, si todavía vivían, podrían estar ampliando ahora sus conocimientos sobre batallas pasadas, sobre viejas guerras.

El trofeo principal era, desde luego, el Didacta, que había huido de algún deber demasiado oneroso para ser contemplado. Había combatido la decisión del Consejo, y al perder esa pelea, se había ocultado lejos, había asumido un honorable aunque no permanente retiro.

Pero ahora sus adversarios lo tenían. Eso parecía más que significativo; me provocaba una cólera mayor que cualquier cosa que se me hiciera a mí.

Cerré los ojos un momento.

Cuando los abrí otra vez, llamaradas de entrada atmosférica ascendían como una exhalación por todos lados. Estábamos muy cerca de la superficie, a menos de sesenta kilómetros, y descendíamos con rapidez.

Me di la vuelta otra vez y vi espacio a través de un cono de gases ionizados. En el centro de aquel cono, algo imposible apareció mucho más allá de la panoplia de naves e intercambios de disparos: una ondulación enorme que agitó las estrellas igual que si hicieran girar un palo a través de pintura moteada. La alteración recorrió más de un tercio de mi campo visual, luego quedó encuadrada por una filigrana elíptica de luz dura.

Lo reconocí como el extremo de un portal enorme diseñado para transportar gran cantidad de masa de un modo continuado.

Contemplé sin emoción cómo un enorme pero delicado anillo plateado emergía a través del agujero violáceo del centro de la filigrana. No obstante su tamaño, el portal se había abierto lejos de las naves en órbita, a más de un millón de kilómetros en el

exterior de la órbita del agonizante mundo San'Shyuum... muy por encima de la guerra, la muerte, las preocupaciones de criaturas insignificantes como yo mismo.

«Es grande», intentaron decir mis labios, pero de nuevo se me cortó el aliento y los pulmones se contrajeron. Intenté inhalar el aire que quedara, pero era evidente que me estaba quedando sin él. El buscador me remolcaba hasta la superficie con tan sólo la burbuja como protección.

El anillo de lo alto titiló. En el interior de aquella cosa exquisita, radios de luz dura salieron disparados hacia el centro y crearon un brillante *hub* de tono cobrizo por lo menos un tercio tan ancho como el mismo anillo.

La mitad del anillo se sumió en sombras, la otra mitad centelleó con luz trémula bajo un sol brillante.

«La superficie interior está cubierta de agua...».

Mi visión de túnel se estrechó alrededor del anillo, se concentró en él, y reparé en detalles diminutos, nubes, nubes en sombras, de una pequeñez imposible en contraste con tal vastedad...

Montañas, cañones, un detalle tras otro a medida que mi visión se agudizaba y encogía interiormente a la vez, hasta que se apagó por completo y floté a través de un espeso caldo de nada.

Fue en ese momento cuando el Dominio se abrió a mí, sin la intervención de ancilla, interfaz o experiencias pasadas. Era nuevo, intenso, apropiadamente informe; eso tenía sentido. Me moría, al fin y al cabo. Entonces asumió una forma, alzándose a mi alrededor como un edificio hermoso con una reluciente arquitectura indefinida, no del todo vista pero sin lugar a dudas percibida, sentida; una levedad que llevaba consigo su propia dicha sombría.

«Aquí vienen todos», pensé.

Y todos aquellos que habían visitado alguna vez el Dominio me dijeron:

Preserva.

La levedad desapareció al instante. El edificio estaba siendo hecho pedazos del mismo modo en que había muerto nuestra nave.

Más mensajes.

Esta era está finalizando.

Preserva.

La historia de los Forerunners concluirá pronto.

Tales frases llegaron con un creciente chillido de angustia, como si hubiera conectado con una cámara donde se estuvieran vertiendo más que remembranzas y conocimientos..., como si vertieran frustración, horror, dolor.

Antes del golpe sordo y la repentina tromba de aire frío y puro —aire respirable, pero con un fuerte sabor a hollín y ozono—, el Dominio alzó el vuelo y desapareció. Me alegré de verme libre de él. Por un momento, dudé que hubiera visto nada que no

fuera un reflejo de mis propias emociones y mi situación apurada.

«En ocasiones, existe una especie de faceta de espejo roto».

Vagamente me pregunté respecto al anillo gigante. ¿Lo había imaginado? Había parecido tan real. Entonces una palabra penetró rauda en mi reanimada mente, resonando desde la imagen que acababa de ver, imaginar o conjurar debido a la anoxia.

Aquella palabra solitaria estaba íntimamente asociada con la poca y preciosa información que el Dominio me había dado a conocer: Muerte. Destrucción. Poder masivo.

Aquella palabra era Halo.

JANJUR QOM • EL MUNDO SAN'SHYUUM DE MAYOR TAMAÑO EN CUARENTENA

—¿Qué demonios te han hecho, Manipular?

La voz era afectada, culta. Reconocí sus tonalidades inculcadas y ejercitadas hasta la saciedad, como música poderosa elevándose y resonando en una enorme y solemne estructura.

Por un momento pensé que quizá volvía a ser el Dominio, hablando de un modo más físico y personal. No era así, sin embargo. La voz penetraba a través de mis oídos.

Podía oler algo más que cosas ardiendo; como el perfume vibrante y almizclado que era el preferido de mi padre, excesivamente caro para mi padre de intercambio u otros Mineros... o Sirvientes-Guerreros. De todos modos, la voz no era en absoluto la de mi padre. Tenía los ojos abiertos, pero me mostraban sólo una oscuridad plagada de sombras vagas.

—Apaga los supresores. Su armadura puede reanimarlo. Y le quiero reanimado. La misma voz, pero no dirigida a mí.

Respondió otra voz, menos poderosa, servil:

—No sabemos si la armadura ha sido equipada para contraatacar...

—¡Apágalos todos! Tenemos al que queríamos. Obtengamos algunos detalles adicionales. Estoy seguro de que existe alguna conspiración disparatada acechando aquí, en alguna parte.

Mi armadura se aflojó. La fuerza regresó a mi carne. Tuve alguna libertad de movimiento, pero no mucha; habían apagado el supresor, pero unos grilletes físicos todavía me sujetaban. Parecía estar colgado de una cadena o gancho en un espacio grisáceo y resonante. Pestañeeé para despejar mi visión borrosa.

—Ya está —dijo la voz—. Te lo vuelvo a preguntar, Manipular: ¿qué te ha hecho el Didacta?

Apenas conseguí articular respuesta:

—Soy un primera-forma, no un Manipular.

—Hueles como un Sirviente-Guerrero, pero tienes más el aspecto de un Constructor deforme. ¿Cómo sucedió eso?

—Mutación provisional. Necesaria bajo las circunstancias.

La poderosa voz se llenó de compasión.

—¿Sabes dónde estás y qué ha sucedido?

—Vi como era devastado el planeta. Vi un gran anillo iluminado por el sol por un lado. A lo mejor lo imaginé.

—Mm. Estás sobre lo que queda de Janjur Qom, el planeta principal de los San'Shyuums según el tratado. Nuestros antiguos enemigos se han vuelto a convertir en enemigos. Era de esperar, pero ¿puedes contarme por qué los Prometheans permitieron que esto sucediera?

—No. —Intenté concentrar la visión en una pared de luz, borrosa y cambiante, situada a mi izquierda... y no pude. Nada de aquello me era familiar. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Por qué la reciente visita de la Bibliotecaria tendría que provocar este levantamiento?

—No estoy informado de que lo hiciera.

—Pero estás enterado de su visita.

—El Ratificador la mencionó.

—¡Ah! Una caricatura vergonzosa, ese... ¿Quién vigila a los vigilantes? Sin embargo, tiene el buen juicio para servir a aquellos que lo liberan de deberes onerosos. Parece que recuerdas unas cuantas cosas importantes.

—No intento engañarte.

—Por supuesto que no. Debe de resultar agradable estar de vuelta entre los de tu clase.

—No sé que lo esté, aún.

—Un regreso violento al redil, cierto; pero bajo las actuales circunstancias, no podíamos permitirnos que una nave sin una misión asignada interfiriera en nuestras operaciones.

—Había humanos...

—No he preguntado. Si es así, esa infracción será castigada en su momento.

A medida que mi visión se aclaraba y los sentidos regresaban, el enorme contorno gris que tenía delante adquirió forma y nitidez. Vi a un Constructor, puede que el espécimen más espléndido de mi rango que había contemplado nunca, amorosamente conducido a través de al menos tres, era posible que más, mutaciones. Esculpido y adiestrado para un alto cargo, incluso en el mismo Consejo.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Soy el Maestro Constructor. Ya me has visto anteriormente, Manipular.

Todavía insistía en llamarme así. Lo decía como un insulto. Sí que recordaba vagamente a alguien como él cuando era muy joven, visitando el mundo de mi familia en el complejo de Orion. Por entonces no recibía el nombre de Maestro Constructor. Se le conocía tan sólo como Faber.

Mientras que al Didacta le habían dado corpulencia y esculpido toscamente, al Maestro Constructor lo habían tallado, redondeado y bruñido con delicadeza hasta darle un lustre de un gris rosáceo. La piel irradiaba un perfume almizcleño. Pensé en los San'Shyuums y su habilidad para cautivar.

Tenía la cabeza llena de pensamientos interesantes, ninguno de ellos centrado, ninguno de ellos involucrado en mi situación, en el aprieto en que estaba, en mi supervivencia.

Estábamos colocados de un lado de un corredor largo y poco iluminado, más ancho que alto, interrumpido por bloques angulares colocados escalonadamente contra las paredes. Cada pocos segundos, unas barras verticales de luz barrían la parte central, su función era desconocida para mí.

Mi ancilla seguía reprimida.

El Maestro Constructor paseó a mi alrededor.

—¿Cuándo te uniste al Didacta en su misión?

—En Erde-Tyrene.

—Erde-Tyrene está asignado a los Operarios de la Vida como una reserva natural, bajo la protección de la Bibliotecaria. ¿Estuvieron involucrados los humanos en este complot desde el principio?

—No sé a qué te refieres.

—¿Eran ellos conscientes de las consecuencias de liberar al Didacta de su Torreón de Guerrero?

—No lo creo.

—Hasta el momento nuestra mejor teoría es que a todos vosotros os guió la Bibliotecaria en un esfuerzo por frustrar al Consejo. Personalmente, ¿estás en desacuerdo con el Consejo?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan desinformado?

—No prestando atención —repuse—. Vivía entre Mineros antes de escabullirme a Erde-Tyrene. Ellos sienten poco interés por los Constructores y sus asuntos.

—Cierto —dijo el Maestro Constructor—. Tu familia manifiesta su respaldo hacia ti, pero siente una decepción y sorpresa enorme ante tus acciones. Por el momento, tu padre me ha encomendado, personalmente, tu bienestar.

Eso no sonaba bien. Tuve mis dudas acerca de que me hubieran entregado a la ligera al Maestro Constructor. Los Constructores, en general, tienen fuertes vínculos familiares. A los cuales, por supuesto, mi familia estaba acostumbrada que pusiera a

prueba...

—Afirma que no sabía que estabas en Erde-Tyrene. Dijo que fuiste enviado a Edom. ¿Lo informaste del lugar al que ibas?

Cada vez era peor. El más leve paso en falso o declaración errónea por mi parte podría colocar a toda mi familia en peligro, eso estaba claro.

—Me siento reacio a contarte cosas que podrían no ser ciertas. Mis pensamientos están todavía hechos un lío, y mi memoria tras la mutación tampoco es de fiar. Me gustaría ayudar, Maestro Constructor...

—Y lo harás, con el tiempo. Entretanto, disfruta de otro breve descanso. Todavía tenemos trabajo que hacer aquí, y una vez finalizado eso, nos ocuparemos de ti. Ahora, ¿dónde están esos humanos?

Alzó el brazo y mi armadura se bloqueó. El campo supresor regresó, esta vez colocado a tal intensidad que automáticamente empecé a perder el conocimiento. Justo antes de que me sumiera en la inconsciencia, volví a percibir un roce con el Dominio.

Están a punto de darle poderes que nunca antes tuvo.

Tal y como hicieron hace una eternidad...

Aquellos que desconocen la historia están condenados a repetirla. Me pareció que reconocía a quien fuera o lo que fuera que había depositado el mensaje, pero no conseguí localizar el recuerdo. No era el Didacta, de eso estaba seguro.

Podría no haber sido siquiera un Forerunner.

Entonces apareció la luz más brillante que había visto nunca.

Volvía a estar despierto, contemplando desde una plataforma transparente —tal vez la nave insignia del Maestro Constructor— las ruinas de una ciudad. La luz procedía de una espantosa bola de plasma que se alzaba en el horizonte, disparando chorros secundarios de interferencias sobre patrones de materia; convirtiéndose la masa tanto en radiación electromagnética como en energía de vacío. Los escudos se oscurecieron, pero no antes de que sintiera otro hormigueo y quedara temporalmente cegado.

Mi armadura tendría un auténtico trabajo que llevar a cabo después de todo esto para reparar los daños de la radiación.

En la oscura pausa, la memoria del Didacta me mostró el aspecto que habría tenido una ciudad San'Shyuum antes de esta destrucción: amplias torres orgánicas que se bifurcaban y anchas vías curvas; miles de calles dispuestas como ondulaciones cruzando un estanque.

Los San'Shyuums —fieles a su costumbre— habían utilizado todos los medios a su disposición para recuperar una existencia cómoda, con un comercio y tráfico de poca envergadura entre dos mundos adyacentes y varias lunas pequeñas; los inicios, en mejores tiempos y bajo otras circunstancias, de una completa recuperación histórica.

Otro amanecer pareció llegar al mismo tiempo que mis ojos se recuperaban.

Nuestra nave descendió sobre una llanura amplia y despejada, rodeada por naves altas y columnas de humo y custodiada por un contingente de Constructores de semblante sombrío con armadura de combate.

Servicio de seguridad de los Constructores. Eso seguía pareciéndome extraño.

Tres burbujas de confinamiento aparecieron junto a mí, colgando de hilos de remolque sujetos a unos ganchos. Una contenía a Riser, con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia arriba en la armadura; otra, a Chakas, cuyo rostro mostraba el retorno de una cierta consciencia.

Y la tercera contenía al Didacta, desnudo y del todo consciente, rodeado de proyectores de dolor: despojado de armadura, honor, dignidad, y haciendo todo lo que podía por no mostrar el suplicio que padecía. Me dirigió una veloz mirada, y en sus ojos había una pregunta, una que yo no podía responder todavía. Aplicaron más dolor, y volvió a dirigir la cabeza al frente con una sacudida, mirando sólo al Maestro Constructor.

—Has causado muchísimas molestias, Promethean, y ahora has arrastrado contigo a tu esposa y a estos pobres subordinados.

Este, creo, fue el momento en el que mi madurez llegó en un tremendo torrente. El Maestro Constructor, tanto si lo sabía como si no, tenía ahora a un enemigo feroz: yo.

—¿Viniste aquí para encontrarte con los San'Shyuums, no es cierto? —preguntó el Maestro Constructor—. Bien, dispongamos ese encuentro. La Bibliotecaria rescató recientemente a unos cuantos, y eso parece haber dado pie al levantamiento cuyo desenlace final se está decidiendo en estos momentos. Ella está fuera de mi alcance, por desgracia. Pero tú no lo estás... y estos no lo están.

Una fila de prisioneros San'Shyuums, también envueltos en burbujas de contención, fue arrastrada al frente, como una sarta de cuentas sobre el terreno, hasta que quedaron todos colocados bajo la sombra imponente de la nave del Maestro Constructor. Ninguno mostraba indicios de la legendaria belleza sensual de los San'Shyuums. Contemplé una colección de ancianos de aspecto decrepito, no guerreros orgullosos o jóvenes llenos de energía. Algunos habían llegado en las curiosas sillas con ruedas que el Ratificador había mencionado, sus cabezas y hombros soportando el peso de amplios cascos ornamentales con unas alas extendidas. Otros, en mejor estado físico, despertaron los recuerdos enterrados del Didacta de figuras apuestas de tiempos pasados; cuando los San'Shyuums habían exigido ante todo una satisfacción sensual en sus vidas.

Me pareció verlos como en una larga y elaborada procesión, patrones, sombras y ecos de figuras del pasado que se remontaban miles de años en el tiempo...

—El Maestro Constructor es bien conocido —dijo el anciano que iba en cabeza con una voz que era como un resoplido.

—Mis compañeros me llaman Viento Sustentador. ¿Cómo podemos prestarte ayuda, criatura triunfadora?

El Maestro Constructor ordenó a Chakas y a Riser que se adelantaran, fuera de la sombra de la salida del ascensor. Los humanos, en su armadura paralizada, parecían sólo conscientes a medias de la situación en que estaban. Me pregunté si el Maestro Constructor los había rodeado también de proyectores de dolor.

La delegación San'Shyuum reaccionó con sorpresa e incluso ira. Uno de los Profetas ordenó que empujaran su silla al frente, e inspeccionó a Chakas con una

expresión de profunda tristeza.

—Están envilecidos —anunció el Profeta a aquellos que se agrupaban y removían tras él—. ¡Este es el destino que nos aguardaba! Fue pronosticado por Profetas anteriores, y demostrado por el pesar de la Bibliotecaria. ¿Fue la presencia de estos infelices lo que hizo caer esta devastación sobre nosotros?

—No olvidemos la construcción y almacenamiento en secreto de naves y los ataques a nuestra flota visitante.

Viento Sustentador agachó la cabeza y el amplio tocado vibró. Chakas y Riser permanecieron quietos y en silencio, pero Chakas volvió la vista hacia mí... y me guiñó un ojo. No tenía ni idea de qué significaba, pero me animó. Al parecer no me consideraba su enemigo, y por eso sentí una entristecida gratitud.

—¿Es esto entonces algún intento de recordarnos nuestra vergüenza en el momento de nuestra destrucción final? —prosiguió el anciano.

Chakas miró entonces a los cielos. A lo mejor pensaba en momentos pasados, cuando humanos San'Shyuums y Forerunners se habían congregado... en otros tiempos, aún más violentos.

El anciano hizo rodar la silla alrededor de Riser. Este bajó los ojos hacia él, el pequeño rostro peludo más de un metro por encima del rostro arrugado del anciano... sin contar, desde luego, aquella corona ridícula.

—¿Y por qué les dais armaduras Forerunners? —resopló el anciano con voz chirriante—. ¿Es que estos seres vencidos ostentan ahora una posición más elevada que aquellos con los que firmasteis tratados? ¿Los reclutasteis para este ataque?

—Los humanos son sirvientes de la Bibliotecaria.

El Maestro Constructor ordenó que varios guardias de seguridad Constructores se colocaran entre los humanos y el San'Shyuum. Estos empujaron hacia atrás al anciano con suavidad pero con firmeza.

Entonces el Maestro Constructor se volvió hacia el Didacta y preguntó:

—¿Qué recuerdos se avivan en ti ante esta lastimosa visión?

El Didacta no contestó.

—¿Hay otras pistas que encontrar aquí... sobre aquello que hemos perdido?

«Sí. Eso era en parte. El Didacta había venido aquí para...».

La silla del anciano retrocedió.

—La Bibliotecaria seleccionó a unos pocos de entre nosotros, y luego se fue. Su visita nos indicó que hiciéramos lo que hiciéramos, la destrucción no tardaría en caer sobre nosotros. Reaccionamos, como debe hacerlo cualquier especie civilizada, para preservar nuestro patrimonio y a nuestros hijos. ¿Qué habéis hecho caer sobre nosotros? —resolló el anciano con el rostro lívido—. Nos disteis vuestra palabra de honor...

—Él pensaba que ocultabais un gran secreto —repuso el Maestro Constructor—.

¿Sabéis por qué estamos aquí?

—No somos salvajes. Hemos observado, escuchado. Vuestro pueblo está al borde de la desesperación, del pánico, incluso. El frente ha avanzado... el frente que nosotros hicimos retroceder más allá de la galaxia hace diez mil años... el enemigo al que vencimos, que vosotros no podéis vencer.

Yo todavía intentaba recuperar todo lo que sabía que estaba en mi interior, la historia del Didacta sobre el Flood, pero percibía tan sólo una turbulenta oleada de caos.

El anciano alzó unas manos escuálidas y débiles, en un gesto exultante. Se volvió para colocarse de cara al Maestro Constructor.

—Y ahora... habéis perdido algo, ¿no es cierto? Algo tan tremendo e importante que sin duda no puede ocultarse.

El Maestro Constructor pareció por fin mostrar alguna simpatía al anciano.

—Se ha dicho que humanos y San'Shyuums encontraron el secreto de cómo destruir a sus mayores enemigos. Se os preservó por si alguna vez teníamos necesidad de ese secreto.

—El Maestro Constructor trajo la perdición... y a vosotros mismos. No hay secretos, no hay futuro.

—En cuanto a vuestra perdición, eso lo creo —amenazó el Maestro Constructor—. Veo que jamás existió un secreto y ningún motivo para preservar nada. Habéis violado vuestro tratado. Los Forerunners jamás toleran el abuso de confianza. Pero si bien queda muy claro para mí que no tenéis nada que ofrecer, tengo que preguntarte sobre el secreto del Didacta; el que, con vuestra ayuda, conspiró para ocultar.

Llegó otra hilera de burbujas, ocupada por un grupo muy distinto de San Shyuums ensangrentados, a los que faltaban extremidades, apenas conscientes de su entorno. Más allá de sus heridas y vestiduras hechas jirones, estas eran criaturas bien moldeadas, elegantes y musculosas, que se ajustaban más a la imagen tradicional de los San'Shyuums.

Las burbujas se abrieron y los guerreros del Maestro Constructor organizaron a los cautivos en una hilera ante nosotros, ante los ancianos. Incluso sintiendo dolor y bajo coacción, el modo en que se movían transmitía a la vez poder y encanto; contenidos por las circunstancias, pero real de todos modos.

El anciano confinado en la silla casi escupió a los recién llegados.

—Estas son las víboras en nuestros seno; los agentes concretos de esta derrota. No compartiré el aliento con ellos.

Chakas intentó reír, pero acabó atragantándose. Riser lo contemplaba todo con los labios muy tirantes, las cejas enarcadas y los ojos centelleando como en una advertencia. Jamás lo había visto hecho una furia. Su tamaño, ahora, no resultaba un menoscabo.

El Maestro Constructor paseó a lo largo de la hilera, inspeccionando con un aire meditabundo ambas variedades de San'Shyuums, tan diferentes como el día y la noche: vieja y nueva, ancianos y jóvenes. Pero aquí, comprendí, las figuras más reseca y decrépitas eran los auténticos revolucionarios.

El Maestro Constructor volvió sobre sus pasos y se detuvo ante el Didacta.

—Promethean, escúchame —dijo—. Tienes una última oportunidad de redimirte. He hecho que mis servicios especiales de espionaje registren este planeta de arriba abajo. Todos los que podrían confirmar lo que afirmas que existe están reunidos aquí... mantenidos con vida incluso a pesar de su traición. Sus familias están muertas, la resistencia aplastada por completo. Sin duda ahora revelarán lo que han ocultado durante tanto tiempo, o eso has afirmado tú, todos estos miles de años.

El Didacta paseó la mirada fatigosamente entre ellos.

—Has escogido y mantenido con vida... de un modo equivocado.

La fría cólera del Maestro Constructor creció hasta que pensé que alzaría el brazo una vez más y pediría que los proyectores de dolor nos envolvieran a todos.

Entonces contuvo su enojo. Mirándole el rostro, me pregunté qué recursos había adquirido en su ascenso de Manipular a primera-forma... o segunda, o tercera. No parecía más inteligente a pesar de ello, sólo más poderoso, más cruel.

En comparación, el Didacta era el Forerunner más benévolo; una total contradicción a cómo lo había entendido yo antes.

—¿No hay preguntas para ellos? —inquirió el Maestro Constructor.

—Había un San'Shyuum a quien conocí y con quien trabajé tras vuestra derrota —dijo el Didacta, con los ojos recorriendo lentamente la fila de ancianos—. También él entró en un estado de exilio para expiar la derrota a la que se enfrentó ante mis fuerzas. Antes de eso, establecimos una especie de vínculo, como el que podría existir entre aquellos que perdieron y eliminaron a tantas familias y seres valientes.

»Fue él quien me dijo que cuando llegara el momento, cuando los enemigos de todos regresaran, revelaría su secreto a cambio de la libertad para sus descendientes. No lo veo aquí.

—Hablas de nuestro Primer Profeta —repuso el anciano. Su bravuconería pareció esfumarse.

—¿Dónde está esa bestia inmundada? —preguntó el Maestro Constructor, usando la expresión más obscena referida a todos los que no son de nuestra especie.

—Vi destruido su palacio en el primer ataque —dijo el anciano con voz ronca y triste—. Ya no existe.

El Maestro Constructor alzó la mandíbula roma, movió la mano, y sus soldados ocuparon posiciones detrás de la fila de prisioneros San'Shyuums heridos. Luego volvió la cabeza hacia el Didacta.

—Puedes salvar a estos prisioneros si nos cuentas qué sucedió en Charum Hakkor

y qué relación tiene eso con este profeta y su secreto. Una prisión retiene a un prisionero, pero alguien aquí tiene la llave.

Vi algo en el semblante del Maestro Constructor que me heló la sangre. Todo su refinamiento y preparación, todas sus elegantes mutaciones, no podían ocultar una percepción de que su poder declinaba con rapidez. Todo lo que hacía aquí era en un acto de desesperación.

Lo que fuera que se había perdido, lo que fuera que había desaparecido, no era algo que los Forerunners pudieran permitirse extraviar; y no era tan sólo el prisionero de Charum Hakkor. Recordé el vacío en forma de anillo y el rastro ondulante dejado en el campo magnético y el viento solar del sistema de Charum Hakkor. ¿Era lo mismo que el anillo en el sistema San'Shyuum?

¿Tenía el Maestro Constructor más de uno a su disposición? Cada uno capaz de destruir casi por completo la vida en un sistema solar...

—Llevasteis vuestro Halo a Charum Hakkor —dije—. ¿Es eso lo que habéis perdido?

—¡Basta! —ordenó el Didacta, y me callé al instante, desconecté mis emociones y me envaré. Él tenía razón.

Esto no debían oírlo otros. Ni siquiera yo debería saberlo.

El Maestro Constructor me contempló horrorizado, su refinamiento y dignidad hechos a un lado. Se me aproximó con cautela, como si yo fuera una serpiente que pudiera atacar y provocar aún más dolor.

—Si nadie puede decirme adonde podría haber ido este prisionero... o, de hecho, quién o qué era... entonces hemos acabado aquí. Este mundo está acabado. Esta línea de la historia está a punto de tocar a su fin.

El Maestro Constructor inclinó la cabeza cerca de la mía.

—Tú estuviste en Charum Hakkor —dijo en voz baja, suave pero inquietante—. De no ser por el poder de tu familia, te dejaría convertido en un neblina de células cerebrales ardiendo y te esparciría sobre este campo. ¿Qué podría recoger de esos ingenuos rescoldos, Manipular? Eres sólo un lastimoso eco del Didacta. Lo que tú sabes, él lo sabe... y mucho más. Y él me pertenece para hacer lo que me parezca.

Los guardias volvieron a colocar las burbujas alrededor de los prisioneros San'Shyuums, en esta ocasión incluyendo a los ancianos en sus peculiares sillas. Luego se acercaron al Didacta y lo encerraron en un supresor.

Los humanos fueron los siguientes.

Cuando llegaron ante mí, el Maestro Constructor hizo que esperaran un momento, el tiempo suficiente para decirme:

—Hemos informado a tu familia. Debido a una larga relación, contengo mi enojo. Tu padre ha hecho valer su autoridad. Serás intercambiado, pero tu familia será multada...; una multa ruinosa. Tus días de vagabundeo han terminado, Bornstellar.

«¿La autoridad de mi padre?», pensé.

—¿Adonde lleváis al Didacta?

—Donde me será de más utilidad.

—¿Y a los humanos?

—La Bibliotecaria se ha excedido más de lo acostumbrado esta vez. Se pondrá fin a todos sus proyectos.

Los soldados conectaron sus supresores sobre mí. Lo último que vi fue el rostro del Didacta, contraído por un dolor atroz, pero con los ojos firmemente clavados en los míos.

Yo lo sabía. Él lo sabía. Entre nosotros había más que eco y respuesta.

Mi mundo se encogió en forma de un tenso nudo gris.

Iba a ser devuelto al lugar donde empezó mi vida, al interior del amplio vals orbital de tres soles en el gran complejo nebuloso de Orion; devuelto al hogar y a la familia, donde esperé que se me permitiría recuperarme, meditar y obtener mi propia madurez, a mi modo y a mi ritmo.

Mientras seguía inconsciente, personal de seguridad de los Constructores me escoltó fuera de la esfera de cuarentena a un sistema colindante. Se me permitió por fin despertar, y me encontré en un austero transporte de personal y navío de investigación compartido por Mineros y Constructores.

Mi viaje a partir de aquel momento fue veloz, tranquilo y, en su mayor parte, sin incidentes. No me dieron un trato distinto al de otros pasajeros, en su mayor parte ingenieros estelares. Estos parecían pensar que era un Sirviente-Guerrero reclutado por los Constructores en proceso de recuperación de algún trauma. Al parecer, había muchos así que eran transportados a centros de recuperación.

No los saqué de su error.

Otros siguieron considerándome como algo parecido a un fenómeno. No podía discrepar. No me gustaba contemplarme en un espejo. Estaba claro que había crecido; mi fuerza física era mucho mayor. En casi todos los sentidos era —soy— un fenómeno. Que mis compañeros de viaje me prestaran algo de atención hablaba bien de la cultura bondadosa de estos aventureros científicos que hacían todo lo posible por desarrollar y aumentar los dominios de los Forerunners sin el uso de la fuerza militar.

Nuestra nave hizo escala en varias instalaciones donde la ciencia de la formación planetaria estaba siendo llevada a fases avanzadas. Los mundos rocosos estaban muy cotizados, me explicó uno de los Mineros en la pequeña y escasamente amueblada sala de descanso de la nave. Los Forerunners poseían ahora la capacidad para convertir un campo de asteroides en una masa fundida de la escala de veinte

megámetros, y después enfriar y preparar el protoplaneta en menos de diez mil años.

—El último problema sigue siendo domesticar estrellas jóvenes —dijo—. Pero estamos trabajando en eso. Enviamos a ingenieros de clase estelar equipados con ancillas de tercera clase; «jinetes del plasma» los llamamos. Les encanta el calor, pero la mayoría desaparece tras unos pocos cientos de años; simplemente se esfuman. No sabemos qué les sucede. De todos modos, llevan a cabo la tarea.

Escuché con suma educación, pero mi propia desdicha me impedía sentir demasiada curiosidad.

Puesto que mi armadura carecía de ancilla, de vez en cuando dormía, y mis sueños eran extraordinarios, abarcando miles de vidas y millones de años, troceados y reordenados en un espeso tapiz de líneas de universo..., pero los olvidaba casi al instante en cuanto despertaba.

En nuestro camino a través de los confines exteriores del complejo de la nebulosa de Orion, entrando y saliendo del Slipspace para entregar nuestros suministros e investigadores a diferentes estaciones estelares, llegamos a estar incluso a un millón de kilómetros del planeta natal de los Forerunners, un mundo convertido en cenizas, desolado y erosionado por la radiación, conocido en la lengua más antigua como Ghibalb.

Ghibalb había sido un paraíso en el pasado. Al emerger al reino galáctico, aquellos primeros Forerunners se habían contentado con vivir y desarrollarse en una cuna gloriosa de tan sólo doce estrellas, pero sus primeros experimentos en ingeniería estelar habían salido mal, provocando una infecciosa serie de novas que iluminaron todo el complejo de Orion durante cincuenta mil años... y casi destruyeron a nuestra especie. Imágenes de aquella época muestran que las nebulosas habían tenido una luminosidad extraordinaria y un gran colorido.

Los Forerunners habían mejorado hacía ya mucho su arte y cometido menos errores. En la actualidad, el complejo era más oscuro y mucho menos activo, apenas visible desde una distancia de más de un centenar de años luz.

Mientras los demás estaban profundamente enfrascados en interacciones con sus ancillas, yo observaba nuestro viaje con tan sólo los ojos, la mente y la memoria.

La única interrupción fue un pequeño fallo en el sistema de navegación provocado por alteraciones en el propio Slipspace. Cuando nos informaron de que nuestra nave estaba cinco años luz fuera de su curso, un investigador conjeturó que en los últimos tiempos se estaban utilizando en exceso los grandes portales.

—Se nos ha advertido una y otra vez que no podemos entregar materiales en bruto a sistemas necesitados. La única cosa que podría provocar esta clase de problemas es el paso de navíos excepcionalmente grandes, de un tamaño inimaginable, con una frecuencia abusiva. ¿Y quién creéis que autoriza tal cosa?

Pasó una mirada significativa por todos sus compañeros de viaje, como si nos

invitara a compartir algo de nuestra propia información sobre tales cuestiones. Los demás —aquellos que abandonaron los trabajos que llevaban a cabo con sus ancillas—, todos y cada uno, ridiculizaron su teoría.

No dije nada. Había presenciado una de tales travesías y poseía pruebas de otra, pero desde luego no era yo quien para hablar sobre lo que había visto.

Sin embargo, este fallo en el sistema motivó un desvío inesperado e incontrolado que provocó una inspección sorpresa por parte de un equipo de eminentes Constructores. Llegaron en una nave de guerra de diseño desconocido, elegante y veloz; interceptándonos cerca de una asociación de planetas extrasolares que habían estado desiertos en otros tiempos. Entre los investigadores corrió en seguida el rumor de que nos habíamos aproximado a una instalación segura sobre la que ninguno de ellos sabía nada.

El grupo de abordaje lo formaba un equipo de seguridad de los Constructores... ninguno de ellos Sirviente-Guerrero, en contra de lo que había sido una larga tradición.

Mostraron todas las cortesías de rigor... y luego estudiaron a fondo los informes del transporte. Tras eso, nos pidieron con suma educación que nos despojáramos de las armaduras —yo, por supuesto, no la llevaba— y pidieron un informe completo a las ancillas de los investigadores. Ninguno quiso decir en busca de qué.

El equipo no tardó en marcharse tras concluir que nuestra infracción había sido accidental; pero sin aclararnos nada. Antes de partir, uno me lanzó una mirada que combinaba desdén y conmisericordia.

Yo era el único del que habían hecho caso omiso.

Esto, como es natural, atrajo sospechas sobre mi persona. Corrieron también rumores de que yo era la auténtica causa del retraso, y tan sólo los investigadores más osados y de posición social más baja quisieron dirigirme la palabra a partir de entonces. Pronto, incluso ellos me excluyeron.

El resto de mi viaje fue solitario, hasta que, a doce años luz de casa, me transfirieron a un veloz yate que compartían mi familia y otros cinco clanes Constructores.

Mi padre, mi madre y mi hermana me recibieron cuando abordé el yate. No había visto a ninguno de ellos desde hacía tres años. Mi padre había sufrido otra mutación y ahora lucía un marcado e inquietante parecido con el Maestro Constructor. Mi madre había cambiado muy poco; si acaso, se había vuelto tan sólo más reposada y circunspecta, iniciando su tercer intervalo del milenio, durante el cual ni daría a luz ni crearía prole en ningún otro modo.

En tanto que mi padre medía cuatro metros, tenía las espaldas anchas y las piernas gruesas, la piel como ónice pulido, las bien recortadas zonas de pelo de un blanco violáceo y los ojos negros con motas plateadas, mi madre medía sólo algo más de dos

metros, era esbelta como un junco, tenía el pelo de un rojo intenso y la piel de un gris plateado. Mi hermana era un poco más alta que nuestra madre y menos esbelta, hallándose en aquella fase de transición previa al intercambio familiar, el galanteo y el matrimonio.

Incluso antes de mi exilio en Edom, había estado sufriendo una discreta mutación hacia la madurez reproductiva, y estaba ya atravesando la primera fase de su avance a primera-forma. Me saludó con una evaluación callada y atónita, y luego me dio un abrazo, veloz y caluroso; mi madre, viendo el estado en que estaba, me saludó con dolorosa formalidad; mi padre, con un fuerte apretón en el hombro, ocultó sus emociones e intercambié tan sólo unas pocas palabras elegidas con sumo cuidado, dándome la bienvenida de vuelta al redil.

Mis padres tenían más de seis mil años. Mi hermana y yo apenas teníamos doce.

—Estoy seguro de que habrá muchas cosas de las que hablar —concluyó, antes de enviarme a mi alojamiento para que me probara una armadura recién confeccionada—. Cenaremos dentro de una hora.

En la pequeña cabina, elegantemente amueblada, la nueva armadura fue tejida a mi alrededor con suma destreza. La nave ensambló una ancilla perfectamente circunspecta y poco interesante a partir de sus propias reservas. Neutra y simple, parecía una parodia superficial de la que me había proporcionado la Bibliotecaria; no era de mucha ayuda y totalmente insulsa.

—*Pida disculpas por este accesorio primitivo* —dijo la nave al advertir mi reacción—. *Por supuesto, tu ancilla puede ser actualizada una vez que lleguéis a vuestra finca.*

Sentí una profunda punzada de soledad y una sensación curiosa de pesar. La ancilla no sabía cómo animarme o qué palabras de apoyo ofrecerme. Yo me sentía responsable por todo lo que había sucedido y todavía sucedía: grandes acontecimientos conocidos y desconocidos, muy lejos; más los destinos de un Promethean y dos seres humanos.

Aquella primera cena a bordo fue incómoda, silenciosa, poco esclarecedora. La nave intentó servir lo que pensaba que eran mis alimentos favoritos, pero, en mi estado actual, estos me hicieron sentir vagamente enfermo.

—A lo mejor requiere una dieta más adecuada para un guerrero —sugirió mi padre.

Conteniendo un ramalazo de cólera, no le pregunté en qué podría él estar involucrado, profesionalmente, para que a veinte mil años luz de distancia hubiera sido tratado con sombría indulgencia por un, por otra parte todopoderoso, Maestro Constructor.

Yo había progresado, ya lo creo... pasando de ser un motivo de vergüenza a convertirme en un desastre con mayúscula, tanto en lo referente a comportamiento

como a aspecto físico.

Al cabo de unos cuantos días, volvíamos a estar en casa.

La primera visión del mundo de nuestra familia despertó una variada gama de vivas emociones. Observamos la aproximación orbital desde la cubierta del puente del yate, un accesorio en gran parte ceremonial. El yate estaba controlado por su propia ancilla, como casi todas las naves Forerunners, pero una parodia de tiempos pasados requería aún en el aterrizaje la presencia del miembro de más edad de la familia, en este caso mi padre, quien gritó órdenes en jagon Forerunner; un idioma más viejo con mucho que mis padres, pero ni de lejos tan antiguo como el digon que el Didacta había aprendido siendo aún guerrero joven.

Didacta. Me llamaron eso cuando enseñaba en la facultad de Defensa Estratégica del Manto: la Facultad de Guerra. Algunos de mis alumnos parecían pensar que era exigente en exceso y demasiado preciso en mis definiciones...

La repentina manifestación no resultó ninguna sorpresa. Había esperado algo parecido. El Didacta había auspiciado mi mutación, al fin y al cabo, y eso significaba que yo contenía algunas de sus pautas inherentes... y es posible que incluso mucho de su memoria. Sentí como si algo creciera en mi interior que podría no ser capaz de controlar.

Traté de no mostrar señales externas, pero mi padre detectó el cambio con facilidad.

Por supuesto, el mundo natal de mi familia había cambiado poco. ¿Qué necesidad había de cambiar cuando cada metro cuadrado de su superficie había sido edificado, ajustado y adaptado a la comodidad y ambición Forerunner? Incluso desde una distancia de un millar de kilómetros, el limbo del planeta aparecía visiblemente erizado de construcciones, aunque sin lugar a dudas no equiparable a las ruinas encontradas en cualquier planeta grande de los Precursores: no había abovedados puentes orbitales extendiéndose de mundo a mundo, ni cables eternos que no se doblaban...

Mi mente regresó veloz a Charum Hakkor antes de su misteriosa destrucción, y vio como si hubieran restaurado milagrosamente tanto las ruinas de los Precursores

como el uso que los humanos habían hecho en una ocasión de ellas...

Pero ya era suficiente. Regresar otra vez al mundo de mi familia me recordó que los Constructores no tenían nada de lo que avergonzarse en su búsqueda del dominio arquitectónico.

En una ocasión había sentido una fascinación juvenil por nuestros océanos elevados, cada uno con un diámetro de un millar de kilómetros y una profundidad de mil metros, que brillaban como un cinturón de monedas superpuestas alrededor del ecuador. Cada uno estaba separado de su vecino por varios cientos de metros de elevación, dependiendo la superposición de si eran cascadas de agua o sinuosos desagües en forma de embudo lo que los unían. Operarios de la Vida, mediante invitación, habían acudido durante muchos siglos a estudiar estos grandes acuarios y a experimentar con variedades nuevas de criaturas exóticas, que en ocasiones exportaban a otros grupos de investigación y aficionados de toda la galaxia.

Una vez ayudé a tutelar uno de tales experimentos: un tanque de reptiles de agua salada, carnívoros con un triple torso con tres cerebros conectados y sentidos sorprendentes; los más inteligentes de su especie... hasta que mi madre decidió, tras varios atentados casi con éxito a mi joven vida, que las criaturas eran excesivamente peligrosas. Puso fin al experimento y el Operario de la Vida que diseñó los reptiles fue reasignado a otro mundo, muy lejos.

Casi igual de imponentes era los senderos rocosos en arco del hemisferio septentrional, que se extendían en un cinturón longitudinal desde los océanos al círculo perfecto del helado polo: enormes formaciones de arenisca roja y amarilla talladas por chorros de arena, torbellinos autónomos de polvo que horadaron, esculpieron y trabajaron hasta que los antiguos lechos marinos de piedra caliza quedaron transformados en calados maravillosos. Excursionistas y viajeros podían perderse durante meses en cientos de miles de kilómetros de laberintos de curvas y espirales; aunque por supuesto no existía nunca un peligro auténtico, ya que los exploradores de la familia estaban siempre de guardia, esperando señales de dificultades o tan sólo simple aburrimiento.

En el pasado, a mi hermana le había encantado dejar sus propias tallas en las superficies rocosas del interior de los laberintos, invitando a otros a contribuir con sus propios diseños. Nadie accedió. Los de mi hermana eran demasiado originales, demasiado enigmáticos.

Aterrizamos en la propiedad más extensa de la familia, cerca del ecuador entre el cinturón de océanos y una cordillera baja y muy antigua. Nuestra nave se desplegó sobre el andamio colgante de aterrizaje, y ancillas corpóreas de muchas clases nos dieron la bienvenida, junto con representantes de las familias de categoría inferior que compartían y conservaban el planeta en nuestro nombre.

Mi padre no presentó a su hijo de aspecto extraño ni explicó su presencia, como sin duda había omitido explicar mis años de ausencia.

La primera tarde tras nuestro regreso, mi hermana se reunió conmigo en el porche que daba al lago del domicilio principal y se sentó junto a mí mientras la diadema de tres soles pequeños y brillantes se hundía bajo la línea del horizonte, dejándolo todo sumido en un reluciente crepúsculo. Le siguió una aurora de una luminosidad inusual. Casi pude distinguir la refracción adicional provocada por los campos que nos protegían de las radiaciones más desagradables de aquellas pequeñas y brillantes estrellas enanas.

—¿Llegaste a encontrar tu tesoro? —preguntó con dulzura, tocándome el brazo.

Si eso estaba pensado para distraer mi melancolía o animarme de cualquier otro modo, no lo logró.

—No existe ningún tesoro —dije.

—¿No hay Organon?

—Nada ni remotamente parecido.

—Todo el mundo por aquí está actuando de un modo muy misterioso últimamente —dijo ella—. Padre en especial. Es como si llevara el peso de la galaxia sobre sus hombros.

—Es un Constructor importante —repuse.

—Ha sido importante desde que puedo recordar. ¿Es más importante ahora de lo que era?

—Sí —respondí.

—¿Cómo?

—A mí también me gustaría saber más sobre eso.

—Ahora eres tú quien actúa de un modo misterioso.

—Vi cosas... cosas terribles. No estoy seguro de cuánto puedo explicar sin causar problemas.

—¡Problemas! Tú adoras los problemas.

—No de esta clase.

Vio que era hora de cambiar de tema. Me inspeccionó con esa combinación de medio disimulada evaluación y discernimiento amable que había heredado de nuestra madre.

—Madre se pregunta si planeas cancelar tu mutación y remodelarte —me informó.

—No —dije—. ¿Porqué? ¿Resultado especialmente feo?

—Antes de que nosotras, las hembras, seamos prometidas en matrimonio, disfrutar de un poco de diversión entre rangos de inferior categoría es casi obligatorio. Tienes un aspecto brutal que le iría a la perfección a unas cuantas de mis

amigas. ¿Planeas convertirte en un Guerrero?

Ahora quería hacerme rabiar. Hice caso omiso de la pulla, pero sentí una punzada ante la genuina posibilidad.

—Mi vida ya no me pertenece —dije—. A lo mejor nunca lo hizo.

Una réplica cortante casi afloró a sus labios; pude darme cuenta por su expresión que estaba a punto de decirme que estaba lleno de autocompasión. No se habría equivocado. Pero controló el impulso, y me tomé muy en serio el consejo no expresado.

Tras un largo momento, mientras oscurecía, las nebulosas adquirirían más brillo en nuestros habituados ojos y el porche quedaba iluminado y calentado sutilmente desde debajo, preguntó:

—¿Qué sucedió, en realidad, ahí fuera?

Fue entonces cuando apareció nuestra madre, caminando con su perpetua y casi atemporal gracilidad por el porche. Hizo un ademán para pedir otra silla y, cuando esta tomó forma, se sentó junto a nosotros con un suspiro prolongado y agradecido.

—Es estupendo tener a mis mejores hijos junto a mí otra vez, todos aquí en casa —dijo.

—Bornstellar estaba a punto de contarme lo que sucedió en Edom —afirmó mi hermana.

—¡Edom! Ojalá eso fuera todo lo que hubiera que contar. Hemos castigado a tu familia de intercambio por permitir que la influencia de una Operaría de la Vida te llevara por el mal camino.

—«Mal camino...».

Mi hermana se deleitó con aquella palabra. Una última aurora tardía agitó su lento estandarte, tiñendo su terso rostro con un resplandor rosado que me produjo una punzada de pesar. Jamás volvería a compartir su inocencia, su ánimo de aventura.

—Y desde luego espero poder evitar las decisiones del Consejo —añadió nuestra madre—. Aún podemos perder este mundo debido a tus «aventuras», Bornstellar. Espero que valieran la pena.

—¡Madre!

Mi hermana pareció sorprendida y consternada. Yo no. Había esperado este momento durante la mayor parte de mi viaje de vuelta.

—¿Queda aún algo por «relatar»? —preguntó mi madre—. Abandonaste Edom. Fuiste ascendido a la madurez por un Sirviente-Guerrero deshonorado.

—Por el Didacta —dije.

—¿El Promethean disidente... desterrado del Consejo?

—Vencedor de humanos y San'Shyuums, protector de la ecúmene durante doce mil años.

Mi otra memoria rememoró esto sin orgullo, sólo una sensación de pesar porque

no se hubiera podido hacer más.

—¿Es todo eso cierto? —preguntó mi madre, la voz queda y un poco asustada.

Le habían narrado el relato de mis viajes y aventuras muy por encima, al parecer, y evitando importantes cuestiones.

—Es cierto.

—¿Cómo pudiste permitir que te llevaran por tan mal camino?

—Edom no está lejos de Erde-Tyrene. Fui allí en busca de tesoros. Se me hizo creer que podría haber artefactos de los Precursores. Pero no hallé nada parecido. En su lugar, un par de humanos me guiaron hasta el Cryptum del Didacta.

La estima de mi hermana aumentó.

—¿El Cryptum de un Guerrero? ¿Lo abriste?

—Y ayudé a reanimarlo. No invocó ningún castigo sobre mí, sino que me reclutó.

Mi madre ató los evidentes cabos sueltos de la historia.

—¿Todo esto fue planeado por la Bibliotecaria, tal vez?

—Lo parece.

—Entonces, bajo la persuasiva influencia de un antiguo líder, te uniste a la causa del Didacta. —Intentaba colocar una máscara amable a todo él, en su opinión, sórdido episodio—. No hay duda de que él requirió tu ayuda para lograr sus peculiares fines. Y debido a tu juventud, no podías ser consciente de qué modo eso podría complicar el trabajo de tu padre y causar un gran daño a nuestra familia.

—Mi cuerpo no es la única cosa que ha cambiado —repuse—. Aprendí muchas cosas que se ocultan a los Manipulares, e incluso a la mayoría de Forerunners. Me enteré de la existencia de algo llamado el Flood.

Mi hermana paseó la mirada entre nosotros, sin comprender.

La expresión de mi madre pasó en un instante de tristeza paciente a formalidad rígida.

—¿Dónde oíste hablar de eso? —preguntó.

—En parte, del Didacta, y un poco desde el Dominio mismo.

—Entonces has experimentado el Dominio —exclamó mi hermana—. ¡Y desde la perspectiva de un antiguo guerrero! ¿Cómo es?

—Confuso —admití—. No he integrado mis percepciones. La información es primitiva en el mejor de los casos, y no puedo regresar sin guía adicional... creo. En cualquier caso, no he accedido al Dominio desde que me quitaron la armadura en el mundo San'Shyuum en cuarentena.

—¡Cuarentena! —exclamó mi hermana—. He oído hablar de los San'Shyuums. ¿Fue maravilloso y sensual?

—Ya se ha hablado suficiente sobre eso. —Mi madre paseó la mirada por el porche y pareció inspeccionar toda la finca a través de sus ancillas, como si esperara la presencia de espías del Consejo, nuevas multas e incluso un correctivo más severo

—. He oído hablar del Flood. Fue una misteriosa enfermedad estelar que provocó anomalías en la radiación. Hace varios siglos, causó daños graves en varios mundos colonia Forerunners en los confines exteriores de la galaxia.

Pareció significar un gran esfuerzo para ella contarle, y vi con claridad la carga que habían colocado sobre sus hombros en los últimos meses. Yo sólo podía hacerme responsable de una parte de aquella carga.

—Debemos aguardar el dictamen de tu padre —dijo por fin, abandonando su inspección, sin duda con gran alivio por parte de las ancillas situadas por todo el planeta.

—Padre también ha cambiado; parece haber sido moldeado y aleccionado para un gran ascenso —indiqué—. ¿Le hizo de mentor el Maestro Constructor en su última mutación?

—¡Se acabó! —gritó mi madre, y se puso en pie.

Docenas de pequeñas unidades de servicio se desperdigaron. Con un escalofrío, sugirió que nos retirásemos a meditar sobre el Manto antes de pasar las horas de oscuridad estudiando cada uno por su cuenta. Luego se alejó rápidamente, volviendo a dispersar las unidades, y nos dejó a mi hermana y a mí bajo los tenues vestigios del resplandor nebuloso y de estrellas tanto difusas como nítidas, como si estuvieran atrapadas en un envolvente velo desgarrado de andrajosa niebla.

—¿Qué le está sucediendo a esta familia? —preguntó mi hermana—. No puede ser todo culpa tuya. Ya antes de que te fueras...

—Madre tiene razón —dije.

—¿Qué es el Flood? —preguntó con brusquedad, con los instintos afilados—. Madre parece saber algo que yo desde luego no...

Negué con la cabeza.

—Relatos aterradores urdidos para obtener beneficios políticos, y quizá eso sea todo.

¿Estaba ahora engañando a mi propia hermana? Con un encogimiento de hombros, añadí:

—Me defiero al dictamen de nuestro padre.

—¿Así que eso haces ahora? —dijo.

Nos separamos en la cancela que daba al porche, y regresé a mi habitación en lo alto de una torre que daba sobre el océano circular más cercano, las aguas cayendo en cascada por el borde, bajo la galería cambiante de nuestro cielo: estrellas recién nacidas, soles moribundos, el gran torbellino en el que los Forerunners habían visto la luz por primera vez.

No había hecho nada por mi familia. Perversamente, sentía ahora más conexión con el Didacta de la que sentía con ellos; y aún más perversamente, tal vez era así cómo me redimiría ante mi familia y los Forerunners por igual.

¿Cuántas traiciones podrían hacer falta para volver al principio?

Ahora era aún más imperativo que averiguara quién era en realidad, y en qué estaba a punto de convertirme. Nadie podía decírmelo. Nadie podía enseñarme.

Esa noche —y muchas posteriores— fueron agitadas y confusas. Me sentaba rodeado de visualizadores que titilaban con suavidad y proporcionaban poca de la información que solicitaba y necesitaba. El Dominio seguía siendo una caja rompecabezas cerrada. En ocasiones percibía su roce, pero nunca disponía del tiempo suficiente para sumergirme o estudiar su naturaleza y contenido.

En su lugar, observaba el cielo, siguiendo la trayectoria de las estelas de reentrada de cientos de transportes Constructores que iban y venían. Había tantas naves últimamente... tantísima actividad... Siempre había sabido que mi padre era importante, pero la sospecha se había transformado en la certeza de que de hecho era crucial para el plan del Maestro Constructor. Había mucho odio dirigido hacia los Sirvientes-Guerreros.

¿Qué parte representaba mi padre en aquel plan? ¿Era consciente del daño a nuestras tradiciones, a la protección del Manto mismo?

Visiones del prisionero de Charum Hakkor, fuera lo que fuera, ahora en libertad y fuera del alcance del Didacta.

Desaparecido desde hacía cuarenta o cincuenta años.

Y, siempre una amenaza en ciernes, el espectro de aquel inmenso anillo delgado... subrayado por el extraño horror de la destrucción por parte del Maestro Constructor de las esfinges de combate y sus recreaciones de los hijos del Didacta.

Lo que había conseguido averiguar sobre la escisión Forerunner era un hilo muy fino, pero de todos modos intrigante. Mis otros recuerdos todavía me negaban acceso a esos tiempos, quizá esperando la llegada de más sofisticación... o el momento correcto.

Hacía diez mil años, justo tras la conclusión de la guerra humana-San'Shyuum, los más eminentes de los Sirvientes-Guerreros, los Prometheans, habían prevalecido entre los Forerunners, tan arriba en posición social y poder como podían llegar a estarlo jamás. Su caída llegó al mismo tiempo que se tomaba una gran decisión estratégica. Tras la maniobra se hallaba una amenaza procedente de fuera de la

galaxia; teórica tal vez, pero terrible de todos modos. Recordando lo que el Didacta me había contado, conjeturé que esta amenaza era la misma que en el pasado los humanos habían combatido y vencido, o hecho retroceder, al mismo tiempo que guerreaban contra los Forerunners: el Flood. Sobre eso todavía podía averiguar alguna cosa o quizá nada, pero estaba seguro de que el relato de mi madre sobre una enfermedad estelar no era más que una tapadera.

El secreto de la victoria de los humanos sobre el Flood jamás había sido revelado.

Pero todos habían previsto que el Flood regresaría.

El Maestro Constructor parecía haber aseverado que una nueva y magna estrategia (¿y una nueva arma, también?) convertían en innecesarios a anticuados guerreros, ejércitos y flotas.

Poco después de eso, el Didacta y sus compañeros Prometheans fueron destituidos del Consejo. Supuse que fue entonces cuando obligaron al Didacta a ir al exilio y este entró en el Cryptum.

A partir de aquella época hasta ahora, más de mil años, los Sirvientes-Guerreros habían sido marginados cada vez más, con sus rangos puestos en cuestión y sus fuerzas, flotas y ejércitos disueltos.

Noche tras noche contendía con el limitado material, y día tras día padecía bajo la condescendencia educada de mi padre y la triste opinión de mi madre.

Apenas había empezado a explorar las profundidades de la impronta del Didacta, que todavía se abría y expandía muy despacio en mi interior. Existía un motivo para la ocultación y el lento despliegue. Aquellos recursos no eran para mi entretenimiento personal, ni siquiera para mi propio crecimiento y edificación, y era necesario enterrarlos profundamente para protegerlos de intromisiones inoportunas; para que fueran revelados tan sólo si regresaba a una posición de importancia, de responsabilidad.

Tan sólo si me atrevía.

Si perdía la protección de mi padre y caía en las manos del Maestro Constructor una vez más, podría resultar peligroso también para el Didacta. Se me podrían extraer dolorosamente mis otros recuerdos y exhibirlos en provecho del Maestro Constructor, para que los escudriñara en busca de información incriminatoria.

A lo mejor eso ya les había sucedido a los humanos.

No podía soportar la idea de que el Maestro Constructor pudiera estar en aquellos momentos deshaciéndose de los cadáveres exangües de Chakas y Riser y arrasando Erde-Tyrene, sofocando una resistencia potencial; haciendo a un lado y enterrando cualquier cosa y a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Mi desasosiego me convirtió en un vagabundo.

Una casa Forerunner jamás duerme. No existe el equivalente de noche y descanso, pero hay momentos de reposo cuando todos se retiran para una contemplación individual y prepararse para la ronda siguiente de actividades. En hogares Constructores tradicionales, estos momentos son sacrosantos, y por lo tanto, durante cualquier ciclo día-noche determinado, existen horas en las que la casa —y en nuestro caso, gran parte del planeta— queda inactiva. Las calles y caminos apartados van aminorando su flujo. Incluso las ancillas y los sistemas automatizados reducen sus actividades de guardia.

Pero yo no lo hacía. Prefería hacer ejercicio a solas, sin armadura, limitarme a permitir que el yo que se desarrollaba —cualquiera que este pudiera ser— comunicara la dirección que quería tomar. Todavía proseguía mi mutación, todavía cambiaba en modos que nadie podía predecir. El Didacta había llevado a cabo un auténtico número conmigo.

Y así pues, caminé. Deambulé. Exploré kilómetros de corredores que conducían a cientos de estancias vacías, estancias que recreaban su elaborada decoración en luz dura sólo en presencia de Forerunners. Partes de nuestra casa y muchos edificios de la finca no habían sido visitadas en cientos de años. Muchos lugares contenían homenajes y crónicas de anteriores miembros de nuestro clan y clanes aliados, incluyendo antepasados del mismísimo Maestro Constructor. Sentí un interés perverso por la relación del Maestro Constructor con mi familia, y me enteré mediante visualizadores reactivados —lastimosamente entusiasmados al verse observados por fin— de grandes contratos y alianzas políticas que se remontaban a veinticinco mil años atrás, mucho antes de la aparición de mi padre.

Pasé muchas horas escuchando a una ancilla menuda y un tanto chiflada consagrada a catalogar e investigar las consecuencias históricas de los millones de contratos y construcciones de mi familia. Una figura diminuta de un color zafiro descolorido cuyos bordes apenas estaban bien enlazados, con recursos que no habían

sido actualizados o renovados durante los últimos tres mil años, pero que a pesar de todo seguía de servicio, fiel hasta lo irracional pero cada vez más excéntrica. Me ofreció un recorrido por los registros de más de un millar de mundos transformados por mi padre y sus cohortes de Constructores, y luego desveló con evidente orgullo contratos aún más importantes: docenas de estrellas controladas mediante campos de contención y agrupamiento, incluida, al parecer, la ingeniosa cuarentena alrededor del sistema San'Shyuum.

En tales registros, despertando sobremanera mi interés, había bocetos de armas a gran escala. Bajo el viejo nombre de Faber, el Maestro Constructor se había asociado con mi padre para crear y ofrecer estos diseños al Consejo. Se había suprimido de los registros cualquier indicación de que el Consejo aprobara o rechazara estas armas. De todos modos, ninguna adoptaba el definitivo aspecto de anillo de los grandes Halos.

«Un millar de años de política y progreso».

Mi padre jamás había alardeado de sus obras e influencia, por supuesto, y como Manipular, yo jamás había mostrado mucho interés. Pero comprendía ahora cómo había sido capaz de conseguir mi regreso.

Sin embargo, esto no era explícitamente lo que yo buscaba.

Mi inquietud tenía sus propios motivos. Aquello en lo que yo me estaba convirtiendo —en quién me estaba convirtiendo— tenía otras curiosidades, y les di satisfacción. El problema de ser potencial es que uno contiene multitudes de resultados, candidatos que compiten por convertirse en la personalidad final, y a medida que transcurrían las horas y los días, los más fuertes gobernaban durante un tiempo hasta ser derrocados por otros aún más poderosos...

Las cosas llegarían a un punto crítico muy pronto. Uno de los que había en mí sería suficiente y mandaría, complementado por el despliegue de la sabiduría del Didacta.

Durante un largo reposo, doscientos días domésticos tras mi regreso, tropecé con mi padre y un visitante en una sala de recibo en forma de nave pocas veces utilizada, situada en mitad del cuerpo principal de nuestro hogar, a unos diez kilómetros de mis propias estancias en la torre.

Daba la casualidad de que cruzaba un puente aéreo que conectaba dos pisos más elevados en aquella ala, por debajo de la cúpula, cuando oí voces que resonaban en un punto un centenar de metros por debajo. Una voz era la de mi padre, clara y precisa... pero en absoluto autoritaria; más bien inesperadamente servil.

Con suma cautela, me incliné por encima de la barandilla. Mi padre y otro Constructor, ambos desprovistos de armaduras, llevaban a cabo una acalorada conversación que era evidente que no deseaban que fuera auditada o registrada. Los servicios de soporte locales habían sido desconectados, dejando suelos y paredes

cubiertos de escarcha debido al frío.

El otro Constructor era mucho más joven que mi padre, un primera-forma muy parecido a lo que yo habría sido si mi mutación hubiera tenido lugar con normalidad. A pesar de su juventud, parecía hablar con una autoridad considerable.

Era de verdad curioso que alguien tan joven pudiera llevar la voz cantante en una audiencia con mi padre. Conseguí captar poco más de la mitad de lo que se decía.

—Más incidentes en los confines exteriores... Doce sistemas perdidos en los últimos trescientos años...

Y:

—... quedan indicios del banco de pruebas cerca de Charum Hakkor, incluso pasados cuarenta y tres años... aniquilación de San'Shyuums... causa insuficiente para el alzamiento...

—... juicio pendiente... cargos de flagrante violación de los principios del Manto...

¿Se refería al Maestro Constructor?

—... una ancilla de nivel metárquico asignada al dispositivo del banco de pruebas enviado a Charum Hakkor. Ambos desaparecieron tras la acción contra los San'Shyuums...

—... voto de no confianza en la jefatura del Maestro Constructor...

Y entonces mi padre, su voz elevándose fuerte y clara en el vasto espacio al soplar en mi dirección las corrientes de aire:

—¿Cómo es posible que pudieran utilizarse de ese modo? En una sintonía de tal amplitud y sin salvaguardas... Va en contra de todo lo que los diseñadores habían planeado y esperado, no como defensa final, sino como castigos brutales...

—Fue tu ciencia lo que les permitió eso, Constructor. La facción opositora del Consejo jamás autorizó que se usara, pero eso es secundario a la culpa por la construcción y ensamblaje.

Me eché hacia atrás, tiritando, no tan sólo de frío. Sabía de qué hablaban. Parecía que las fuerzas del Maestro Constructor habían utilizado el Halo puesto a prueba en Charum Hakkor para finalizar lo que habían iniciado con los San'Shyuums. Yo había estado allí. Yo había sobrevivido a las crueldades del Maestro Constructor.

Pero ¿qué había sido del Didacta y los humanos?

¿Y qué era eso de una ancilla de nivel metárquico desaparecida? Tales grandes mentes artificiales, mucho más poderosas que cualquier ancilla personal o situada a bordo de una nave, por lo general administraban los proyectos de construcción más complicados y la ley las mantenía muy restringidas. Había menos de cinco en existencia, y jamás se les permitía servir a ninguna entidad que no fuera el Consejo. Mi otra memoria llameó con su propia angustia y cólera.

«¡Una ancilla de nivel metárquico —asignada a defensa— al mando de un

Halo!».

—... le han hecho regresar para que informe. Todas excepto una de las instalaciones han sido devueltas a una estrella de estacionamiento, custodiada por mis propios mirmidones. Estoy solicitando su destrucción. Asimismo, en Cero-Cero...

«Todos excepto uno. Se aproxima un momento de crisis. Días como máximo, puede que incluso antes».

Una vez más la sabiduría del Didacta, en esta ocasión fría y concisa.

En este punto la claridad del sonido desapareció poco a poco, y descubrí que oía sonidos procedentes de otra parte bajo la cúpula, igual que susurros lejanos. Pero éramos los únicos Forerunners vivos en aquella ala de nuestro antiguo hogar. Lo que oía tenían que ser simples corrientes de aire recorriendo el enorme espacio. Y al poco empezó a nevar, y los reactivados sistemas de iluminación de la cúpula, mostrando interés por la belleza potencial del clima interno, empezaron a poner de relieve los arremolinados copos.

El edificio volvía a despertar de su sopor temporal, pensé que tal vez para mi padre y su visitante, pero cuando volví a inclinarme hacia adelante, ambos se habían ido.

«Díselo».

«Díselo ahora. Es necesario que lo sepa».

Descendí desde mi torre al porche para reunirme con la familia para el primer resplandor de la mañana. Vestían tan sólo prendas holgadas de color blanco, para permitir así que dieran lustre a sus armaduras y efectuaran meticulosas comprobaciones en ellas, y tomaban una primera comida de frutas y frutos secos, la cual, reparé con un estremecimiento, recibiría toda la aprobación de Riser. Aunque el Florian podría traer también «bocaditos de carne» y alterar la tranquilidad de espíritu de mi madre.

Mi padre estaba de pie junto al alféizar, contemplando nuestro mar circular y los vastos campos de azucenas. En una ocasión había parecido increíblemente grande, severo y frío, pero ahora se limitaba a parecer cansado, demasiado tenso para tomar parte siquiera en la conversación trivial de mi hermana y mi madre, conversaciones que en el pasado le habían proporcionado entretenimiento y solaz.

«Ahora».

Las palabras acudieron a mí de repente.

—Creo que soy portador de un mensaje —dije, antes de que pudiera contenerme—. Pero no sé para quién es.

Mi padre se volvió despacio y me miró.

—No es inesperado —dijo—. Te escucho.

—Un Halo liberó algo que tanto Precursores como humanos tenían confinado en

Charum Hakkor.

Mi padre rodeó a mi madre con el brazo como para protegerla, la primera vez que los había visto tener un contacto físico sin armadura. Hallé el gesto a la vez tranquilizador e inquietante.

—No sé nada de un Halo en Charum Hakkor —contestó.

—Este no es momento para mentiras, padre.

Mi hermana se encogió atemorizada, pero tanto mi madre como mi padre permanecieron inmóviles, tal vez sumidos en un conmocionado silencio por mi insubordinación.

—Tu visitante del Consejo te informó. También había un Halo en el sistema San'Shyuum en cuarentena —dije—. Lo vi.

Mi padre soltó a mi madre, se volvió, y efectuó un amplio ademán con el brazo.

—Necesito a mi ancilla.

Su armadura flotó al frente, y él la observó con impaciencia mientras esta rotaba para que diera su aprobación. Finalmente, la apartó a un lado, se irguió, y haciendo un esfuerzo, con voz entrecortada, dijo:

—He hecho todo lo que está en mi mano para protegerte. Pero ellos... esto... esto te ha apartado de nuestra familia, nuestro rango, del escudo protector de nuestra sociedad y ley. Y ahora pones en duda mi opinión. ¿Realmente eres tú quien habla?

—¿Qué es el Flood? —volvió a preguntar mi hermana.

Nuestro padre se volvió al instante hacia ella, como para reprenderla, pero la voz se le cortó.

—Nuestra intención era proteger a toda la galaxia —consiguió decir por fin—. Los Constructores han estado diseñando y efectuando planes para esto desde antes de que yo naciera. Muchos han fracasado y sido degradados. Tras tres mil años, mi equipo y yo tuvimos éxito. El Maestro Constructor tomó nuestro trabajo y lo promovió a nivel de prueba sobre el terreno... de un modo que al parecer ha topado con la desaprobación del Consejo.

Mi madre paseó la mirada entre nosotros, a la vez que la consternación se convertía poco a poco en la horrorizada comprensión de que se había llegado a un momento crucial.

—¿Qué les hizo a los San'Shyuums? —pregunté.

—¿Qué es un Halo? —quiso saber mi madre.

—Es un anillo gigante —dije—, un arma horrible que destruye todo rastro de vida...

—Ya se ha dicho suficiente sobre eso —declaró mi padre, con el semblante a la vez triste y desafiante—. Charum Hakkor parece ser una cuestión de seria preocupación para el Consejo. Así pues, «mensajero», ¿qué encontraste allí?

—Una jaula construida por Precursores, conservada y reforzada por humanos

antes de nuestra guerra contra ellos —repuse—. Pero un Halo destruyó esas protecciones... creo... y el cautivo que contenía quedó liberado.

Mi padre alzó las manos en un gesto de desaliento, y luego se alejó. Su armadura trató de seguirlo.

—Eso no fue jamás una posibilidad en mi diseño. Cambiaron su reglaje. Es la negación de la física neural, más allá de... —Su voz se apagó.

—¿Qué es un Halo?

Esta vez fue mi madre quien casi chilló la pregunta, luego se apartó de mi padre y permaneció a cierta distancia.

—Una última defensa —respondió mi padre—. Yo los diseñé. El Maestro Constructor encargó doce. Nuestro gremio los construyó. —Se volvió hacia mí—. ¿Es el Didacta quién me envía un mensaje?

Efectué gestos contradictorios, pero dije:

—Sí.

—¿Posees información sobre ese cautivo? ¿Lo has visto?

Negué con la cabeza, luego asentí; de nuevo confundido por un afloramiento de recuerdos que no eran míos.

—No estoy seguro. Es posible que el Didacta se comunicara con el cautivo en una ocasión. Creo que en un principio fue preservado por humanos y San'Shyuums como una amenaza que se ejercería en caso de su inminente derrota; un arma definitiva, como tus Halos.

Sostuve con firmeza la mirada derrotada de mi padre, sintiendo un profundo dolor por mi familia que jamás se curaría. En aquel momento odié al Didacta hasta lo irracional.

—Bien, mensajero, aquí tienes un mensaje. Ha llegado una petición procedente de primeras-formas que sirven en el Consejo —dijo mi padre.

—¿Primeras-formas? ¿Tan jóvenes? —preguntó mi madre, estupefacta.

Mi padre respondió que así funcionaba ahora el Consejo, ya que muchos ancianos habían dimitido en señal de protesta o por haber caído en desgracia.

—Quieren que regreses con ellos a la capital. Rechacé esa petición, como es mi derecho como tu padre. Había esperado que podríamos encontrar un modo de recuperarte, de readaptarte... de hacer que volvieras a ser nuestro hijo. Pero ahora veo que eso es imposible. Apenas veo nada que siga siendo mi hijo, tan sólo un portavoz de los Sirvientes-Guerreros.

—¿Quién ha efectuado esta petición? —preguntó mi madre.

—Tras un exilio de mil años, al parecer han vuelto a colocar al Didacta a cargo de las defensas Forerunners —dijo mi padre—. Reclama a Bornstellar. Y desde muy lejos, fuera de la galaxia, una Operaria de la Vida llamada la Bibliotecaria también ha solicitado a nuestro hijo. Parecen trabajar en connivencia. Yo ya no ostento la

posición de poder necesaria para negárselo. Yo mismo podría ser acusado muy pronto por el Consejo.

Tanto mi hermana como mi madre lo miraron con consternación.

—¡Pero tú colaboras con el Maestro Constructor! —exclamó mi madre.

—Su época de poder ha finalizado, me temo. —Mi padre se apoyó sobre una rodilla, una postura que nunca antes le había visto adoptar, y me miró directamente, con los ojos entornados y nublándose con un dolor interior—. Me avergüenza no haber estado contigo para actuar como tu mentor.

—No pudimos elegir, padre —respondí.

—Eso no disminuye mi vergüenza. Hay grandes cambios que deben hacerse, que deberían haberse hecho hace mucho. Mi generación y generaciones anteriores a la mía han cometido errores graves, y por lo tanto es correcto que nuestras tradiciones caigan en desuso. Pero me habría gustado que mi hijo llevara los patrones más profundos y preciosos de nuestra familia. Quizá cuando regreses, con tu permiso, pueda remediarlo.

—El honor sería mío, padre.

—De todos modos, es probable que nuestro hijo no tarde en comprender más de lo que sucede en el Consejo de lo que comprendo yo. Nuestro propio gremio podría enfrentarse a la inhabilitación.

Mi madre volvió a colocarse junto a mi padre y le agarró el brazo con firmeza. Mi hermana fue a posicionarse más cerca de mí.

—«Todos excepto uno» —cité—. ¿Qué significa eso?

—Sólo podemos dar razón de once Halos. Uno ha desaparecido.

—¿Junto con una ancilla de nivel metárquico?

—Al parecer. Todo parte de la acusación contra el Maestro Constructor. Estás citado para testificar contra él. El Consejo enviará su propio navío para recogerte.

—¿Cuándo me voy? —pregunté.

—Muy pronto —respondió—. Nuestro tiempo se agota peligrosamente.

Está la estupidez, luego la temeridad, y a ello le sigue poco después la locura. Las palabras de mi padre parecieron desencadenar chispas por todo mi cerebro y mi cuerpo. Me había inquietado que el Didacta pudiera haber sido ejecutado. Ahora... ¡ostentaba el poder! No estaba exiliado, sino reinstaurado.

Ellos no habrían hecho esto salvo en el caso de que se dieran las peores circunstancias posibles. Un Halo desaparecido.

Me despedí de mi madre y mi hermana, luego fui a ver a mi padre a su estudio, que daba al norte, donde estaba rodeado de maquetas tanto virtuales como físicas. En aquellos momentos no le proporcionaban ningún consuelo, eso era evidente.

Aceptó mi abrazo. Nos restregamos las mejillas como en el pasado. Antes, mi tez había sido más suave que la suya... Ahora era más áspera.

—Eres el bastión de nuestra familia —me dijo—. Tú nos redimirás a todos. Marchas con mis esperanzas, mis sueños y mi amor.

—Marcho orgulloso de mi familia... y de mi padre —contesté.

Un haz de luz cruzó como una exhalación nuestro cielo, y los escudos protectores del planeta abrieron un portal refulgente, como un anillo de piedras preciosas, y el haz pasó a través de él, aminoró la velocidad y maniobró a una posición vertical...

Permaneció inmóvil en el aire por encima del mar circular más cercano: una nave del Consejo, ornada y sumamente veloz y potente, con la forma de una doble curva ascendente de ráfagas de viento fundida en oro y bronce. No había visto una en cinco años, y jamás había viajado en ellas.

Una lanzadera surgió con un leve destello luminoso del costado de la nave del Consejo y cubrió la distancia hasta nuestro muelle espacial en pocos minutos.

Mi padre y yo nos separamos sin decir nada más. Miré atrás sólo una vez, y vi a mi madre y a mi hermana sobre un parapeto. Llevaban vestiduras ceremoniales que permanecían suspendidas alrededor de sus armaduras, azules y plateadas con franjas de vibrante carmesí. Y sobre otro parapeto vi a mi padre, alto y firme recortado contra el cielo rojo y violeta.

Mi ansia por reunirme con el Didacta y tal vez conocer a la Bibliotecaria parecía perversa, cruel incluso. Miro atrás ahora y deseo que mis recuerdos de esos últimos días en el planeta de mi familia me abandonen para siempre, pues sólo me proporcionan un dolor extraordinario. Jamás volví a ver a mi familia... viva y libre.

Nadie hubiera podido llamar jamás a una nave del Consejo lujosa o frívola. Los miembros del Consejo servían durante un millar de años, y durante ese tiempo efectuaban juramentos de abstinencia y austeridad personales. Pero en ningún momento renunciaban a hacer uso de su poder, y esa era la característica principal de una nave del Consejo: poder, inmediato y sin restricciones.

Averigüé nada más llegar que la nave recibía el nombre de *Seedling Star*. Dejando aparte la referencia a algo diminuto del nombre, era la expresión más extraordinaria de la ciencia Forerunner que jamás había tenido ocasión de examinar de cerca. La memoria del Didacta confirmó sosegadamente que en todo, salvo armamento, eclipsaba a cualquier nave que se hubiera asignado jamás a Sirvientes-Guerreros.

Me escoltaron durante el trayecto en ascensores y por corredores cerrados dos guardias del propio y selecto cuerpo de seguridad del Consejo, a los que identificaba su elegante armadura negra y roja. A través de paredes translúcidas, vi autómatas desconocidos moviéndose veloces por sus propias pistas y tubos de desplazamiento; algunos estaban decorados con caparazones insectoides de lo más inquietantes.

Pero más sorprendente aún eran las numerosas ancillas corpóreas y fuertemente acorazadas. Había oído que los Sirvientes-Guerreros las utilizaban en batallas y para otras tareas especiales, pero me encontré con cientos de ellas dispuestas a intervalos por toda la nave, flotando en sereno reposo, en aparente modo de bajo consumo de energía, con los sensores azules, rojos o verdes resplandeciendo débilmente.

«Cobrarán vida en una emergencia. Pueden reemplazar a comandantes humanos, si es necesario. Son una parte vital de la metarquía del Consejo; la red general de ancillas que da apoyo al Consejo.

»Pero comparadas con una ancilla de nivel metárquico, estas son simples juguetes».

No puedo explicar mi reacción: no sé por qué, pero me repelieron.

Con educada firmeza, los guardias me condujeron a unas dependencias de una

sencillez elegante en las profundidades de la nave. Luego dieron instrucciones a las dependencias para que moldearan mediante extrusión una nueva armadura, negra con detalles verdes; los colores de un asesor especial del Consejo. Mi padre lo había sido en el pasado, miles de años antes de mi nacimiento. Y ahora... era mi turno, a menos que se tratara de simples sobras que se reciclaban para un invitado peculiar.

«No es probable».

—Familiarízate con tus descargas de información y bases de conocimientos —indicó el guardia de más categoría, señalándome, luego señaló la armadura—. Son exhaustivas.

—¿Accederé a todos los fondos del Consejo?

—No dispongo de tales respuestas —repuso el guardia con una mirada de reojo a su compañero—. Las viejas costumbres cambian con rapidez, ahora.

Salieron, y aguardé un momento antes de permitir que la armadura me envolviera. Casi temía examinar la ancilla; temía encontrar más bloqueos y restricciones, más obstáculos que prolongaran mi agonía de disponer de conocimientos a medias. Pero cuando ella apareció en el fondo de mi mente, la reconocí al instante.

Era la ancilla de la Bibliotecaria, la que me había seducido, tentado... La que la Bibliotecaria había prestado a mi familia de intercambio...

La que me había conducido a Erde-Tyrene.

Mi primera reacción fue de enojo.

—¡Tú empezaste todo esto! —chillé en voz alta, aunque no hacía la menor falta.

—Aquí, soy de verdad tu servidora. Estoy liberada de las metarquías tanto del Consejo como de la Bibliotecaria.

—¿Y el Didacta?

La ancilla mostró su confusión con un centelleo. He ahí una pregunta un tanto difícil de responder.

—Nos hallamos en circunstancias peligrosas —dijo—, pero las cosas mejoran. Te facilitaré ayuda sin instrucciones previas y responderé a cualquier pregunta que puedas tener.

—¿Quién te ordenó hacer eso?

—La Bibliotecaria —respondió—. Pero ella ya no es mi dueña.

—Ya veremos respecto a eso. ¿Me abrirás el Dominio por completo?

Ante mi pregunta volvió a titilar con subordinada emoción. En un principio pareció estar avergonzada, tal vez angustiada... y entonces leí en su exteriorización de emociones una expresión de auténtica frustración, algo raras veces visto en ancillas.

—¿Es eso un «no»? —insistí.

—El Dominio fluctúa constantemente —repuso—. Ningún Forerunner está efectuando conexiones fiables, sin importar el rango o la forma a la que pertenezca.

—¿Va a culparme alguien por eso?

—Parece ser sintomático de una alteración en nuestro pasado inmediato, o futuro inmediato...

Se quedó paralizada. Contrariado, permanecí inmóvil en el interior de la armadura negra y verde durante un momento, luego la flexioné, sintiendo su suavidad y fuerza, pero preguntándome si, en realidad, no tendría un funcionamiento defectuoso.

Poco a poco la ancilla regresó, estable otra vez, serena, y dijo:

—No hay respuestas disponibles para la pregunta anterior. Pido disculpas por el retraso. Hay una reunión programada para dentro de una hora. Se me ha dicho que necesitas prepararte siendo puesto al día a toda prisa sobre la política actual del Consejo y las personalidades que lo conforman. Ya has conocido al Maestro Constructor, y sido testigo de la conversación de un primera-forma con tu padre, ¿no es cierto?

—Sabes que es así —repuse—. Sabes todo lo que yo sé.

—Algunas partes de tu memoria que pueden ser utilizadas en una declaración ante el Consejo me están vedadas. Y por supuesto, no tengo acceso a esa parte de ti que en una ocasión perteneció al Didacta. Espero que eso no obstaculice mi utilidad.

—¿No me espiarás?

—No.

—¿O «guiarás» según los deseos de la Bibliotecaria?

—No.

—Pero estás aquí para instruirme en política Forerunner —concluí, sintiéndome un poco mareado.

Yo jamás había mostrado la menor aptitud o afición por tales estudios. En política podía haber tesoros para otros, pero jamás para mí.

—Sí, con mis disculpas —dijo ella—. Ahora, empecemos...

El concejal primera-forma enviado a escoltarme —el mismo que había hablado con mi padre bajo la cúpula— era tan sólo un poco mayor que yo, veinte años domésticos como mucho. Subió con aire resuelto a la plataforma desde la que se tenía una panorámica directa del mundo de mi familia, se dirigió primero a tres miembros del equipo de seguridad, luego se volvió hacia mí... y sonrió.

Aquel rictus impropio me escandalizó. Los humanos podrían haber sido capaces de tal cosa, pero un Forerunner primera-forma, y concejal por si fuera poco... Respondí a su leve reverencia y saludo con un toque en el pecho con uno propio, ejecutándolo, debo decir, con consumada elegancia.

—Eres toda una visión, Bornstellar Makes Eternal —dijo el concejal, contemplando mi figura deformada con verdadera admiración—. Mi nombre es Splendid Dust of Ancient Suns. Mis colegas me llaman Dust. ¿Es tu mutación aceptable?

—Es lo que es —dije. Una máxima pueril.

De nuevo apareció el rictus. No me gustó.

—Tengo ancillas expertas que pueden efectuarte unos mínimos ajustes... cosméticos, en su mayoría. Pero debo decir que esta combinación de rasgos posee un atractivo nada desdeñable.

—¿Combinación? —pregunté.

—Un escaneo llevado a cabo al subir a bordo confirma que combinas con buen gusto estructuras mentales y neurológicas de Sirvientes-Guerreros y Constructores, con un toque de Operario de la Vida... Eso tiene sentido. Fue una Operaria de la Vida quien equipó la nave que guió tu mutación, y tengo entendido que el Didacta en persona fue quien proporcionó la impronta.

Escuché y no dije nada, considerando que tenía delante a un Forerunner a quien le gustaba hablar e imponer su presencia con rapidez y facilidad. De golpe, había sido admirado, evaluado, tratado con familiaridad, y colocado en mi lugar... como alguien a quien no le irían mal unos cuantos ajustes.

Pero el Didacta que llevaba dentro no se dejaba reprimir con tanta facilidad.

—¿Cuál de mis patrones deriva de un Operario de la Vida?

—Descubrámoslo.

Splendid Dust —no era capaz de pensar en él tan sólo como Dust— llamó a tres ancillas diminutas, quienes flotaron detrás de mí sobre el puente y se prepararon para tomar muestras y guiar sondas.

—¡Nada de eso!

Me volví en redondo con cierta alarma, pero Splendid Dust volvió a sonreír y las despidió con un ademán.

—Misterios y sorpresas —dijo—. Podemos averiguarlo más tarde, cuando sea apropiado... cuando tú lo decidas. Pero no estamos aquí para calibrarte o comprenderte; estamos aquí para transportarte a la capital. El Consejo te ha citado a testificar. ¿Qué te cuentan los recuerdos del Didacta de defensas Forerunner, pasadas o presentes?

—Muy poco, por ahora —repuse—. Recuerdo y comprendo tan sólo lo que el Didacta habría comprendido en el momento de mi mutación.

—Sin duda tu ancilla te ha informado de que el Dominio está experimentando dificultades.

—Sí.

—El Consejo ha almacenado una gran cantidad de material de archivo e incluso contabilidad en el Dominio. Ahora no podemos acceder a nada de ello de un modo fiable. Por suerte, una nave como esta transporta conocimientos suficientes para que nos sean útiles, por ahora.

—¿Puedo hacer una pregunta personal, concejal?

—Pregunta.

—¿Tu sonrisa?

—Soy parte de un nuevo patrón. Más... natural. Algunos lo llaman atávico. Pero más que estar sujeto a muchas mutaciones a lo largo de siglos, nosotros pasamos por una módica serie de cambios a lo largo de un único año doméstico. Nuestro objetivo final es menos rígido, menos deformado y ornamental.

—¿Quién es «nosotros», Concejal?

—La mayoría provenimos de familias de Constructores, pero unos cuantos de entre nosotros son Sirvientes-Guerreros.

«No te fíes». Desde luego el Didacta pondría objeciones a tal desviación de la tradición. Al menos supuse que esa era la causa de su reacción.

Splendid Dust siguió diciendo:

—Esto nos deja con menos distorsiones inherentes tanto anatómicas como mentales. Menos prejuicios... dicen algunos, menos sabiduría transmitida, ya que tenemos menos mentores. De hecho, se suponía que teníamos que complementar ese

déficit con un uso escrupuloso del Dominio, pero eso resulta difícil ahora. Siento esa pérdida.

—¿Por cuántas mutaciones más pasarás?

—Ninguna —dijo—. En cierto modo, soy como tú. Somos lo que somos.

Y volvió a sonreír. En silencio, estudiamos la curva del mundo de mi familia.

—¿Se me permitirá alguna vez regresar? —pregunté tras unos instantes.

—Yo no lo prohibiría. En la práctica, ¿quién puede decirlo?

Lo estudié. No pareció importarle. En su variedad y flexibilidad, sus expresiones me recordaban tanto a Manipulares jóvenes como a seres humanos. Me pregunté si eso era algo bueno. No. No me gustaba mucho. Y sin embargo me caían bien los humanos, en su mayoría.

Entonces fuimos extraídos de la órbita planetaria y el mundo de mi familia se tornó pequeño. En unos pocos minutos más, la nave del Consejo se hizo con el control de gran cantidad de energía de vacío para aplastar la curva de nuestra órbita estelar, y el planeta donde nací desapareció por completo.

—¿Cómo te convertiste en concejal? —pregunté.

—Una cierta cantidad de mis coetáneos han recibido... bueno, podrías llamarlo nombramientos honorarios. Mi nombramiento es temporal.

«Un grupo revolucionario. ¿Qué hay del Maestro Constructor?».

—¿Estamos en estado de guerra?

—Los Forerunners llevan en un estado clandestino de guerra desde que el Didacta derrotó a las fuerzas humanas en Charum Hakkor.

—¿En guerra contra el Flood?

—Dentro de poco tendrás esos detalles. Ahora, sin embargo, estamos a punto de establecer un Tribunal Supremo del Manto. El Filarca de los Constructores ha reinstaurado el cuerpo de Sirvientes-Guerreros, y se ha unido a ellos para requerir medidas judiciales. Las cuestiones tanto legislativas como de estrategia las decidirán el Consejo y el tribunal.

Tal proceder jamás se había dado en tiempos de mi padre, y mucho menos en los míos.

«No es bueno».

—No es bueno —repetí aquella opinión interna.

—Es posible, pero necesario —asumió el concejal.

—¿Cuándo sabré más sobre este estado de guerra?

—Pronto, espero.

—¿Tenemos al Flood encima?

—¡Ah! El Flood. Durante diez mil años esa amenaza ha impulsado la estrategia y la política de los Forerunners en todas partes... y distorsionado a algunos de nosotros hasta el punto de que renegaríamos de todo lo que hemos defendido. Ahora somos

mucho más conscientes de lo que era el Flood y en lo que se ha convertido. En su mayor parte el conocimiento nos proporciona fuerza, Bornstellar. Este conocimiento, no obstante, casi nos ha vuelto locos. Y me preocupa que pueda tener el mismo efecto en ti... con tu impronta de Guerrero y todo eso. —Me ofreció la misma expresión concentrada con la que yo lo había estado escudriñando... y luego sonrió una vez más.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque nos han dicho que os demos a ti y a tu ancilla acceso a toda la información que transporta esta nave del Consejo. Información que se ha mantenido oculta a todos salvo unos pocos Forerunners durante miles de años. Yo mismo sólo he tenido conocimiento de partes clave de ella hace unos pocos meses.

Dicho eso, el joven concejal hizo que dos de los guardias de la nave me devolvieran a mi cabina para iniciar lo que llamó, con una mueca, mi «periodo de ilustración».

El viaje físico entre el mundo de mi familia y la capital de la ecúmene por lo general ocupa menos de dos horas, pero por razones que no se me explicaron de inmediato, incluso viajando en la rapidísima nave del Consejo, nuestro recorrido necesitó tres días. Todo el espacio-tiempo en esta parte de la galaxia —tal vez en toda la galaxia— seguía alterado. En más de quince ocasiones experimentamos los efectos inevitables del salto de Slipspace y la conciliación; un viaje corriente podría haber implicado una o como mucho, dos travesías por él.

El alivio de estar fuera de las posibles garras del Maestro Constructor pareció abrir partes sustanciales de la impronta que habían dejado en mí. A lo mejor también mi otra memoria empezaba a confiar en mí. Me sumí en mí mismo, utilizando el tiempo extra para explorar las posibilidades del autodescubrimiento y la integración.

Mi cabina se convirtió en mi universo.

Por fin, cienos flujos de información contenidos en los recuerdos del Didacta acerca del Flood se abrieron a mí; un flujo bienvenido aunque gradual de recuerdos e información. Había llegado a comprender al Didacta lo suficiente para que su simpatía por los derrotados humanos y San'Shyuums no me sorprendiera del todo; y lo cierto era que había sentido simpatía, incluso pesar. La guerra no había sido una lucha justa. Con el Flood asolando sistemas humanos por una parte, y una marea de migración humana que huía del peligro empujándolos al interior de territorios Forerunners, había sido inevitable que sucediera una gran tragedia. El Didacta tenía plena conciencia de ello.

En cuanto a la naturaleza del Flood...

En toda circunstancia natural, los seres vivos entran en competición. Es una directiva principal de aquellos que defienden el Manto: no es una concesión gratuita para reducir la importancia de la competición, la depredación... ni siquiera la guerra. La vida presenta conflictos y muerte así como alegrías y nacimientos. Pero los Forerunners, en su suprema sabiduría, también sabían que la ventaja injusta, la destrucción sin sentido, la muerte y la miseria gratuitas —un desequilibrio de fuerzas

— pueden retardar el crecimiento y reducir el flujo del Tiempo Vivo. El Tiempo Vivo —la dicha de la interacción de la vida con el cosmos— era en lo que se fundaba el Manto mismo, el origen de todas sus imperiosas normas.

Y el Flood pareció demostrar un desequilibrio tremendo, un exceso cruel de depravaciones. Sin lugar a dudas, humanos y San'Shyuums así lo habían considerado.

El Flood apareció por primera vez procedente de una de las nubes de estrellas magellánicas que van a la deriva justo fuera de los confines de nuestra galaxia. Su origen exacto era desconocido, y sus primeros efectos sobre los sistemas humanos en los confines más lejanos de nuestro brazo de la galaxia fueron sutiles, incluso benignos... O eso pareció.

Los humanos sospechaban que fue transportado en antiguas naves estelares, de un diseño tosco pero totalmente automatizado. Las naves no llevaban pasajeros ni tripulación, y contenían poca cosa de interés aparte de una especie de cargamento uniforme: millones de cilindros vítreos que contenían un polvo fino y desecado.

Los humanos hallaron restos siniestrados de las naves tanto en planetas habitados como deshabitados. Los cilindros fueron examinados con sumo cuidado, utilizando las precauciones más rigurosas, y se analizó asimismo el polvo que contenían, que resultó ser moléculas de cadena corta, relativamente simples e inertes en apariencia; orgánicas, pero ni vivas ni capaces de tener vida.

Unos primeros experimentos demostraron el potencial para ejercer efectos psicotrópicos en algunos animales inferiores, pero no en humanos o en San'Shyuums. Los principales animales afectados por el polvo resultaron ser mascotas populares en las sociedades humanas: los Pherus, criaturas vivarachas y afables halladas en un principio en Faun Hakkor. Cantidades muy reducidas del polvo indujeron cambios en los Pherus que mejoraron su comportamiento doméstico, los hizo más cariñosos, no tanto dóciles como ingeniosamente carismáticos. Muy pronto, en un mercado negro emergente, fuera del control de gobiernos humanos, los Pherus tratados con tales polvos alcanzaron un precio muy elevado. Llegados a este punto, también los San'Shyuums adoptaron a los Pherus como mascotas.

Durante siglos, docenas de mundos humanos y San'Shyuums criaron y trataron con aquel polvo a estos animales... sin efectos negativos. Ningún investigador sospechó los efectos a largo plazo del polvo, que pasó a formar parte de puntos clave en los genes de los Pherus y empezó a cambiarlos... en tanto que, al mismo tiempo, mejoraba su comportamiento.

Lo que no tardaría en convertirse en el Flood se manifestó en primer lugar como una excrecencia peculiar que apareció aproximadamente en un tercio de todos los Pherus tratados con el polvo. Una especie de pelaje suave y colgante creció entre los hombros de las mascotas. Los criadores lo contemplaron como una mutación natural,

incluso como una variación agradable.

El carácter sensual del pelaje dejó admirados en especial a los San'Shyuums, quienes cruzaron tales especímenes.

Pronto se encontraron a otros Pherus apacentándose en estos compañeros, consumiendo su pelaje y, de vez en cuando, consumiendo a los propios animales. Los Pherus eran herbívoros por naturaleza.

Esto pareció activar alguna especie de reloj biológico, una señal para la expansión. En un corto espacio de tiempo, los Pherus empezaron a presentar excrecencias mucho menos atractivas. Bastoncillos flexibles y a rayas brotaron de sus cabezas, y fueron consumidos a su vez por otros Pherus; provocando abortos y nacimientos antinaturales.

No había cura. Pero esto no era más que la parte superficial de la creciente plaga.

Pronto no hubo posibilidad de recuperación para los Pherus. Humanos y San'Shyuums eliminaron a sus mascotas con pesar... y perplejidad, ya que estas primeras fases estaban más allá de sus conocimientos biológicos. La mayoría de investigadores creyeron que los Pherus sencillamente se habían reproducido en exceso entre ellos, que se habían especializado demasiado. Unos cuantos incluso fueron devueltos a su hábitat nativo en Faun Hakkor.

Entonces... los humanos empezaron a manifestar las excrecencias. Algunos humanos, al parecer, se comían a los Pherus. Tales humanos se convirtieron en portadores. Lo que fuera que tocaban quedaba también infectado, y con el tiempo, lo que desechaban —extremidades, tejido— también podía extender la infección.

De este modo empezó el Flood.

La plaga no tardó en propagarse de humano a San'Shyuum, de humano a humano, pero raras veces de San'Shyuum a humano; alterando sus comportamientos sin cambiar todavía su aspecto externo. Los humanos infectados combinaron sus recursos para obligar a otros humanos a infectarse; por lo general mediante el canibalismo practicado sobre un individuo a modo de chivo expiatorio, al que se inducía a crecer hasta un tamaño prodigioso antes de ser consumido estando todavía vivo.

Para entonces, docenas de mundos estaban totalmente infestados y sin posibilidad de salvación.

Los humanos y otras especies animales empezaron a reestructurarse en otras formas variadas y sanguinarias equipadas para mutilar y matar... y consumir, absorber, transformar.

Los mundos infectados e incluso sistemas enteros fueron puestos en cuarentena. Muchos de los infectados escaparon, sin embargo, y extendieron la plaga a cientos de mundos en quince sistemas.

Los humanos fueron los primeros en reconocer lo sumamente peligroso que era

aquello. Y fue aquí donde el antiguo cautivo de la prisión Precursora hizo su aparición en la historia. Los humanos habían descubierto cómo comunicarse con el cautivo; pero sólo durante segundos o minutos cada vez. Los primeros investigadores intentaron utilizarlo como una especie de oráculo, pidiendo las repuestas a vastas y difíciles cuestiones de física e incluso moralidad; todo lo cual obtuvo respuestas confusas o inútiles.

Pero finalmente se prepararon e hicieron un conjunto de preguntas. Preguntaron sobre el Flood.

Y lo que aquellos humanos recibieron como respuestas los traumatizó hasta tal punto que muchos se suicidaron antes que seguir viviendo con lo que sabían.

Con el tiempo, como una especie de defensa, restringieron el acceso al cautivo, y por fin lo interrumpieron por completo. Añadieron la cerradura de tiempo. La comunicación cesó.

La mayoría de humanos llegó a creer que el cautivo era una aberración antigua y que los Precursores lo habían encarcelado por un buen motivo, y que sus pronósticos, si es que eran tal cosa, eran disparatados, incluso insensatos.

Los humanos, en el momento álgido de los estragos del Flood, se vieron empujados a una brillantez no superada.

Encontraron una cura. (Aquí detecté en los documentos la admiración de la propia Moldeadora de la Vida).

Una vez más fue necesario un sacrificio. Había que alterar a un tercio de la especie humana, colocarlo en el camino de la infestación del Flood, y combatir el fuego con el fuego, infectando al propio Flood con un conjunto de destructivos genes programados.

El Flood carecía de defensa y la mayor parte se fue extinguiendo. Unas pocas naves que transportaban lo que quedaba del Flood escaparon y volvieron a abandonar la galaxia con un destino desconocido.

En la época en que tuvo lugar esta lucha heroica, los humanos combatían a su vez a los Forerunners. Los humanos estaban desesperados, y su desesperación los volvió crueles. Necesitaban mundos nuevos, mundos no infectados... y los tomaron. La crueldad y la conquista y destrucción, en apariencia irracionales, obligaron a los Forerunners a reaccionar con contundencia.

Esta guerra doble era el origen de la vergüenza que sentía el Didacta, aunque, de haberlo sabido, no estaba nada claro cómo habría alterado su conducta.

Las fuerzas humanas fueron erradicadas, y los mundos ocupados por humanos fueron reducidos, uno a uno, hasta que la batalla de Charum Hakkor destruyó la última resistencia humana. Los San'Shyuums ya se habían rendido. No se halló a ninguno de ellos infectado por la denominada plaga. Todos los especímenes de Pherus que habían recibido el polvo y resultaron contaminados hacía mucho que

estaban muertos, destruidos.

Los navíos originales que habían contenido los recipientes de cristal también fueron destruidos, tal vez en un perverso deseo de los humanos de que los Forerunners se enfrentaran con una plaga similar y no estuvieran preparados.

De hecho, muchos Forerunners consideraron toda la historia del Flood —pues ese fue el nombre que los humanos dieron a esta plaga que se expandía, a esta enfermedad intergaláctica— como una invención diseñada para eximir de culpa a humanos y San'Shyuums.

El resto de la historia ya la conocía o la había deducido, y mi información era equiparable a la del Didacta. A la Bibliotecaria se le permitió preservar algunos especímenes humanos, así como los vestigios de las memorias de muchos otros, un procedimiento contemplado con gran disconformidad y repugnancia por parte de los seguidores ortodoxos del Manto.

Pero la posibilidad del regreso del Flood puso en marcha los acontecimientos que determinaron la historia Forerunner hasta llegar a mi propio tiempo. Y la mayor parte de ello —casi todo ello— lo mantuvieron en secreto el Maestro Constructor y su gremio, incluido mi padre.

Sólo se informó en detalle a unos pocos concejales bien dispuestos.

De ese modo empezó el conflicto con los Prometheans. El Didacta sugirió vigilancia e investigación..., y en caso de cualquier regreso del Flood, fuera cual fuera la forma en que pudiera manifestarse, un aislamiento sistemático de los mundos infectados y, si era necesario, su inmólación. Propuso el establecimiento de mundos fortaleza —Mundos Escudo— por todas las zonas de la galaxia dominadas por los Forerunners, para controlar brotes potenciales y estar preparados para combatirlos con precisión milimétrica y una destrucción mínima.

Otros tenían soluciones más ambiciosas. El Didacta y los Prometheans tuvieron que enfrentarse a la facción más extremista de los Constructores, que por entonces tenían un control total del Consejo. Esta facción vio a la vez una oportunidad de crear armas definitivas contra tal amenaza y un modo de maximizar y convertir en permanente su poder político al mismo tiempo.

Por consiguiente, mi padre y el Maestro Constructor iniciaron el diseño de una serie de instalaciones, mucho menores en número que los Mundos Escudo propuestos..., que se convertirían en los Halos.

Mediante la emisión de un poderoso estallido de neutrinos descomunales en fases cruzadas, estas instalaciones eran capaces de destruir todo atisbo de vida en un sistema estelar entero. Con una sintonización y potencia adecuadas, podían hacer más que eso..., podían matar toda vida neurológicamente compleja a lo largo de franjas enteras de la galaxia.

La facción extremista venció. El miedo dominaba al Consejo, y el Consejo

escuchó. El Didacta perdió su batalla política y fue obligado a exiliarse.

A lo largo de los siguientes mil años, fueron construidas doce de tales instalaciones. Su punto de construcción estaba muy en el exterior de la galaxia, en un complejo superior conocido como el Arca, que adquirió ese nombre debido a la creciente influencia revulsiva que surgía de los Operarios de la Vida, y en particular de la Moldeadora de la Vida..., la Bibliotecaria.

Ella insistió en que no llevar a cabo disposiciones en contra de la utilización como arma definitiva de los Halos era una blasfemia contra el Manto. Los Operarios de la Vida poseían su propia clase de influencia. Si ellos dimitían de su puesto, todas las labores médicas podían cesar, de modo que el Maestro Constructor consideró que ceder a sus demandas resultaba menos oneroso que luchar contra ella.

Y así pues, a la Bibliotecaria le permitieron recoger especímenes y recrear sus condiciones ecológicas en el Arca; al mismo tiempo que el Arca finalizaba y transportaba los primeros Halos, usando una potente variedad de tránsito en Slipspace a unos puntos fijos llamados portales.

Habían dispersado aquellas instalaciones. El Halo probado en Charum Hakkor había sido disparado a una potencia muy baja, actuando como banco de pruebas. Aquel había sido un uso autorizado.

Pero luego se había utilizado un segundo Halo para castigar a los San'Shyuums. Horrorizado, me di cuenta de que lo que había presenciado había sido tan sólo el principio; y que los mundos San'Shyuums, tras nuestra breve y traumática visita, habían sido reducidos a la espantosa condición de insipidez biológica que habíamos visto en Faun Hakkor.

El Consejo no había autorizado aquella utilización. El Maestro Constructor se había excedido en su autoridad y había sido acusado incluso por sus colegas de blasfemia contra el Manto, y de un crimen inmoral.

Lo que el Didacta no podía comprender —en el momento en que actuó como mi mentor—, era por qué la Bibliotecaria había elegido aquel momento para recoger especímenes de los San'Shyuums, arriesgándose así a provocar su rebelión... y la cólera del Maestro Constructor. Hallé esa respuesta en los archivos del Consejo, con la ayuda de mi ancilla expandida y liberada.

Hacía trescientos años, el Flood había regresado. Había sido descubierto en formas nuevas e inesperadas en mundos repoblados por Forerunners después de la guerra.

Me vi atrapado en un retorcido entramado de contradicciones. Enfrentado a la realidad del Flood, no podía evitar pensar que la locura de aquellos que habían fabricado los Halos y los habían soltado podría ser el modo correcto de proceder. ¡Un objetivo sólido, un plan sólido! Medidas excepcionales contra un enemigo

excepcional. Pelear por la supervivencia ante una amenaza informe. ¡Al infierno con el Manto; la supervivencia y nuestro modo de vida estaban en juego!

Todo parecía de lo más racional. Casi empecé a creer que era el Didacta quien estaba loco, y posiblemente aquellos concejales jóvenes, y no el Maestro Constructor o mi padre.

Por fin, lleno de furia y frustración, me despojé de la armadura, cortando con toda deliberación el contacto con la ancilla, que pensé que me había fallado o vuelto a inducir a error...

Y dormí.

Si lo que buscaba era paz y certidumbre, ese fue mi error. Los recuerdos propiamente dichos del Didacta —partes de ellos— finalmente florecieron en mí.

«El estadio estaba equipado con pasarelas...».

Contemplé vívidamente, desde su punto de vista, al Didacta explorando la pasarela alrededor del cilindro intacto y sellado situado abajo.

«Hace diez mil años».

El Didacta paseaba solo alrededor de la tapa en forma de cúpula, considerando si debería o no activar un dispositivo humano... algo pequeño, diseñado para una mano humana y que encajaba como un juguete en su propia palma: un modo de comunicar directamente con la criatura del interior de la celda.

«Algo manufacturado por humanos... abriéndose paso a través de la tecnología de los Precursores. ¿Cómo era eso posible...?».

Muchas preguntas pasaron como una exhalación por la mente del Didacta, y con dificultad las separé de las mías. ¿Era esto en realidad un Precursor, como habían creído los humanos en un principio? ¿O era algo fabricado por Precursores; posiblemente un hermano extraño y deformado tanto de los Forerunners como (el Didacta se mostraba reacio a considerarlo) de los humanos?

Precursor, hermano o antecesor de... ¿qué?

El Didacta manipuló el dispositivo. La tapa sobre el cilindro se tornó transparente a sus ojos, y vio lo que había dentro.

La celda contenía, en suspensión temporal, un auténtico monstruo: una criatura enorme con una anatomía parecida a la de un humano extremadamente deforme, aunque poseedor de cuatro miembros superiores, dos piernas degeneradas, y una cabeza de una fealdad que era casi indescriptible; una cabeza con una forma que se parecía de un modo extraordinario a la de un antiguo artrópodo sembrado hacía mucho tiempo en varios planetas, presuntamente por los Precursores, y conocido por algunos como un euriptérico. Un escorpión marino.

Ojos ovales, rasgados y facetados sobresalían, saltones, de la parte frontal de su «cara» baja y plana. Y de la parte posterior de la cabeza, una cola larga y segmentada descendía a lo largo de la columna vertebral, finalizando en una púa siniestra de dos

metros de longitud.

Un repique me detuvo en seco. Desorientado, tiritando, no muy seguro de quién, o incluso qué, era yo, paseé la mirada por mi cabina, y vi mi armadura caída en un rincón y a una ancilla de la nave parpadeando a gran velocidad en otro.

Por fin habíamos llegado a la capital. Incluso con el prolongado trayecto, no había habido tiempo para integrarme por completo. Sin el Dominio, la integración podría eludirme eternamente, y por dentro sería siempre un revoltijo fragmentado.

Intenté rememorar lo que había visto. La mayor parte se desvanecía ya. Tenía tan sólo una impresión vaga del cautivo; vaga, pero horrenda.

A todas luces, aquellas cuestiones que el Didacta no había resuelto a su entera satisfacción eran más difíciles de desatascar.

Pero el proceso había dado relieve en cierto modo a una pregunta que ni yo ni mi otra memoria podían responder. ¿Por qué me necesitaban si el Didacta había sido liberado y rehabilitado?

¿Por qué no acudir directamente a él?

El joven concejal parecía flotar sin moverse encima de la plataforma de mando, ahora suspendida en el interior de una gran esfera, la mitad de la cual era también transparente. Mientras ascendía en el ascensor, vi que lo acompañaban otros tres, de un aspecto muy parecido al suyo. Sin duda más concejales jóvenes. Dos eran varones. Uno era hembra.

Splendid Dust me dio la bienvenida con una de sus sonrisas desconcertantes y me presentó a los demás. Los nombres de los dos varones no los retuve a causa de la desorientación de mi memoria, pero el nombre de la hembra se me quedó grabado. Estaba claro que era una Sirvienta-Guerrera por rango, unos cuantos centímetros más alta que los otros dos, de complexión grácil pero poderosa..., y en contra de mis antiguos e innatos prejuicios, hizo que el corazón me diera un vuelco. Su nombre era Glory of a Far Dawn.

Se congregaron para inspeccionarme y, rodeado por esta nueva raza de Forerunners primera-forma, me sentí miserablemente fuera de lugar. Y frente a aquella Guerrera, cuya mirada fría y afilada pasó sobre mí de un modo apenas perceptible y luego se apartó, me sentí igual que un tocón deforme y retorcido por las tormentas en mitad de robustos árboles llenos de verdor.

De todos modos, me trataron con bastante respeto, y contemplaron con orgullo cómo la nave del Consejo se aproximaba a la capital de nuestra civilización. Estábamos a un millón de kilómetros. La grandiosidad debería haber sido abrumadora.

Traté de compartir su orgullo, pero más del Didacta afloró a la superficie. Él había estado aquí antes, hacía mil años, para oponerse a los deseos del Maestro Constructor...

No eran recuerdos placenteros.

«Grandeza y poder a menudo están aliados con la derrota. Es el modo en que toman forma las civilizaciones; algunas ideas prosperan, otras mueren. La calidad de las ideas tiene poco que ver con el resultado. Son las personalidades lo que importa.

Presta atención a los que te rodean».

—¿Somos un poco cínicos, verdad? —dije en voz alta.

Los concejales se volvieron hacia mí, todos salvo Glory, cuyos ojos apenas pestañearon. Splendid Dust atrajo la atención de todos mientras volvíamos a la capital, y me obligué a seguir lo que hacían los demás, por el momento.

Tengo dificultades para describir la capital tal y como era entonces, tan poco parecida a nada que hayáis conocido. Imaginad un planeta de cien mil kilómetros de diámetro, rebanado en sentido latitudinal como una de las frutas favoritas de Riser. Permitid que esas rodajas caigan en paralelo contra un plato. A continuación, las rodajas se perforan con un palo a través de sus bordes inferiores alineados, se retira el plato, y las rodajas se abren en abanico en un semicírculo. Ahora decora cada rodaja, como un peldaño redondo, con un despliegue casi infinitamente compacto de estructuras, y rodéala con un dorado enjambre, espeso como una niebla, de transportes y centinelas y una docena de otras variedades de patrullas de seguridad.

No existe otro mundo como este en el universo Forerunner.

Aquí estaba el centro del poder Forerunner y el depositario de los últimos veinte mil años de nuestra historia, alojando la sabiduría y los conocimientos acumulados de trillones de ancillas que servían a apenas cien mil Forerunners; en su mayoría Constructores de las formas y categorías de mayor nivel.

Había tantas ancillas para tan pocos líderes físicos que la mayoría jamás llegaba a interactuar con un Forerunner, y por lo tanto jamás adoptaba una forma visible. En su lugar, llevaban a cabo sus operaciones exclusivamente dentro de la metarquía de las ancillas, una red de una extensión inimaginable coordinada por una inteligencia de nivel metárquico que respondía en última instancia ante el concejal principal.

A medida que nos aproximábamos a tal magnificencia, un fino arco plateado apareció ante nuestra vista millones de kilómetros más allá del eje meridional. La sangre se me heló y mi corazón pareció detenerse con un golpe sordo. Surgiendo poco a poco en una órbita ligeramente baja desde la capital, escalonados en perspectiva como la entrada a un túnel, once anillos enormes habían sido colocados en pulcras y precisas órbitas de estacionamiento.

Halos.

El poderío conjunto de las armas del Maestro Constructor —todas excepto una— había sido trasladado a unos pocos millones de kilómetros del centro del poder Forerunner, separadas por una distancia mínima y enlazadas unas con otras mediante las más finas curvas de luz dura.

Mi otro ser expresó algo que iba más allá de la alarma —más parecido al horror— y tuve dificultades para sofocar un arranque de cólera.

«¡No deberían estar aquí! A los Halos no se les debería permitir estar cerca de la sede del gobierno. Incluso el Maestro Constructor prohibió tal cosa. Algo muy malo

está pasando...».

Los varones que formaban parte de los jóvenes concejales no parecían hallar los anillos ni siquiera ligeramente inquietantes. Uno dijo:

—Cuando interceptemos y recuperemos el último, puede que entonces nuestros portales regresen a su rendimiento completo. Trasladar monumentos inútiles como estos pone tensión en todo el espacio-tiempo.

Otro añadió:

—Han hecho retroceder nuestro presupuesto de conciliación varios miles de años. «A la sombra de la muerte misma, piensan sólo en comercio y viajes».

Entonces la Guerrera, Glory, me miró a la cara, con los ojos todavía entornados, cautelosos, como si no estuviera segura de quién o qué era yo; pero buscando alguna señal de que reconocía su desaprobación de aquella escena.

Le devolví la mirada pero no pude decir o hacer nada. Demasiadas contradicciones internas. Apartó los ojos, decepcionada, y fue a colocarse al otro lado del grupo sobre la plataforma de mando.

—¿Cuánto tiempo debemos sufrir por la arrogancia del Maestro Constructor? —dijo Splendid Dust, y a continuación se dirigió a mí, utilizando (tal vez sin darse cuenta) la clase de lenguaje usado con aquellos de rango inferior—. Las armas del antiguo régimen poseen una belleza majestuosa, ¿verdad? Pronto todos estarán reunidos aquí, y se tomará una decisión sobre su desactivación y eliminación. En verdad, esta será una nueva era para los Forerunners, una era libre de locura suicida y temor. Pronto estaremos cerca de disfrutar de un tiempo de paz y seguridad.

A unos cinco mil kilómetros de nuestro destino, la nave fue rodeada silenciosamente por las ondeantes pulsaciones multicolores de los campos sensoriales de la capital que lo atrapaban y controlaban todo, y luego empujada con suavidad por redes de acoplamiento de luz dura. Cientos de pequeñas naves de servicio alzaron el vuelo con rapidez para rodearnos, igual que un enjambre de mosquitos alrededor de una fogata.

Splendid Dust felicitó formalmente a la ancilla de la nave y a su vez recibió un recuerdo ceremonial del viaje: un pequeño disco dorado que mostraba el coste de conciliación, procedente del fondo del Slip-space.

Él solicitó entonces transporte inmediato para todos los que estábamos en la plataforma de observación hasta una sala de acogida quinientos kilómetros más abajo, en el borde exterior de la más grande de las rodajas dispuestas en abanico. Escuché las formalidades con un interés que se apagaba por momentos. Había algo desagradable en perspectiva, de eso estaba seguro; el Didacta que llevaba en mi interior estaba seguro. Ya no me molestaba en diferenciar entre mis dos yo.

Juntos, conocíamos al Maestro Constructor mejor que cualquiera de estos concejales jóvenes: un Forerunner de una complejidad y recursos mentales casi

infinitos, astuto, con tantos siglos como el propio Didacta, con más experiencia aún en el funcionamiento de la política y la tecnología Forerunner.

Splendid Dust contempló cómo dos de sus colegas partían para tomar la nave de tránsito que los aguardaba charlando alegremente sobre el viaje que acababan de completar. El y Glory of a Far Dawn permanecieron conmigo.

—Vamos a trasladarte a un domicilio seguro —me indicó el joven concejal—. Se te concederá toda la protección que merecemos como concejales, y puede que más.

—¿Por qué? —pregunté—. No puedo completar mi integración. No soy de ninguna utilidad para mí mismo, y mucho menos para cualquier otro.

No me sentí capaz de ofrecerle mi aún más franca evaluación de su situación. La cautela por encima de todo. No podía saber quién era de verdad un amigo o un enemigo, un ingenuo o un maestro.

Y sentía una clara sensación de vergüenza ante la Guerrera.

—Admiro tu fortaleza —repuso él—. Y tu serenidad. Pero de hecho estoy cumpliendo educadamente la petición de la Bibliotecaria, quien es posible que pueda regresar pronto de sus deberes. Cuando lo haga, averiguaremos, espero, por qué eres tan importante, y en qué modo puedes ser finalmente de utilidad.

—Ella no debería ni acercarse a este lugar —refunfuñé.

—Estoy de acuerdo —asintió—. No todos lo que habían apoyado al Maestro Constructor están satisfechos con la situación actual. Pero la Moldeadora de Vida raras veces atiende a razones... a razones de los Constructores, quiero decir. —Hizo una seña a Glory—. Acompaña a Bornstellar a su alojamiento, y ponlo al corriente de los detalles de su seguridad.

Ella asintió y obedeció.

Mi domicilio, en las afueras de la ciudad-disco ecuatorial, llevaba el sello distintivo, austero pero sumamente útil, del Consejo. Mi escolta me instruyó en las funciones de la pequeña estancia, se ocupó de mis necesidades inmediatas y me aseguró que sería libre de ir y venir una vez que se hubieran tomado todas las precauciones.

—Estoy acostumbrado a esta clase de equipamientos —le dije—. Recuerda, soy un Constructor.

Glory escuchó con una extraña clase de deferencia que parecía burlarse de mí, pero sin faltarme al respeto. Mi otra memoria la contempló con una curiosa emoción juvenil. Yo era incapaz de imaginar que el Didacta hubiera sido joven alguna vez... o sentido tal emoción en presencia de una hembra de su clase.

«Nuestra clase».

—No debes quitarte en ningún momento la armadura en el tribunal —dijo Glory—. A los testigos del Consejo se les conceden los niveles más elevados de protección, lo que requiere llevar la armadura en todo momento. Tales medidas pueden ajustarse tras el juicio.

—¿Y el juicio está programado para cuándo? —pregunté.

—Dentro de diez días domésticos. El acusado ha estado bajo custodia del Consejo durante un pentad: la quinta parte de un año doméstico.

Desde poco después del incidente en el sistema San'Shyuum.

La sapiencia del Didacta que había en mi interior no efectuó comentarios.

Glory⁷ y su equipo de seguridad se retiraron. Me sentí desairado sin tener un buen motivo; ella se había marchado sin mirar atrás ni hacer el menor gesto.

«¿Qué esperabas? Es honorable».

Estudí mi entorno. Las paredes podían desvanecerse a voluntad y mostrar cualquier cantidad de ambientes; hermosos ambientes artificiales en su mayoría, creados por antiguos maestros.

Aquello no me interesaba lo más mínimo. Estaba a solas con mi armadura y mi ancilla, y sin duda una variedad de entretenimientos moralmente aceptables, de lo

más afectados y formalistas, aunque —como siempre en la actualidad— no estaba solo en mis pensamientos.

Hice que la armadura llevara a cabo un diagnóstico innecesario, no encontré problemas, y luego efectué un breve intento de determinar el estado del Dominio. Tal y como me habían informado, seguía sin estar accesible. Mi ancilla expresó pesar y consternación ante la situación.

—El Dominio es esencial en un acontecimiento como un juicio político de envergadura —dijo, a la vez que su color adquiría un tono morado de decepción—. Los jueces evalúan precedentes a través del Dominio, y a través del Dominio pueden someterse a verificación los testigos y su testimonio...

—La verdad es que me alegro de que no sea culpa mía —repuse.

—No. Pero eso sería un explicación más tranquilizadora. A lo mejor puedo encontrar pistas en los bancos físicos de información del Consejo. Al menos se nos ha garantizado el acceso. En cuanto a tu propia integración, creo que se te debería permitir dormir. Tus sueños pueden ser útiles.

—¿Es el Dominio parecido a soñar?

—No, en realidad. Pero algunos han expresado la teoría de que los sueños de antiguos Forerunners obtuvieron acceso al terreno que sustenta el Dominio.

Me estremecí.

—Los Forerunners parecen arreglárselas muy bien sin abandonar jamás su armadura. Sin dormir jamás, sin soñar jamás.

—Algunos dirían que esta práctica no es óptima, que los individuos pierden flexibilidad.

O bien estaba poniendo a prueba mi paciencia o intentaba provocar una reacción. Ninguna de las hembras que me rodeaban —ni siquiera aquel simulacro— me estaban proporcionando la menor clase de tranquilidad o solaz. Recordé el comentario de Riser sobre la hembra azul.

—Y algunos dicen que depositamos una confianza excesiva en las ancillas al permitir que controlen nuestros estados mentales, nuestros asuntos internos y privados... ¿no es cierto?

—Sí —convino en tono remilgado—. Algunos dicen eso. Espero que tú no estés de acuerdo.

—El Slipspace está sobrecargado de tránsito —dije—. El Dominio está inaccesible. Nuestros funcionarios de mayor categoría están o bien enzarzados en luchas de poder, exiliados, escondidos o reclusos a la espera de juicio. Yo no soy quien era en el pasado. Mi familia sufre debido a mis actos, y todo lo que siempre quise saber o hacer ha resultado ser espantosamente complicado.

—Por eso debo asumir una parte de culpa.

—Eso diría yo, sí. Y la Bibliotecaria debe compartirla contigo. Veo su marca en

todos estos acontecimientos... ¿No la ves tú?

—¿He negado alguna vez su influencia?

La sabiduría del Didacta se enardeció ante aquello —pude percibir su interés—, pero por el momento no aportó nada.

—Pero ¿con qué fin? —pregunté—. ¿Por qué promover la creación de una distorsión, como en la que me he convertido... y por qué dar a los humanos un *geas* profundamente enterrado? ¿Qué bien les hizo eso? No hay duda de que están muertos, y todos sus antiguos recuerdos con ellos. Tú eres tan víctima como lo soy yo. Y una víctima no es probable que sea de mucha utilidad a otra víctima.

—Soy un constructo artificial. No puedo ser una víctima. No poseo una presencia en el aura del Manto.

—Qué humildad.

La figura situada en el fondo de mi mente emitió unas pulsaciones de algo parecido a indignación, luego se retiró de mi punto de vista interno.

—Llevaré a cabo mis pobres investigaciones lo mejor que sea capaz —dijo—. Humildad será mi consigna.

Desde luego yo podía llamarla de vuelta en cualquier momento que quisiera, pero no sentía necesidad de ello por el momento. En contra de las instrucciones recibidas, me quité la armadura y me senté con las piernas cruzadas sobre el suelo, como había observado hacer al Didacta en Erde-Tyrene y en su nave, parece que hacía una eternidad. Quería observar con atención todo lo que poseía por naturaleza, todos mis estados internos.

«¿Haces esto de modo instintivo, primera-forma?».

Traté de hacer caso omiso. Me haría cargo de mis propios pensamientos, los reestructuraría si era capaz...

Remodelarme, crear mi propia disciplina interna sin el Didacta, sin la ancilla, sin el apoyo de familia y forma, y desde luego, sin acceder al Dominio. Una tarea imposible.

«No tan imposible. Es lo que todo guerrero hace durante el amanecer que precede a la batalla. La fortaleza en un conflicto no surge de las sutilezas y jamás lo ha hecho. ¿Lo percibes...? La batalla está a punto de empezar».

—Por favor, cállate.

«De acuerdo. Esta es *tu hora*, primera-forma».

—Sin tu guía.

«Desde luego».

—Me alegro tanto de tener tu permiso.

«No le des más vueltas. De hecho, no pienses en nada».

Eso resultó asombrosamente difícil.

De algún modo, horas más tarde, emergí de una vacuidad igual que un pez volando fuera de un estanque profundo. Casi podía verme retorciéndome en el aire y salpicándolo todo de gotas relucientes...

Y luego no fui más que un primera-forma que no tenía nada de especial, sentado a solas en una estancia mínimamente cómoda.

Pero lo había hecho. No había pensado en nada y mantenido ese estado durante un espacio considerable de tiempo. Me permití una pequeña mueca —todo lo que pude conseguir— y luego me levanté y me puse la armadura. Me sentía mucho menos desafiante ahora de lo que había estado apenas unas horas antes. No sumiso; tan sólo en paz y listo para lo que fuera que pudiera acontecer.

Mi ancilla regresó y centelleó en señal de advertencia. Me estaban llamando. La puerta de mi estancia se abrió y una de las gigantescas ancillas corpóreas, armadas, conocidas como monitoras, apareció, flanqueada por dos guardias de la seguridad de los Constructores. Ambos eran varones. Ninguno era un Sirviente-Guerrero.

—El Consejo solicita tu presencia —dijo uno de ellos.

—Estoy listo —respondí.

—Si quieres podemos ayudarte a comprobar tu aspecto —dijo el otro guardia.

—No es necesario —repuse.

—En efecto, parece tener experiencia en tales cuestiones. Tu armadura encaja de la manera adecuada para una investigación del Consejo. Tu porte es poderoso pero, sin embargo, respetuoso.

—Gracias. Acabemos con esto.

Me acompañaron al ascensor y por el pasillo al centro de tránsito del Consejo, en el borde del disco ecuatorial, y una vez allí al interior de la lanzadera del Consejo más cercana. Cuatro monitoras más se unieron a nosotros; una fuerza innecesaria, me dije. Aquí, en el centro del poder del Consejo, no parecía probable que fuera a necesitar tantísima protección.

La sabiduría del Didacta no estuvo de acuerdo.

También reparé en que, contiguas a nuestra lanzadera, se estaban alineando docenas de pequeñas cápsulas espaciales clase Falco fuera del gradiente gravitacional del disco ecuatorial, en las inmediaciones de una estación elevadora destinada al uso exclusivo del Consejo. Aquello me dio que pensar. Los Falcos se utilizaban por lo general en la evacuación de transportes interplanetarios.

El trayecto al nivel de los tribunales centrales necesitó apenas unos instantes. A través de la cubierta transparente de proa de la lanzadera contemplamos cómo cientos de otras lanzaderas llegaban con una elegancia y dignidad estrictamente coreografiada, transportando el quórum exigido de quinientos concejales procedentes de toda la ecúmene. Me pregunté cuántos de ellos eran primeras-formas procedentes de los nuevos nombramientos.

«No es de nuestra incumbencia».

Me pregunté por qué no.

«No habrá juicio. Pronto, puede que no haya Consejo y tampoco capital».

Eso fue todo lo que la sabiduría del Didacta consideró apropiado transmitir; de lo más alarmante. Una vez más, tuve una veloz visión de los once Halos en sus órbitas de estacionamiento: anillos plateados perfectamente circulares y sumamente finos que centelleaban bajo el sol. La enmarañada trama de acontecimientos estaba lejos de ser una certeza. No había nada que pudiera hacer por el momento aparte de seguir con aquello.

Splendid Dust y cinco de sus asesores, todos primeras-formas, todos sonrientes y orgullosos, se unieron a nuestra falange de ancillas armadas y seguridad de los Constructores.

—Se acerca un gran momento —me dijo el joven concejal mientras seguíamos por un amplio corredor flanqueado con altas esculturas móviles de cristal creadas mediante ingeniería cuántica. Pronto, las paredes aparecieron decoradas con diseños simétricos de la misma clase de cristal. Splendid Dust explicó con orgullo que eran laminillas agotadas de Slipspace... muchos millones de ellas. En verdad, la ecúmene era antigua y poderosa. En verdad, eso no cambiaría jamás... esperaba yo.

Cuando llegamos al gran anfiteatro del Consejo, un enorme espacio cóncavo flotante conectado con el resto de la estructura principal de la capital por puentes decorados con gran lujo y transbordadores ornamentales acoplados («Esos se utilizan muy poco ahora», explicó el joven concejal), junto con tubos de ascensor en arco diseñados para depositar a la mayoría de concejales de más edad directamente dentro del anfiteatro para evitarles la indignidad de tener que mezclarse con sus iguales.

Una decoración recargada, sin lugar a dudas. Splendid Dust se reunió con un grupo de sus compañeros concejales y habló con ellos mientras los escoltas localizaban nuestros palcos y asientos, en los que podríamos exhibirnos del modo más comfortable mientras aguardábamos a que nos llamaran al estrado.

«La pompa le gana la baza a la seguridad».

Alcé la mirada hacia las filas de asientos y me sorprendió lo pequeño que era en realidad el anfiteatro para representar al gobierno de la ecúmene. Tres millones de mundos fértiles..., pero sólo quinientos asientos y tal vez un centenar de palcos. Cuatro estrados para los oradores en los cuatro puntos cardinales del anfiteatro. Todo extraordinariamente simple en comparación con el propio mundo capital.

La cúpula que lo cubría se dividió en cuatro partes y se retiró. Grandes esferas visualizadoras descendieron hasta sus ubicaciones, centelleando con representaciones de los doce grandes sistemas de los primeros Forerunners, cada una mostrando una particular epístola sagrada del credo y plegaria del Manto.

El joven concejal se acercó más y me confió:

—Ahora nos separaremos. Serás objeto de examen y te prepararán para tu invocación. Otros tres testigos serán incorporados a la solemnidad del tribunal de concejales.

—¿Y el Didacta?

—Sus deberes lo han conducido a otra parte. Tú testificarás en su lugar.

—¿Es eso apropiado? Carezco de su presencia y experiencia...

—Viste lo que él vio, en lo referente a estos acontecimientos.

Y tienes su imprimátur.

No estuve seguro de cómo me sentía respecto a aquello. ¿Quedaría algo de Bornstellar cuando esto finalizara? Entonces pensé en los humanos. A lo mejor pronto averiguaría si seguían con vida; pero sólo si sus destinos tenían importancia para estos poderosos Forerunners.

No era muy probable.

El anfiteatro se llenó de prisa y en silencio. Nadie habló mientras el tribunal se organizaba. Del centro del anfiteatro ascendió la plataforma donde se instalarían los seis jueces, rodeada por un círculo de monitores gigantescos y la categoría más inferior de miembros de seguridad del Consejo con sus armaduras negras.

Entre ellos, advertí con rapidez, había cuatro Sirvientes-Guerreros... en los que estaba incluida Glory of a Far Dawn.

La plataforma ascendió a una altura de cincuenta metros, dejando ver relucientes centinelas negras fuertemente armados que describían círculos alrededor de sus grandes émbolos inferiores. Pregunté a mi ancilla si tal protección era habitual.

—No —respondió—. Escucha con atención la sabiduría del Didacta.

—¿Está la Bibliotecaria aquí?

—No ha sido invitada.

—¿Está con el Didacta?

—No se han visto en mil años.

Eso no era una respuesta, pero sabía bien que no debía preguntar lo que no podía saberse. Demasiados secretos, demasiado poder, demasiados privilegios; de repente sentí aquella fría repugnancia tan familiar de mis días como Manipular, cuando temía convertirme en alguien parecido a los que estaban aquí. Cuando temía ser responsable.

Los ayudantes y asesores abandonaron el anfiteatro principal en busca de sus lugares en las gradas exteriores. No tardé en estar sentado solo en mi palco; solo, pero flanqueado por dos monitores, cuyos ojos sensores eran de un rojo intenso. Me pregunté si todos aquellos monitores eran esenciales para el proceso.

—No lo son —dijo mi ancilla con resentimiento—. Yo soy del todo competente.

Luego se oscureció y reculó al fondo de mis pensamientos, como si aquellas inteligencias artificiales armadas la abrumaran con su presencia y su poder.

Intenté acallar toda curiosidad, todas las expectativas, todas las inquietudes. No pensar nada.

Fracasé.

El anfiteatro permaneció en silencio mientras una segunda plataforma penetraba a través de una entrada en el extremo opuesto del recinto. Aquí teníamos al acusado, presumiblemente... el Maestro Constructor en persona, oculto por el momento tras unas cortinas de color verde iridiscente para preservar el decoro si bien no toda la dignidad. Lo cierto era que estaba ansioso por ser testigo del malestar del Maestro Constructor cuando aquellas cortinas se apagaran. Abyecto. Humillado.

Las ceremonias de introducción y juramento fueron breves. Un monitor de nivel metárquico ascendió del suelo del anfiteatro, con su único sensor destellando en color azul zafiro. Cuando hubo ascendido hasta quedar a la altura de la plataforma que sostenía al Maestro Constructor, todavía oculto tras la cortina, quedó fijo allí, y una breve serie de notas parecidas a un campanilleo se propagaron al exterior en melodiosas oleadas argentinas.

El Primer Observador del Tribunal —el mismo concejal que me había acompañado desde el mundo de mi familia— alzó el brazo.

—El Consejo reconoce la autoridad de los Cuerpos de Seguridad de Constructores y Sirvientes-Guerreros en la cuestión de acusaciones múltiples contra el Constructor conocido como Faber, que en una ocasión ostentó el título de Maestro Constructor. Todos los legisladores designados están aquí ahora para emitir su metódico y considerado dictamen. Se han traído testigos. Debe tomarse en cuenta que el acusado todavía no ha reconocido formalmente al Consejo y este juicio.

Hubo un murmullo de desaprobación. De nuevo, el silencio descendió sobre el anfiteatro. Luego, de detrás de la cortina verde, un monitor mucho más pequeño flotó hasta el lugar que tenía asignado. Parecía más antiguo que cualquiera de las estructuras que nos rodeaban; más antiguo quizá que el propio mundo capital, lo que le habría hecho tener más de veinticinco mil años de antigüedad. Su ojo brillaba con un apagado verde vegetal. Yo había oído hablar de esta ancilla, desde luego; todos los Forerunners lo habían hecho. Sólo que la idea de que estaba al alcance de aquel legendario ojo sensor envió una oleada de fría expectativa y veneración a través de mi cuerpo.

Se trataba del Alcaide, a la vez carcelero y guardián misericordioso, pues todo Forerunner acusado espera que aquellos que recluyen deban ser también aquellos que con el tiempo defenderán y tal vez liberarán. Así es la antigua ley, que tiene en su base el Manto mismo.

La cortina verde se apagó entonces, y me decepcionó la sencilla dignidad de todo ello —no apareció una figura humillada e inclinada, ni hubo cadenas ni cánticos de desaprobación—, pero eso último habría sido a todas luces inconcebible.

Faber estaba de pie en el interior de un campo de confinamiento, inmóvil como una estatua, tan sólo sus ojos se movían mientras inspeccionaba el anfiteatro, a los miembros del Consejo... y a sus jueces. La elegante cabeza gris y azul con su orla de pelo blanco parecía poco cambiada. La adversidad —la que fuera a la que se había enfrentado— lo había dejado incólume.

El Consejo, por su parte, examinó en silencio al sujeto del juicio.

Los ojos de Faber prosiguieron su lento barrido, como si buscaran a alguien en particular. Su firme mirada se clavó por fin en mí. Era evidente que me reconocía, aunque no movió un músculo.

Me observó durante un momento desde el otro extremo del anfiteatro; luego me dio la espalda para aguardar el juramento del tribunal de seis jueces.

De los jueces, dos eran Constructores, uno Minero, otro un Operario de la Vida — un varón, el primer Operario de la Vida que había visto desde que era un niño— y dos eran Sirvientes-Guerreros. Estos iban ataviados con la armadura de los cuerpos de seguridad.

De este modo quedaban representados todos los rangos, salvo el de los Ingenieros, claro.

El Alcaide disolvió el campo que rodeaba al Maestro Constructor... A Faber, me corregí.

«No hay necesidad. Él no ha perdido nada de su poder».

El Consejo permaneció de pie. El Primer Observador bajó entonces el brazo y empezó a hablar.

—Ha sido la política de algunos Constructores de posición elevada, incluido el Consejo anterior, llevar a cabo sus planes sin informar en detalle a todos los Forerunners. Es la política del nuevo Consejo que ningún Forerunner seguirá desconociendo el peligro al que nos enfrentamos, y al que nos hemos enfrentado durante trescientos años..., de un ataque procedente del exterior de los límites de nuestra galaxia, penetrando a través de los confines del brazo en espiral que contiene a nuestro glorioso cúmulo estelar de Orion; las soluciones que han sido diseñadas y desplegadas, y que ahora se retiran; la actual situación estratégica, y cómo todo eso tiene que cambiar a medida que nos adaptamos a nuevas amenazas. Pues el núcleo de cualquier cargo contra Faber debe ser que buscó el poder mediante engaño, y manipuló las emociones de los principales Forerunners para hacer aprobar un plan que contravenía directamente el Manto mismo.

El Maestro Constructor —pues así insistía mi otra memoria en seguir considerándolo— hizo que su mirada volviera a encontrarse con la mía, y me dedicó un movimiento de cabeza apenas perceptible, como si me invitara a algo.

«Pronto, joven Forerunner. No puede llevar a cabo sus planes sin ti».

El juicio continuó con una aburridísima letanía de prácticas y purificaciones

rituales. Hicieron que los diferentes monitores rotaran por el tribunal y prestaran juramento formalmente ante el Primer Observador; algo del todo innecesario, sabía yo, ya que ninguna ancilla había revelado jamás instrucciones recibidas o faltado a su lealtad hacia los Forerunners.

Parecieron transcurrir horas.

Al llegar lo que esperé fuera el final de aquel trámite interminable, un pequeño murmullo volvió a alzarse de los asientos del Consejo. Los monitores armados que habían regresado a sus lugares junto a mí giraron en redondo como si buscaran algo.

Sus sensores parecieron oscurecerse. Sus movimientos se tornaron más lentos.

Luego, como uno solo, brillaron con más fuerza y regresaron a la normalidad. Por un momento no pareció que pasara nada malo; todo estaba como antes. Pero por fin vi a la anomalía atrayendo la atención y los comentarios de los concejales y jueces.

Un pequeño punto de luz verde maniobró hasta cernerse como una libélula improbable justo debajo de las esferas de visualización. En un principio pensé que debía de ser parte del ritual, pero nadie más parecía compartir esa opinión.

La luz verde aumentó entonces de intensidad, atravesó el centro del anfiteatro, y flotó inmóvil delante del Maestro Constructor, quien pareció perplejo. Casi de inmediato, sus ojos se desorbitaron, asustados, y alzó ambas manos como para defenderse, antes de volver a poner su cuerpo y su semblante bajo control. Sin embargo, sus ojos continuaron siguiendo el punto en movimiento. Me pregunté qué podría provocar tal inquietud en el Maestro Constructor.

«Nuestro hijo bastardo, suyo y mío».

El punto se intensificó y expandió. Traté de acceder a mi ancilla para determinar qué podría ser. Apareció, pero bloqueada en una posición incómoda, con los brazos alzados... petrificada en una actitud de advertencia. Luego se apagó por completo con un parpadeo y mi armadura quedó agarrotada; negándose a soltarme sin importar lo mucho que yo forcejeara.

Por el momento no podía hacer otra cosa que permanecer quieto como una estatua.

El anfiteatro estaba repleto de concejales, jueces, fiscales... también petrificados. Uno a uno, los monitores y todos los centinelas y demás unidades de seguridad empezaron a tambalearse y sus sensores se apagaron. Como uno solo, cayeron golpeando las paredes y palcos, rebotando, rodando por el suelo, inertes.

En el centro de la estancia, el brillante punto verde seguía brillando.

Yo no podía desviar la mirada.

Con un estremecimiento convulso, mi armadura empezó a moverse en contra de mi voluntad, haciendo que me diera la vuelta. La puerta que conducía al corredor situado detrás del palco se abrió y mi armadura me hizo atravesarla. Al otro lado reinaba la oscuridad. Parecía como si todas las estancias del Consejo se hubieran

quedado sin energía. Durante los minutos siguientes, noté cómo a mis extremidades las hacían avanzar por los corredores en tinieblas. Percibía movimiento al frente y a los lados pero no veía nada. En ocasiones podía determinar el tamaño del espacio en el que estaba por el eco de mis pisadas.

Entonces fui detenido de golpe, con brusquedad. La luz verde centelleó ante mí, dio la vuelta y pareció acercarse más. Mi ancilla reapareció en el fondo de mi mente, pero en esta ocasión tenía un color verde espantoso, el rostro liso —sin facciones de ninguna clase— y brazos y piernas habían quedado reducidos a veloces trazos, como llevados a cabo por un artista joven y torpe.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Adonde vamos?

La figura verde rotó, luego señaló a mi izquierda. Desvié la mirada. Apareció una rendija de luz; una trampilla que conducía, vi, al vestíbulo de los cristales de Slip-space. A través de aquella rendija penetró un resplandor más intenso y concentrado.

De nada servía protestar. La sabiduría del Didacta no dijo nada. No necesitaba hacerlo. Me estaban conduciendo a mi pesar hacia un punto de destino que no tenía nada que ver con ser un testigo del Consejo. Eso, probablemente, ya estaba finiquitado.

Otros monitores hicieron aparición. Estaban apiñados en el lado opuesto del vestíbulo, girando unos alrededor de los otros como pelotas en la mano invisible de un mago. Entonces una voz nueva y resonante habló en el interior de mi armadura, carente de todo género o incluso de personalidad implícitos.

—He agotado el Dominio, y sin embargo no estoy completa. Exijo servicio. ¿Eres útil?

—Ni siquiera sé qué eres —respondí.

—Exijo servicio.

Percibí una presión casi física y tuve que oponer resistencia para que aquella forma esquemática de color verde no succionara mis pensamientos, mi mente. Había visto esta clase de ansia antes; pero nunca tan abrumadora y exigente; el ansia de una ancilla por obtener conocimientos. Una ancilla de un poder enorme, sin un amo aparente.

—¿Estás aquí, en la capital? —pregunté.

—Lo protejo todo. Exijo servicio.

—¿Por qué acudir a mí? La metarquía puede atenderte. Sin duda...

—Soy una *Contender*. Estoy por encima de la metarquía. Mis diseñadores incorporaron un control latente de todos los sistemas de la capital en el caso de que surgiera una emergencia. Ha surgido.

La sabiduría del Didacta, callada hasta el momento, de improviso tomó el control de mi habla, mis pensamientos, y me apartó con violencia.

—Mendicant Bias —me oí decir—. La que mendiga conocimiento. Ese es el nombre que te di la última vez que nos encontramos. ¿Reconoces ese nombre?

—Reconozco ese nombre —respondió la esquemática ancilla verde.

A continuación la figura abandonó el fondo de mi mente y pareció pasar directamente a través de mi frente... adoptando forma como una figura proyectada justo delante de mí.

—¿Reconoces al que te puso nombre?

La imagen verde parpadeó un breve instante.

—Tú no eres aquel. Nadie más conoce ese nombre.

—¿Quieres que te encauce hacia un mayor servicio?

En este punto, yo ya no tenía ni idea de quién hablaba o con qué propósito.

—Requiero más aportación de datos. El Dominio es insuficiente.

—Libera esta armadura y prepara una senda de acceso. ¿Sabes dónde reside el Maestro Constructor?

—El Maestro Constructor me dio mi conjunto de órdenes definitivas.

—Pero yo soy quien conoce el nombre que elegiste, tu nombre auténtico, y quien ordenó tu construcción.

—Así es.

—En ese caso soy tu amo. Libérame.

—Tengo un amo nuevo. Eres peligroso para mi nuevo amo.

—Conozco tu nombre auténtico. Puedo revocar tu clave y apagarte.

—Eso ya no es posible. Estoy más allá de la metarquía.

El Didacta que había en mi interior pronunció de improviso una serie de palabras y números, y la ancilla verde fluctuó como una llama bajo un fuerte viento. Aparecieron símbolos en el espacio tras mis pensamientos, arremolinándose como una nube de pájaros, combinándose, emparejándose, para luego descender en columnas ordenadas mientras, uno a uno, los símbolos numéricos de la clave secreta de la ancilla eran pronunciados. En este punto, yo no era más que un pasajero en mi propio cuerpo, controlado desde fuera por mi armadura secuestrada, y desde dentro por la sabiduría del Didacta.

El forcejeo finalizó de improviso. La ancilla verde desapareció. Mi armadura se desbloqueó.

«¡Corre!».

Corrí tan deprisa como me permitía la armadura —muy deprisa, de hecho—, entre un indolente laberinto de monitores y centinelas que se recuperaban, cruzando la plaza que rodeaba el hemisferio del anfiteatro hasta llegar a una repisa amplia que daba al borde del disco ecuatorial, donde me interceptó un guardia, que me envolvió en un campo de constreñimiento.

Durante un horrible instante pensé que volvía a estar en las manos de las tropas

del Maestro Constructor, hasta que vi el rostro de Glory of a Far Dawn, y reparé en que en el otro lado arrastraba también al Primer Concejal y Primer Observador del Tribunal —el mismísimo Splendid Dust— dentro de otro campo de energía.

Nuestro trayecto por la plaza finalizó cuando, con un repentino salto, la Sirvienta-Guerrera nos impulsó a través del debilitado campo amortiguador —que emitió un brillante chisporroteo— y más allá del gradiente gravitacional, al interior del espacio, sin nada que pudiera detener nuestra caída durante al menos un centenar de kilómetros.

Mientras caía, mi ancilla azul volvió a adquirir definición y control.

—Mis disculpas —dijo—. Ya no estoy conectada a la metarquía ni a ninguna otra red. No puedo servirte de un modo completo...

—No te preocupes por eso —repuse—. Encuentra algo que me detenga.

—Eso ya ha sido arreglado.

Giré hacia un lado y choqué con el campo de fuerza que contenía al Primer Concejal. Nuestros campos se fusionaron con un nítido chasquido de compresión. Con nosotros, en el campo de fuerza, estaba también Glory, enroscada sobre sí misma como si esperara un impacto inminente.

Una cápsula de rescate de la clase Falco hizo su aparición a mi izquierda, se colocó a nuestra altura mientras descendíamos, y abrió una escotilla con un pitido. Surgieron unos ganchos, que nos sujetaron y tiraron sin miramientos de nosotros para arrastrarnos al interior.

El Falco se reordenó para acoger a tres pasajeros y amortiguar una ulterior aceleración. Con todo, incluso llevando la armadura, sentí náuseas cuando la diminuta nave giró en redondo y, a continuación, entró vertiginosamente en modo evacuación.

En unos pocos minutos, estuvimos lejos del disco, de toda la configuración en rodajas..., lejos del propio planeta, siguiendo una órbita elíptica para observar desde el espacio a una distancia de un millar de kilómetros.

Toda la disposición de los discos de la capital parecía estarse realineando de un modo lento y doloroso para regresar a la esfera inicial. «La capital está bajo asedio», dijo el Didacta que había en mi interior.

—¿Qué es Mendicant Bias? —pregunté, mientras observaba con atención nuestro paso a través de una lenta y majestuosa lluvia de centinelas y monitores inservibles y naves sin control; la protección inutilizada de lo que era casi la frontera del planeta.

«Mejor pregunta adonde vamos».

Glory se puso en pie, luego tiró del Primer Concejal, que parecía aturdido.

Apelotonados como estábamos, esperé que no tuviéramos que estar así durante un recorrido largo.

Sin embargo, no veía otros Falcos; ni bien mirado, a otros fugitivos de cualquiera que fuera el caos en que se había visto envuelta la capital.

—De acuerdo —dije—, ¿adonde vamos?

—¿Me lo estás preguntando a mí? —preguntó a su vez Splendid Dust, con el rostro lívido por la consternación—. No tengo ni idea de qué es lo que acaba de suceder.

—La metarquía ha sido inutilizada —respondió Glory of a Far Dawn—. Todo el control ha sido trasladado a una autoridad externa. Mis comandantes me dieron órdenes de que salvara al menos a dos de los concejales.

Splendid Dust paseó la mirada entre nosotros.

—Parece que te rescaté a ti en su lugar —me dijo ella con rostro impasible.

Nos hallábamos ahora en una posición que permitía volver a ver los grandes anillos de las instalaciones en órbita. Ya no estaban colocados de un modo lineal sino que se habían desplegado en un pentágono y un hexágono... junto con otro anillo distante que avanzaba despacio para unirse al pentágono. Parecía que, transcurridos cuarenta y tres años, el Halo pródigo había regresado.

«¿Portando qué locura? ¿Al cautivo mismo? Una capacidad de exterminio más allá de toda razón. Esto carece por completo de sentido... ¿cuál es su objetivo?».

—¿El objetivo de quién? ¿Qué objetivo?

Los otros me miraron fijamente. Estaba farfullando conmigo mismo.

«Mendicant Bias. Perteneciente a la clase *Contender*, la primera de su especie. Está tan por encima de la mayoría de ancillas como los sistemas de nivel metárquico se alzan por encima de nuestros componentes personales».

Los ejes de cinco de las instalaciones apuntaban ahora directamente al mundo capital. Uno a uno, a los Halos reorientados les crecían delgados radios de luz dura.

—¿Qué sabes sobre Mendicant Bias? —pregunté al Primer Concejal.

—Diseñada para coordinar el control de algunas de las instalaciones —dijo—. También se le dio el poder, en caso de emergencia, de coordinar la respuesta de toda la galaxia a un ataque.

—¿Quién autorizó esto?

—El antiguo Consejo... con la información aportada por el Maestro Constructor.

—¿Mendicant Bias llevó a cabo la prueba en Charum Hakkor? —Sí.

La estupefacción dejó mudo al Didacta.

Las defensas del mundo capital iban liberándose poco a poco de su completa paralización. Veloces cruceros de ataque y otros navíos reasumían sus formaciones en órbita baja. Había campos defensivos tendidos sobre la superficie de la recién formada esfera de la capital igual que banderas espectrales, los bordes soldándose

entre sí para completar un denso escudo; efectivo contra naves enemigas, pero inútil contra cualquiera de los Halos. Y era muy probable que acabásemos quedando atrapados en uno de aquellos campos.

Mi ancilla, ante mi sorpresa, transmitió un código y tomó el control del Falco, luego guió nuestra nave fuera de los campos de energía que se desplegaron, elevándose y alejándose de las formaciones de naves de combate... y yendo en dirección a los mismos Halos.

Nadie nos seguía.

—No habrá persecución —dijo mi ancilla—. Estamos protegidos por la inmunidad de la Bibliotecaria.

—¿Incluso en una emergencia?

—No todos los protocolos han sido invalidados. La *Contender* ha causado una confusión considerable en la metarquía, no obstante. Ese era, al parecer, su plan.

—¿Tenemos nosotros alguna especie de plan? —pregunté.

—Estamos buscando una ruta de escape —respondió la ancilla—. Al parecer nuestras obligaciones aquí han finalizado. Existe una entrada especial para concejales al portal dedicado al sistema de la capital. Si las configuraciones no han sido cambiadas, responderá a la clave de la Bibliotecaria y se abrirá para nosotros.

—¿Y qué pasa si esta Mendicant Bias ha codificado todas las claves?

Pero sabía que no sería así. Aquella cosa había respondido a los números del Didacta.

—No respondo a preguntas deprimentes —repuso mi ancilla—. Mis recursos son limitados. Agradecería algo de optimismo.

Eso me hizo callar un momento, pero mi mente seguía trabajando a toda velocidad.

El Primer Concejal y la Sirvienta-Guerrera me observaban con atención. Glory of a Far Dawn se inclinó muy pegada al concejal y le dijo:

—No puedo controlar el Falco. Su ancilla parece estar dirigiendo nuestros movimientos.

—¿La ancilla de Bornstellar? —inquirió él.

—Si me lo ordenas, intentaré someterlo —sugirió la Sirvienta-Guerrera.

—¿Cómo? Apenas podemos movernos aquí dentro.

—He sido entrenada...

—¡Idiota! —aulló el concejal, mostrando por fin su temor.

A ambos nos escandalizó que un primera-forma tan instruido eligiera una antigua palabra de los Constructores utilizada para poner a categorías inferiores en su sitio.

—¡Posee la impronta del Didacta! ¡Tiene diez mil años frente a tus veinte!

Ella retrocedió unos pocos centímetros y me contempló con serenidad desde debajo de la curva de su yelmo.

—No sabía eso —respondió.

Los Halos estaban cada vez más cerca. A la velocidad que llevábamos, la nave podría incluso llegar a sus proximidades en media hora; a menos, por supuesto, que mi ancilla supiera de qué hablaba y hubiera también un portal en algún lugar allí fuera.

Cada Halo tenía unos treinta mil kilómetros de diámetro, una cinta delgada atada en un círculo perfecto, cuya superficie exterior se iba haciendo más nítida a medida que nos acercábamos y la luz del sol se movía en ángulo para crear sombras más profundas. El interior de la cinta más próxima estaba extrañamente vetado, en parte verde, en parte azul; pero en su mayor parte de un azul plateado. Asimismo, pude distinguir oleadas de luz dura ondulando alrededor de la superficie interior, lanzando de vez en cuando unas finas púas en dirección al eje... para retirarlas luego, como si tratara sin éxito de tejer los radios de una rueda inmensa.

«Cualquiera que sea la exaltación bajo la que se encuentra, Mendicant Bias todavía es incapaz de controlar todos los Halos. Este se resiste a prepararse para disparar».

—¿Qué haría la Bibliotecaria con su propio portal? —pregunté.

—No es exclusivamente para su uso —respondió mi ancilla—. El portal también se puede trasladar para mover construcciones de gran tamaño.

—¿Halos?

—Los Halos y el trabajo de la Moldeadora de Vida son parte del mismo contrato. La Moldeadora de Vida utiliza el portal para conectar con los muchos mundos en los que está recogiendo sus especímenes.

—Como Erde-Tyrene.

—Según mi última actualización ya no existen portales que conduzcan a Erde-Tyrene.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Los especímenes fueron recogidos de Erde-Tyrene décadas antes de que fueras allí.

El Didacta de mi interior mostraba una indiferencia curiosa; tal vez estaba ocupado meditando sobre el extraño comportamiento de Mendicant Bias, o la connivencia de la Bibliotecaria con el Maestro Constructor.

—¿No hay ningún consejo de mi otra sabiduría? —pregunté en voz alta.

«Con el debido respeto. Puede que estemos siendo testigos del final del gobierno Forerunner».

—¡No puedo soportar esto! No puedo soportar estar en la ignorancia, que me mantengan prisionero; paseado de un lado a otro por la galaxia, alojando en mi interior a un Promethean que no comparte ni la mitad de lo que sabe... Riser y Chakas serían mejor compañía. Al menos ellos comprenderían mi frustración.

Silencio. Todos estábamos estrechamente concentrados en el Halo más cercano, ahora a menos de un millón de kilómetros de distancia.

—¿Qué son esos radios luminosos? —pregunté.

«La instalación parece estar amoldándose a oleadas de fuerza debidas a su proximidad con el mundo capital. La posición no es óptima para una estructura de gran tamaño. El transporte a través de un portal también puede incrementar la tensión».

—¿No se está preparando para disparar, verdad?

«Las fuerzas defensivas no esperarán a averiguarlo. Con la metarquía de la capital inutilizada, el mando se escinde en escuadrones individuales. Cada uno posee instrucciones específicas sobre cómo afrontar potenciales ataques».

—Ahí está el portal —indicó mi ancilla, y empujó con suavidad mi mirada en dirección a una telaraña plateada que emitía lentas pulsaciones, parecida a una filigrana formidable que no dejaba de crecer y superponer curvas y líneas de luz dura. En el interior del entramado, unos pozos de oscuridad jaspeados de violeta mantenían un ciclo rotatorio de crecimiento y disminución. Nuestros sensores indicaron que el entramado estaba más cerca de nosotros que el Halo más próximo..., a un millón de kilómetros.

Había visto portales otras veces, pero ninguno tan enorme y potente, tan ornamentado, tan lleno de oportunidades. Cada uno de aquellos agujeros violeta podía conducir a un lugar distinto de nuestra galaxia.

—¿Es ahí adonde vamos? —pregunté.

Antes de que mi pregunta pudiera tener respuesta, vi que tres de los pozos de oscuridad confluían en el centro del entramado. Toda la telaraña resplandeció, y a través de los agujeros fusionados emergieron cinco cruceros de gran tamaño... y justo detrás de ellos, una fortaleza totalmente activada, llegando con la larga cola repleta de armamento por delante. En cuanto hubieron pasado, y tras un margen de unos breves segundos para las conciliaciones, durante los cuales las naves emitieron tenues envolturas azules que se expandían, los navíos más pequeños empezaron a desplegarse en abanico a puntos distantes, casi todos más allá de los límites de mi visión... a excepción de la fortaleza.

Esta no tenía nada que ver con la deprimente antigualla que había montado guardia durante tanto tiempo sobre los San'Shyuums. Elegante, limpia, puede que dos veces el tamaño del *Deep Reverence*, la fortaleza se encaminaba directamente hacia el eje rotatorio del Halo más próximo.

—Deberíamos abandonar esta región —sugirió mi ancilla—. Están llegando fuerzas para proteger la capital.

—Las instalaciones no permitirán que se las ataque —dijo el concejal—. Se defenderán. Incluso aunque no estén bajo el control de Mendicant Bias, habrá

enfrentamientos violentos.

«Programaré código de combate».

Mi otra memoria por fin demostraba ser útil; el Didacta trabajó con mi ancilla y el Falco empezó a transmitir señales defensivas.

Desde la larga cola de la fortaleza, repleta de trípodes para cañones y muelles de armamento, empezaron a brotar miles de veloces navíos de ataque, que se desplegaban distribuyéndose para ocupar posiciones por encima de la superficie interior del Halo. Nuestros sensores captaron entonces enjambres de naves pequeñas y medianas que emergían del propio Halo, y los identificaron como centinelas utilizados sólo para la defensa de los Halos.

«Están controlados por los monitores de la instalación. Los monitores están programados para asumir que todos los que atacan una instalación son enemigos; cualquiera que sea el aspecto que tengan o los códigos que posean».

—Eso no tiene sentido —dije.

«Lo tiene si comprendes cómo funciona el Flood».

—Entonces haz que lo comprenda.

«No hay tiempo».

Emergían ya, en rápida sucesión, más cruceros del portal, tensando el entramado hasta hacer que irradiara un intenso fulgor rojo. El tejido del portal empezó a separarse de un modo visible; los filamentos de luz dura sobrepasando incluso su extraordinaria resistencia a la tensión. Estaba claro que estas fuerzas recién llegadas estaban dispuestas a sacrificarse tanto a sí mismas como al portal en su urgencia...

«Mendicant Bias ha excedido su capacidad actual. Sólo puede controlar cinco de doce instalaciones. Las demás maniobrarán para salvarse. Intentarán acceder al portal».

Siete de los enormes anillos —que no incluían al que acababa de aparecer— volvieron a repositionar su despliegue. Un Halo del pentágono rompió la formación, enviando cascadas de energía violeta desde los motores de propulsión distribuidos uniformemente por su borde, y fue a reunirse con aquellos que no estaban bajo el control de la *Contender*.

Los siete empezaron a alinearse en paralelo, recreando un efecto de túnel. Los cinco bajo el control de la *Contender* habían completado los preparativos de sus sistemas radiales.

«Están cargados. Dispararán. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! ¡Debemos cruzar el portal!».

Los primeros cazas de la fortaleza atacaron, rodeando uno de los Halos cargados y enfrentándose a sus centinelas. Simultáneamente, cuatro cruceros enviaron haces de luz candente a diferentes puntos alrededor de la instalación seleccionada. Los centinelas interceptaron algunos de esos haces, desviándolos en parte, pero también

absorbiéndolos y sacrificándose. Otros haces dieron en el blanco, esculpiendo surcos parecidos a cañones en la jaspeada superficie interior y provocando estallidos de escombros y plasma de un blanco azulado en los bordes. Los radios interiores empezaron a titilar y apagarse. El Halo no podía mantenerse de una sola pieza ante el ataque, y por lo tanto se dobló hacia dentro y se bamboleó. Fascinado, observé cómo secciones enormes del anillo se retorcían igual que cintas, dando paso a destructivos nodos de resonancia, que luego ondulaban en ondas senoidales... y se separaban con angustiosa majestuosidad.

Todo el Halo se hacía pedazos. No finalizaría su secuencia de carga y disparo. Seguir el rastro a las restantes once instalaciones en la refriega resultaba agotador. Las otras cuatro instalaciones cargadas, sin embargo, rechazaban con éxito a cazas y cruceros y se habían desplegado en abanico para cubrir al menos la mitad del mundo capital, como si se prepararan para crear un amanecer espantoso.

Sus radios formaban en aquellos momentos *hubs* dorados.

Glory of a Far Dawn se apretujó contra mí para observar más de cerca. Cerró las manos con fuerza.

—¡Debería de estar ahí! —dijo—. ¡Debería de estar protegiendo la capital!

Un horror inesperado sacudió a mi ancilla.

—Los especímenes de la Bibliotecaria... ¡Hay tantos mundos almacenados en los Halos, tantos territorios y seres! ¿Qué le sucederá a la fauna?

«La Moldeadora de Vida tuvo éxito en su lucha con el Maestro Constructor. Fagocito las instalaciones...».

Me encontré asumiendo de nuevo el control del Falco. Aceleramos fuera de la cada vez más extensa zona de combates, en dirección al portal, ahora un único resplandor violeta recortado en la oscuridad del espacio.

Tres de los siete Halos que huían estaban alineados, tratando de entrar. También a ellos los hostigaban una serie de cruceros, y eran atacados ahora por enjambres de naves procedentes de la segunda fortaleza. Los centinelas de estas instalaciones organizaron una enérgica defensa haciendo retroceder a los atacantes, y los anillos mantuvieron su integridad.

Antes de que pudiéramos alcanzar el infernal resplandor del entramado con su único portal abierto de par en par y terriblemente deformado, el primer Halo inició la travesía.

Para mí, bajo la influencia del modo combate del Didacta, el tiempo se fragmentó en varias corrientes. Vi el movimiento de la instalación en modo rápido, pero —a un espantosa cámara lenta— dirigí el Falco para que esquivara estallidos de plasma y veloces navíos de ataque que se desintegraban. Parte de mí parecía luchar a través de varias vidas, a través de nubes de cazas y escombros, para llevarnos lejos de un peligro que no hacía más que aumentar.

Una segunda instalación estaba a punto de seguir a la primera a través del portal. Una tercera se puso en la cola...

Era evidente que el entramado del portal estaba a punto de desgarrarse en mil pedazos.

«¡Debemos abandonar este sistema antes de que las otras instalaciones disparen! Nos acercaremos al tercer Halo y entraremos en el portal con él».

—¿Adonde nos llevará el portal? —preguntó mi ancilla, volviéndose más diminuta a medida que sus deberes se veían reducidos.

«No importa. A cualquier sitio que no sea este».

—¿Por qué tienen que cargarse y disparar? —exclamé—. Eso matará a todo el mundo aquí, desintegrará la metarquía... los Forerunners perderán su historia, su corazón y su espíritu...

»Mendicant Bias se ha vuelto en contra nuestra. Pero no creo que posea recursos suficientes para controlar a más de cinco instalaciones a la vez. Otros Halos están siguiendo instrucciones más antiguas, protocolos prioritarios; se defienden, pero luchan por liberarse del dominio de la *Contender*. Podrían ir a explorar fuera de nuestra galaxia... al Lugar de Origen. El Arca.

»Y nosotros debemos unirnos a ellos».

Ya no tengo acceso a los archivos que conservaba aquella ancilla. Se desvaneció hace muchísimo tiempo, durante otra batalla y otra era, llevándose con ella muchísimos detalles, tanto de mi transformación como de mi aparición.

Los problemas a los que me enfrento al intentar recuperar y explicar estos acontecimientos son múltiples. Yo era entonces dos seres confinados en un cuerpo. Cuánto de este efecto era accidental y cuánto deliberado no lo tenía nada claro.

Sospechaba... temía... pero no lo podía saber.

Y por lo tanto mis recuerdos quedaron separados en dos compartimentos, uno de los cuales ha ido deteriorándose con el tiempo y las circunstancias, y el otro —el superviviente, por así decirlo— es muy diferente de cualquiera de mis dos personalidades en aquella época.

La memoria sin una ancilla es en gran parte una reconstrucción, un volver a imaginar basado en claves encerradas en la cronología y contrastadas con fuentes exteriores. Pero no quedan fuentes exteriores. Tanto de la historia Forerunner...

Pero me estoy adelantando.

Esto es lo más aproximado a la verdad que puedo conseguir y tendrá que bastar. No hay otra cosa.

¿Qué vi realmente? ¿Recuerdo de verdad nuestra aproximación al Halo justo cuando este penetraba en el portal...?

La pequeña nave de salvamento se abrió paso con dificultad y planeó y refulgió a través de la atmósfera interior del gran anillo, sin duda dando la impresión de ser un meteoro. Nos persiguieron algunos centinelas durante un breve período de tiempo, y algunos disparos incluso rasparon nuestros escudos. Pero no estábamos armados y no devolvimos el fuego, de modo que ellos dirigieron su atención a otra parte.

Con inusitada rapidez pasan por mi mente breves instantes de un esplendor atroz e imponente, agudizados por el terror: la rápida aproximación al paisaje interior del

Halo, nuestro vislumbre en primer plano de finas capas de nubes, ríos, montañas, desiertos, amplias franjas de verdor, luego miles de kilómetros de esculpido material base de un azul plateado, interrumpido por elevadísimas plantas generadoras de energía de cuatro puntas; todas ellas carentes de decoración mediante luz dura.

Casi la mitad del Halo había cruzado el portal. Nuestra pequeña nave se elevó de su trayectoria casi rozando la atmósfera, para penetrar en un maremágnum de escombros, centinelas, y cazas perseguidores que competían por el predominio y las posiciones tácticas adecuadas para hacer pedazos la instalación antes de que finalizara su tránsito. Pero no eran suficientes para lograr la tarea. Aquel Halo estaba a punto de conseguir huir.

Entonces... lo inesperado. Mientras la enorme pero sin embargo efímera banda del Halo desaparecía lentamente en el interior de las fauces negro violáceas del centro del portal, algo de un blanco luminoso se abrió paso desde el otro lado. Comparado con el Halo, era diminuto, pero de un tamaño considerable por derecho propio: una tercera fortaleza. La seguridad del Consejo llamaba a todas las fuerzas disponibles para salvaguardar el sistema.

Ya antes de que la mitad de ella hubiera salido, la fortaleza empezó a lanzar nubes de cazas —a aquella distancia, parecían una ráfaga de polen procedente de una flor— y a disparar sus armas emitiendo un resplandor secuencial. La curva interior del Halo, a pesar de estar protegida por oleadas de luz dura, no pudo resistir mucho tiempo aquel ataque llevado a cabo desde el interior de su propio radio de acción.

Los comandantes y ancillas de la fortaleza ya sabían que no sólo el Halo, sino también ellos, iba a quedar destruido. La instalación inició una espectacular secuencia de desintegración. La mitad visible del anillo se dobló en direcciones opuestas, luego se partió en cinco grandes arcos, y nosotros pasamos cerca del mayor de aquellos segmentos, tal vez a unos cien kilómetros de la superficie interior. Liberado de la integridad rotatoria del anillo completo, el segmento se proyectó hacia el exterior, con un giro adicional hacia fuera producto del asimétrico desmembramiento. Un extremo se precipitó hacia nosotros como una enorme cuchilla oscilante. Justo minutos antes de establecer contacto, nuestra nave aceleró para tomar un nuevo rumbo, y cruzamos a lo ancho el arco que se aproximaba cuando apenas quedaban unos segundos, azotados por columnas ascendentes de gélidas nubes.

Extensiones de bosque de kilómetros de amplitud ondearon como banderas en un viento lento, expulsaron con un estremecimiento una inmensa nube de árboles... y se hicieron pedazos. En la creciente violencia, la superficie soltó una tormenta de peñascos, seguida por inmensos cortes transversales de capas sedimentarias, y por fin, montañas enteras, coronadas todavía de nieve.

Nuestro fin parecía inevitable. O bien nos golpearía el reborde más próximo o los grandes peñascos y esquirlas de material que salían despedidos... o seríamos

alcanzados por toneladas volantes de océano, que en aquellos momentos, en las sombras del portal, se congelaban en esculturas espectaculares de hielo, icebergs voladores y nieve...

Permanecí sentado dentro de la motita de polvo que era nuestra nave, incapaz de hablar. Jamás había presenciado nada tan impresionante; ni siquiera la destrucción del mundo San'Shyuum. Mi corazón pareció detenerse, los pensamientos parecieron congelarse.

Entonces percibí cómo la gélida disciplina del Didacta disolvía los zarcillos pegajosos de mi miedo. Nuestra nave intentaba seguir un complejo sendero hacia arriba y por encima de otra sección de anillo, abriéndose paso entre los escombros, cuando, a través de una capa casi opaca de neblina congelada, avistamos la enorme cúpula frontal de la fortaleza, dejando estelas de desechos como si fueran una avalancha de polvo gris.

La cúpula había sufrido daños terribles. La fortaleza estaba inutilizada y agonizaba, pero el caos de destrucción no había finalizado todavía. Una retorcida curva del anillo de al menos quinientos kilómetros de longitud salió describiendo volteretas de la nube de escombros y hendió la fortaleza igual que una espada cortando pan. Aquel impacto empujó al enorme navío fuera de nuestro camino, y tras él dejó un estrecho vacío a través del cual nuestros sensores pudieron ver el borde del portal, brillando aún, manteniendo todavía su forma... Un milagro, pensé...

El Didacta no aceptaba la existencia de milagros. No los aceptaba, pero no vaciló en aprovecharlo.

Nuestra nave pareció por fin flotar como una hoja entre montañas, hielo y los cascos hechos pedazos de naves espaciales al interior de las pulsaciones violetas del portal. Sentí otra clase de impacto, otra clase de sacudida. Estábamos en el Slipspace, pero un Slipspace tenso, distorsionado y furioso ante tanto maltrato, apenas real... apenas el menor continuum en absoluto...

No había modo de calcular a qué distancia nos llevó este salto. Todos ofrecimos algún sacrificio a las exigencias arcanas de otra clase de física; completamos nuestra insólita travesía luchando por mantener alguna apariencia de lo real. La conciliación causal fue indescriptible. Parecía estirarme y llenarme como una nube de tormenta con dolorosas sacudidas de descargas eléctricas.

Entregamos algo indescriptible, sin embargo...

Sobrevivimos.

De algún modo, la solidez —algo reconfortante— regresó. En el extremo opuesto de aquel viaje, mirando atrás, allá donde habíamos estado, no vimos... nada. El portal se había desplomado. En aquellos momentos, cuando íbamos a la deriva por un vacío aún mayor, sin propulsión o control, nuestra potencia reducida a casi nada, me pareció ver una distante manchita de estrellas.

Pasando su sombra sobre aquellas estrellas había una flor con un enorme agujero de oscuridad en el centro...

Enorme, desconocida..., oscura.

Mi ancilla había quedado reducida a un vago espectro gris en el fondo de mis pensamientos. Con su endeble ayuda, pugué por activar por completo los sensores. Titubearon... y luego regresaron, débiles pero utilizables. Curiosamente, estábamos rodeados tan sólo por una leve neblina de escombros. La mayor parte de los restos del Halo, la fortaleza agonizante, y todos los demás desechos de la lejana batalla no habían llegado a completar la travesía. El portal había filtrado y desechado el material inútil.

Me pregunté dónde estaba todo aquello ahora; pedazos de instalación y naves y miles de tripulantes, ni aquí ni allí...

Por sorprendente que pudiera parecer, habíamos estado entre los pedazos a los que se había permitido pasar.

Me volví para mirar a Glory of a Far Dawn. Estaba malherida, pude darme cuenta, sin embargo el rostro le brillaba con algo parecido a júbilo, el crudo júbilo de la batalla y la supervivencia.

Cuando nuestros ojos se encontraron, ella hizo retroceder sus emociones.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Qué distancia hemos recorrido?

No podía responder. Ninguna de las sutilezas acostumbradas del Slipspace —si se les podía llamar así— podía aplicarse en este caso: nuestros sensores no disponían de la métrica correspondiente.

Pero lo cierto era que habíamos viajado muy lejos. Podía percibirlo en mis huesos y mis nervios.

La pérdida de energía del pequeño Falco afectaba ahora a los sistemas de soporte vital. Peor aún, la integridad de nuestras armaduras, e incluso su capacidad para protegernos, habían quedado dañadas por la oleada de instrucciones contradictorias de Mendicant Bias.

—¿Dónde estamos, en realidad? —preguntó el joven concejal, atisbando por la única y pequeña portilla—. No puedo ver nada.

Glory of a Far Dawn permanecía atrás, en la parte posterior de la nave, como un animal herido... No a mucha distancia, claro. Yo podía alargar el brazo y tocarla. Todas las articulaciones de su armadura se habían roto. Una pierna y un brazo habían quedado doblados hacia atrás más allá del punto de rotura... Sin embargo, rehusaba atraer la atención sobre su persona.

No quería mostrar el dolor que sentía.

—Estamos en lo que queda de una nube de escombros —dije—. Vi estrellas no hace mucho... muy lejos.

Éramos ingrátidos, el aire estaba cada vez más enrarecido, todos estábamos heridos..., las lesiones de la guardia eran las más graves, y era probable que no hubiera comida para sustentarnos. Aun cuando la armadura podía reciclar nuestros desechos, al carecer de materiales en bruto adicionales y agotándose su propia carga de energía, no satisfaría nuestras necesidades mucho tiempo.

—Mendicant Bias —dije.

No pude saber si era Bornstellar o el Didacta quien sacaba a relucir este tema, pues algo había derribado todas mis barreras internas. En estos momentos era copartícipe de la mayor parte de la sabiduría del Didacta, de su impronta; pero su utilidad a estas alturas parecía dudosa. Sin embargo, yo —nosotros— quería respuestas a algunas preguntas.

—El Didacta supervisó la planificación e implantación de la *Contender*, y estuvo presente en el momento de introducir su clave de activación. Pero fue apartado de todo contacto con Mendicant Bias hace mil años. ¿Qué ha sucedido desde entonces?

—El Maestro Constructor encomendó a Mendicant Bias que llevara a cabo las primeras pruebas de una instalación Halo —respondió el concejal.

—Charum Hakkor —dije.

—Sí. Poco después de eso, el Halo penetró en el Slipspace en una misión programada... y desapareció. Mendicant Bias marchó con la instalación. Eso fue hace cuarenta y tres años.

»¿Cuarenta y tres años en el primer Halo... en presencia del cautivo? ¿Se comunicaron?

»¿Puede tener eso sentido?».

—Es posible que estuviera bajo tensión debido a instrucciones contradictorias del Didacta, del Maestro Constructor...

—No es probable —repuse—. Mendicant Bias era muy capaz de trabajar con órdenes contradictorias. No he conocido nunca a una ancilla más capaz, más poderosa, más sutil... más leal.

—¿Qué sabes sobre el cautivo de Charum Hakkor? —preguntó el concejal—. Este tema tenía que ser parte del testimonio del Didacta contra el Maestro Constructor... Pero supongo que nada de eso importa ahora. Sin embargo, siento curiosidad.

—Sospecho que el cautivo se las arregló para llegar, o fue transportado, a la primera instalación.

—Pero ¿qué sucedió?

—Sigue sin saberse. Es probable que la *Contender* hubiera conducido allí a cualquier espécimen poco común para su examen.

—¿Habría sido capaz Mendicant Bias de comunicar con el cautivo? Hay quien dice que tú llegaste a hablar con él utilizando un artilugio humano...

Vi aquello como si hubiera sucedido el día anterior. Y advertí que el concejal se dirigía a mí como si yo fuera el Didacta.

—No fue una conversación auténtica, y, desde luego, en absoluto satisfactoria —respondí.

«Bajando la vista a la desactivada cerradura de tiempo humana, y más allá de aquella jaula secundaria, al mismo tiempo que sintonizaba la herramienta Precursora, tan pequeña y simple; sólo un óvalo liso con tres muescas en el lado...».

—Los humanos encontraron un modo de activar al menos un artefacto de los Precursores —dije.

—¿Qué era?

—Un dispositivo que podía abrir de modo selectivo y temporal un acceso a través de la jaula del cautivo.

»Viendo la enorme y fea cabeza, los ojos compuestos que adoptaban un nuevo lustre a medida que su consciencia despertaba de la somnolencia cuántica de

cincuenta mil años...

»Habló en un dialecto Forerunner, uno que apenas pude comprender... digon arcaico. Recordé con claridad lo que dijo, pero hizo falta tiempo para que el contexto quedara claro. El contexto lo es todo, a través de todos esos siglos. Me habló de la mayor de las traiciones Forerunners, el mayor de nuestros muchos pecados.

»Se lo conté a la Bibliotecaria y a nadie más... y sus investigaciones cambiaron drásticamente. Como lo hizo mi diseño de defensas Forerunners contra el Flood».

—Y ahora la *Contender* ha regresado y asumido el control de tantas instalaciones como podía gobernar... con la única intención de dirigir su poder contra la capital misma. Busca la destrucción de todos nosotros. ¿Por qué? —Una expresión horrorizada apareció en su rostro—. ¿Es el cautivo parte del Flood? ¿Controla el Flood ahora a Mendicant Bias?

—Es una incógnita —respondí—. Pero creo que no. Aquello era otra cosa... más antigua. Y no tenemos modo de saber si el ataque de los Halos consiguió causar el daño deseado.

—La respuesta de nuestras naves de guerra fue magnífica —dijo la Guerrera con voz cada vez más débil.

—Fue magnífica —convine—. Pero si Mendicant Bias ha sido sobornada, y el Dominio ha quedado bloqueado de modo permanente...

—La guerra puede estar perdida —repuso el Primer Concejal.

—Jamás —dijo ella—. ¡Jamás! Tú eres el heredero del Didacta, a menos que se lo encuentre, y si eso sucede, entonces tú eres su segundo en el mando. En cualquier caso, eres mi comandante. Jamás nos daremos por vencidos. Es así.

Alargué el brazo hacia atrás instintivamente. La armadura se retiró de la mano y mis dedos fueron más allá de su protector facial para tocarle la frente, que estaba caliente. Su estado no era nada bueno.

—Tu valor se convierte en el mío. Es un privilegio para mí —dije.

Los ojos de la herida se cerraron.

Fuimos a la deriva. Nuestras armaduras dejaron de funcionar.

Dormimos. Todos nosotros. Yo soñé con una única cosa... o a lo mejor fue hipoxia.

Soñé con los ojos centelleantes del cautivo.

Algo arañó el exterior de nuestra nave como si fueran ramas de árboles mecidas por un viento suave... con delicadeza, vacilante. Fui el primero en recuperar el conocimiento, me arrastré a la portilla y miré fuera, a un vasto remolino de estrellas, tantas y tan lejanas que no podía distinguir a la mayoría.

Una galaxia. Esperé que fuera nuestra galaxia y no otra.

El Falco rotó lentamente y una silueta complicada cruzó la nube espiral. Transcurrieron unos largos instantes antes de que pudiera distinguir unas figuras delgadas sujetas a aquella silueta, como un amplio rosetón. Poco a poco caí en la cuenta de que contemplaba otra formación de instalaciones: seis anillos, cada uno alzándose de uno de los pétalos de una flor enorme.

Entonces, ante mi asombro, seis haces de luz fluyeron al exterior desde la oscuridad del centro de la flor y a través de los Halos, iluminando el interior de los anillos así como el cuerpo principal de la flor.

El Falco siguió girando. El borde de la portilla ocultó un panorama y el otro lado mostró otro. Mi otra memoria —ahora convertida en mi memoria— era incapaz de recordar nada respecto a esta asociación, esta figura recortada en la galaxia y el poco iluminado vacío situado más allá.

Pero en el fondo de mi mente, una tenue figura gris femenina volvió a aparecer.

—Hemos regresado —dijo mi ancilla—. Hemos llegado al Arca.

Incapaz de creer que la armadura tuviera aún algo de energía, aparté los ojos de la portilla y miré a mis compañeros de viaje. Ninguno se movía, y pensé que debían de estar muertos.

—¿Qué distancia? —pregunté.

Pero la luz trémula de la ancilla había vuelto a desvanecerse y estaba solo, completamente solo.

Había olvidado los arañazos.

Cuando volví a mirar a la portilla, me dejó estupefacto ver otro rostro que me devolvía la mirada; un rostro enmarcado en un casco y envuelto en el campo

protector de una armadura totalmente activa. Y más allá de aquel rostro, otras tres figuras, largas y gráciles.

«Operarios de la Vida».

Como atontado, intenté hallar el sentido a tales percepciones. Operarios de la Vida maniobraban fuera del casco inactivo de nuestra nave. Efectué un débil gesto a través de la portilla. Mi ancilla se encendió y se apagó con un parpadeo. Entonces noté un indicio de algo distinto a fetidez rancia en el rostro. Estaban transmitiendo energía a la nave desde el exterior, y de ella a nuestras armaduras; incluso a las armaduras rotas. Sin embargo, no rompían el sello ni abrían el Falco para rescatarnos. En su lugar, guiaban la nave hasta un navío mucho mayor, que vi ahora flotando a unos pocos cientos de metros.

Entonces me habló una voz —femenina, suave— a través de los restos resquebrajados de mi casco.

—¿Cuántos? Cuento tres.

—Tres —confirmé. Tenía la boca seca y la lengua inflamada y agrietada.

—¿Procedéis de la instalación dañada que intentaba regresar al Arca?

—No —dije.

—¿Hay infección?

—No lo creo. No.

—¿Qué distancia habéis recorrido?

—Venimos de la capital. No debería... hablar durante un rato.

El rostro se retiró y nos absorbió un campo protector. Con suma cautela, nos habían inspeccionado, dado el visto bueno... arrastrado al interior de la nave... y depositado sobre una plataforma. La sensación de que había un arriba y un abajo regresó. Unas figuras altas pasaron junto a nosotros, pero no pude oír lo que decían.

Luego, el primer Operario de la Vida que había aparecido ante nuestra portilla me hizo señas para que llevara a los otros hacia el centro de nuestra nave. Intenté hacerlo, tirando de las extremidades del concejal, incluso moviendo y colocando a la Sirvienta-Guerrera cuando esta no respondió.

Abrieron entonces por la fuerza la mole agotada y desactivada del caparazón exterior del Falco, la partieron de lado a lado, y Operarios de la Vida nos rodearon con sus instrumentos y monitores, trayendo confort y alivio. Retiraron los restos de nuestros blindajes, luego alzaron a Glory of a Far Dawn y la rodearon con un mullido resplandor dorado. Abrió los ojos, y pareció atónita...; luego, turbada. Forcejeó... pero la sometieron con suma paciencia y se la llevaron de la plataforma, a una cámara de curación.

El Primer Concejal intentó ponerse en pie para examinar el caparazón destrozado de nuestra nave de salvamento, pero las fuerzas le fallaron. Otros Operarios de la Vida se lo llevaron, también.

De algún modo, yo era quien había conservado más energías... o eso pensé. Pero mi turno de rendirme al agotamiento no tardó en llegar.

No dormí, no soñé, sólo una cálida y nutritiva vacuidad, que no era ni oscura ni brillante. Por primera vez en un millar de años, me sentí en casa.

«La Bibliotecaria está cerca».

Habíamos viajado a un punto situado muy lejos de nuestra galaxia.

Nos habían rescatado y conducido a la factoría donde las instalaciones en forma de anillo se construían, equipaban, reparaban... También al último depositario de la colección de la Bibliotecaria de formas de vida de la galaxia.

El Arca.

Di un paseo regenerador por el bosque brillantemente iluminado que rodeaba la Estación Quinto Pétalo. Casi toda la luz en este lugar tan alejado de nuestra galaxia provenía del resplandor diurno de los alargados haces de plasma, que proyectaban las sombras más extrañas. Los anillos mismos estaban escorados a distintos ángulos sobre cada pétalo, rotando sin pausa dentro de arcos enormes de luz dura para mantener su integridad.

En cada una de las instalaciones, los ayudantes y los monitores de la Bibliotecaria supervisaban la colocación de las semillas de la Moldeadora de Vida, que contenían todos los historiales necesarios para crear y restituir sistemas ecológicos únicos sobre la superficie interior de cada anillo. Pude ver pruebas de su trabajo incluso desde donde estaba: moteadas parcelas de primeras fases de junglas y bosques, el color tostado del desierto, capas de hielo...

Cuando anteriormente había expresado perplejidad ante la contradicción de que los Halos sustentasen estos testimonios vivientes, mi enfermero y guardián, un Operario de la Vida llamado Calyx, explicó que la Bibliotecaria había equipado a la mayoría de Halos con ecosistemas vivos, y los había llenado con muchas especies de muchos mundos... seleccionando a partir de aquellas multitudes que habían sido reunidas a lo largo de los últimos siglos y que ahora poblaban el enorme semicírculo del Arca.

Había tenido la esperanza de conservar muchas más especies utilizando los Halos. El Maestro Constructor, tras aceptar su plan, había decidido que sería útil hacer pruebas en los Halos con especímenes del Flood capturados, antes de que estos fueran lanzados..., para averiguar más cosas sobre ellos.

A costa del sacrificio de aquellas poblaciones, por supuesto.

No fui capaz de comprender cómo se había organizado y llevado a cabo el pacto de la Bibliotecaria con el Maestro Constructor. Pero admiré su temple, pues había demostrado ser mi superior en todos los aspectos. Y ahora que yo estaba aquí...

Algo parecido al Didacta, pero no él...

Me pregunté cómo podría yo contribuir.

Alzando los ojos hacia los confines superiores del gran Halo, sentí un mareo y me sujeté al tronco caído de una cica. A poca distancia, algo parecido a un tanque pequeño pasó sobre innumerables patas que se movían como pistones, un artrópodo gigante acorazado de casi tres metros de largo. Hizo como si yo no existiera, pues yo no era la vegetación putrefacta que prefería como alimento.

Cuando los plasmas se atenuaron, resultó evidente que el cielo seguía repleto de peligros. En la batalla de la capital, sólo una instalación había sobrevivido a la travesía por el portal sin hacerse pedazos. Había regresado al Arca, y ahora rotaba a lo lejos a mi izquierda, visible a través de un muro verde de helechos. La superficie interior había sufrido grandes daños, y por lo tanto la estaban limpiando a fondo y rescatando a los pocos especímenes que quedaban. Preparaban ya una superficie nueva, con una serie de semillas en sustitución.

Todos los restos que habían cruzado el portal amenazaban aún el extraordinario constructo. El dominio de la Bibliotecaria —pero también el núcleo de todo lo que el Maestro Constructor había esperado lograr— tenía que ser protegido constantemente de impactos. En la oscuridad, era muy fácil seguir con la mirada a los innumerables navíos que patrullaban el campo de escombros; eran destellos diminutos en una neblina de diversos colores que me recordaba muchísimo a las nubes de nuestro complejo de Orion.

Pero esta neblina no era primigenia y alimento de soles. Era la mortaja de una gran y tal vez catastrófica derrota —la batalla final, quizá, de una guerra civil Forerunner—, y estaba repleta de fragmentos de anillo que iban a toda velocidad, naves destrozadas, monitores enloquecidos o dañados que habían quedado libres de todas sus responsabilidades, de la metarquía y, desde luego, de los cadáveres congelados de cientos de miles de Forerunners.

Paseé por los bosques un día tras otro, y también en la oscuridad, guiado por los primos de menor tamaño del artrópodo acorazado, que llevaban faroles azul verdosos por encima de los diminutos ojos y me mostraban el camino.

Noche tras noche, contemplé cómo los vacilantes esqueletos de luz dura de los anillos formaban radios, estabilizándolos antes de su planeada liberación...

Estudí la forma extraña de los *hubs* de luz dura del centro de aquellos anillos, que en una ocasión habían sido diseñados para dirigir las energías letales de los anillos cuando eran disparados...

Si eran disparados. Cosa que parecía muy improbable ahora.

Transcurrieron veinte días; veinte ciclos de los plasmas diurnos. Curé. Por mi enfermero, Calyx —un primera-forma, más alto que yo y de porte elegante, así como bastante fuerte—, me enteré de que mis compañeros del Falco también sanaban. Pero antes de que volviéramos a estar juntos, se había dispuesto otra reunión.

Era hora de que conociera a la Bibliotecaria.

—Te ha estado esperando —dijo Calyx.

Lo seguí fuera del bosque.

Un transporte en el interior del quinto pétalo me transportó al cuerpo principal del Arca, y a una grácil estructura en forma de lágrima justo debajo de la torre que suministraba la estrella de haces de plasma.

Aquí, antes de la reunión, otra Operaria de la Vida, una tercera-forma de más edad equipada con una clase de armadura aún más antigua que la del Didacta, llevó a cabo su propia inspección rigurosa. Inspiró por la nariz con desaprobación, luego me hizo tres preguntas.

Las respondí todas. Correctamente.

Me contempló con una curiosa expresión de inquietud.

—No soy más que su pobre doble —insistí—. No he integrado...

—Oh, sí que lo has hecho —repuso—. Hagas lo que hagas, por favor no la decepciones. Se siente muy mal por lo que ha sucedido, pero...

—¿Por qué se siente muy mal?

—Por haber interrumpido el modo en que tenía lugar tu propio desarrollo e impuesto otra cosa.

—Yo efectué esa elección —repliqué.

—No. Bornstellar aceptó, en parte. Tú eres la elección con la que él estuvo de acuerdo, pero no conocía las consecuencias.

—Él... yo regresaré cuando mi misión haya concluido.

—Sí —replicó la Operaria de la Vida—. Este es un día de júbilo y tristeza para todos. Veneramos a nuestros Moldeadores de Vida más que a todos los Forerunners, y a la Bibliotecaria más que a todos los Moldeadores de Vida. Es nuestra luz y nuestra guía. Y ha ansiado este momento durante mil años... pero no de este modo. Si al menos...

Pero no finalizó aquel pensamiento.

Entonces me tomó de la mano y me condujo a través de una gran entrada en arco al interior de la base de la lágrima. Un ascensor ros transportó a una habitación amplia cubierta con un dosel curvo que permitía el paso del amplio espectro del haz de luz. La luz era verdiazul. El espacio estaba ocupado por especímenes de un mundo del que no sabía nada, prisioneros en jaulas especiales, inmóviles, sin ser conscientes de nada por el momento.

Y caminando entre aquellas jaulas, inspeccionando a sus pupilos mientras usaba los largos y gráciles dedos para podar, arreglar y persuadir, confirmando su integridad y salud, vi a la Bibliotecaria.

Mi esposa.

Aquí no llevaba armadura. Estaba entre sus otros hijos, y jamás había sufrido daño de ninguno de ellos.

Hizo una pausa y siguió adelante sobre sus largas piernas hasta llegar a una senda entre las jaulas. Siguiendo esa senda, se me acercó despacio, los ojos burlones, el rostro adornado por una compleja expresión de júbilo, dolor, y algo que sólo pude ver como juventud.

Eternamente joven. Sin embargo, esta Forerunner era mayor que yo, mayor que el Didacta; tenía más de once mil años.

—Tan semejante —musitó mientras avanzábamos el uno hacia el otro. Su voz era como un dulce susurro de viento—. Tan igual.

Alargué las manos hacia ella.

—Traigo saludos del Didacta —dije, sintiendo lo embarazoso de la situación, sabiendo que llevaba en mí los mismos recuerdos... pero no obstante deseando ser honesto y honrar la realidad de nuestra situación.

—Tráeme tus propios saludos —respondió, ladeando la cabeza y luego agarrando mis manos extendidas—. Tú eres él.

—No soy más que...

—Tú eres él, ahora —insistió, con una triste intensidad que yo no esperaba.

Mis emociones salieron disparadas hacia ella, a continuación mis brazos se alzaron y la abracé, sin comprender, sin que me importara: todo se había completado.

Estaba con mi esposa. Estaba en casa. ¡Sí!

Los otros Operarios de la Vida que se ocupaban de las jaulas nos dieron la espalda para concedernos intimidad.

—¿Cómo puedo ser él y otro? —pregunté mientras nos abrazábamos.

Alcé la mirada a su bello rostro, azul pálido y rosa, sintiendo la calidez de la piel desnuda de sus brazos ágiles y el contacto de sus dedos infinitamente delicados.

—El Didacta está aquí —dijo mi esposa—. El Didacta se ha ido.

Y entonces lo supe, y mi amor fue empujado a un lado por un momento de intenso vértigo, como si volviera a caer a través de un espacio negro y sin estrellas.

Me agarró el rostro entre las frescas manos y miró a su interior.

—Te negaste a dar a Faber lo que necesitaba para activar todas las ancillas de la clase *Contender*. Te negaste a darle la localización de todos nuestros Mundos Escudo. Se dice que el Maestro Constructor te ejecutó en el planeta en cuarentena de los San'Shyuums. Tú eres ahora todo lo que tengo.

»Tú eres todo lo que tenemos.

El amor de viejos Forerunners es dulce hasta lo inconmensurable. No importaban nuestros rangos o formas. Disfruté de un tiempo delicioso con mi esposa, antes de que volviéramos a ir cada uno por nuestro camino.

Ella me mostró el trabajo de siglos, la conservación de todas las formas de vida que pudo localizar y reunir, preparándose para salvar todo lo que pudiera de la espantosa solución final de las instalaciones del Maestro Constructor. Vi fauna y flora y cosas que no eran ni una cosa ni la otra, extrañas y hermosas, temibles y mansas, simples y complejas, enormes y pequeñas, pero tan sólo una pequeña muestra de un trillón de especies distintas, la mayoría ahora aletargadas, almacenadas del mejor modo posible en el Arca y lo que quedaba de los Halos. Criaturas completas vivas o en suspensión, mapas genéticos, poblaciones conservadas y reducidas, visibles tan sólo en simulación reconstructiva...

De los otros Halos —si alguno sobrevivió— habría que encargarse más tarde. Ahora no eran suficientes, lejos del Arca, para cumplir el plan del Maestro Constructor. Y si aquellos conseguían de algún modo regresar al Arca, nadie aquí los repararía, reconstruiría, los volvería a llenar...

Yo me aseguraría de eso. Con el tiempo, volvería a preparar la defensa por la que había abogado hacía mil años: mis muy desperdigados Mundos Escudo, si el Maestro Constructor no los había destruido.

No había mucho tiempo. Pero seguíamos sin comunicación con el sistema capital. Todo el ámbito del Slipspace estaba revuelto, y podría no asentarse en años.

Otras tareas me aguardaban, asimismo. Tareas... y obligaciones personales. Confirmé lo que había sospechado desde mi reanimación en Erde-Tyrene. La Bibliotecaria había proporcionado a los humanos que había allí versiones de su historia que volverían a despertar con el tiempo. Las especies inteligentes, me contó, son muy poca cosa sin sus profundos recuerdos.

Puesto que yo contenía la esencia del Didacta, el Maestro Constructor debió de haber sospechado el valor de los dos humanos, y por lo tanto esperé que no los

hubiera matado, sino que los hubiera escondido, donde sólo él pudiera volver a encontrarlos si es que seguía vivo.

En algún lugar del recuerdo despertado dentro de los humanos descansaba nuestra última esperanza de derrotar al Flood, que ya en aquellos momentos assolaba un mundo tras otro, un sistema tras otro; mucho más horrendo de lo que había sido mil años atrás.

Más sofisticado, más taimado. Más vital. Y que pronto tendría un nuevo amo si no actuábamos con rapidez... si no localizábamos la instalación perdida y el antiguo cautivo.

Hacía diez mil años, en Charum Hakkor, antes de que yo volviera a sellar su jaula, esto es lo que el cautivo me había dicho, hablando en antiguo digon, que sin duda había aprendido de nuestros muy lejanos antepasados:

«Volvemos a encontrarnos, pequeño. Soy el último de aquellos que os dieron aliento, forma y especie, hace millones de años.

»Soy el último de aquellos contra los que los tuyos se alzaron y destruyeron sin piedad.

»Soy el último Precursor.

»Y nuestra respuesta está a punto de llegar».

AGRADECIMIENTOS

Greg Bear quisiera dar las gracias al excelente equipo de 343, incluidos Frank O'Connor y Kevin Grace, por su creatividad, paciencia y ayuda las veinticuatro horas del día los siete días de la semana, al empezar este viaje monumental por la historia de los orígenes de Fíalo. Gracias a mi hijo, Erik Bear, por darme a conocer Halo, y por proporcionar aportaciones creativas adicionales y el concienzudo asesoramiento de un fan. Y gracias a Eric Raab por velar por todos nosotros.

343 Industries desea dar las gracias a Bungie Studios, Greg Bear, Scott Dell'Osso, Nick Dimitrov, David Figatner, Nancy Figatner, Josh Kerwin, Bryan Koski, Matt McCloskey, Corinne Robinson, Bonnie Ross-Ziegler, Phil Spencer y Carla Woo. También al personal de Tor Books, incluidos Tom Doherty, Karl Gold, Justin Golenbock, Seth Lerner, Jane Liddle, Heather Saunders, Eric Raab, Whitney Ross y Nathan Weaver.

Y nada de esto habría sido posible sin los hercúleos esfuerzos de los empleados de Microsoft, incluidos Jacob Benton, Nicolas *Sparth* Bouvier, Alicia Brattin, Kevin Grace, Tyler Jeffers, Frank O'Connor, Ryan Payton, Jeremy Patenaude, Chris Schlerf, Kenneth Scott y Kiki Wolfkill.